

Domínio público

EL POETA SOLDADO

ROMANESCO Y LA VIDA COLOMBIANA

ANTENA CULTURAL

JOSÉ M. RAMÍREZ

1954

EL POETA SOLDADO:

(ESCENAS DE LA VIDA COLOMBIANA.)

NOVELA ORIGINAL

POR

EL POETA
JOSÉ M. SAMPER.

Palacio Florez

BOGOTÁ.

IMPRESA DE SALAMEA HERMANOS.
1881.

AL SEÑOR DON MIGUEL ANTONIO CARO.

Director de la Academia Colombiana.

Señor :

Si el mucho sentir, pensar y escribir fueran parte de suyo á proporcionar merecimientos, no dudo que mi incansable laboriosidad me habria dado títulos para merecer el favor con que me ha honrado la docta corporacion que usted dirige con tan discreta dignidad y honor. Pero hartó he podido conocer, por propia experiencia, cuán distante se halla el valor de la cantidad del de la calidad. Con todo, si apenas puede serme dado poner de manifiesto, con la constancia en el trabajo intelectual, la buena voluntad con que siempre quiero contribuir al progreso y adelantamiento de las letras nacionales, sírvame la presente obra, modesto tributo que dedico á la Academia Colombiana, como un recurso para mostrar, en la medida de mis alcances, el respeto y estimacion con que miro á esa dignísima corporacion, servidora insigne de la lengua castellana y la literatura, y el reconocimiento con que se afirma mi adhesion á ella.

Soy de usted, señor Director, con particular aprecio, muy atento servidor y cordial amigo y colega Q. B. S. M.

José M. SAMPER.

Bogotá, Agosto 1.º de 1880.

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

ESTE LIBRO PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ANTONIO GOMEZ RESTREPO

LA PERSONA QUE LO DETINGA FUERA DE ELLA
DEBE CONSIDERARSE COMO DETENTADORA.
PARTE PRIMERA.

I

Por los años de 1850 á 1851, época en que comienza nuestro relato, en una de las más altas calles del barrio de la Catedral, centro de la ciudad de Bogotá, habitaba una modesta casita, de sólo planta baja, cierta honrada familia, estimada por cuantos la conocían, no obstante su pobreza, especie de hielo social que suele hacer bajar muchos grados, cuando no hasta cero, el termómetro de la consideración en las modernas sociedades. Aquella familia, "santafereña" en todo el rigor del término, se componía de cuatro personas: don Ramon del Prado, su esposa, doña Ana María Flórez, Víctor su hijo, y Martina, fidelísima criada, que era el *factotum* de la casa.

Nacido, por decirlo así, con la aurora del presente siglo, don Ramon del Prado había asistido desde su niñez, con toda la vehemente curiosidad propia de los primeros años, en las plazas y calles de "Santafé de Bogotá," á la trágica lucha librada entre los "patriotas" y el rey de España, en fuerza de los propósitos de independencia que la Revolución puso de manifiesto desde Julio de 1810. Hijo como era de españoles peninsulares, é imbuido en las ideas que formaban la educación social de aquella época, pero dotado de nobles instintos que le inclinaban á admirar todo lo bello y grande, don Ramon, bien que "realista" de nacimiento,

había acabado por volverse republicano muy sencillamente, por sentimiento de honradez, convicción y costumbre. La idea del deber, inculcada desde temprano en su espíritu, merced á una crianza verdaderamente religiosa y moral, le había hecho comprender que, si existía una patria y ésta pugnaba por conseguir su libertad, había que amarla con ardor, y no sólo amarla sino servirla del mejor modo posible.

Por otra parte, si de seguro era bella y grande la causa sostenida por millares de hombres inteligentes que todo lo sacrificaban en aras de la patria, entre éstos habían brillado particularmente dos caudillos eminentes, aunque muy distintos en facultades y circunstancias personales: Nariño y Bolívar. Estos dos hombres admirables habían fascinado y entusiasmado á muchos, porque cada uno era una imagen de la Patria; y don Ramon del Prado había sido uno de los entusiastas. Bolívar y Nariño le habían hecho comprender la gloria y mostrádole unas figuras, en ellos mismos, cuyas tallas tenían todas las proporciones de la grandeza; y por ellos había llegado él á sentirse patriota y republicano.

Casi niño aún, don Ramon había sido, á fuer de muchacho curioso, testigo presencial, inconsciente pero maravillado, de los sucesos del 20 de Julio de 1810, y en la plaza mayor de Santafé había visto al pueblo entero palpitar al oír la elocuente y prestigiosa voz de Acevedo, el inolvidable tribuno de la Revolución. Había visto reunirse después los "Colegios electorales" ó cuerpos legislativos que proclamaron la independencia nacional y dieron forma á la República. Delante de sus ojos habían desfilado los primeros batallones de

patriotas, y ejercido su autoridad como presidentes Lozano, Nariño y Fernández Madrid. Después había visto la espantosa matanza presidida por Morillo y Sámano, durante la terrible época de los "pacificadores," cayendo sucesivamente en los cadalsos las cabezas de Lozano y Acevedo mismos, de Torres y Torices, del sapientísimo Cálidas, de los Gutiérrez y Camacho, de Policarpa Zalabarrieta y cien próceres más que supieron aceptar la muerte con la sublime abnegación del mártir. Aquella lúgubre tragedia de la Nación había hecho sentir á nuestro adolescente hijo de españoles que sólo la causa de la justicia podía inspirar valor y virtud para tan grandes sacrificios; así como las proezas de Bolívar le volvieron *boliviano* entusiasta, una vez que el genio, la espada y el prestigio del Libertador habían podido llevar á buen término, en tres vastísimas repúblicas hijas suyas (después cinco) el prodigio de la Independencia.

Pero si don Ramon había sido patriota y republicano, no obstante su origen realista, no por eso había renegado sus creencias religiosas y morales ni tornado en adversión su natural afecto por su raza. Al contrario, había comprendido que la fatalidad de los sucesos históricos y de las respectivas situaciones era la que había hecho inevitable la Revolución, sin que la *sociedad* española debiera por eso quedar proscrita de la sociedad hispano-america; y en orden á la política, jamás le pareció que pudiera haber incompatibilidad alguna entre las ideas é instituciones republicanas y las santas creencias y tradiciones católicas.

Ello es que Prado, fiel al recuerdo de

ESTE LIBRO PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
ANTONIO GOMEZ RESTREPO.
LA PERSONA QUE LO DETINGA FUERA DE ELLA
DEBE CONSIDERARSE COMO DETENTADORA.

PROPIEDAD DEL AUTOR.

sus mayores, grande estimador de su raza, de su lengua y de la bella y rica literatura española, fervoroso en sus sentimientos religiosos y muy asiduo en el cumplimiento de sus deberes de culto, caridad y honrada conducta, era al propio tiempo decidido republicano, bien que de ideas políticas moderadas; por lo que nunca se había apartado del buen camino, procurando en toda circunstancia servir á su país del mejor modo posible. Merced á su carácter moderado y su puntualidad, laboriosidad y discrecion, había obtenido un regular empleo en 1834, y, estimado despues por todos los gobiernos, modesto en sus gustos y nada ambicioso, ni tildado en el mundo político de hombre exaltado, había tenido la *desgracia* de que siempre le mantuviesen empleado en las oficinas públicas, hasta el punto de no poder vivir de otra manera.

Al cabo, merced á los ahorros que había hecho mes por mes en el trascurso de muchos años, contrajo matrimonio, siendo ya hombre maduro, con una señorita pobre y de muy sencilla educacion, pero que pertenecía á una de las buenas familias de Bogotá. No fué su matrimonio fecundo durante algunos años, pues doña Ana María no dió á luz su único hijo sino en 1850. Pero es el caso que esta felicidad sobrevino precisamente cuando Prado se hallaba en una situacion tan inusitada como penosa, es decir, privado de su empleo y muy escaso de recursos. La política había arrastrado los ánimos á un excesivo grado de exaltacion, y el Gobierno de entónces, así por espíritu de partido como por adoptar represalias contra la oposicion que le hacian sus adversarios, resolvió barrer

de todas las oficinas cuantos empleados hubiera adictos al conservatismo. Por muy inofensivo y moderado que fuera don Ramon, cayó en la comun desgracia, y el dia ménos pensado se halló sin empleo y con todos sus recursos agotados. Triste y preocupado, cavilando constantemente en el modo de ganarse la vida con honradez y sin fatiga, segun sus hábitos, el pobre don Ramon se afligia con la expectativa de lo porvenir cuando nació su hijo.

Este suceso, que para él era dichoso á pesar de todo, aumentó sus apuros y le obligó á poner empeño en proporcionarse una situacion tolerable. Tuvo al cabo la fortuna de hallar colocacion en las oficinas de un empresario industrial, en calidad de tenedor de libros, y con esto y algunos trabajos de pluma que le encomendaban logró asegurarse la renta estrictamente necesaria para vivir, con mucha modestia, es cierto, pero siquiera con relativa tranquilidad. Su esposa, entre tanto, le ayudaba cuanto podia con costuras y otras obras de mano, en las que son muy diestras las bogotanas, manejaba su casa con cuerda economía y espíritu de orden, y le hacia feliz con su ternura, fidelidad y consagracion absoluta.

Doña Ana María era digna de la mayor estimacion por sus virtudes y compartia su tiempo entre sus deberes domésticos y prácticas religiosas. Profundamente piadosa como era, así por inclinacion natural como por la crianza que había recibido, no sólo tenia la más ardiente fe, sino que practicaba aquella gran virtud de la caridad moral que se hace sentir por medio de la benevolencia, de la

tolerancia de las ajenas flaquezas, del buen consejo y de la dulzura en el trato con las gentes. Así los ejemplos que Víctor recibia de sus padres eran los más propios para formarle un carácter generoso é inspirarle creencias sólidas y saludables.

Desde la edad de ocho ó diez años Víctor había dejado conocer que le acompañaban ciertas cualidades, propias de su situacion de hijo único, pobre y criado en el hogar de padres bien nacidos y de buenos sentimientos y sanas ideas. Era muy animoso, pero de índole suave y dócil; por extremo afectuoso y tierno para con sus padres, cuando éstos le acariciaban ó tenían á su lado, si bien de ordinario se mostraba silencioso, pensativo y reservado, cual si el aislamiento en que iba creciendo le indujese á concentrar sus pensamientos; gustábanle mucho los libros, las flores, los pájaros y otros animales amables: y cuando iba á las iglesias no sólo se manifestaba piadoso y creyente con candor, sino entusiasta por la música sagrada, las imágenes y todos los objetos de arte que se ofrecian allí á su inocente admiracion.

Andando el tiempo, cuando ya tenia cosa de catorce ó quince años, notábase en su fisonomía, su lenguaje y todos sus actos un gran fondo de melancolía que ningun entretenimiento ni seduccion podian hacer desvanecer. ¿ Era esto efecto solamente de la carencia de hermanos ó personas con quienes le hubiera convenido tener íntimo trato desde niño? ¿ Era más bien el *espíritu del tiempo* que se iba infiltrando en su alma para inducirle despues á caer en las sombrías sinuosidades de la duda ó de una tristeza malsana? ¿ Era, en fin, he-

rencia recibida con el sér, es decir, engendró de las tristezas que de 1849 á 1851 habían amargado la vida de don Ramon y de su esposa? Seguramente las tres causas habían influido conjuntamente, si bien con diverso grado de intensidad, sobre el corazon y el ánimo de Víctor; y es lo cierto que la reserva, la melancolía y una exquisita sensibilidad componian el fondo indestructible de su carácter.

Don Ramon había tomado sumo interes en proporcionar á su hijo la mejor educacion é instruccion posibles; pero como lo exiguo de sus recursos no le permitia colocarle en ningun establecimiento privado, había tenido que compartir él mismo con la escuela pública primaria de su barrio la tarea de la enseñanza. Víctor había adquirido en la escuela los conocimientos más elementales y su padre enseñándole despues todo lo relativo á historia sagrada, historia patria, urbanidad y contabilidad. Por aquel tiempo, hácia 1865, el Colegio de Nuestra Señora del Rosario estaba reorganizado, y como allí la enseñanza era gratuita Víctor frecuentó el establecimiento, en calidad de alumno externo, durante algunos años.

Promediaba el de 1867, cuando una enfermedad de corta duracion, un terrible tifo, arrebató la vida á don Ramon, quedando su viuda y su hijo poco ménos que indigentes, sin medios casi para vivir, dado que ni el pobre muchacho sabia trabajar, ni el trabajo de su madre era suficiente siquiera para ganarse la subsistencia. La Providencia se encargó de ampararles por medio de don Casimiro Flórez, hermano mayor de doña Ana María, viejo bonachon, celibato, achacoso y mediana-

mente acomodado, que habia vivido ausente de Bogotá durante más de diez años. Al tener noticia de la triste situacion en que se hallaba su hermana, se apresuró á dirigirla una carta, diciéndola en sustancia :

“ Mis achaques me habian impedido volver á Bogotá, como tú sabes ; pero ahora que estas viuda y atribulada quiero irme á vivir contigo y mi sobrino, á quien adopto por mi hijo. Tengo en esa ciudad dos casas de cuyos alquileres he vivido hasta hoy dia : habitarémos la una, que es muy pequeña, y la otra, que me produce unos cuarenta pesos, alquilada por lo bajo, nos dará para comer, con la ayuda de Dios.”

Don Casimiro se puso en camino prontamente, y apenas si llegó á Bogotá cuando estuvo instalado en su modesta casita del barrio de las Niéves, antigua calle de Santa Ana, con su hermana y su sobrino. De esta suerte la situacion se modificaba muy ventajosamente para doña Ana María y Víctor, y era natural que entrambos pagaran, como lo hacian, con respeto, cuidados y ternura, al buen don Casimiro, ya gotoso y débil, el gran beneficio que les dispensaba. En lo sucesivo, el asunto importante era la educacion de Víctor, á fin de proporcionarle una carrera que le asegurase honrosa posicion, sin perjuicio de la pequeña herencia de ocho ó diez mil pesos que con sus dos casas le tenia destinada su tio.

La Universidad Nacional fué reorganizada en 1867, y en el año siguiente Víctor entró en ella á cursar las últimas materias de literatura y filosofía para dedicarse en seguida al estudio de las ciencias políticas y la jurisprudencia.

Así por inclinacion á considerar los problemas sociales y todo lo que la idea del derecho comporta, como por el enlace necesario que la filosofía de la jurisprudencia tiene con la literatura, Víctor, que desde muy temprano se aficionaba á la poesia y los trabajos literarios, prefirió seguir la carrera de abogado, mayormente cuando ésta, á más de procurarle buenos medios de subsistencia, podia abrirle amplio y buen camino en la sociedad.

Pero en tanto que el estudioso jóven se afanaba en su casa y en los claustros de la Universidad por instruirse, movido principalmente por el deseo de ser útil á su madre y su tio, éste, condenado por sus achaques á continua reclusion, trabajaba de un modo singular y extraño en beneficio de su sobrino. Don Casimiro, que tenia horror á los médicos,—fuese por economía, por falta de fe en las ciencias médicas, ó por repugnancia de “los menjurjes,” como él llamaba todas las drogas,—habia consentido, á más no poder, en que doña Ana María llamase á uno de los mejores Esculapios del barrio para que le viera y recetara, acorralado como le tenia ya el reumatismo. Las visitas habian sido frecuentes, los frascos de botica cubrian ya la mesa del aposento de don Casimiro, y el pobre enfermo no lograba mejoría alguna. Fastidióse, despues de algunas semanas, del costoso cuanto ineficaz tratamiento á que estaba sometido, y un dia le pidió su cuenta al médico, despidiéndole con buenas palabras. A razon de un peso y sesenta centavos por visita, amén de gastos de botica, el gravámen que le imponia su enfermedad era muy superior á los modestos re-

cursos de don Casimiro ; y pensando en esto se estuvo un dia en su butaca, meditabundo y preocupado, teniendo en la mano, con evidente desazon, la cuenta que habia recibido. Así le halló Víctor al volver de San Bartolomé á la hora de comer, y saludándole afectuosamente le dijo :

—Tio ¿ qué hace usted ahí tan pensativo ?

—Hijo, respondió el enfermo, medito la resolucion de un problema.

—¿ De matemáticas, por ventura ?

—Talvez.

—¿ Talvez apenas ?

—Así, así.....

—¿ Puedo yo ayudar á usted en la resolucion del problema ? añadió candorosamente Víctor.

—No, chico: sólo yo podré resolverlo.

El caso pareció extraño á Víctor; pero no insistió, y viendo á su tio tan meditabundo y nada comunicativo, se retiró del aposento dejándole solo.

El problema que el buen don Casimiro queria resolver y habia planteado con el pensamiento era éste :

“ ¿ Cómo haré para no gastar cosa alguna en médicos ni boticas ? Víctor ha menester con urgencia de un vestido nuevo para sus exámenes de este año, y los menjurjes y el Galeno devoran todos mis pequeños ahorros. Qué haré ? No hay sino un medio práctico y seguro: no estar enfermo. ¿ Pero cómo podré con sólo la voluntad curarme este maldito reumatismo ?..... Vamos! es menester que así sea! ¿ Y mis dolores no me arrancarán quejas que denuncien mi mal ? Ah! pues no me quejaré y haré callar los dolores! Sí; desde hoy

mismo destituyo al médico, doy pasaporte al boticario y expulso el reumatismo. No más reumatismo! no más gastos en remedios que nada me remedian! Si mi mal ha de enterrarme, que al ménos no entierre yo conmigo los reales que han deservir para mi pobre Victor!”

Dicho esto con el pensamiento, don Casimiro quiso poner por obra sus resoluciones é hizo al punto un supremo esfuerzo para ponerse en pié. Tan agudo fué el dolor que sintió que poco le faltó para quedarse sin aliento ni sentido; pero ni gritó ni exhaló la menor queja, y á poco dió algunos pasos por el cuarto, luchando heroicamente con el sufrimiento..... Un rato despues, cuando Martina entraba con el mantel y los platos á servirle la comida, dijo:

“ No, hija; no más servicio de enfermo. Estoy repuesto; iré al comedor.”

Se comprenderá cuán sorprendidos y vivamente complacidos no quedarian doña Ana María y Víctor, al ver al enfermo súbitamente repuesto, como por milagro. A tal lo atribuyó su piadosa hermana, por lo cual ofendió á la Santísima Virgen un par de velas. Y milagro habia, sin duda; pero Dios lo habia hecho de un modo indirecto, inspirando á don Casimiro la virtud de la abnegacion y la consiguiente fuerza de voluntad para señorear el dolor. Don Casimiro economizó en dos meses treinta pesos, suprimidos, en su presupuesto de gastos, del odioso capítulo: “reumatismo, médico y botica;” y sin embargo tenia médico, y de la mejor clase posible. Habia hecho llamar un dia al incomparable doctor B., el médico pobre de los pobres y desamparados, para que de cuando en cuando

le aliviase, y desde entónces se medicinaba con hierbas que poco ó nada le costaban.

Víctor tuvo su bonito vestido de paño, que estrenó en la distribucion de premios en el Salon de grados, y de aquellos recibió cuatro ó cinco por su aplicacion y conducta ejemplares y aprovechamiento sobresaliente; con lo que doña Ana María y su hermano se sintieron dichosos.

Algunos dias despues don Casimiro volvió á estar preocupado y taciturno. Tenia otro problema entre ceja y ceja, que no entre manos, y bregaba por resolverlo. Víctor iba á comenzar sus estudios de jurisprudencia, y habia que comprar para él los doce códigos del Estado, las siete Partidas, la Recopilacion Granadina, una obra de derecho romano y algunos otros libros. ¿ De dónde sacar dinero para todo esto? Don Casimiro, al meditar en tan arduo asunto, fumaba negligentemente un puro de Ambalema y arrojaba espesas bocanadas de humo que casi enturbiaban la atmósfera de su aposento.

“Vamos! se dijo súbito; soy un asno! me devano los sesos por resolver el problema, y la resolucion es clara, clarísima.....por más que la oscurezca el humo del tabaco..... Sí; el cigarro mismo que fumo me está indicando el medio. Diantre! y no habia caido yo en la cuenta! ¿ Pues no soy un estúpido vicioso que se gasta cinco ó seis pesos al mes en comprar cigarros para convertirlos en humo y ceniza? Pero..... Dios mio! dejar de fumar ahora que estoy viejo y achacoso y que el cigarro es mi constante compañero y consolador, despues de haber fumado con delicia durante más de cuarenta años! Oh! esto es muy

duro!.....es cruel..... y tal vez imposible! Ah! imposible? Y por qué? ¿ Hay algo imposible entre los actos humanos para una fuerte voluntad? No. Pues no fumaré más!”

Y diciendo esto para sí resueltamente, arrojó á la calle por la ventana el cigarro que fumaba, y luego dió á su hermana cuántos le quedaban en su escaparate.

—Toma, la dijo, esos cigarros que son una tentacion.

—¿ Por qué, hermano?

—Porque no quiero fumar más.

—¿ Que no fumarás? Extraño propósito!

—Sí. He notado que el tabaco me estraga el estómago y me hace mucho daño para los nervios, y por ende lo condeno.

—Sea como te parezca.

—Solamente, eso sí, te encargo que no fumes en mi presencia, no sea que despues no pueda yo resistir á la tentacion.....

—Así será, hermano.

Don Casimiro renunció para siempre al tabaco, lo que no dejó de entristecerle, y en los cuatro meses subsiguientes compró sin dificultad, de ocasion, los libros más urgentemente necesarios para Víctor.

Algun tiempo despues notó el buen tio que el sombrero de su sobrino, un modesto sombrero de fieltro, estaba ya algo raído y era talvez impropio para su edad y su categoría de estudiante de “ facultad mayor.” Conveníale usar uno de felpa, negro y recto (vulgo *cubilete*), pero éste podria costar unos seis pesos. Justamente en aquellos dias tenia necesidad don Casimiro de mandarse hacer un par de botines, pues ya podia caminar, bien que trabajosamente, y salir á la calle. Habia acos-

tumbrado ántes usarlos de buen becerro frances; mas de pronto resultó la novedad de que el buen tio, contra todas las reglas, tenia callos y los piés muy irritados, con lo que halló motivo para hacerse calzar de paño burdo, calzado que le costó la mitad ménos que el acostumbrado. El dia que Víctor estrenó su cubilete (el sombrero ménos elegante de cuantos ha inventado la insensatez de la moda), el buen don Casimiro le miraba con gozo y decia para sus adentros: “ Qué bien le sienta ese sombrero al pobre chico!”

Por este estilo continuó él ideando economías respecto de su persona y resolviendo problemas siempre en beneficio de Víctor; lo que no impedia que el reumatismo continuara haciendo destructores progresos (que así son algunos progresos) junto con la edad del inmejorable tio, cada año más visiblemente achacoso, pero siempre de humor inalterablemente blando y afable.

II

Víctor, entre tanto, adelantaba en sus estudios, y á la verdad, hasta mediados de 1871, no habia tropezado con ninguna dificultad seria para ganar sucesivamente sus cursos de literatura y filosofía y los primeros de jurisprudencia. Su aplicacion, que era muy notable, tenia dos motivos: por una parte, se sentia aguijoneado por el amor filial y el deber, pues comprendia que habia de ser el único apoyo de su madre y su tio, ambos achacosos y el segundo ya bien entrado en la ancianidad,—prematura, como todas las edades en nuestro pais, donde la vida brota como los

hongos y se desarrolla, gasta y extingue con excesiva rapidez—; y era clara para él la necesidad de adquirir cuanto ántes los medios de proveer con holgura y seguridad al sostenimiento de sus deudos, que apénas contaban con lo muy estrictamente necesario. Por otra, nuestro jóven estudiante sentia verdadera sed de conocimientos de todo linaje, y solicitaba su adquisicion con una especie de curiosidad febril. Habia heredado de su padre la probidad de carácter, el sentimiento patriótico y el amor al trabajo sedentario, y de él y de su madre conjuntamente, el más profundo sentimiento de piedad religiosa; pero habia en su alma todavía vírgen algo que le era personal, que le pertenecia en absoluto, cual un dón recibido de Dios directamente en patrimonio, y este *algo*, una inmensidad divina, era el genio poético.

Desde sus años de adolescencia Víctor habia denotado con su lenguaje y todos sus actos que tenia imaginacion rica, ardiente y fecundísima y que su espíritu se inclinaba con irresistible fuerza al idealismo. La poesia le encantaba, y todo lo que era artístico y bello le seducia y entusiasmaba. Ver un elegante jinete manejando con destreza y valor algun hermoso potro de las sabanas del Funza ó de Soga noso; contemplar las airosas evoluciones de un batallon bien uniformado, bien armado y gallardamente conducido; extasiarse en el teatro una que otra vez con óperas hábilmente ejecutadas, gozando por igual con las más vehementes y ricas armonías de Rossini y las más tiernas melodías de Bellini y Donizzetti; asistir á una sesion solemne de la Universidad ó á la fiesta nacional del 20 de Julio, y allí

palpitar arrebatado por la elocuencia de los oradores; concurrir á una tertulia ó íntimo sarao, y ver una hermosa pareja lanzada por el magnetismo de la danza, dando vueltas en torno de la sala con toda aquella gracia de movimientos que realza las formas gallardas y las facciones seductivas; hallarse al pié del púlpito sagrado, contagiado de aquel sublime recogimiento que se apodera de todas las almas creyentes cuando arden los pebeteros, estallan los magníficos acordes del órgano y se celebran las santas ceremonias; regalarse á solas con la lectura de buenos libros, saboreando y encomiando las creaciones de los ingenios privilegiados; subir á las frías y solitarias alturas del *Guadalupe* y el *Montserrat*, y desde allí admirar la magnificencia de los Andes y de sus altas y fértiles planicies, ó dejar vagar la mirada por lo infinito de los cielos, embebecida el alma en la inefable cavilación de lo ideal: todo esto, y cuantas cosas bellas y muy diversas podían llamar ó habían llamado su atención, eran para Víctor asunto de gozosa admiración y de íntimas fruiciones.

El había hallado, como tantos otros hombres de corazón, en la poesía lírica la forma expresiva de los sentimientos que señoreaban su alma todavía inocente, y desde muy temprano había compuesto versos, que tenía buen cuidado de ocultar, ya por su genio reservado, ya porque no estaba seguro del acierto con que sus composiciones estuviesen ajustadas á las reglas del arte. En ellas todo era tierno ó serio y melancólico: su musa no sabía reír, sino á lo sumo sonreír, y siempre con dulzura y melancolía; pero si en sus juveniles cantos

había muchos acentos de tristeza genial ó de instintivo dolor, también rebosaba la efusión del amor filial, de la fe religiosa, del entusiasmo por la libertad y las glorias de la Patria, y de una luminosa y ardiente esperanza en lo porvenir, propia para fecundizar su corazón.

Notoriamente predominaban desde temprano en las poéticas lucubraciones de Víctor las tendencias del romanticismo, lo que no era de extrañar, ora porque la juventud es de suyo inclinada á los contrastes fuertes, los vagos ensueños y lo maravilloso, ora porque las influencias que más se habían hecho sentir en nuestra literatura nacional ó republicana eran la francesa y española modernas.

Apénas comenzaba por entonces (en 1871) á iniciarse por nobles y aventajados espíritus, nutridos con sólidos conocimientos, aquella saludable reacción literaria que, encaminada á reivindicar los fueros de la lengua castellana y á rehabilitar el gusto por la clásica literatura de nuestros mayores, había de producir los más felices resultados en orden á la cultura de la mente y al renacimiento del arte hermanado con la ciencia. Víctor era demasiado joven para poder adquirir y poner de manifiesto desde un principio, como poeta y escritor naciente, las galas de la dicción castiza y el aplomo de los pensadores atildados; pero había en sus composiciones cierto buen gusto natural, y sus tendencias románticas estaban equilibradas por la dulzura propia del sentimiento religioso y la elevación de un espiritualismo lleno de originalidad y nobleza.

Como lo hemos dicho, hasta mediados de 1871 Víctor no había tenido que sufrir contrariedades en los claustros ni sostener lucha

alguna, sino la de su propio espíritu con la ciencia misma,—lucha que consiste en el esfuerzo que hace el entendimiento para adquirir nuevas nociones, analizar los hechos y sintetizar las ideas, y en la cual sale siempre vencedor el que es aplicado al estudio y medita y busca la verdad con sincero propósito de hallarla. Su clarísimo talento y su aplicación y buena conducta le habían valido muchos premios, y al pensar en las cosas que iban llenando su cerebro, tenía conciencia de su aprovechamiento en los estudios.

La Universidad Nacional había sido reconstituida con fines patrióticos, y su organización, aún cuando fuese defectuosa en un principio, patentizaba el deseo de hacerla servir á toda la sociedad colombiana, no como un instrumento de propaganda y de favor y sosten para una secta política, sino como un elemento de progreso, neutral en las luchas de los partidos y útil para todas las ciencias y la sana educación de la juventud. Pero en 1871 una secta que profesaba el sensualismo como filosofía y el utilitarismo como regla de criterio moral, así como alardeaba de hacer cruda guerra á las creencias religiosas de los colombianos, se propuso apoderarse de la Universidad, monopolizarla en provecho propio y expulsar de ella á todo profesor y toda enseñanza que no estuviesen al servicio de la secta. Ningun esfuerzo se omitió, ninguna intriga ni promesa dejó de obrar sobre los que podían entregar la Universidad á discreción de los sectarios; las Cámaras legislativas se volvieron academias de contendores sobre filosofía moral é ideología, y al cabo se halló un modo de resolver la cuestión, que el libera-

lismo intolerante preconizó como la genuina expresión de sus doctrinas: privar á la Universidad de su libertad de estudios y de su dignidad como cuerpo docente, é imponer á los profesores los textos que habían de servir mejor á la causa del sensualismo y de la incredulidad oficial. Así se trocaban los papeles, y en nombre de la libertad del pensamiento se imponía á los espíritus el cartabón de determinados textos de enseñanza, bien así como en nombre del progreso se exhumaba el epicureísmo de los paganos, sustituido al espiritualismo del Evangelio y de toda la literatura del mundo cristiano!

En breve casi todos los profesores independientes hubieron de retirarse, por respeto á su dignidad y su conciencia, dejando el campo en poder de los sectarios: toda clase que se hubiese sostenido para la enseñanza de la filosofía religiosa y la moral, fué suprimida; Bentham reemplazó á Dios y la verdadera ciencia, y Tracy sustituyó á Bálmes; toda práctica religiosa fué mirada con menosprecio y relegada como estorbosa, echándose abajo los altares en las capillas de los colegios; y á imitación de algunos profesores que hacían gala de sus doctrinas materialistas, los alumnos de la Universidad, en su gran mayoría, se jactaban de ser enteramente incrédulos y procedían como si la moral fuese para ellos ridícula invención.

De ahí provenía una serie inacabable de ardientes disputas en los claustros, entre los pocos alumnos que se mantenían fieles al espiritualismo y á la religión católica y los que, siguiendo el impulso que les daban ciertos profesores de conciencia poco escrupulosa,

alardeaban de renegar toda creencia y no admitir como verdad existente sino la materia analizable. De ahí también la degradación de muchos caracteres juveniles, viciados desde temprano por una soberbia que pretendía llamarse científica y no era sino la infatuación de la ignorancia ó de muy superficiales nociones; y la bajeza con que, por adular á los más incrédulos de sus catedráticos, llegaban hasta profesar los más vergonzosos absurdos y hacer gala de ver con menosprecio gran parte de todo lo que era respetable ó sagrado. De ahí, en fin, el escándalo de convertirse la juventud universitaria en ciega falange electoral para servir á los intereses de algun círculo político, y el triste espectáculo que ofrecían á la sociedad muchos jóvenes, devorados por una ambición tan prematura como risible, que les movía á solicitar empleos públicos, aun de elección popular, cuando no habían adquirido merecimiento alguno, ni conocían siquiera las reglas de la urbanidad, ni tenían figura de personas adultas.

Víctor, cuya modestia natural y educación de familia se oponían á todo pensamiento ambicioso, supo sustraerse con energía y constancia á la fiebre de vanidad, incredulidad y ambición que entontecía á muchos miembros de la juventud y les iba arrastrando á la degeneración y el envilecimiento. Además, las creencias religiosas del joven Prado presentaban insuperable barrera á la invasión del sensualismo utilitario; y lejos de conmover su fe los ataques de que era incesantemente objeto, cada día se afirmaba más, por convicción y comparación, en las creencias que había profesado hasta entonces por herencia y educación.

Era evidente á sus ojos la vaciedad y esterilidad de las doctrinas que en la Universidad se profesaban, pues en ellas todo era negación, todo conducía á la práctica del más refinado egoísmo, y no había un solo principio que pudiera servir de base á una moral noble y fecunda. Por otra parte, Víctor hacía comparaciones. Veía que entre los jóvenes educados en colegios privados, bajo los auspicios de la idea cristiana, había benevolencia y compostura, modestia y moralidad, y un notable sentimiento de dignidad patriótica, de amor á la familia y de entusiasmo por lo grande y lo bello. Al contrario, los más frenéticos sensualistas de los colegios públicos se distinguían por su amor al lujo, su petulante vanidad, su ambición interesada y desnuda de patriotismo, su excesiva libertad de lenguaje, maneras y costumbres, y la facilidad con que se apandillaban para intervenir con fines depravados en los asuntos políticos.

La situación de Víctor en la Universidad era penosa. Constantemente era blanco de los sarcasmos y burlas de sus camaradas, ya porque le veían concurrir á las ceremonias religiosas, estudiar mucho y observar una conducta moral intachable, ya porque en las clases y los claustros sostenía con indomable vigor, aun descontentando á varios de sus catedráticos, unas doctrinas abiertamente opuestas á las que éstos profesaban y enseñaban. Los más violentos acaso de los contendientes de Víctor eran dos alumnos de jurisprudencia, llamados el uno *Chupin*, por apodo, y el otro Heliodoro Rivéros, con quienes tenía frecuentes controversias que ellos le promovían con su característica petulancia.

Chupin era un muchacho pobrísimo, con mucha inteligencia y despejo natural, memoria feliz, locuacidad imperturbable y singular audacia, pero escaso de conciencia, por falta de educación, é impaciente por abrirse carrera. Esta impaciencia y una petulancia característica y precoz le habían inducido á tratar de distinguirse entre sus camaradas por la exageración de un ciego entusiasmo por las ideas de incredulidad y materialismo que la secta sensualista había proclamado en la Universidad y en la prensa; por lo que su oficio era perorar contra Dios, á quien llamaba "funesta invención de los necios ó los especuladores en religión," citar de memoria, como ideas propias, pero nunca entre comillas, todas las ineptias que medio leía en los libros de incrédulos, y fomentar intrigas para que los demás alumnos sirvieran al interés político de la secta. Vivía disputando, charlando sin ton ni ta, y su fatuidad sólo era comparable con su cinismo.

Heliodoro Rivéros era un pedante de otra estofa. Su padre era un sujeto muy importante de Bogotá, así por su considerable caudal como por sus antecedentes políticos, no precisamente brillantes, pero sí muy honrosos. Don Agustín Rivéros era del número de los caídos en 1861, y su fortuna había sido objeto particular de las exacciones dictatoriales de aquel año. Era algo mal mirado por el partido gobernante, por cuanto figuraba en primera línea entre los conservadores de influjo y respetabilidad, y particularmente los socialistas de imitación le tenían aquella mala voluntad con que muchos de los que nada ó poco poseen persiguen á los acaudalados. Su hijo Heliodoro comprendía que la considerable for-

tuna de su padre le granjearía envidiosos entre sus discípulos, si bien le prometía para después ventajosa posición y holgura. Pero el casquivano muchacho aspiraba á emanciparse antes de tiempo, á fin de brillar en el mundo del "gran tono" y en el "mundo político," lo que le parecía poco menos que imposible en las circunstancias en que se hallaba la República, á menos que él se apresurase á dilapidar el dinero de su padre. El partido conservador estaba caído; no se veía asomar al hombre de gran talento, vigor y prestigio que pudiera reorganizarle, darle aliento y dirigirle hácia nuevos destinos, y en sus filas era imposible hacer carrera política fructuosa.

Fuese por debilidad ó imprevisión, ó por desviar la prevención que contra él mostraban muchos liberales, don Agustín había cometido el error de colocar su hijo en la Universidad, desde 1868, porque en un principio nada había que temer en lo tocante á educación. Con temeraria confianza en la obra encomendada á los profesores universitarios, había abdicado en éstos el cuidado de la educación de su hijo, sin averiguar oportunamente si los resultados correspondían á sus esperanzas; y después, cuando comenzó á caer en la cuenta del giro que llevaban las cosas, era demasiado tarde para remediar el mal. Heliodoro había comprendido las dificultades de su situación personal, y además, respiraba constantemente en San Bartolomé, desde 1871, la atmósfera letal del utilitarismo. Poco á poco se fué infiltrando en su espíritu la "gran doctrina," y al cabo se dijo un día: "Por el camino de las ideas de mi padre nunca podré levantar la cabeza ni hacer la carrera que ambiciono;

por el otro camino, pronto seré diputado y representante. Con mi padre sólo tengo la riqueza, y eso, poco segura en los tiempos que corren; fuerza es que yo consiga lo que él no puede proporcionarme."

Desde aquel día Heliodoro comenzó á hacer en sus clases profesion de "libre pensador" (término convencional para expresar la incredulidad y el sensualismo utilitario), expresándose á estilo del cínico *Chupin*, su más íntimo amigo.

De ordinario, cuando *Chupin*, Heliodoro y muchos otros camaradas fastidiaban á Víctor burlándose de las creencias y severidad de costumbres de éste, en lugar de irritarse ni contestarles cosa alguna picante, él se afligia profundamente y guardaba un silencio desdenoso. Su natural melancolía cobraba creces al considerar cuán hondo era el abismo en que la juventud colombiana se estaba hundiendo. El cinismo era el rasgo más característico de aquellos barbiponientes sensualistas, que no lo eran siquiera por convicción (lo que algo habria dejado esperar, puesto que donde hay convicción hay razonamiento y tarde ó temprano brilla con éste la verdad), sino por vanidad, por espíritu de imitación, ó, lo que era peor, por algun interes. Es propio de la juventud el tener ilusiones, amar lo grande y bello, creer con fe y esperanza y mostrar altivez delante de la fuerza que se impone; y en esta virtud natural está el secreto de la confianza con que los jóvenes emprenden el viaje de la vida, y de la nobleza con que se apartan de todo lo que puede envilecerles. ¿Pero qué cosa es un incrédulo joven, un epicureista de veinte años? Es co-

mo un viejo cínico que no conoce las bellezas ni gracias de la vida; es una alma enferma hasta la gangrena, escondida en un cuerpo lozano y robusto. Espectáculo triste, por cierto! contraste profundamente doloroso! absurdo que espanta!

Víctor se espantaba y en silencio gemía, con lo que se ahondaba en su alma la herida que llevaba consigo desde su nacimiento; la melancolía..... "¿Es esta horrible enfermedad del materialismo ó del sensualismo, se preguntaba él con angustia, mal propio del espíritu humano? No, puesto que muchos, los más, estamos exentos del contagio, y el mundo ha conocido millones de mártires que se han sacrificado por la fe ó las ideas. ¿Es una calamidad que acompaña y caracteriza fatalmente al presente siglo?..... Oh! pero entónces todos estamos amenazados y para salvarnos tenemos que luchar sin tregua ni descanso! ¿Es un mal pasajero y local, fruto de las debilidades políticas de mi patria, y particularmente de un pueril espíritu de imitación? Tal vez! y esto me consuela un tanto y me estimula á persistir en mi confianza en el bien....."

Cuando así pensaba Víctor se recogía en su cuarto desde temprano, ó se iba á pasear por los afueras de la ciudad, contemplando en las bellezas del cielo y de la tierra; y de su recogimiento ó su meditacion resultaba casi siempre una bonita composicion poética llena de idealismo, con la cual se desquitaba de las amarguras que solia devorar en los claustros de San Bartolomé.

Por lo demas, gozaba muy poco de lo que ordinariamente se llama los placeres de la

juventud. Gustábanle por extremo los espectáculos dramáticos, pero muy rara vez concurría al teatro, por no mermar los escasos recursos de su familia, mayormente cuando ya habia caído en la cuenta de los sacrificios que se imponía su inmejorable tío por procurarle comodidades. Jamas andaba en malos entretenimientos ni en ruidosos paseos con sus camaradas, y en rarísimo caso se halló en tertulias ó reuniones de este linaje. Prefería, los domingos, salir á dar largos y solitarios paseos hasta los bosques del río *Tunjuelo* ó las alegres campiñas de *Cajicó*: y por la noche se holgaba departiendo en dulce intimidad con su madre y su tío, y luégo encerrándose á estudiar y solazarse con sus escasos libros de amena literatura y sus ensayos poéticos. Puede decirse que vivía vida exclusivamente moral é intelectual, nutriendo su espíritu al propio tiempo con jurisprudencia y poesía. Así la idea del derecho y la idea de lo bello le llenaban el alma y absorbían sus pensamientos.

Entre tanto, nuestro poeta habia llegado á su pleno desarrollo físico y era un joven de veintidos años, esbelto, delgado, de apostura distinguida, facciones finas, nobles y correctas, cabeza llena de gracia, y ojos negros y expresivos que denotaban vigor, resolucion, fuerza de voluntad y al propio tiempo melancolía y modestia. Tenía el cabello negro, brillante y sedoso como la piel del *ulamá* (1), la nariz recta y fina, el cuello admirablemente modelado, el andar mesurado y lento, y en las maneras y los movimientos un patente

(1) Especie de perro salvaje de nuestras tierras cañonales, semejante á un gozque y de color negro de azabache.

aire de dignidad y reserva. Hablaba poco, hasta mostrarse casi taciturno, pero cuando departía en la intimidad su conversacion era vigorosa, y en su lenguaje habia siempre cierta distincion artística y marcada tendencia á expresar las ideas con bellas imágenes y originales y oportunas comparaciones. Por lo demas, no conocía el odio ni la envidia por propio sentimiento, y en todo caso anteponía el deber al placer, el espíritu á la materia, la verdad á todo. Era poco expansivo, pero sincero en toda circunstancia; pecaba por timidez y desconfianza de sus fuerzas, pero contaba mucho con la fuerza moral que derivaba de sus creencias religiosas y de las verdades que adquiría con el estudio.

III

No tardó mucho en llegar para Víctor el tiempo de las tribulaciones. Cuando se preparaba en 1873 á presentar sus últimos exámenes y optar el grado y diploma de doctor en jurisprudencia, su tío se agravó visiblemente, y el día ménos pensado se comprendió que el reumatismo le habia llegado al corazón. El buen don Casimiro tenia hecho desde años atras su testamento cerrado, y como era hombre justo, de ejemplar conducta y muy creyente, fácil le fué arreglar su cuenta con Dios. Aguardó la muerte con tranquilidad, sin quejarse de sus dolores, como que era un viejo veterano del sufrimiento, y en brazos de su hermana y su sobrino rindió el alma á su Criador, esperando en la gloria eterna con la fe incontrastable de un perfecto cristiano.

Grande fué la afliccion de Víctor y su madre, pues ambos querian con acendrado cariño y reconocimiento á don Casimiro, y el abnegado y generoso anciano dejó en la casa un vacío que nadie podia colmar. Con amor y conciencia cumplió aquél con los deberes que le impuso el fallecimiento de su tio, y no titubeó en contraer algunas deudas, seguro de poder pagarlas á fuerza de economía, para tributarle los debidos honores fúnebres. Faltándole ya este paternal amigo y protector, todos sus cuidados debian ser para su madre, y á ella se los consagró con ejemplar fidelidad y ternura.

Poco despues se llenaron las formalidades necesarias para la apertura del testamento de don Casimiro, y se encontró que éste habia instituido por su único heredero á Víctor, pero dejando á doña Ana María el usufructo vitalicio de sus bienes. De este modo quedaban los dos con una renta anual de más de ochocientos pesos, y Víctor condicionalmente dueño de un capital que importaba como diez mil. Esto, para un jóven como él, estudioso, modesto, sin asomo de vicio alguno, sin ambicion ni vanidad y que muy en breve tendria abierta una carrera honrosa y lucrativa, gracias tambien á don Casimiro, era en realidad la riqueza. Por lo ménos Víctor estaba así seguro de que los últimos años de su madre serian tranquilos, pues contaria con lo suficiente para vivir sin estrechez ni afanes.

Pero muy poco duró esta seguridad, pues apenas se habia iniciado el juicio de sucesion que las leyes requerian, cuando se presentó un individuo, conocido en el bajo foro por sus malos antecedentes, promoviendo la nuli-

dad del testamento y reclamando como suya la más valiosa de las dos casas que dejó don Casimiro, pretension que apoyaba en la compra hecha, á personas extrañas, de unos derechos muy dudosos. Alegóse, por una parte, que el testamento carecia de cierta formalidad sustancial, sin duda por ignorancia, de parte del testador, de las fórmulas usuales; y por otra, que la escritura de propiedad otorgada doce años ántes á don Casimiro por el antiguo propietario, era un título defectuoso por falta de no sabemos qué requisito.

El abogado de pacotilla que apareció moviendo el pleito era un presta-nombre que ordinariamente servia de instrumento á ciertos personajes políticos, diestros en el empleo de sus intrigas y su influencia para ganar caudal. La mayor habilidad de éstos consistia en hacer los negocios por mano tercera, y en presentar siempre de pantalla algun litigante subalterno que apareciera como reclamando cosa propia. Merced á sus intrigas, aquellos codiciosos especuladores podian influir eficazmente en el nombramiento de los jueces y notarios y de otros empleados públicos relacionados con el Poder Judicial; por lo que muy fácil les era en muchos casos, dándose por unos meros consultores privados, redactar ellos mismos las sentencias decisivas de los negocios en que tenian interes directo, ó de aquellos en que su influencia era solicitada á trueque de ciertas ventajas políticas y pecuniarias.

Sospechando con fundamento de dónde provenia el pleito que le promovian, Víctor comprendió el peligro que le amenazaba y se apercibió á la lucha para defender sus dere-

chos y los de su madre, por lo cual no descuidó hacer las diligencias convenientes. Entre tanto, estudiaba sin descanso, porque se acercaba el día señalado para su grado y en el exámen tenia que habérselas con muy temibles adversarios. En efecto, dos ó tres de los profesores que debian examinarle y calificarle no sólo sostenian las más exageradas ideas en el sentido del materialismo radical, sino que eran muy intolerantes, como acontece siempre á los falsos liberales. Tenian fuerte prevencion contra Víctor, y era muy de temer que hicieran todo lo posible por deslucirle, ó á lo ménos por agobiarle con toda la sofistería de la dialéctica, arma que suele ser la principal de los sectarios.

Y así sucedió. El grado de Víctor fué sumamente concurrido, porque se comprendió que, so pretexto de jurisprudencia y ciencias morales y políticas, el Salon de grados se convertiria en un palenque, donde aparecerian en lucha abierta el radicalismo y el conservatismo, las doctrinas materialistas y las de la verdadera ciencia, que siempre armoniza con la moral evangélica. Tremendos fueron los ataques, que no preguntas ni réplicas, que varios de los examinadores hicieron á Víctor, á presencia de un concurso tan numeroso como inteligente y culto; y echóse de ver que el empeño de aquéllos era sorprenderle con argumentos especiosos y lucir su propia facundia, á expensas del sustentante, cual si trataran de ganar prosélitos y reputacion de espíritus fuertes y hábiles controversistas.

Pero Víctor, que pensaba con seriedad, hablaba con aplomo y sin petulancia y se habia nutrido con fuertes y variadas lecturas

y desinteresadas meditaciones, no se dejó desconcertar ni por un momento. Dueño de sí mismo, contestó á todas las preguntas con calma, expuso con lucidez y fidelidad las doctrinas universitarias, así como las que él profesaba, las comparó con gran vigor y método de análisis, se mostró constantemente armado del poder de la lógica y la crítica, y á la postre fué obligando á los examinadores á reconocer paladinamente que, si las ideas que él sustentaba no eran en gran parte las desarrolladas en los textos oficiales y enseñadas en la Universidad, en todo caso eran sostenibles y bien sostenidas, no solamente por el graduando mismo sino tambien por muy eminentes pensadores.

Ello fué que al concluirse el exámen é ir á hacerse la calificacion, hubo un inmenso rumor de satisfaccion y estalló un aplauso general en el Salon de grados. Muchísimas personas se acercaron á Víctor á felicitarle, y él se retiró al punto modestamente, en tanto que los examinadores conferenciaban en voz baja para concertarse más ó ménos acerca del voto que habian de dar. Se echaba de ver que algunos de ellos estaban chocados del espíritu de independendencia intelectual que habia mostrado Víctor y del valor con que habia defendido los principios que profesaba; y aún dejaban traslucir cierto despecho, cual si tuviesen conciencia, á pesar de su orgullo de sistema, de haber sido derrotados. Acaso predominó entre ellos el influjo de dos de los profesores, hombres de corazon no pervertido, que admiraban el talento y la rectitud del sustentante sin participar de sus ideas; acaso influyó tambien la patente impresion favora-

ble del auditorio, que mostraba decidida simpatía por el inteligente y noble jóven. Ello fué que, venciendo toda repugnancia, los examinadores aprobaron á Víctor con plenitud y le calificaron de sobresaliente; con lo que el público se desató en ruidosos aplausos y las felicitaciones se repitieron con más cordialidad y entusiasmo.

Aquella noche no sólo ganó Víctor una gran batalla y su diploma de doctor, sino también la pública simpatía y la sólida base de una reputacion que habia de ser el principio de una brillante carrera. Muchos, al concluirse el exámen, dijeron: "Este jóven es hombre de corazon y levantado espíritu y carácter;" y otros añadieron: "Será un vigoroso pensador, tal vez insigne poeta y orador, y acaso también un escritor de nota." Su camino quedó abierto, y desde aquel momento, no obstante su juventud, su nombre comenzó á tener pública resonancia.

A poco apareció en uno de los periódicos de Bogotá una serie de cinco ó seis artículos intitulados "Los tiempos actuales," firmados simplemente: *Phylos*, que causaron gran sensación. Echábase de ver que el oculto escritor era jóven, porque revelaba tener alma noble y llena de esperanzas; pero se comprendia que habia en él un grande espíritu. Trataba los más graves problemas de la situación moral de la República; investigaba y señalaba las verdaderas causas de los males que affligian á los colombianos; indicaba resueltamente los remedios; hacia ver que todo no estaba perdido, sino que el país se hallaba apenas en una época de transición peligrosa, de inconsecuencias y de vacilaciones para es-

coger y seguir el buen camino; y concluía invocando la generosidad de la juventud é invitándola á que con varonil energía se emancipase de las influencias corruptoras que la descarriaban, y se pusiese valerosamente á la cabeza de una reaccion espiritualista que regenerase á Colombia.

Todo esto, escrito con elegante casticismo y en bello estilo, con vigor y moderacion al propio tiempo, y sin dejar traslucir la menor pretension personal ni espíritu de bandería, sino de buena crítica y severo patriotismo, cautivó mucho á cuantos lectores hubo que no hubiesen perdido el sentimiento de la belleza y del bien, y despertó mucha curiosidad de conocer al escritor. ¿Quién es *Phylos*? preguntaban con marcada simpatía; pero nadie lo sabia, ni aún el redactor mismo del periódico. Y cada cual hacia suposiciones, sin dar con el verdadero nombre del autor de los artículos. Pocas semanas despues el mismo periódico recibia, sin saber por qué conducto, y publicaba con grandes elogios, un canto poético intitulado "Tú y Yo."

¿Qué cosa era este canto? Era un admirable poemita lírico lleno de amor, pero de amor religioso y filosófico, y era tan bello que, aún siendo erótico, no solamente lo leyeron las mujeres y los jóvenes, sino también muchos hombres serios y verdaderos literatos. El amor era tratado allí, no como fútil asunto de cortejos y amoríos, cual suelen tratarlo los poetas noveles ó simples versificadores, sino como la cosa más grande y sublime, la cosa universal por excelencia entre todo lo humano. Era el amor inmenso y divino, el sentimiento sintético de la Humanidad,

el amor esencialmente cristiano, es decir, fecundo como virtud, invencible como fuerza, inmortal como aspiracion, sublime como culto y sacrificio, inefable como esperanza y consolacion; el amor que se eleva hasta Dios despues de detenerse en la belleza de la planta ó la gracia del animal, que ama y respeta todo lo que vive inocentemente, y que se fija de preferencia en otro sexo porque así se realiza la union de las almas en la religion, la benevolencia, la abnegacion y la ternura.....

¿"Quién es *Phylos*?" tornaron á preguntar con más empeño y mayor interes los que leyeron el admirable canto. "*Phylos* puso de manifiesto primero, como escritor, su gran talento y elevado carácter, y ahora nos da la prueba de que es un verdadero poeta."

Pero un jóven cajista de quien el autor se habia valido para llevar sus escritos á la redaccion del *Espectador*, el periódico que los habia publicado, sin que se supiera de dónde procedian, no pudo más con el secreto, mayormente cuando todos encomiaban las obras del oculto pensador, y en breve se supo que Víctor del Prado y *Phylos* eran una misma persona.

Con esto quedó hecha la reputacion de Víctor. Los hombres de talento y criterio imparcial le encomiaban, reconociéndole aptitudes de primer órden para las ciencias morales y políticas, la poesia y la bella literatura. Las mujeres decian: "¿A quién ama Víctor del Prado? ¿Qué feliz mujer le ha inspirado ese sublime *Tú y Yo* que nos encanta? Dichosa la mujer capaz de conmover ese noble corazon y de inspirarle tan magnífico himno!"

Y en efecto, Víctor amaba realmente y no con la imaginacion sino con todo su sér. ¿A quién amaba? ¿De qué suerte le habia avasallado el amor, el divino tirano de las almas sensibles? Vamos á explicarlo narrando algunos episodios anteriores, decisivos del porvenir de nuestro poeta.

En el mes de Mayo del mismo año en que Víctor obtuvo los triunfos que hemos relatado, un domingo por la tarde paseábase él solitario y pensativo por la ántes pintoresca avenida que llaman en Bogotá "alameda de los Cementerios," aspirando con extraña mezcla de melancolía y delicia los aromas que exhalaban las rosas y los blancos floripondios ó flores de *borrachera* de los vallados laterales. Venia de visitar el sepulcro de su tio, y acababa de desembocar por el crucero de las calzadas en la esquina noroeste del parque ó vasta plaza de San Diego, cuando oyó, del lado de la carretera del norte ó Chapinero, un ruido extraordinario de gritos y exclamaciones por extremo alarmantes, al propio tiempo que muchas gentes despejaban la calzada corriendo hácia las vallas de uno y otro lado, cual si quisieran guarecerse de un gran peligro. Volvió Víctor los ojos hácia el punto donde estallaba la gritería, y vió con espanto que venian hácia él, como á unos doscientos metros de distancia, enteramente desbocados y con las bridas reventadas, dos grandes caballos castaños que arrastraban violentamente una berlina abierta, dentro de la cual habia gente. La violencia de la carrera era tal que nadie podia distinguir las fisonomías de las personas que venian en el carruaje, horriblemente sacudidas y en inminente peligro de ser arro-

jadas léjos y perecer lastimosamente. Como todos los espectadores procuraban hacerse á un lado, evitando ser atropellados y talvez despedazados por los caballos y el carruaje, y era imposible que hombre alguno, caso de tener el valor y abnegacion que eran menester, tuviese tambien la hercúlea fuerza necesaria para contener la frenética pareja, atravesándose en el camino, se podia considerar como inevitable una catástrofe.

Con la rapidez del pensamiento, Víctor vió venir la berlina, formó juicio de la inminencia del peligro, se lanzó sobre el tronco de un sauce babilónico de la orilla de la calzada y verificó una evolucion asombrosa. Los movimientos fueron tan rápidos, que apenas á los pocos segundos llegaron los caballos delante de Víctor, en el medio de la carretera, y se produjo el incidente más inesperado. Uno de los brutos dobló las rodillas y cayó de bruces, rompióse con fracaso la espiga ó lanza del tiro, el otro caballo se encabritó, enredándosele las patas traseras y se detuvo bruscamente por necesidad, el carruaje se dislocó en cierto modo, y de uno de sus costados quedó suspendida por algunos instantes una señorita, de las personas que venian dentro, en tanto que un caballero y una señora de avanzada edad yacian como en peloton en el fondo de la berlina.

¿ Por qué causa se habian producido todas estas circunstancias? Víctor habia tenido una inspiracion tan feliz como instantánea para detener los caballos y el carruaje, visto que no era posible atajarlos del modo ordinario: habia desgajado con súbita fuerza, del sauce babilónico, una gran rama muy baja y arro-

jádola prontamente sobre la calzada para que, atravesada, formase un fuerte pero flexible obstáculo. Al pasar por encima los caballos, metieron las patas entre la ramazon, y como Víctor sostenia á la mayor altura posible, con toda su fuerza, la parte más gruesa y leñosa de la rama, el enredo de cascotes y ruedas delanteras fué tal que sucedió lo que hemos dicho. Inmediatamente ocurrieron muchas personas, cogieron los caballos por las destrozadas bridas, rodearon con vivo interes el carruaje y se pusieron á prodigar sus cuidados al caballero y á la señora que parecian estar sin sentido debajo de los revueltos cojines.

Víctor, por su parte, hizo un horrible gesto como de agudísimo dolor, al recibir el choque, y cayó á traves de la calzada, arrastrado por la rama de sauce. Pero al punto se incorporó y se puso en pié, dió dos ó tres brinco con agilidad, recibió en los brazos á la señorita que pendia del costado de la berlina, enredada con su flotante traje lleno de arandelas y blondas, y la colocó sobre uno de los cojines sana y salva, bien que llena de terror y algo magullada por las sacudidas; y cuando vió que no habia ocurrido golpe ni lesion alguna grave, se deslizó rápidamente á traves de la turba allí amontonada, y se dirigió con presteza hácia el atrio de la iglesia de Recoletos de San Diego, recientemente convertido en ameno jardin exterior del Asilo de indigentes.

Las personas que habian sufrido el fracaso de la berlina y salido con bien de tan inminente peligro eran don Agustin Rivéros, doña Luisa Ortega, su esposa, y su preciosa hi-

ja Margarita. Apenas sí comenzaban á reponerse del tremendo susto y se palpaban todo el cuerpo para cerciorarse de que no habian sufrido lesion alguna, cuando don Agustin volvió las miradas en torno suyo y preguntó con dulzura y evidente ademan de reconocimiento:

—¿ Quién es el que nos ha salvado?

Un artesano que estaba al pié del carruaje contestó:

—Es un jóven *decente* á quien conozco de vista, pero no sé cómo se llama.

—¿ Y dónde está? ¿ qué se hizo? tornó á preguntar don Agustin con mucho interes.

—Lo ignoro, repuso el artesano. Le vi levantar á la señorita, sentarla en el coche y desaparecer.

—Ah! qué es esto? Dios mio! exclamó Margarita.

—¿ Qué es, hija? gritó asustada su madre.

—Sangre, mamá! mire Usted! tengo el traje todo ensangrentado! Está Usted herida?

—No, hija. ¿ Y tú, Agustin?

—Tampoco, respondió éste.

—Ah! entónces el herido es nuestro generoso salvador! añadió Margarita visiblemente apesurada.

Y en efecto, en el talle de ella estaban pintados patentemente con sangre los dedos de una persona, lo que no dejaba duda de que la suposicion era fundada.

Buscaron por todas partes al herido, y nadie le halló ni supo dar razon del misterioso jóven que tan valerosa como oportunamente habia salvado á la familia Rivéros. Don Agustin ofreció premios á los que averiguaran y le informaran quién era el autor

de tan bellos actos que se ocultaba con singular modestia; dió las gracias por los auxilios que se le habian dado, distribuyendo entre varios artesanos todo el contenido de su bolsa, y confiándoles los caballos y el caruaje, se encaminó á pié con su esposa y su hija hácia el centro de la ciudad.

Lo que habia sucedido á Víctor era un accidente muy natural: al tropezar los caballos con la rama de sauce y enredarse en ella, le habian impreso tan violenta sacudida, que la parte gruesa y leñosa se retorció entre las manos del abnegado jóven, desollándole las palmas completamente con la corteza y las astillas, á tal punto que la sangre le brotó en abundancia, y el sacudimiento le arrojó al suelo. De ahí el gesto de dolor que habia hecho. Una vez que vió en salvo á la familia Rivéros, con quien no tenia relaciones algunas, resolvió prontamente alejarse, queriendo sustraerse á toda manifestacion de agradecimiento; pero advirtiéndole en que tenia las manos ensangrentadas y recordando que por allí cerca no habia botica alguna donde pudieran auxiliarle, se las envolvió con su pañuelo y sin titubear se dirigió hácia el Asilo de indigentes, esperando que allí podrian examinarle el daño que tuviese y curarle, si quiera fuese provisionalmente. En efecto, le acogieron muy bien en la enfermería, le lavaron las manos con agua fria y árnica, y le aplicaron los vendajes convenientes. Al cerrar la noche se salió del Asilo y tranquilamente se dirigió hácia su casa, donde refirió á su madre lo ocurrido.

Entre tanto se propagaba en la ciudad la noticia del accidente del carruaje, llamando

la atencion por sus circunstancias y por ser muy notable y estimada la familia Rivéros; y despertó mucho la curiosidad el misterioso jóven autor de la proeza, en quien todos admiraban, sin sospechar siquiera su nombre, el ingenio y prontitud del recurso adoptado y el desinterés con que en seguida se habia ocultado.

El pobre Víctor, con las manos horriblemente desolladas y estropeadas, sufrió aquella noche agudísimos dolores y un continuo escozor casi insoportable; pero al cabo se durmió y entónces se desquitó soñando..... Soñó que pasaba por una extraña sucesion de escenas violentas y catástrofes, pero que en todas ellas sobresalía una figura angélica, no con alas, sino cubierta de blondas y gasas azules, y que de entre estas gasas asomaba, risueña y encantadora, una celestial cabeza de niña de diez y siete años, hermosa como un serafin, en cuyos grandes y azules ojos habia miradas llenas de dulzura y agradecimiento, y en cuyos labios purísimos vagaba una sonrisa tiernamente afectuosa.....

IV

Que el lector nos permita, por algunos instantes, abandonar á Víctor á sus sufrimientos físicos y sus deliciosos ensueños, á fin de quedar libres para penetrar en el interior de una de las más suntuosas casas de Bogotá, situada en el centro del barrio de la Catedral y en una de las calles más populosas y de mejor aspecto. Don Agustin Rivéros y su familia acaban de almorzar, y de sobremesa, gustando algunas frutas, Margarita refiere por segunda vez á su hermano todos los

incidentes del fracaso del dia anterior, insistiendo en hacer notar la generosa conducta del jóven desconocido que les habia salvado de inminente peligro.

—Decididamente, dijo Heliodoro, no comprendo ni me explico la extraña conducta de ese jóven, que me parece tomar, como entre sombras, cierto airecillo de novela.

—Cómo! no te lo explicas? exclamó Margarita.

—No.

—Pues yo sí.

—Me parece que en ese personaje misterioso hay, ó un gran fondo de necedad, ó mucho orgullo, puesto que se oculta sin motivo.

—Yo, al contrario, en vez de necedad ú orgullo, adivino en ese jóven un carácter noble y un gran sentimiento de delicadeza, observó Margarita.

—Por qué? murmuró su hermano.

—El jóven, segun el vestido, el aire y ademán que pude notarle, no obstante mi turbacion y terror, pertenece á muy buena sociedad. Seguramente nos conoce, pero no tiene relaciones de amistad con nosotros.....

—¿Y esa observacion á qué conduce? interrumpió Heliodoro.

—Papá tiene fama de ser muy rico; y nuestro salvador, seguramente por delicadeza, habrá querido sustraerse á toda manifestacion de gratitud de nuestra parte, por no parecer deseoso de recibir el premio de su generosa accion.

—Bah! ¿Crees tú, Magarita, que haya en Bogotá tontos de ese linaje?

—¿pY or qué no? Acaso toda la juven-

tud está pervertida por la idea del interés y el egoismo?

Heliodoro se mordió los labios como si se sintiera aludido por su hermana.

—Margarita tiene razon, dijo don Agustin con cierto aire de severidad, interviniendo en la conversacion de sus hijos. Á Dios gracias, todavía no se ha extinguido la raza de los caratères nobles; y en todo caso, la suposicion de Margarita es la más natural y plausible.

—Pero algo tenemos que hacer para aclarar el misterio, observó doña Luisa.

—Sin, duda, repuso don Agustin. Es menester, Heliodoro, que te pongas en campaña inmediatamente, con la debida discrecion, hasta descubrir esa persona á quien somes deudores de la mayor gratitud.

—La empresa es bien difícil, papá. ¿Qué podré lograr yo si no estuve presente en el acontecimiento de ayer y no tengo datos...?

—Cuando hay voluntad de cumplir con un deber, se cumple. De algo te han de servir tus numerosas relaciones con la juventud de Bogotá. Además..... ¿no hubo un artesano que nos dijo ayer.....sí, que él conocia muy bien de vista al consabido jóven?

—¿Y qué artesano es ese? preguntó Heliodoro.

—Yo le conozco, dijo doña Luisa, porque una vez le hice venir á casa para pintar las barandas interiores y los canales de los tejados.

—Ah! ese es Calixto, el pintor. Tambien le conozco, añadió Heliodoro.

—Pues irás inmediatamente á buscarle, re-

puso don Agustin, levantándose para dejar el comedor.

—Está bien; iré.

Heliodoro parecia estar contrariado, cual si le repugnase la idea de solicitar informes acerca del individuo á quien toda su familia debia un insigne servicio. Ello fué que al retirarse del comedor sus padres, él se quedó saboreando una tacita de café negro, y Margarita se detuvo en frente, mirándole con cierto airecillo malicioso.

—¿ Parece que no te ha gustado la comision que te dió papá? dijo.

—No.

—¿ Por qué?

—Porque no es digno de mi posicion el ir á hacer unas indagaciones tan..... indiscretas.

—¿ Llamas indiscreto lo que la gratitud aconseja y exige?

—Yo tengo mis ideas.

—Bien puedes pensar de los hombres lo que quieras; pero..... vamos! hermano ¿no es cierto que somos deudores de un gran beneficio?

—No digo precisamente que no; pero.....

—¿ Quieres que yo te ayude á desempeñar la comision?

—No sé de qué modo pudieras ayudarme.

—Con mis recuerdos.

—¿ Recuerdos de qué?

—Del jóven misterioso. Sí; recuerdo perfectamente los rasgos de su fisonomía, su talla, su ademan.....

—Ah! tanto así pudiste reparar en él?

—Sí. Le vi sosteniendo con increíble resolucion la gran rama de sauce que tiró sobre la calzada, y despues, al sentirme levantada

en brazos de una persona, cuando estaba suspendida del costado del coche, á punto de sufrir quizas una caída mortal, él me sentó sobre los cojines con la mayor delicadeza, y al volver yo los ojos instintivamente para mirarle y expresarle mi gratitud, le vi ruborizarse y bajar la frente, no sin tener tiempo para distinguir yo sus facciones.

—Vamos! pues tienes vista de lince!

—Y acaso le vi más con los ojos del alma agradecida, que con los del cuerpo, casi nublados por el terror.

—Hazme, pues, el retrato del precioso duende ó héroe novelesco.

—Tiene cuerpo delgado, elegante y casi grande.

—¿Qué más?

—Los cabellos muy negros y brillantes.

—Continúa.

—Unos ligeros bigotes y muy poca barba, corta, en forma de patillas; los ojos muy expresivos, la tez de un bello blanco mate y....

—¿Y qué?

—En todo el continente un no sé qué..... algo que parece expresar dulzura y melancolía. Creo que alguna vez le había visto yo, no sé si en la calle, en el teatro ó en alguna iglesia; pero sin saber quién es, me parece que su fisonomía no me era desconocida.

—Ah! si será talvez..... murmuró Heliodoro.

—¿Quién?

—Dime: ¿qué edad podrá tener?

—Es muy jóven aún: de seguro no tendrá más de veinticuatro años.

—Sospecho ya.....sí; sospecho que sea.....

—¿Quién? tornó á preguntar Margarita con ansiedad creciente.

—Todas las señales coinciden: debe de ser Víctor.

—¿Víctor qué?

—Víctor del Prado.

—Le he oido nombrar como poeta y jóven de talento, pero no sé si le conozco. ¿No era uno de tus camaradas del colegio?

—Sí; y tenia conmigo frecuentes discusiones.

—Pues vete pronto á cerciorarte de la verdad. Te lo suplico, Heliodoro; ese es tu deber, y todos quedarémos complacidos si descubres quién es nuestro benefactor.

Heliodoro, más contrariado que poco ántes, pero en otro sentido, á causa de la mala voluntad con que había mirado á Víctor, prometió hacer diligencias para cerciorarse de lo que sospechaba.

El mismo dia habló con el pintor Calixto, y éste le dijo:

“Conozco bien al jóven, pero ignoro su nombre. Creo que vive en el barrio de las Niéves, porque varias veces le he visto en misa en la iglesia de la Tercera y le he encontrado por la calle de Santa Ana.”

Esto confirmó á Heliodoro en sus sospechas; pero para salir de dudas imaginó un pretexto y se encaminó hácia la casa de Víctor, á quien nunca había visitado y hacia meses que ni siquiera saludaba. A! llamar aquél á la puerta salió una criada á recibirle.

—¿Está en su casa el doctor Prado? preguntó Heliodoro.

—Sí, señor, contestó Martina; pero está enfermo y no recibe visitas.

—¿Qué novedad le ha ocurrido?

—Qué sé yo. Tiene las manos hechas una lástima. Anoche llegó con ellas ensangrentadas y envueltas en vendajes.

—Con mayor razon quiero verle. Toma, entrégale mi tarjeta y dile que aguardo á saber si puedo entrar.

Martina se entró, y un instante despues introdujo á Heliodoro, diciéndole:

—Que pase sumerced adelante.

Víctor estaba en su salita, vestido con una modestísima bata y como para no recibir visita alguna.

—Buenos dias, Prado, dijo Heliodoro, al entrar, con tono de embarazo y de afabilidad forzada.

—Buenos dias, Rivéros. Esta visita me sorprende.....

—¿Por qué?

—Tu intolerancia y tus amargas burlas me habían habituado de tal modo á creer en tu mala voluntad, si no enemistad declarada, que tu visita es la que ménos he podido esperar.

Heliodoro se sintió desconcertado por un momento; sin embargo, pronto replicó:

—Oh! echemos eso en olvido. Nuestras ideas difieren mucho, es verdad; pero eso no obsta para que nos tratemos.....

—¿Como amigos?

—Así, ó poco ménos.

—Sea, repuso Víctor con cortesía.

—La casualidad ha querido, añadió Heliodoro mudando la conversacion, que al venir á buscarte con un objeto particular te haya encontrado enfermo.....

—¿Qué objeto te traía?

—Venía á proponerte que me vendieras

algunos de tus libros..... que me hacen falta y son raros en Bogotá.

—¿De mis libros? cosa extraña! mis libros raros, como quieres llamar los que no son de textos comunes, son todos espiritualistas y conformes con el principio cristiano. ¿Por ventura quieres convertirte?

—No; pero deseo leer.....los que tratan de ciertas cuestiones importantes.

—No puedo venderte ninguno de mis libros, porque todos tienen para mí valor de afecto; pero están á tu disposicion y puedes mandar por ellos, si tienes el propósito de leerlos con ánimo desprevenido.

—Entónces no hablemos más del asunto.

—¿Y por qué no? Yo me atreveria á recomendarte la lectura de dos preciosos volúmenes de una obra de Augusto Nicolas.

—¿Cómo se intitula?

—*El arte de creer.*

—¿Luego la creencia es un arte?

—Como fe, no, porque así es obra de la educacion ó de la gracia; pero como medio de llegar á la verdad, sí.

—Ya trataremos de eso despues, repuso Heliodoro.

—Como gustes.

—Pero.....dime, añadió al punto variando otra vez la conversacion: ¿qué accidente es el que te ha ocurrido ayer? Tu criada me ha dicho que tenias las manos despedazadas; y en efecto veo que.....

—Despedazadas no. La lesion será asunto de pocos dias.

—¿Y cuál fué el accidente? preguntó de nuevo Heliodoro mirando fijamente á Víctor.

Este no sabia mentir, pero hizo un esfuerzo para disimular su pensamiento y contestó:

—Una triste caída..... de á caballo. Monté ayer un potro algo esquivo, y el maldito animal se asustó y me tiró léjos sobre la calzada de San Victorino. Al caer, extendí las manos instintivamente y se me desollaron con la violencia del choque sufrido sobre el casco y la arena del mac-adams.

—Ah! respiro! dijo Heliodoro fingiendo simpatía. Creí que te hubieras dislocado un brazo.

—Felizmente no.

—Lo celebro.

—Gracias.

—Qué casualidad! mi familia sufrió tambien un grave accidente ayer tarde.

—Un accidente grave! Lo siento infinito. ¿Qué especie de accidente fué? preguntó Víctor fingiendo completa ignorancia.

Heliodoro, á quien desconcertó la serenidad de su interlocutor, relató en doblones el suceso de San Diego.

—¿Y no han sufrido novedad alguna las personas de tu familia?

—Ninguna; todo se redujo al susto y..... algun magullamiento pasajero.

—Te felicito de todo corazon.

—¿Pero no te parece muy extraña la conducta de ese jóven desconocido que socorrió tan oportunamente á mi familia?

—En efecto, el caso es raro.

—Por más que cavilo en ello no puedo sospechar quién sea el individuo.....

Víctor miró con suma tranquilidad á su interlocutor y repuso:

—Realmente es difícil imaginar quién haya sido el afortunado servidor de tu familia.

Heliodoro perdió la pista por completo, acabó de convencerse de que Víctor nada tenia que ver con el incidente de San Diego, y á poco se retiró, convencido de que Margarita habia visto con ojos muy turbios á su salvador, ó que éste, por rara casualidad, tenia notable semejanza de cuerpo y facciones con Prado. Víctor, por su parte, comprendió que Heliodoro habia sido enviado á sondearle de algun modo, y que la familia Rivéros tenia empeño en aclarar el misterio, lo que para el generoso corazon de nuestro jóven era por sí sólo una amplia recompensa.

—Vamos! Margarita, dijo Heliodoro al volver á su casa. Tus ojos te engañaron ó mis suposiciones eran infundadas. He visto á Víctor Prado y.....

—¿Qué ha resultado, pues?

—Que aquel no es tu jóven misterioso.

—¿Estás bien seguro de ello?

—Segurísimo. El pobre poeta, que seguramente es pésimo jinete, fué tirado ayer de hocicos, en la calzada de San Victorino, por un caballo que montaba, y esto precisamente á la hora en que ocurría el accidente de la plaza de San Diego. Está probada la coartada.

—¿Qué cosa es coartada?

—Una prueba de incompatibilidad de hechos por diferencia de lugares y coincidencia de horas.

—Entonces.....¿buscarás por otro lado?

—Es inútil.

—¿Por qué inútil?

—Porque á nada conduce el descubrimien-

to de un individuo que intencionalmente se oculta.

Margarita guardó silencio pero no se dió por satisfecha. Tenia ya exaltada la imaginacion, ardientemente deseosa de aclarar lo que llamaba "el misterio," y si á esto la habia movido primero el instinto de la gratitud, despues su curiosidad habia sido excitada precisamente á causa del aspecto algo novelesco que tomaba el asunto. "¿Quién es ese extraño jóven?" se preguntaba ella con aquel interes propio de lo que tiene algun aire de misterio, que para las mujeres es siempre seductivo. ¿Por qué se sustrajo á nuestras manifestaciones de gratitud, dejando solamente, como prueba de su generosidad, la huella de su sangre estampada en mi vestido? Pero..... qué idea! sí; precisamente las manchas de sangre pintaban en cierto modo unas manos ensangrentadas, y mi hermano ha dicho que las heridas del jóven Prado están en las palmas de las manos. ¿No se habrá alucinado Heliodoro? Es muy posible. Ah! yo quiero ver claro en ésto; y mamá puede ayudarme. Hay que hacer llamar al artesano pintor para interrogarle."

En efecto, Margarita hizo cuanto pudo hasta que logró hablar con Calixto. Los informes de éste coincidieron completamente con los recuerdos de ella misma, en lo tocante á las facciones, la talla y demas señales del "jóven misterioso." Así Margarita, no obstante la ligereza de su carácter, todavía casi infantil, resolvió continuar la investigacion. Estaba poseida de agradecimiento y curiosidad, lo misterioso del asunto la aguijaba, y

tenia voluntad enérgica y perseverante, bien que apenas rayaba en los dieziocho años.

El segundo dia despues era de fiesta y Margarita suplicó á su madre que la llevara á la iglesia de la Tercera á oír la misa de las siete.

—¿Por qué á la Tercera?" habia preguntado doña Luisa.

—Qué sé yo, mamá," habia respondido Margarita. "Tengo no sé qué presentimiento....."

—Vamos, pues."

Y fueron, en efecto.

La iglesia de la Tercera tiene aspecto serio y sombrío, pero es, por sus obras de madera, la más notable de Bogotá. Sus paredes y bóveda están cubiertas de rico maderámen de nogal artísticamente tallado, sin pintura ni dorados. Allí hay sencillez y simetría, severidad y elegancia, y todo tiene aire verdaderamente religioso y cristiano. Como de costumbre en nuestras iglesias, los hombres ocupaban todo el centro del templo, desde el pié del bautisterio hasta la gran mampara de madera que se interpone delante de la puerta, entre dos largas filas de escaños desnudos y de pesada estructura. Entre estas dos filas y las paredes laterales que sostienen la única nave de la iglesia, estaban de hinojos las mujeres ó se iban arrodillando las que llegaban.

Margarita entró con su madre, cubiertas ambas con sus amplias mantillas nacionales de merino negro, y juntas tomaron puesto al pié del espaldar de un escaño y comenzaron sus primeras oraciones, leyendo en sus devocionarios. Algunos momentos despues salió de la sacristía el sacerdote revestido, y al punto comenzó á decir la misa en el altar mayor.

La concurrencia era como en todas las iglesias. Componíase de mujeres en su mayor número, todas muy devotas y recogidas, y en su parte masculina, de tres clases: en primer lugar, de artesanos, porque en Colombia los pobres, los humildes no han perdido la fe; en segundo, de hombres de edad provectora, muchos de ellos cubiertos con la tradicional capa española, subsistente todavía en Bogotá, pero ya muy derrotada por el *paletó* francés; en tercer lugar, de jóvenes pertenecientes á familias conservadoras y que no habían pasado por los colegios públicos. Los liberales concurrentes de alguna notoriedad eran rarísimos, porque, en Colombia, en nada se patentiza tanto el orgullo y el espíritu de partido, como en las costumbres religiosas. Por punto general, basta que un liberal se considere algo importante para que se crea desdorado y desacreditado con la asistencia á los oficios divinos y alardée de incrédulo ó espíritu fuerte; lo que no le impide proceder en sus actos de familia cual si fuera católico, y á la hora de la muerte confesar y comulgar, aparentemente muy contrito.

Un joven que estaba sentado en uno de los escaños y daba la espalda á Margarita cuando ésta se arrodilló, se puso en pié y en seguida de hinojos al llegar el sacerdote al altar. Vióle Margarita instantáneamente y sintió como una conmoción eléctrica: la pareció que aquel joven era el mismo de la escena de San Diego, y su curiosidad y sentimiento fueron tan vivamente excitados, que desde aquel instante no pudo rezar con devoción ni atender á la misa como debía. El espaldar del escaño la impedía ver el rostro y la talla del joven, pe-

ro ella sentía no sabemos qué cosa instintiva: un influjo magnético que la relacionaba con aquel individuo y despertaba en su ánimo vivísimo interés. Era, por tanto, grande la impaciencia con que esperaba el momento en que la fuese dado ver fijamente la fisonomía de su piadoso vecino para cerciorarse de lo que casi tenía por evidente.

Llegó el momento de leer el Evangelio del día y casi todos los hombres se incorporaron poniéndose en pié. Margarita, diestramente cubierta la cabeza con la mantilla, sin taparse por eso los ojos, los alzó lentamente y miró de soslayo á su vecino. Una sensación de profundo gozo se apoderó de su alma, y en sus pupilas brilló un relámpago de alegría que nadie pudo notar. No había que dudarle: el joven que estaba allí, las manos cubiertas con holgados guantes de lana, atendiendo muy devotamente á las ceremonias de la misa, era el mismo que en San Diego había salvado de una catástrofe á Margarita y á sus padres..... Evidentemente ignoraba él que ella estaba á su lado y le devoraba á hurtadillas con los ojos, mayormente cuando rara vez dejaba de leer en el modesto libro de oraciones que tenía en las manos y parecía serle muy familiar; y ella pudo, no sólo mirarle con entera seguridad de no alucinarse, sino también admirarle en silencio. La fisonomía de aquel raro joven tenía todos los rasgos distintivos de la belleza varonil y la nobleza de sentimientos; y Margarita, que era una muchacha sencilla y entusiasta, ingenua y de corazón tierno y afectuoso, no pudo ménos que sentirse como dulcemente seducida y atraída por aquella simpática figura, máxime cuando ella le debía un

gran servicio, prestado con generosidad espontánea y mucha oportunidad, y sobre todo con exquisita delicadeza. Dígase lo que se quiera cuando se acusa á las mujeres de ligereza, de vanidad en orden á galas y hermosura, y de inclinación general á la coquetería, es lo cierto que ellas lo que aprecian más en los hombres es la delicadeza, y lo que más las seduce y avasalla es un carácter noble y generoso. Las gusta ser dominadas por el hombre á quien aman, pero que el dominio, áun siendo absoluto, no se ostente; que sea caballeroso y nazca del poder de una *alma*, no de una simple voluntad orgullosa, ó de una fisonomía imponente, ó de un brazo brutalmente fuerte.

Margarita se sintió más que atraída por aquel joven salvador, herido por causa de ella, que ni la miraba siquiera, ignorando que la tenía tan cerca. No solamente le admiró por su bella figura y por el beneficio que le debía, sino que se sintió su *amiga*, ligada á él como se liga la flor al rayo de sol que la fecunda y hace vivir con lozanía. Una casualidad hizo que esta admiración muda de Margarita tomara otro giro. Muy cerca de ella estaba arrodillada una señora anciana, quien tuvo súbitamente un violento acceso de tos asmática. Tosió tanto que el acceso comenzó á parecer alarmante y muchas personas tornaron á mirar hácia la pobre señora,—entre ellas Víctor. La mirada de éste, entre curiosa y abstraída, se cruzó con la de Margarita, y este cruzamiento fué una doble revelación..... Víctor reconoció al punto á la preciosa hermana de Heliodoro, se ruborizó, vivamente impresionado, é involuntariamente dejó vagar en sus labios una dulcísima sonrisa, en tanto

que aquélla parecía decirle con la mirada: "Gracias!" Hubo en la mirada de Víctor sorpresa y gozo infinito, y en su sonrisa algo como fraternal, cual si él comprendiera que, habiendo salvado á Margarita de un gran peligro, sus dos existencias se habían ligado en cierto modo; así como en la mirada de la joven se puso de manifiesto la expresión ingenua de la gratitud y la estimación.....

Un instante despues Víctor, que miraba á Margarita oblicuamente y con disimulo, notó que ella se inclinaba hácia su madre y la hablaba al oído. En seguida doña Luisa alzó los ojos y los volvió lentamente hácia él. Dos ó tres veces durante la misa las miradas de los dos jóvenes se encontraron como por casualidad, y siempre tenían la misma expresión de dulzura, bien que en el ademán de Víctor había cierta reserva, como si éste evitara realzar ó hacer recordar las circunstancias que motivaban el mutuo reconocimiento hecho allí con tan vivo interés.

Acabóse la misa, y los hombres, que estaban muy apiñados en el centro de la iglesia, fueron desfilando lentamente para salir. Cuando Víctor tomó su sombrero del escaño y volvió la espalda al altar mayor, inclinó la cabeza y con invencible simpatía tornó á mirar á Margarita como para despedirse. Ella permaneció sentada en el suelo, á la usanza piadosamente humilde de nuestro país, y con los ojos y una sonrisa llena de casta suavidad correspondió la despedida.

V

Cinco ó seis días trascurrieron despues de lo que acabámos de narrar, y ni á Víctor se le

habia visto por las calles en el barrio de la Catedral, ni persona alguna de la familia Rivéros procuró verle. Él estaba, al parecer, totalmente ocupado en la defensa de sus intereses y los de su madre, pues sólo se le vió en San Francisco, residencia de los tribunales y principales oficinas del Estado. El pleito promovido contra Víctor habia sido adelantado con celeridad inusitada en los juzgados y tribunales de Cundinamarca, ya fuese porque el juez y su secretario estuvieran del lado de la parte contraria, ya porque, siendo de puro derecho la cuestion que se ventilaba, sólo habiera habido necesidad de aducir pocas y sencillas pruebas, sin prórogas de términos ni articulaciones dilatorias ú otros embrollos. A fuer de hombre de probidad invulnerable, Víctor habia rechazado con indignacion todo consejo de dilatar el asunto, y contando con la justicia que claramente le asistia, en su concepto y el de dos buenos abogados cuyo dictámen habia consultado, hizo lo posible para que el pleito fuera prontamente decidido. Trabajó con esmero en preparar su alegato de conclusion, lo presentó y aguardó el fallo, no sin inquietud, pues si contaba con la justicia del Código civil, no le inspiraba igual confianza la muy problemática equidad del juez, especie de rábula político elevado por intrigas y favor á la magistratura, y á quien la voz pública acusaba de venalidad y de estar sometido en absoluto á la influencia corruptora de algunos personajes del círculo á la sazón dominante.

Una tarde, al volver Víctor á su casa, despues de haber hecho sus diligeneias en San Francisco, encontró una novedad muy impor-

tante. Durante su ausencia se habia presentado en la casa un criado, portador de una carta y de un abultado mueble que dos mozos de cordel cargaban en una parihuela. La carta, firmada por don Agustin Rivéros y dirigida á Víctor, decia:

“Muy estimado señor mio.

“Un sentimiento de respeto por la excesiva delicadeza de usted me obliga, muy á pesar mio, á abstenerme de ir á casa de usted, miéntas no esté autorizado para ello. Usted nos ha hecho un insigne servicio, á mi familia y á mí, salvándonos generosamente, con peligro y daño para usted mismo, de un accidente que bien pudo costarnos la vida; pero usted, procediendo con una delicadeza que considero exagerada, bien que la estimo y respeto mucho, ha esquivado toda manifestacion de gratitud de nuestra parte, y aún se ha obstinado en negar que es nuestro salvador. No tengo sobre esto la menor duda, y sé que he contraido para con usted una deuda de perdurable gratitud. Permítame expresarle con efusion mis sentimientos, y hágame el honor de aceptarlos; mayormente si toma en cuenta lo que acaso ignora, que tuve relaciones de amistad con el señor su padre, dignísimo sujeto, siquiera fuese sin llegar nunca á visitarnos.

“Juzgo que usted no me negará el derecho de estimarle y quererle, y espero que su delicadeza no se ofenderá si le suplico, como lo hago, me haga el favor y honor de aceptar un pequeño obsequio que me tomo la libertad de enviarle, no como testimonio de gratitud, —que ni esta deuda tiene límite ó precio ni pretendo pagarla,—sino como un afectuoso

recuerdo con el cual quiero mantener en la memoria de usted el de una nobilísima accion suya.

“Por lo demas, y en esto finco mayor empeño, la amistad de usted será preciosa para mi familia y para mí, máxime cuando sé lo que usted vale personalmente por sus virtudes y talento; mi casa está franca á la disposicion de usted y tendremos á mucha honra el que quiera favorecerla algun dia con su presencia; y si me lo permite, iré con singular placer á visitarle.

“Soy con toda consideracion su muy atento servidor y agradecido amigo,

Q. B. S. M.

“AGUSTIN RIVÉROS.”

Nada podia ser más correcto que esta carta, por la delicadeza de sentimientos que ponía de manifiesto, así como por la sincera estimacion de Víctor que claramente mostraba. Éste se sintió profundamente conmovido y obligado; pero fué mayor su emocion al descubrir, abrir y examinar el mueble que don Agustin le habia enviado. Era un precioso escritorio de palisandro, que ofrecia toda la comodidad necesaria para escribir, enteramente frances por su estructura, y en su fondo y parte superior tenia un elegante anaquel para libros, provisto de unos treinta volúmenes de obras clásicas de literatura, poesia y ciencias políticas. No se podia haber escogido nada más propio para significar á Víctor: “Os reputamos por hombre espiritual, juicioso y de buen gusto, y el obsequio que os hacemos no os humilla, porque sólo se dirige á vuestro espíritu y servirá al desarrollo de vuestros talentos.”

Víctor estaba verdaderamente maravillado y encantado con el primoroso escritorio y su pequeña pero valiosa biblioteca. Nada faltaba allí y todo estaba previsto con delicado gusto; no habia una sola naveta que no estuviera artística y metódicamente provista de todo linaje de útiles de escritorio y de muchos de aquellos *nadas* tan graciosos que sirven para adornar una mesa de estudio. Echábase de ver que un hombre inteligente y experimentado lo habia dirigido todo, y que una mano femenina lo habia aderezado. En medio de las navetas habia un espacio que parecia ser enteramente sólido y no contener cosa alguna; pero Víctor, que era curioso y muy observador, notó que en una chapa de metal bruñido y plasteado que parecia ser solamente un gracioso adorno y tenia grabadas las palabras *Víctor del Prado*, habia una pequeñísima grieta, que casi era una raya imperceptible entre los dibujos en relieve; y al propio tiempo observó que la llave de la naveta contigua remataba por su ojo ó mango en una especie de punzon de corte afilado que podia servir para hincarlo en el punto sensible de un resorte oculto. En efecto, aplicó el punzon á la finísima hendedura que habia notado, hizo alguna fuerza, y cediendo el resorte se abrió una curiosa naveta con varios compartimentos apropiada al uso de guardar joyas, oro y documentos reservados.

Cuál no fué la sorpresa de Víctor al ver que en el fondo de esta naveta misteriosa estaba un lindo ramillete de violetas!

“Oh, Margarita! adorable criatura llena de ingenuidad! exclamó Víctor con transporte, besando el ramillete: tú, vírgen purísima,

eres quién me envía esto... Ah! sin duda tú misma has aspirado el delicioso aroma de estas flores, y has dejado en ellas, con tu aliento castísimo, tu alma generosa y amante... Dios mío! yo siento que la amo, que la adoro... ¿Será ella también capaz de amarme? Pero... deliro! No! yo no puedo, no debo amarla... Es insensatez el pensar en semejante cosa! Mi pobreza me aleja de ella en absoluto, y mi delicadeza me prohíbe prevalerme de un servicio prestado sin premeditación, para obtener en recompensa... la inefable felicidad del amor... ¿Pero qué haré? Ya no es posible que yo persista en todos mis propósitos: fuerza es que corresponda á tanta generosidad y me porte dignamente con el señor Rivéros. Si; iré á su casa, pero evitaré la intimidad, y en todo caso rechazaré cualquiera ocasion peligrosa respecto de Margarita, y haré supremos esfuerzos para ocultar mis íntimos sentimientos. Mi amor acaba apenas de nacer, teniendo su santa cuna en la iglesia de la Tercera, delante de los divinos altares: aún es tiempo de reprimirlo, de ahogarlo en el alma como una dulce y luminosa quimera que no debe vivir..."

Así pensó Víctor, y al punto puso por obra sus resoluciones. Inmediatamente escribió una elocuente pero breve contestación á la carta del señor Rivéros, y le anunció su visita para tres días despues, tomándose esta espera por acabar de reponerse de las desolladuras que le habian tenido las manos casi inútiles por muchos días.

Llegó el día señalado, que era domingo, y Víctor, señoreado por una emoción que difícilmente podia disimular, entró á eso de las tres

de la tarde en casa de los Rivéros. Por una indisculpable negligencia, Heliodoro no estaba presente, bien que habia sido advertido por su padre. Parece, á lo que dijo despues, que algunos quehaceres inevitables le habian detenido en el *Club del Comercio* ó en el *Casino*.

Víctor fué recibido con demostraciones de singular aprecio y estimación por don Agustín y su esposa, á tal punto que en breve perdió el encogimiento con que su modestia le hizo portarse en los primeros momentos, y con verdadera efusión de cariño le repitieron que se sentían ligados á él no solamente por la gratitud sino también por las consideraciones que él de suyo se merecía, y que tendrían á mucha honra el que les visitara su casa mirándola como propia y tratándoles con toda confianza. Víctor supo mostrarse digno y agradable, agradecido y circunspecto, y su conversación cautivó visiblemente á don Agustín y su esposa. Era ésta una señora de fisonomía placida, maneras sencillas y trato bonachon, verdadero tipo de la matrona bogotana, y se echaba de ver por sus llenas y distinguidas facciones, no obstante la edad de cuarenta y siete ó cuarenta y ocho años que con sus salpicadas canas ponía de manifiesto, que en sus mocedades habia sido mujer hermosa y seductiva.

Nada muy particular habia en la fisonomía, correcta pero sin energía de expresión, del señor Rivéros. Lo que sus facciones denotaban era cierta bondad de carácter que acaso llegaba hasta la falta de energía, así como su conversación daba clara idea de su franqueza y rectitud. Rayaba ya en los cincuenta y tres ó cincuenta y cuatro años, y se mantenía ro-

busto y vigoroso, sin que le afeara cierta gordura propia de una vida cómoda y reposada; hablaba con suavidad y calma, se expresaba con propiedad, como hombre de lectura y de mundo, y no mostraba aquel estiramiento y aire de protección que de ordinario acompañan en nuestra sociedad, democrática á raíz, á los hombres acaudalados y de considerable importancia.

Habían pasado ocho ó diez minutos despues de las primeras manifestaciones de cordialidad hechas por don Agustín y su esposa, y Víctor expresaba su agradecimiento por la fina carta y el precioso regalo de aquél, cuando se presentó Margarita, saliendo de un aposento contiguo á la sala. La encantadora niña apareció á los ojos de Víctor espléndidamente bella. Vestía un modesto pero elegantísimo traje de merino azul celeste, y por todo adorno tenia en la cabeza y en el pecho dos graciosos lazos de cintas blancas, con algunas flores naturales. Alta de cuerpo, delgada y esbeltísima, tenia la flexibilidad y gracia de un arbusto bien tallado y florido; y los cabellos, de un color rubio ceniciento con reflejos de oro, abundantes, largos, sedosos y naturalmente rizados. Tenia la frente despejada y magnífica, luminosa y casta, y la mostraba con toda su gracia natural, porque no usaba la abominable *capul* (una de las más estúpidas extravagancias de la moda), lo que era raro en una señorita de diez y ocho años; y en sus grandes ojos, de color azul garzo, llenos de suave animación y vida y orillados por largas y crespas pestañas, en sus mejillas, de tez de un blanco lechoso vivamente sonrosado, en sus labios finos pero ligeramente en-

treabiertos, en su nariz casi griega y de fosas palpitantes, su cuello enhiesto y delicadamente modelado, y todo su ademán y sus facciones habia tal armonía de líneas y formas y tal expresión de ingenuidad y pureza, de sencillez impresionable, de candor indiscreto y de bondad comunicativa, que no era posible mirarla sin sentirse atraído, seducido y encantado; sin acertar á definir si en ella predominaba el tipo de la mujer infantil ó el del serafín.

Al presentarse Margarita en la sala Víctor se puso en pié y la dirigió un saludo profundamente simpático pero muy respetuoso, inclinando la frente como para no sentir el primer rayo deslumbrador de la mirada de aquel arcángel humano, y poderse reportar de su momentánea turbación. Pero Margarita, sin titubear un instante, se dirigió hácia él y tendiéndole la mano le dijo con infantil amabilidad:

—Ah, señor Prado! por fin se deja usted ver de sus amigos!

—Perdóneme usted, señorita..... me abruma usted con su bondad.....

—No, señor; no se trata de bondad, sino de gratitud y aprecio muy merecido. Fué usted tan generoso y delicado en la plaza de San Diego.....

—Oh! no hablemos más de ese, señorita, repuso Víctor visiblemente turbado.

En efecto, al recibir la mano de Margarita ésta le habia estrechado la suya con tan inocente cordialidad, como si saludase á un hermano, que él se sintió más que seducido, profundamente conmovido y casi electrizado. Aquella mano, que tenia la suavidad de una

carneña ó de un durazno maduro y el calor delicioso del pecho de una paloma, produjo en Víctor una sensación inefable. Parecía que Margarita, al estrecharle suavemente la mano, le hubiera dicho: "La mia quiere ser tuya; entre tanto, seamos como dos hermanos." Víctor se prometió ser lo segundo, si acaso era posible para su corazón ya enamorado, una vez que lo primero le parecía ser dulce quimera forjada por la fantasía.

La conversacion fué aún más afectuosa y animada en presencia de Margarita que poco antes, porque la hermosa niña comunicaba á cuantos la rodeaban la vida y el calor que en ella rebosaban. Sin embargo, al cabo de unos veinte minutos Víctor hizo un esfuerzo interior y se puso en pié para despedirse. Don Agustín le detuvo diciéndole:

—Mi amigo don Víctor, un instante. Para que este agradable día sea completo, ¿nos hará usted el honor de comer con nosotros en familia?

—Oh, señor! el honor y el placer serian para mí; pero.....

—¿Pero qué? Va usted á descubrir algun motivo de excusa?

—Perdon, señor don Agustín, respondió Víctor; pero acostumbro acompañar siempre á mi madre cuando no la he advertido con anticipacion que habré de comer fuera de casa.

—Entonces..... fácil es que enviemos un aviso á la señora, replicó el señor Rivéros.

—No; mil gracias: mi madre no se conformaría con no verme.....

—¿Es decir que nos rehusa usted su grata compañía? insinuó doña Luisa.

—Mi señora, repuso Víctor vencido: si usted me lo permite..... todo se podrá arreglar.

—¿De qué manera?

—Permitame usted ir á casa á ver á mi madre por algunos momentos y advertirla personalmente, y cuente usted con que volveré á la hora que se digne señalarme.

—Perfectamente, dijo don Agustín. Acostumbramos comer á las cinco, pero usted vendrá cuando le plazca.

—Mil y mil gracias, señor, contestó Víctor tomando su sombrero. Hasta luégo, pues.

—Hasta luégo, repitió el señor Rivéros estrechándole ambas manos.

Este salió de casa de los Rivéros como una persona que ha tomado algunas copas de rico champaña, saboreándolo retrospectivamente con delicia y todavía con algunos humos en la cabeza. Y en efecto, el buen champaña no sólo centellea en las copas, sino tambien en los cerebros: exalta la imaginacion y hace ver paraísos. Víctor salió como deliciosamente achispado: tenia chispa de felicidad, y sin perder el sentido ni la conciencia de su situacion veia mundos de luz al rededor. Así, sin reparar en las calles en persona alguna, se dirigió á toda priesa hácia su casa, y al llegar estalló de gozo. Sin embargo, su exquisita delicadeza le hizo comprender al punto que no debia mostrar á su madre toda la intensidad de aquel gozo; por lo que se reprimió lo mejor que pudo, la refirió las bondades de que habia sido objeto, y la pidió permiso para dejarla sola aquella tarde, por no haber podido rehusar la amable invitacion que le habian hecho los Rivéros.

No fué menor el gozo de doña Ana María,

por mucha falta que le hiciera su hijo. Ella le queria tanto y soñaba tanto con la esperanza de verle feliz, que bendijo la bondad de los Rivéros y se alegró vivamente de saber que su hijo era muy estimado. Tanto más complacida se mostró, cuanto él recibia el premio merecido por su generoso proceder. Víctor la abrazó y besó, como acostumbraba hacerlo siempre al salir á la calle y al darla los buenos días ó noches, y se encaminó hácia la casa de Rivéros, á donde llegó cosa de quince minutos antes de sentarse á la mesa, lo que agradó mucho á la familia.

En esta vez Víctor fué presentado á una señora jóven que estaba en la sala y era prima hermana de Margarita por el lado materno. Rosalía Gómez, que así se llamaba, hija de una hermana de doña Luisa, muerta diez ó doce años antes, tenia íntima amistad con sus parientes, adoraba á Margarita, y con frecuencia iba los domingos á comer con ellos, sin necesidad de invitacion. Era casada y tenia un hijo como de seis años, chicuelo muy simpático y juicioso, y su esposo, don Tomas Escobar, se hallaba ausente hacia algunos meses, por causa de negocios urgentes que le habian llamado al Cauca.

Una vez hecha la presentacion, y reanudado el trato de Víctor con Heliodoro, que ya estaba presente, la conversacion se hizo general y animada, rodando sobre diversos asuntos, entre los cuales, felizmente, no tuvieron cabida el bueno ó el mal tiempo, las enfermedades domésticas, las defunciones recientes, la política ni las flaquezas del prójimo. Ya se hablaba de literatura y poesia (asuntos que entusiasmaban á Rosalía y á Margarita, como

acontece á casi todas las bogotanas de buena sociedad), ya de ópera, música y diversos espectáculos, ya en fin, de la vida campestre que vivian el padre, el marido y toda la familia de Rosalía; y todo fué materia de interesantes observaciones, trocadas con amabilidad y franqueza. Al cabo se anunció que la sopa estaba servida, y Víctor, sin aguardar invitacion especial, atendidas las circunstancias, dió el brazo á doña Luisa para conducirla al comedor.

La mesa, que ocupaba el centro de un elegante comedor, bien provisto de ricos aparadores de nogal tallado, era cuadrilonga y de tamaño proporcionado para una familia poco numerosa. Estaba servida con gusto y esmero, bien que sin suntuosidad ni exceso de platos y vajilla, y seis cubiertos habian sido preparados. Poco ó nada aficionados como somos al realismo, nos abstendremos de mencionar los muebles y piezas de servicio, los manjares y vinos, y sólo haremos notar el porte de las personas y algunos incidentes de su conversacion. Víctor dió durante la comida pruebas inequívocas de cortesía, buen gusto y discrecion, sin mostrarse frio ni llegar hasta la expansion comunicativa, poco conforme con su habitual melancolía; don Agustín se mostró constantemente benévolo y oportuno en sus rasgos de obsequiosidad; doña Luisa se mantuvo, como de costumbre, afable, bonachona con sencillez y buen sentido y muy diestra para hacer los honores de la mesa; Heliodoro hizo lo posible (hagámosle justicia) por reprimir su petulancia y mostrarse culto, bien que visiblemente reservado, cual si quisiera cerrar el camino á todo comienzo

de intimidad con Víctor; y Margarita no tuvo que ser sino natural y espontánea para poner de manifiesto su bella y simpática índole, que la hacia tan seductiva, realzando su hermosura.

En cuanto á Rosalía, era evidente que desde el primer momento habia simpatizado con Víctor, ya por lo que éste se merecía y por cariño á los Rivéros, ya por disposicion de carácter. En efecto, era difícil hallar una mujer más amable ni de mejor trato que Rosalía. Se habia casado desde muy jóven, y rayaba apénas en los veinticuatro años, sin que pareciera á primera vista ser mujer casada. Habia sido una linda niña, delicadamente bonita como un boton de rosa, llena de gracia y donaire, y casi nada habia perdido de su frescura y lozanía. Tenia facciones finas y delicadas, picantemente realzadas por algunos lunarcitos muy graciosos, y en el carácter una curiosa mezcla de sencillez y franqueza, de timidez de sensitiva y espíritu jovial y algo burlesco; y el rasgo predominante en la expresion de su fisonomía y en sus modales era una benevolencia imperturbable, debida en parte á herencia de familia y en parte á su educacion y costumbres enteramente cristianas. Así es que, si Víctor agradó mucho á Rosalía, ésta se ganó toda la simpatía de aquél, y desde entónces fueron amigos como dos hermanos, inalterables en sus sentimientos.

Al sentarse á la mesa, don Agustin y su esposa habian ocupado las extremidades, como de costumbre, quedando Víctor á la derecha del primero y á su lado Margarita, y en frente de éstos, respectivamente, Rosalía y Heliodoro. De este modo, como acontece entre

vecinos, Víctor y Margarita habian de servirse recíprocamente en todas aquellas agradables pequñeces que no corresponden al servicio de los criados.

Víctor se hallaba al lado de Margarita en la más contradictoria situacion moral. Por una parte, se sentia embriagado de dicha respirando tan de cerca el ambiente en que aquélla respiraba, casi tocándola con el brazo derecho, conversando muy frecuentemente con ella, y recibiendo mil delicadas atenciones con las cuales, sin faltar á la debida compostura, le obsequiaba ella con frecuencia; todo lo cual le hacia pensar por momentos que soñaba despierto. Por otra, hacia grandes esfuerzos de voluntad para disimular sus emociones y reprimir la ardiente llama de amor que le incendiaba ya el alma..... No solamente reflexionaba que su pobreza era obstáculo insuperable para merecer la mano de Margarita, dado caso que todo escrúpulo de delicadeza quedara allanado, sino que veia alzarse del lado de Heliodoro algo como una sombra amenazante.

En efecto, por mucho que en un principio hiciera éste por disimular sus sentimientos y mostrarse, si no amable en su trato, al ménos tolerable, Víctor no podia equivocarse en su juicio: Heliodoro le tenia mala voluntad, habia entre los dos manifiesta oposicion de carácter y de ideas, y era seguro que aquel sentimiento se convertiria en odio y declarada enemistad el dia que el hermano de Margarita descubriera que ésta era objeto del amor de Víctor. Así, gozo inefable y cordialidad por una parte, y por otra tortura interior y reserva calculada, compusieron la situacion

del jóven Prado durante la incomparable hora que pasó sentado á la mesa al lado de Margarita. Cuando el último servicio fué retirado y don Agustin se levantó, doña Luisa se excusó para con Víctor por no aceptarle su compañía para volver á la sala, por cuanto tenia que dar en el comedor algunas disposiciones domésticas; y como el señor Rivéros dió la mano cariñosamente á Rosalía, Víctor hubo de presentar el brazo á Margarita.

Ni una palabra se dijeron en todo el trayecto de tres galerías, desde el comedor hasta la sala; pero indudablemente iban diciéndose mil y mil cosas con el pensamiento. Víctor sintió las palpitations del corazon de Margarita, silenciosamente agitada, y ésta sintió que el brazo de aquél temblaba de un modo extraño, tan extraño como las mudas impresiones que ella misma experimentaba..... Así son, de ordinario, las declaraciones del amor grande y verdadero, amor que es siempre tímido, respetuoso y sobrio en palabras, y que sabe revelarse con el misterioso fluido que agita el alma, ilumina los ojos y embellece el semblante.....

A poco hubo en la sala, bien que las personas eran poco numerosas, escenas muy interesantes. Durante cerca de média hora don Agustin y Víctor departieron sobre varios asuntos con seriedad y sólido criterio, patentizando el primero, sin esfuerzo alguno ni pretensiones, su variada instruccion, su recto juicio, experiencia de la vida y conocimiento de la historia y las condiciones sociales de Colombia. Despues Rosalía suplicó á Víctor, en nombre propio y de las demas señoras, que recitase algunas de sus poesías, pues ya sabian

que era poeta, y él accedió, haciéndolo con voz pura y vibrante, noble ademan y gesto de artista inspirado. La impresion que produjeron sus recitaciones fué profunda, á tal punto, que Heliodoro mismo, que no gustaba de la poesía ni del poeta, hubo de aplaudir, muy á su pesar, los más bellos pasajes. No estaba aún completamente pervertida su alma ni estragado su gusto por el sensualismo universitario, cuando todavía le quedaba un resto de entusiasmo juvenil para aplaudir unas poesías verdaderamente bellas y sentimentales.....

Nada particular tenia que Margarita, su madre y Rosalía estuvieran notoriamente conmovidas por las recitaciones de Víctor, quien, por su parte, invitó á la primera á que tocara algo en el piano. Muy jóven aún como era, no podia ser magistral su ejecucion, y ella se confesó simple aprendiz; pero tuvo el buen gusto de no excusarse, mayormente cuando las poesías de Víctor la habian electrizado en cierto modo. Sentóse, pues, al piano y tocó unas variaciones muy delicadas sobre temas de la *Lucía*. No tocaba con aquella facilidad ó maestría de ejecutante que es propia de artistas experimentados, pero lo hacia con muchísimo sentimiento, gusto y expresion; y echábase de ver que amaba el instrumento y el arte y que, mediante el ejercicio y estudio metódicos y asiduos, en breves años seria más que pianista notable, verdadera artista. Víctor estuvo encantado miéntras escuchó las dulces melodías de Margarita, cuya figura ganaba en gracia, distincion y hermosura delante del piano.

Bajo esta impresion se retiró él de la casa,

á eso de las nueve de la noche, prometiendo, como se lo pidieron con suma amabilidad, que no tardaría mucho en hacer su segunda visita.

VI

Al tornar á su casa no tomó Víctor del Prado la vía directa. Se sentía agitado y quiso aspirar á pulmon abierto el aire puro y libre, mayormente cuando la luna, en su segundo cuarto de creciente, iluminaba la ciudad inundándola con su apacible luz. Así al llegar al puente de San Francisco, en vez de tomar la diagonal de la plaza de Santander para subir hácia la parte superior de la vieja calle de Santa Ana, siguió por toda la carrera del Norte, enderezando los pasos en dirección hácia la plaza ó parque de San Diego. Al llegar á ésta, siguió hasta la esquina del atrio de la iglesia, pasó por delante, saludando la gran cruz de piedra que allí recuerda entre arboledas y flores la eterna belleza del Crucificado, y orillando la tapia que encierra los solares del Asilo por aquel lado, fué á sentarse cerca de ella sobre una especie de poyo natural cubierto de menuda grama, casi á la sombra de un coposo sauce. Allí se puso á cavilar y soñar.....

Dos cielos le absorbían en su contemplación: el inmenso cielo exterior de azul turquí, tan bello en las mesetas de los Andes que no tiene rival,—en cuyo zenit brillaba la luna cen toda su resplandeciente hermosura de ninfa solitaria de los espacios infinitos; — y el cielo interior de su alma, también inmenso y luminoso,—porque el amor es una inmensidad moral que comprueba la inmorta-

lidad del alma, y la felicidad es una iluminación del corazón,—y también poblado por la incomparable belleza de su ninfa humana.....

“ Oh! cuán feliz puedo ser! cuán feliz soy!” exclamó el joven poeta hablando consigo mismo con aquella elocuencia que es característica de todos los soliloquios de los amantes. “ Amo con toda la fuerza y santidad que yo suponía debiera haber en el verdadero amor, y creo que Margarita me ama..... tal vez sin sospechar que lo que siente es amor. No; no puedo equivocarme: eso es evidente..... para mí. No es una ciega vanidad lo que me induce á pensar que Margarita me ama..... porque yo siento su amor en el mío, y ella ha palpitado de emoción junto á mí, al darme el brazo, y al oírme recitar mis versos, y al arrancar al piano las más expresivas melodías..... Su alma candorosa y entusiasta se revelaba en cada nota, y era patente su emoción de inocente gozo..... Oh! Dios mío! ¿ por qué soy tan dichoso? Seguramente porque seré muy desventurado!..... Sí; soy ahora tan feliz... que tengo miedo! Señor, Dios misericordioso..... ¿ es esta situación inesperada una terrible prueba para mi alma? ¿ Me tienes reservado para después el infortunio?..... Tal vez sí! ¿ Puedo yo aspirar á la inefable felicidad de poseer el alma de querubín de Margarita?..... ¿ No me separan de ella unas barreras que no podré, que no deberé tratar de salvar? Oh, mi Dios y Señor! ilumina mi espíritu con tu divina luz que jamás se apaga ni debilita!.....”

Al exclamar así Víctor se puso á orar mentalmente, mas no elevando á Dios las oraciones del catecismo ó del devocionario, sino

emitiendo una plegaria del momento, enteramente suya y jamás formulada hasta entonces; plegaria del alma, en la cual el sentimiento religioso, el amor humano pero purísimo y la poesía formaban una trinidad de himnos sublimes, divinas esperanzas y supremas bellezas..... Cuando Víctor acabó su plegaria, cantada con el corazón y dirigida á lo infinito, se levantó maquinalmente, sintiéndose con el espíritu fuerte y sereno, porque nada hay que proporcione más fuerza que la humildad en la fe, ni que procure mayor serenidad de ánimo que la esperanza *sometida á la voluntad de Dios*. “ Suceda lo que sucediere, se dijo, tendré valor para hacerme digno de la felicidad, así como entereza para sobrellevar la desgracia!.....”

Y con este pensamiento se fué andando maquinalmente y á paso lento. Cuando menos pensó, estaba precisamente en el sitio donde pocas semanas ántes había ocurrido la memorable escena del carruaje, decisiva de su porvenir. Allí evocó de nuevo todos los dulces recuerdos que tenía de Margarita; y al cabo, calmada por completo su agitación de en ántes, tornó á recorrer lentamente, en sentido contrario, la calzada de la carrera del Norte, encaminándose hácia su casa.

Su madre le aguardaba con impaciencia: creía que las relaciones de los Rivéros eran para él una gran fortuna, y ansiaba por saber cómo le habían tratado. Víctor la hizo minuciosa relación de todo, si bien se abstuvo de revelar el sentimiento que le animaba respecto de Margarita; y al despedirse y recogerse, ambos soñaron deliciosamente: la buena madre, prometiéndose mil felicidades para su

amado hijo; y Víctor, viendo á Margarita vagar en torno de él en figura de serafín, en un desconocido paraíso.....

El sol estaba ya muy alto al día siguiente cuando Víctor se levantó. Una indefinible sensación de dicha y temor mezclados le asaltó al despertar; pero en breve hizo un esfuerzo de voluntad, y pronunciando con tranquilidad las palabras: *Fiat voluntas tua*, se incorporó y empezó á vestirse, recobrando enteramente la serenidad con que la víspera se había acostado. Apenas si había ejecutado sus cotidianas operaciones de tocador y abrazado á su madre, cuando se sentó á escribir, estrenando el rico y elegante escritorio que le había regalado don Agustín. Pero ántes de escribir ni una palabra, oprimió el resorte de la naveta secreta y sacó su tesoro: el ramillete de violetas de Margarita. Por demas está decir que lo aspiró con indecible delicia y lo cubrió de besos. Cuando hubo satisfecho así su amor, abrió un modesto álbum ó libro de memorias y se puso á escribir en él.

¿ Qué cosa era aquel libro? Víctor había tenido la costumbre, desde tres ó cuatro años ántes, de llevar una especie de diario, en cuyas páginas consignaba sus más íntimos pensamientos, el exámen y calificación de su propia conducta y los más notables acontecimientos de su vida. Nada es más útil que un diario de esta clase: es al propio tiempo un maestro de dicción y estilo que nos señala comparativamente los progresos que vamos haciendo en el arte de escribir, un excelente auxiliar para la memoria, sobre todo en orden á hechos é ideas, nombres, fechas y guarismos, y un confesor secreto ante quien hace-

mos frecuentemente buen exámen de conciencia. Así adquirimos el hábito de juzgar nuestras propias acciones con rectitud, y á las veces con severidad, lo que necesariamente contribuye á moralizarnos y á evitarnos el incurrir en muchas debilidades. Un diario íntimo,—escrito para uno mismo, no para mostrarlo,—es espejo de nuestra alma; y si en algun momento lo vemos empañado, podemos oportunamente corregirnos para devolverle su brillo.

Víctor acostumbraba estudiar de dia y escribir de noche; pero tan hondas habian sido sus impresiones del dia anterior, que prefirió dejar para el siguiente lo que hubiera de consignar en su diario. Las páginas que escribió aquella mañana fueron las más serias y elocuentes que jamas hubieran salido de su pluma; y al cerrar su libro y su escritorio se sintió satisfecho de su situación moral y su conducta, así como de lo que acababa de confiar al papel.

Después de medio dia salió á hacer en la calle sus habituales diligencias de abogado, y la más importante fué la de ir á San Francisco á informarse del estado de sus negocios, así propios como ajenos. El Secretario del juzgado donde cursaba el pleito sobre su casa le dijo: "Si no me equivoco, está escrita ya la sentencia; pero el señor Juez no ha devuelto aún el expediente. Mañana podré hacer las notificaciones."

Víctor no se alarmó de la prontitud del Magistrado en el despacho del negocio, pues siendo de puro derecho los puntos ventilados, no era menester que éste compulsara intrincadas y contradictorias pruebas ni hiciera

estudios muy prolijos. Así fué que nuestro jóven abogado se retiró sin desconfianza, si bien le agitaba alguna ansiedad, como suele acontecer á los litigantes que aguardan un fallo.

Al dia siguiente volvió á San Francisco, entró en el juzgado, tomó el asiento que le señaló el Secretario, y éste le dijo: "Doctor, ahí está el expediente; entérese usted de lo resuelto."

La sentencia era condenatoria para Víctor..... El Juez declaraba válido el testamento, pero nula la escritura de propiedad que habia sido otorgada á favor del finado don Casimiro, por falta de dos formalidades de poca significacion; y restableciendo las cosas á su antiguo estado, privaba á nuestro honrado jóven de lo principal de su modesta fortuna, dejándole su derecho á salvo para reclamar..... de un vendedor que habia muerto en la miseria!

La impresion sentida por Víctor al saber que se le condenaba á la ruina, fué profunda; y sin embargo, no hizo el menor ademán de desagrado ni profirió una palabra de queja ó de censura. Firmó silenciosamente la diligencia de notificacion de la sentencia, diciendo en ella que apelaba, tomó su sombrero, hizo un glacial saludo al Secretario y se alejó del juzgado y de San Francisco.

"Oh! exclamó para sí al salir: estos hombres son implacables en su codicia! Quieren apoderarse de mi casa, y se la llevarán. Aquí hay jueces para todas las bellaquerías posibles!..... Comprendo desde ahora que mi apelacion será inoficiosa, porque mi adversario tiene de su parte..... la administracion de jus-

ticia. A todo podré resignarme, porque la riqueza no es el bien que me halaga. No me falten el honor ni mi madre, ni me abandone la misericordia divina, y poco me importa, por mí mismo la pobreza! ¿Pero mi madre? ay! mi pobre madre se afligirá mucho por mí..... Yo puedo trabajar, y con mi trabajo obtendré lo necesario para sostenerla dignamente. Sin embargo..... su vejez estará rodeada de privaciones que yo habia esperado evitarla; y el dia que nos expropian de la renta que ahora tenemos nuestra existencia será difícil y penosa..... En cuanto á mí..... Oh Dios mio! mi porvenir está perdido! Desde hoy debo renunciar á toda esperanza, por vaga que sea, en la felicidad con que he soñado desde que amo á Margarita....."

Víctor se encaminó hácia su casa, triste y caviloso, imaginando el modo de preparar suavemente á su madre para noticiarla de lo ocurrido. Pero el instinto maternal jamas se engaña ni adormece: al ver nomas á su hijo cuando entró en el aposento de ella á saludarla, doña Ana María le dijo:

—¿Qué te ha sucedido, hijo mio?

—Nada extraordinario. ¿Por qué me lo pregunta sumerced?

—Vienes sumamente pálido, y no sólo muestras tu genial melancolía, sino tristeza y dolor.

—Oh! oh! madre..... sumerced se adelanta en sus cavilaciones.....

—Sin embargo, algo muy grave te ha sucedido; dime lo que sea.

—En efecto..... preveo una desgracia..... algo próxima.

—¿En qué sentido?

—Que amenace nuestros intereses.

—Dios mio! ya adivino lo que es!..... Seguramente el juez de nuestro pleito.....

—Ha pronunciado sentencia.

—Y todo lo hemos perdido!

—Todo no. El fallo nos priva de la casa grande, dejándonos ésta que habitamos. Pero no desespere sumerced: apelaré del fallo, y es posible que en la segunda instancia.....

—Perdamos como en la primera; eso es seguro. Sí; yo me temia lo que ha sucedido, porque habia recogido ciertos informes sobre una posible confabulacion del Juez y nuestro contrario. Ah! ya nada bueno espero! todo está perdido!

—No, madre. No debemos darlo todo por perdido. En último caso, puesto que no se trata de una cuestion de moralidad y honra, sino de formalidades, podremos procurar una transaccion para salvar algo de lo que quieren arrebatarnos.

El golpe fué terrible para doña Ana María. Mujer tímida y muy impresionable como era, veia siempre las cosas por sus extremos, y donde no hallaba el bien completo la parecia ver el mal con todas sus proporciones, la desgracia en todo su horror. Ni por un momento esperó que el pleito pudiera tomar mejor giro; pensó que una voluntad invencible, guiada por la codicia, causaria su ruina y la de su hijo, y dió por perdido el capital fincado en la casa disputada.

Desde aquel dia la pobre madre estuvo muy abatida, si bien delante de su hijo se mostraba resignada. "Mi pobre Víctor, se decia, no tendrá base alguna para hacer carrera provechosa, puesto que el fruto de su trabajo no

podrá ser ahorrado. Tendrá que imponerse mil privaciones y fatigas para mantenerme, y su gran sentimiento de dignidad le impedirá fincar ninguna esperanza en la felicidad con que tal vez había soñado.....” Y así pensando con intensa angustia, la pobre señora soltaba riendas al llanto y se llenaba de amargura y congoja.

En breve perdió el sueño y el apetito y comenzó á sentir agudos dolores en el corazon; pero se cuidó bien de hablar de sus propios achaques á su hijo, por no alarmarle ni afligirle, y acaso tambien por no ocasionarle gastos. Víctor se manifestaba sumamente preocupado, á pesar de los esfuerzos que hacia por parecer tranquilo é inspirar alguna confianza á su madre. Pero una noche, al abrazarla y besarla para despedirse de ella y recogerse en su cuarto, notó que tenia las manos y mejillas muy ardientes.

—Madre, sumerced tiene fiebre! exclamó Víctor muy alarmado.

—¿Fiebre? no, hijo; es que te parece. Siento alguna indisposicion.....pero creo que no sea cosa particular.

—No; la bondad de sumerced me engaña... Creo que debe de estar sufriendo mucho. Iré corriendo á llamar á un médico.

—No hagas tal; esto pasará. Tomaré ahora un sudorífico, y mañana estaré repuesta. Vete á dormir tranquilo.

Tal fué la confianza con que doña Ana María se expresó, que Víctor al cabo se tranquilizó. A poco rato habia recobrado toda la serenidad de espíritu necesaria para abstraerse, tendido sobre un canapé de su aposento, en una meditacion profunda. Así permaneció

durante cosa de média hora, hasta que súbitamente se incorporó, fué á sentarse delante de su escritorio y se puso á escribir..... Tenia en aquel momento los ojos más luminosos y la frente más bella que nunca: la más alta inspiracion señoreaba su alma, abstraída de todas las pequeñeces y miserias del mundo. Aquella noche fué cuando escribí su admirable poesía intitulada “Tú y Yo,” elevándose á las más encumbradas regiones de lo ideal, es decir, de la suprema grandeza y santidad en el amor.....

Al concluir su pequeño poema lírico pensó Víctor en su madre: titubeó por algunos momentos, pero al cabo salió de su cuarto, atravesó la salita y empujó suavemente la puerta del aposento de doña Ana María. No habia luz alguna, y caminando á tientas de puntillas se acercó á la cama. Su madre dormia, respirando con regularidad, y todo denotaba que la indisposicion habia pasado ó era leve. Víctor se retiró entónces satisfecho y durmió tranquilamente, como si nada particular le hubiera acontecido. Tenia en el alma un cielo cuya luz la llenaba y engrandecia, y en aquellos momentos no habia en ella lugar para ningun pensamiento relativo á las miserias de la tierra.

Al dia siguiente doña Ana María pareció estar enteramente repuesta, y durante dos semanas no hubo en ella síntomas aparentes de enfermedad. Sin embargo, la pobre señora sentia que *algo* misterioso la minaba; pero creyendo que fueran imaginaciones suyas, fruto del pensamiento que de continuo la atormentaba, nada dijo, y pareció estar resignada, sin quejarse, bien así como lo hacia su

hijo. Éste, entre tanto, corrigió esmeradamente su pequeño poema, lo puso en limpio y se lo dió en seguida á un amigo, cajista de imprenta, para que lo hiciera publicar, reservando en absoluto el nombre del autor.

La indiscrecion cometida por aquel cajista á quien Víctor habia confiado sus escritos, le valió numerosas felicitaciones y verdaderos triunfos; pero ninguno tan satisfactorio, y sin embargo el ménos ruidoso, como el que obtuvo en casa de los Rivéros. Más de ocho dias habian pasado despues de la segunda visita hecha por él, cuando una noche,—contento al ver á su madre con salud aparentemente satisfactoria,—se dirigió á la rica morada de don Agustin. Llevábale no solamente el anhelo de ver á Margarita, sino tambien el propósito de explicarse con mucha claridad en lo tocante á su situacion personal, á fin de suprimir toda equivocacion en que respecto de él pudiera haber incurrido la familia Rivéros.

A poco de haberse trabado la conversacion, enteramente franca y familiar, Heliodoro, que por casualidad estaba en su casa, le ofreció á Víctor la ocasion para explicarse de un modo indirecto.

—¿Y cómo van tus negocios? le preguntó, cual si, sabiendo que Víctor era pobre, quisiera picarle con disimulada ironía.

—¿Mis negocios? bah! Si te refieres á negocios de dinero, ningunos tengo, pues, como no lo ignoras, soy suficientemente pobre para no tener que manejar fondos de ninguna clase.

—No quise aludir á negocios de esta espe-

cie, replicó Heliodoro, sino á los judiciales, pues me parece que ejerces ya tu profesion.

—En cuanto á los negocios de fero, repuso Víctor, hay algo de todo, ménos de lo bueno. Tengo á mi cargo varios pleitos, y van marchando como es posible en el estado actual de la administracion de justicia; pero hasta ahora, en lo que personalmente me interesa, he sido desgraciado.

—¿Cómo así? preguntó don Agustin con marcado interes por Víctor.

—Yo no tenia más fortuna que el amor de mi madre y el generoso amparo de mi tio Casimiro. Éste, al morir, me instituyó heredero de lo que tenia, dejando á mi madre el usufructo.....

—Hola! no sabia yo que habias heredado! interrumpió Heliodoro.

—Ni mi herencia valia la pena de informar á nadie de su adquisicion. Consistia en dos casas: la muy pequeña y humilde que habito con mi madre, y otra mucho más valiosa que nos producia una renta mensual de sesenta pesos, suficiente para satisfacer nuestras muy modestas necesidades. No quedámos en la miseria, y esto me bastó para estar contento de mi situacion, porque tenia la seguridad de que mi madre no sufriria privaciones excesivas. Pero áun este recurso está hoy dia poco ménos que perdido.

—¿Perdido? exclamó Heliodoro.

—A los pocos dias del fallecimiento de mi tio nos movieron pleito por la casa principal.....

—Eso es muy sensible, interrumpió doña Luisa, cuya simpatía por Víctor era notoria.

—Y há pocos dias, añadió él tranquilamente,

mente, el Juez falló en primera instancia contra nosotros.

—Perverso Juez! prorrumpió Margarita con infantil impetuosidad, suponiendo que el fallo había de ser inicuo por cuanto era adverso á Víctor.

—¿Y teme usted perder el pleito definitivamente? preguntó el señor Rivéros.

—He apelado, y sostendré la apelacion con vigor, contestó Prado; pero no me alucino: nada espero de las gentes en cuyas manos están mis derechos.

En el instante en que esto decia Víctor, llevó un criado á la sala un periódico que el repartidor había dejado en el porton un momento ántes. Era un periódico político, literario y noticioso, el mismo *Espectador* en cuyas columnas se habían publicado los escritos de *Phylos*. Mientras éste continuaba departiendo con la familia, bien que mudando de asunto para hablar de cosas amenas y ménos personales, don Agustin dió un vistazo al periódico. Algunos minutos despues exclamó súbitamente y con tono de satisfaccion:

—Hola! hola! aquí hay algo que concierne á nuestro amigo Prado.

—¿A mí? preguntó éste sorprendido.

—A usted, sí. Qué buen descubrimiento! ¿Con que es usted el autor de tan bellas cosas?.....

—¿Qué cosas, papá? preguntó Margarita con incontenible vivacidad.

—Oigan lo que dice el *Espectador* en su seccion de *Crónica interior*. Y leyó el siguiente suelto:

“No titubeamos, por honor de las letras y las ciencias, al cometer una indiscrecion que

esperamos nos será perdonada. Por casualidad hemos descubierto el nombre verdadero de nuestro colaborador incógnito que tanta curiosidad ha despertado con sus magníficos escritos. Podemos asegurar que *Phylos*, el ilustrado autor de los artículos sobre “Los tiempos actuales,” que produjeron tan honda sensacion en Bogotá, así como de la admirable poesía intitulada “Tú y Yo,” es el señor doctor don Víctor del Prado, uno de los más eminentes miembros de la juventud colombiana, y caballero tan apreciable por su carácter como por sus talentos y aventajada ilustracion. Le damos las más cumplidas felicitaciones, y le suplicamos no olvide que el *Espectador* se honrará mucho de contarle siempre entre sus colaboradores.”

Víctor escuchó la lectura con verdadera confusion, inclinando la frente, cual si aquellos merecidos encomios le avergonzaran. Don Agustin, por su parte, dijo:

—Añado mis aplausos muy cordiales á los del periódico. Francamente diré que no he leído la poesía citada, porque soy enteramente lego en la materia y poco aficionado á lecturas de versos; pero los artículos sí los he leído y releído con profunda satisfaccion, mayormente cuando casi todos nuestros periódicos nos tienen habituados á muy insulsos fárragos, cuando no á las más insultantes polémicas ó las más absurdas ó inmorales doctrinas.

—Y tú, Heliodoro, preguntó doña Luisa ¿habias leído los escritos del señor Prado?

—Oh! yo..... francamente no. Mis ideas son tan diferentes.....

—Tus ideas son extravagantes y detesta-

bles! interrumpió don Agustin. El dia que de ellas te cures pensaré que has recobrado el sentido comun, perdido en la Universidad, merced á tu inepto materialismo.

Heliodoro, humillado por las palabras de su padre, se mordió los labios con despecho, por lo que Víctor procuró no mirarle en aquel momento. Margarita, que estaba cerca de éste, le dijo con candor:

—Yo no habia visto los artículos de usted, porque nada entiendo de política ni de filosofía; pero sí he leído el poema.

—Ah! ¿lo ha leído usted? preguntó Víctor casi ruborizado.

—Sí; tres veces.

—¿Por qué tres veces?

—Porque... me encantó. Sin saber cosa alguna de literatura, he comprendido bien ese magnífico canto. Da idea de una alma generosa y grande y hace amar mucho y bendecir á Dios...

Víctor se sintió tan conmovido, tan dulcemente embargado que no acertó á decir nada ni á dar siquiera las gracias á Margarita. La miró como quien mira al cielo, con mezcla de infinita veneracion y de inefable gozo, y ella, por su parte, le dirigió su más luminosa y transparente mirada. En estas dos miradas reunidas habia todo un poema que realizaba en cierto modo el ideal cantado por Víctor... Pero un instante despues Margarita se ruborizó, inclinando la cabeza, y se apartó de Víctor yendo á sentarse al piano.

A poco rato se levantó Prado y se despidió. El señor Rivéros se salió con él y le acompañó hasta el pié de la escalera, donde, apretándole cordialmente la mano, le dijo:

—Mi amigo, es muy posible que usted pierda su pleito y quede casi arruinado. Pero en todo caso tenga usted siempre confianza en Dios y cuente conmigo. Cuando usted quiera disponer de mi amistad para auxiliarle y ayudarle á trabajar, no olvide que será honor y fortuna para mí el servirle con eficacia y provecho.

VII

Al salir Víctor de casa de los Rivéros no tardó en dar en la calle con varios amigos, quienes le detuvieron para felicitarle con entusiasmo: habian leído tambien el suelto de la crónica del *Espectador*, y se regocijaban de saber que su amigo habia adquirido el derecho de ser contado como uno de los más notables escritores y poetas de Colombia.

“Muy bueno será todo esto”, pensaba Víctor, al continuar, ya solo, su camino en direccion hácia su casa, “y es posible que con el tiempo adquiera yo la gloria que ambiciono, fundada en el bien que con mis escritos haga á la sociedad. ¿Pero de qué me servirá esta reputacion? ¿Podré con ella adquirir lo necesario para sostener dignamente é mi madre y proporcionarla en su vejez algunas comodidades? ¿Qué ventajas produce una buena reputacion en Colombia?... ¿Me abrirá mi pluma el camino para llegar á una posicion á un mismo tiempo honorífica y ventajosa?... Ah! el nivel de la moralidad pública ha descendido mucho, y aquí los partidos vencidos son tratados por los vencedores como si á éstos solamente pertenecieran el derecho y la patria. Yo soy de los vencidos, sin haber combatido, de los caidos sobre la ardiente y en-

sangrentada arena, y esto es bastante para que se me cierre el paso.....

“Pero no importa!” continuó diciéndose Víctor: “mientras mi madre viva; mientras Margarita me ame, y yo mantenga en mí mismo el inapreciable tesoro del honor, todo lo demás será de poca monta, y á toda prueba, á todo sacrificio sabré resignarme. ... Dios me dará fuerzas para ello y me inspirará lo que mejor conduzca á mi felicidad y bienandanza... Y Margarita me ama... sí; ya no puedo dudarle, bien que ella no haya pronunciado palabra alguna que me lo confiese. Pero todo, en sus miradas, en su semblante, en su sencilla y afectuosa conversacion me patentiza los sentimientos con que me favorece.... Sí; yo la adoro, y creo que ella me ama! Pero.... Dios mio! ¿me es lícito pensar seriamente en Margarita y soñar con la felicidad?... ¡Por qué no, si la poseo en el alma y mi corazon se eleva á las esferas de lo ideal y sublime!... Oh! esperemos... esperemos!”

Absorto iba en estos pensamientos el noble Víctor cuando llegó á su casa. Habia olvidado llevar consigo su llave y hubo de llamar; pero despues de aguardar algunos minutos, la criada no salió á abrirle, lo cual le pareció extraño. Tornó á golpear, y el resultado fué el mismo. “¿Qué habrá sido?” se preguntaba en tanto que daba nuevos golpes con mayor afan. “¿O será que mi madre ha salido con Martina?...” Al cabo oyó un grito apagado que decia: “Van! Van!”, y reconoció la voz de Martina, única sirvienta que habia en la casa.

—¿Por qué has tardado tanto en responder y abrir? preguntó Víctor, algo enfadado, al entrar.

—Ah! mi amo Víctor! si estoy en un trabajo grandísimo!...

—¿Qué hay, pues? ¿Qué ha sucedido? ¿Y mi madre?

—Ah! mi señora Ana...

—¿Qué?

—Está en la cama...

—¿Está indispueta? preguntó Víctor alarmado.

—Ha tenido un accidente...

—Un accidente! Dios mio!

—Justamente yo la sostenia en los brazos cuando sumerced llamaba á la puerta, y no pude venir al instante. Mi señora está como privada del sentido....

Víctor no escuchó más y se precipitó por el zaguán hácia el interior de la casa, entrándose de rondon en la alcoba de su madre. Doña Ana María, en efecto, yacia abrumada en su cama, enteramente vestida aún y privada de conocimiento. Con suma prontitud y grande afan Víctor la desabotonó el traje, y en seguida la hizo aspirar éter, la fricciónó las sienes con un linimento é hizo cuanto pudo por auxiliarla. Entre tanto mandó á Martina que fuera corriendo á pedir auxilio en casa de una familia amiga que vivia en la vecindad. Ello fué que á poco doña Ana María recobró el sentido y reconoció y abrazó á su hijo, pudiendo explicarle penosamente que habia sentido un violento y repentino síncope, sin quedarla voz ni fuerzas sino para dar un grito, que seguramente habia oido Martina.

Algunos momentos despues de oír esta breve relacion, Víctor pudo dejar á su madre confiada á los cuidados de las vecinas, y se fué

á toda priesa á la busca de un médico. De preferencia fué á casa del doctor B*, pero no le halló, porque habia salido á ver á un enfermo de gravedad, y al cabo de muchas diligencias logró dar con otro profesor que le inspiraba confianza. Este vió á la enferma, la recetó varios cordiales, fricciones y sinapismos, y se retiró prometiendo volver al dia siguiente. Doña Ana María experimentó alguna mejoría y pasó la noche con tranquilidad relativa, pero tuvo fiebre.

En la mañana siguiente el doctor B* y el otro médico fueron temprano á ver á la enferma y la examinaron prolijamente. El resultado fué que declararon á Víctor, sin discrepar un punto en su diagnóstico y observaciones, que doña Ana María estaba en situacion muy delicada, pues tenia una hipertrofia en el corazon que habia llegado á su período agudo y peligroso, por lo que habia menester un tratamiento muy esmerado. Grande fué la afliccion de Víctor al saber que era tan grave la enfermedad de su madre; pero su fuerte corazon no se acobardó: aceptó resueltamente la lucha que la desgracia le ofrecia, y se propuso defender á brazo partido la vida de su adorada madre, sin ahorrar ningun esfuerzo ni sacrificio.

Es indecible lo que hizo el pobre jóven durante más de un mes de lucha y de silencioso heroismo: gastó cuanto tenia disponible; empeñó cuanto podia empeñar para procurarse recursos sin tomar nada prestado sobre su simple palabra ó por favor; rodeó á su madre de personas caritativas y médicos que la prodigaron todos los cuidados imaginables; abandonó todo otro asunto y ocupacion; y vivió en

constante vigilia dia noche junto á la cabecera de la enferma, sin cuidarse de sí mismo ni tener otro pensamiento fijo que el de disputar á la muerte la preciosa vida de la enferma. ¡Cuántas veces no le sorprendió el alba, sentado cerca del lecho de su madre, rendido de cansancio, transido de frio y casi vencido por el sueño, espiando la trabajosa respiracion de la pobre enferma, y de cuando en cuando tomándola el pulso para saber si la enfermedad habia mitigado en algo su intensidad! ¡Cuántas veces, en aquella dolorosa lucha de todos los instantes, contra el infortunio que le amenazaba, no corrió el llanto por sus ardientes mejillas, sin que él cayese en la cuenta de la involuntaria debilidad de su corazon, de la cual daban sus lágrimas patético testimonio!

Pero en aquella dolorosa situacion tenia un doble consuelo que le fortalecia: por una parte, pensaba sencillamente que estaba cumpliendo con el más sagrado de sus deberes, por lo que sus penas, así morales como físicas, le parecian más que llevaderas, siendo como era la práctica del deber, en su concepto, un goce superior del alma; y por otra, sentia profunda satisfaccion todas las mañanas cuando llegaba un criado de los Rivéros, enviado por Margarita ó por doña Luisa, á pedir informes sobre la situacion de la enferma, y más aún cuando, hácia la puesta del sol ó á prima noche, iba don Agustin á visitarle, reiterarle los más cordiales ofrecimientos de servicios y confortarle con sus afectuosas palabras. El buen señor Rivéros habia enviado desde los primeros dias su médico, que era uno de los más hábiles de Bogotá, á contribuir con sus consejos y asistencia al alivio de la enfer-

ma, y á su curacion, si por suerte era posible; y frecuentemente Margarita habia enviado á Víctor, en nombre de doña Luisa y con exquisita delicadeza, excelentes cordiales preparados por ella misma, unos para la enferma y otros para el enfermero. Cada vez que recibia una de aquellas muestras de afectuoso interes, Víctor experimentaba honda sensacion de agradecimiento y de consuelo. Todo aquello le conmovia y le confortaba, aquilatando su resignacion; y no obstante lo absorbente de la idea que le dominaba,—la de salvar á todo trance á su madre,—acariciaba con enternecimiento y dulzura los pensamientos que le asaltaban y que por instantes le transportaban al lado de Margarita, en cuyos hermosos ojos veia con la imaginacion brillar la luz de la esperanza...

Hacia más de un mes que doña Ana María estaba en cama, sin que la fiebre hubiera dejado de extenuarla, ni hubieran cesado sino por momentos los agudos dolores que la atormentaban, cuando una mañana la pobre enferma hizo llamar á su hijo. En aquel instante Víctor dormia, con el pesado sueño que se consigue despues de largas horas de insomnio y cansancio; pero tan luégo como le llamaron estuvo en pié, porque no se desvestia cuando por fortuna le era posible dormir algo, al ver á su madre tranquila, y apenas se descalzaba para hacer ménos infructuosas sus escasas horas de sueño.

—Acerca tu frente, hijo mio, dijo doña Ana María al verle junto á la cama.

—Oh! gracias, madre mia! murmuró dulcemente Víctor al sentir en la frente los besos que le dió ella. ¿Cómo se siente hoy sumerced?

—Mejor. He dormido bien y tenido buenos sueños, si la memoria no me engaña.

—Bendito sea Dios!

—Pocos dias ántes de mi accidente me habia confesado, como sabes que lo hago cada tres meses; pero hoy quiero hacerlo nuevamente para comulgar mañana.

—Está bien, madre. ¿El confesor de sumerced no es el padre Vicente?

—Sí; hazle llamar.

—Yo mismo iré á buscarle, puesto que sumerced está tranquila ahora.

—Dile que le aguardo para las cinco de la tarde.

—Cuénte sumerced con ello.

En efecto, despues de haber pasado el dia en relativa calma, la enferma se confesó piadosamente y pidió el Viático para el posterior. Al salir de la casa el padre Vicente, acompañándole Víctor hasta el porton exterior, el buen sacerdote le dijo, estrechándole las manos:

“Ah, señor don Víctor! qué madre tan buena y santa tiene usted! Si usted ha de tener la desgracia de perderla, puede estar seguro que ella ganará el cielo...”

Víctor besó silenciosamente las manos al sacerdote, por extremo agradecido de aquellas palabras, y se entró en su cuarto enjugándose las lágrimas que abundantemente le llenaban los ojos.

Al dia siguiente el doctor B* llegó muy temprano á visitar á la enferma. Al tomarla el pulso no más comprendió que algo muy grave pasaba. Algunos minutos despues de interrogarla y examinarla llamó aparte á Víctor

—¿La señora se ha confesado y pedido el Viático? preguntó.

—Sí, señor, contestó el jóven.

—Cosa extraña!

—Qué?

—Ayer la dejé en calma y con cierta mejoría aparente.

—¿Y hoy? interrumpió Víctor con ansiedad.

—Ah! los enfermos tienen presentimientos... que hablan mejor que la ciencia.

—¿Qué me dice usted, doctor?

—La enferma ha sentido lo que se acercaba: la crisis. Esta crisis, que ocurrirá hoy mismo, será... mortal...

—Mortal!

—O acaso salvadora... por algun tiempo.

—¿Es decir que, aun siendo feliz la crisis, no hay esperanza de curacion?

—Ninguna. Tenga usted valor!

Inmediatamente se hicieron todas las diligencias necesarias y se preparó la casa para la ceremonia. El jardincito del huerto fué talado, y desde la entrada del zaguán hasta los rincones de la alcoba de doña Ana María todo quedó literalmente tapizado de flores, amén del altarcito que se improvisó sobre una mesa, donde descollaban entre bujías y ramilletes de rosas blancas las dulces y consoladoras imágenes de Jesus crucificado y la Santa Vírgen. A poco se oyó la esquila portátil que precedia la modesta procesion de acompañantes del Viático, compuesta de algunos artesanos y mujeres piadosas, tres ó cuatro amigos de Víctor, presididos por el doctor B*, y unos cuantos muchachos curiosos de los que siempre andan por las calles y están lis-

tos para concurrir espontáneamente á toda ceremonia. Llenóse de gente la humilde casa de Víctor, y todos se arrodillaron, desde la alcoba de la enferma hasta el patio, mientras duraron los oficios.

La pasiente, que ya tenia la voz embargada y balbuciente cuando acabó de reconciliarse con brevedad, le hizo al sacerdote varias señales. Las comprendió éste muy bien, y despues de poner en manos de aquélla un pequeño crucifijo que pendia de la pared, la administró sucesivamente la eucaristía y la extrema unción. Víctor se habia arrodillado al pié de la cabecera de la cama, y si mostraba con su ademán un piadoso recogimiento, tambien su palidez y afliccion denotaban la angustia del hijo amoroso que siente el peligro inminente de perder su madre...

La enferma permaneció en profunda tranquilidad y con los ojos medio cerrados y la expresion doliente, durante algunos instantes; pero súbito abrió los ojos, miró á su hijo con indecible ternura, extendió el brazo y le puso la mano sobre la cabeza, alzó hácia el cielo una mirada llena de inefable beatitud, exhaló un prolongado gemido acompañado de un estremecimiento nervioso, y cerró los párpados para siempre... Su alma de madre cristiana habia volado á juntarse con la de su digno esposo en el seno de Dios...

Víctor, al verla así, se desplomó abrumado sobre el pavimento, sin exhalar siquiera un grito: y durante una hora se vió el contraste de una casa llena de flores, en la cual sobresalian en sus lechos el cadáver helado de la madre y el cuerpo inanimado del hijo, que

parecía como un bello arbusto derribado por el golpe del rayo...

El pobre jóven no volvió á saber más de sí mismo durante muchos dias. Varias familias, principalmente de la vecindad, y entre las personas más notables doña Luisa y Rosalía, se encargaron no solamente de todas las diligencias necesarias para el entierro de doña Ana María, sino tambien para la asistencia de Víctor, quien habia menester los mayores cuidados; en tanto que don Agustin suministró con liberalidad y sencillez cuanto dinero fué necesario para una y otra cosa. Dos ó tres veces, á prima noche y á la sombra de su madre y su prima, se deslizó Margarita casi furtivamente hasta la salita de la casa de Víctor, poniéndolo todo en órden é indagando con patente ansiedad por la situacion de aquel en quien ella veia su salvador y adivinaba su respetuoso amante... Muchos dias de mortal angustia pasó la pobre jóven, mayormente cuando el recato y la compostura no la permitian ir frecuentemente con su madre y Rosalía á ver á Víctor y auxiliarle con eficacia.

La enfermedad del jóven Prado era violenta y por extremo peligrosa. Las muchas vigili-
as que habia pasado al lado de su madre, entre la esperanza de salvarla y el temor de perderla; la íntima amargura que le habia causado la pérdida de su pleito; el estado de incertidumbre y de vehemente excitacion en que se hallaba su alma en lo tocante á Margarita, y más que todo el súbito golpe de la muerte de su madre, que le anonadó, habian producido en su sistema nervioso el más violento desequilibrio. De ahí la fiebre cerebral

gravísima de que fué presa, hasta quedar en absoluta postracion é inminente peligro.

Tres médicos asistieron con acuciosidad y constancia á Víctor, é hicieron todos los esfuerzos posibles para disputar esta preciosa víctima á la muerte. Al cabo la voluntad de Dios, servida por la Naturaleza y la ciencia, triunfó de la enfermedad, y Víctor, ya en su entero y cabal conocimiento, entró en convalescencia. Dos semanas despues comenzaba á andar en su cuarto, aun cuando fuese en un estado de excesiva debilidad, y una mañana, sentado en su vieja butaca (la del difunto tío Casimiro), conversaba melancólicamente con uno de sus médicos, el doctor R**, hombre de verdadero genio y gran saber, que le mostraba la mayor estimacion y el más vivo interes por su felicidad.

—Ah! doctor! qué de cosas no han pasado por sobre mí! Tal me parece como si saliera de una horrible pesadilla...

—Es verdad. Y por cierto, amigo mio, que usted ha delirado mucho durante su enfermedad.

—Dios mio! ¿Acaso habré dicho cosas muy indiscretas ó extravagantes?

—No; no tenga usted cuidado por eso. Dos nombres no más ha pronunciado usted frecuentemente...

—Cuáles? preguntó Víctor con ansiéda.

—El de su señora madre principalmente....

—Mi madre! Ah! mi pobre y santa madre... cuánto me amó! cuánto la amo! y cuán inmenso es el vacío que ella, al volver á Dios, ha dejado en mi vida.

—Vamos! resignese usted. Tal es la comun suerte de nuestra pobre especie!

—Pero, dígame usted, repuso Víctor volviendo á lo que le inquietaba: ¿el otro nombre que yo pronunciaba en mi delirio?...

—Un nombre muy dulce y que me es muy conocido. Usted sabe que soy el médico de la familia...

—Dios mio! ¿He nombrado á Margarita cuando deliraba?

—Tranquílcese usted; los médicos, que tenemos algo de sacerdotes, sabemos guardar esos secretos del corazon.

—Gracias, doctor! mil gracias!

Y un momento despues añadió Víctor:

—Lo que no comprendo, doctor, es cómo han podido pasar las cosas durante mi enfermedad. ¿Quién se encargó del entierro de mi madre? ¿Quién ha cuidado de mi persona y de mi casa?

—Los buenos amigos, las personas piadosas, los que más le estiman á usted y simpatizan con sus desgracias.

Víctor insistió en sus preguntas, pidiendo explicaciones, y el doctor R** le dijo al fin lo que sabia. Despues, levantándose, añadió:

—En fin, mi amigo, gracias á Dios más que á la ciencia y al arte, ya está usted curado. Ahora lo importante es que usted salga de Bogotá y busque en el campo el restablecimiento del vigor que ha perdido, procurando recobrar la calma y serenidad del espíritu.

—¿A dónde será bueno que yo vaya?

—A un lugar de clima templado, aires puras y aguas fortificantes. Opino que... por ejemplo, Ubaque podria convenir á usted mucho. Está cerca de Bogotá, y allí la gente y la vida son apacibles. Váyase usted lo más pronto que pueda.

—Para mí hay tantas dificultades...

—Pierda usted cuidado. Conozco un amigo de usted que tiene preparado viaje á Ubaque: usted y él podrian juntarse, y uno y otro tendrian excelente compañía.

—¿Quién es ese amigo?

—El doctor Moreno.

—Fué mi catedrático de filosofía, y me ha tratado siempre con benevolencia.

—Pues yo le hablaré de usted hoy mismo, y él vendrá á verle.

En efecto, el doctor Moreno fué al dia siguiente á casa de Víctor, y todo quedó arreglado satisfactoriamente. Tenian á su disposicion una casita en Ubaque, á donde Moreno envió todas las órdenes necesarias, y cuatro dias despues, un sábado, tomaban el camino de Cruz-Verde para ir á veranear, dejando Víctor su casa al cuidado de la fiel Martina y de una buena señora de la vecindad.

SEGUNDA PARTE.

En una apacible tarde del mes de Diciembre del mismo año de mil ochocientos setenta y tres, dos amigos departían tranquilamente, sentados sobre una roca que dominaba en cierto modo la profundidad de un vallecito, situado á la vera del pintoresco sendero,—semejante éste á una callejuela de vallados de piedras y arbustos, en partes muy empinado,—que conduce de la plaza de Ubaque hácia las campiñas de *Fistega*. La atmósfera estaba suavemente tibia y muy transparente, y el cielo límpido y de un admirable color de lázuli, por lo que á larga distancia se veían hasta los menores pliegues de las tierras circunvecinas. Veíase en primer término, al pié mismo de los dos individuos que hemos designado, pero como á cerca de cien piés de profundidad, una graciosa estancia (nombre que en Colombia se da especialmente á todo cortijo ó pequeña posesión de labor) compuesta de un bosque de chirimoyos, duraznos y naranjos, circuido de plantaciones de maiz y fique, en cuyo centro resaltaban tres casitas de rústica apariencia, las dos sin blanqueadura. Echábase de ver que no estaba apagado el humilde hogar del labrador dueño de aquel cortijo, pues á través de la rústica paja que cubría el techo de una chocita que parecía, por lo negra y ahumada, servir de cocina, se escapaban intermitentes

copos de humo ceniciento que iban lentamente á desvanecerse en el aire. En torno de los árboles frutales, de follajes tupidos y muy diversos matices de verde (oscuro brillante en los naranjos, apagado en los chirimoyos y vivo y claro en los duraznos) se extendía, á un lado, un maizal ya seco y á punto de ser cosechado, cuyas rígidas cañas de tinta parda amarillenta trepaban en hileras regulares hasta el filo de una cuchilla pedregosa, inclinadas por momentos, ó más bien como sacudidas al soplo de la brisa. Al otro lado, en plano fuertemente inclinado hácia el río de Ubaque, había una plantación de fique ó alóes (el *jeniquen* de Centro-América y la *cocuiza* de Venezuela), cuyos cuadrados enteramente simétricos dejaban ver, por entre las pulposas pencas que á manera de hojas formaban como abanicos abiertos y concéntricos, la tierra que muy recientemente había removido la azada de algun labrador.

Más abajo se abría como un vastísimo barranco, notable por sus pardos guijarros, pedriscos enormes, grietas y derrubios, y salpicado de manchas carboníferas y pizarrosas, el cauce del río de Ubaque, de cuyo fondo se elevaba el rumor sordo y profundo que formaban, en su eterno caer á saltos, innumerables chorros de agua blanca y espumosa. Sobre aquel hondo y destrozado cauce se veía tendido el rústico puente de *Fistega*, construido, á usanza del país, sobre altos estribos de piedras medio asentadas unas sobre otras, y compuesto simplemente de largas vigas cubiertas con ramas de arbustos y tierra pisada. Del otro lado del río, sobre una elevada barranca que lo señoreaba, manifestamente compuesta

de bancos de arena arcillosa deleznable, se alzaba una graciosa casita, resguardada hácia atrás por un cañaveral; y delante de ella, sobre lo más riscoso del terreno, triscaba libremente una manada de diez ó doce cabras, haciendo las más graciosas piruetas de ascenso, descenso y equilibrio, y ramoneando con avidez entre las malezas, éstas de un color verde parduzco y pálido, como retostado por el sol del verano. Adelante se desarrollaban, hasta trepar á considerable altura por las cumbres estériles de un cerro, las pintorescas y fértiles faldas de *Fistega*, abundantes en casitas de pobre apariencia cercadas de sauces cónicos, así como en plantaciones de maiz, alverjas y garbanzos y otras legumbres.

Tendiendo la vista en otra dirección, hácia el Oriente, se veían bastante léjos, al frente de todas las faldas del unduloso territorio de Ubaque, las altísimas barrancas derrumbadas que dominan el cauce del *Río Negro*, allí donde acaba de juntarse con el *Blanco* para recibir sucesivamente las aguas de Ubaque, de Quetame y de Cáqueza, en vertiginosas profundidades. Por encima de aquellas barrancas se elevan, ya en superpuestos planos inclinados, ya en cuchillas y colinas de caprichosas formas, las tierras del distrito de Fómeneque, verdadera é inmensa huerta de árboles frutales, donde alternan y se confunden todos los matices verdes y de gualda en una maravillosa mezcla de plantaciones propias de muy diversos climas. Más arriba de aquella sucesión de faldas, cuchillas, colinas y vallecitos intercalados, en cuyo seno la fertilidad y la gracia pintoresca se disputan la primacía, la mirada se detiene en la formidable cordi-

llera oriental, que eleva hasta los cielos sus dentellados picos de los *Organos* y sus colosales lomos del *Chingaza*, el *Buque* y otros páramos.

—Esta contemplación es saludable, decía el más jóven de los dos individuos que se hallaban sentados á la orilla izquierda del camino de *Fistega*.

—Oh, sin duda!

—Sí, doctor, continuó el primero: cuando uno deja vagar las miradas por estos amenos campos, que habitan gentes rústicas, pobres y desvalidas, y por aquellos encumbrados montes que con sus picos solicitan el cielo, no puede ménos que sentirse consolado. El alma se siente como más cerca de Dios cuando la acongoja el dolor y está libre del bullicio de las ciudades; y el espectáculo de la Naturaleza, apacible y grandioso al propio tiempo, incita siempre á bendecir la mano del Supremo artífice de tanta belleza y tan admirables maravillas.

—Sí, mi querido Víctor, repuso el doctor Moreno,—pues estos eran los dos contemplativos paseantes;—¿de qué nos servirían los estudios teóricos que hacemos de la filosofía, si no tratásemos de practicar sus preceptos y principios aplicándolos al gobierno de nuestra propia existencia y al embellecimiento de nuestra alma, ávida siempre de luz y de esperanza, de ciencia y de profunda fe?... Todo amor que sufre debe ser ofrendado á la Suprema y Eterna fuente del infinito Amor; todo pensamiento, para ser saludable y fecundo, debe elevarse hasta la Sabiduría inefable, la del Sér que todo lo ha previsto y remediado, porque lo ha hecho todo, y que ha combinado

la lucha de la vida con el misterio de la muerte, la fuerza con la debilidad, el dolor con el placer, y lo inmortal con lo perecedero, bien así como ha juntado en cierto modo la luz con las tinieblas y lo grande con lo pequeño, para que de todo resulte la maravillosa armonía del bien en la existencia y en el movimiento de las cosas creadas y de las cosas por nacer de lo creado.

—He pensado en todo eso, doctor, dijo Víctor con respeto, sin olvidar nunca las lecciones que usted me dió, y en esos pensamientos he hallado la fuerza necesaria para resignarme. He aceptado la vida como una prueba incesante, como un combate permanente, y sobre todo como un deber.

—Sobrado ha patentizado usted, mi amigo, que estudió con provecho la filosofía. Es lástima que sean raros los discípulos de esa ciencia á quienes yo haya visto trillar el mismo camino.

—¿Qué quiere usted, doctor, si son más que raros los profesores como usted, y si casi todos los discípulos que usted tuvo han sido despues entregados á la corruptora enseñanza del utilitarismo?

—Es verdad. La filosofía espiritualista, es decir, religiosa é inseparable de la solicitud por el ideal humano, está derrotada entre nosotros. ¿No me vi yo mismo forzado á retirarme del profesorado oficial el dia que se me quiso obligar á enseñar la funesta filosofía del sensualismo? Ah, querido Víctor! los tiempos que corren son graves y severos para las almas generosas! La duda corroe como un veneno casi todas las conciencias que se creen iluminadas por la ciencia..... Y pluguiera á

Dios que la duda fuera para las sociedades modernas el peor de los males! que al cabo la duda deja espacio á la verdad y no excluye la esperanza... Pero la negacion sistemática, hija de la ignorancia orgullosa que no quiere ilustrarse; la fria resolucion de cerrar los ojos á la luz, sustituyendo la opinion de secta ó de partido á la creencia personal y social; la miserable filosofía del egoismo, que con todo especula, y el propósito de buscar y hallar en una supuesta libertad del pensamiento el cómplice y encubridor de todos los vicios y del violento desahogo de todas las pasiones mezquinas... oh! todo eso es infinitamente peor que la duda, porque es el poder de las voluntades pervertidas, es el olvido intencional de Dios, y es la más patente prueba del profundo desprecio con que la Humanidad es mirada por muchos de sus propios miembros y aún de sus falsos apóstoles y conductores!

Sobre este inagotable tema departian los dos amigos aún despues de levantarse del sitio donde habian estado en deliciosa contemplacion; y ya las primeras sombras de la noche iban llenando las profundidades del vasto y complicado valle del Rio Negro, cuando aquéllos, caminando á paso lento hácia la plaza de Ubaque, iban todavía conversando, hasta llegar, siguiendo una calle longitudinal en direccion al Norte, á la modesta vivienda que habian tomado en alquiler, en la extremidad setentrional del pueblo, á cosa de doscientos pasos del triste y desmedrado cementerio.

El doctor Moreno, hombre de fisonomía suave y apostura humilde, que apenas rayaba en los cuarenta años, se habia dedicado desde muy jóven á la carrera del profesorado, y regen-

taba cátedras de filosofía y otras materias análogas en varios de los colegios privados de Bogotá. Pocos años hacia que le habian apartado de las cátedras servidas ántes en colegios públicos, calificado como retrógrado y pernicioso para la juventud, por cuanto sus ideas y enseñanzas eran espiritualistas y notoriamente profesaba y practicaba la religion católica; pero él no se habia desalentado. Continuó sosteniendo la verdad en otros establecimientos de enseñanza, y vivia rodeado del respeto de muchos y satisfecho de lo que hacia para cumplir con sus deberes, segun su conciencia.

El doctor Moreno, hombre afable y sencillo, sabia mucho para su edad, tenia clara inteligencia y recto juicio y su conversacion era siempre instructiva; pero jamas se apartaba de la línea que le trazaba su genial modestia, no obstante la facilidad con que el hábito del profesorado podia haberle hecho contraer algunas maneras pedantescas; achaque á que pocos institutores y catedráticos saben sustraerse. Una circunstancia le recomendaba mucho, dando excelente idea de su carácter: era muy adicto al matrimonio, por inclinacion y conviccion; y sin embargo permanecia célibe. ¿Por qué? Tenia tres tias ancianas y achacosas, á quienes debia mil favores, porque le habian amparado en su niñez, época en que habia quedado huérfano, y como apenas tuviese modestos recursos para subsistir, principalmente sus sueldos, habia continuado viviendo con sus tias y dedicando á beneficio de ellas sus recursos y cuidados. De aquí la imposibilidad moral de casarse, á fin de no privar á sus ancianas parientas de aquellos servicios ni

separarse de ellas. El deseo de procurarse descanso y solaz durante las vacaciones de Diciembre y parte del siguiente mes, habia movido al doctor Moreno á solicitar acomodo en Ubaque para pasar allí la temporada, y gracias á esta feliz circunstancia Víctor habia podido ir á regenerarse físicamente y recuperar algo de su serenidad de espíritu, en compañía de su excelente maestro y amigo.

La vida que llevaba Víctor en Ubaque era tan fortificante para su cuerpo como saludable para su espíritu, desequilibrado poco ántes por tan violentas emociones. Levantábase muy temprano y se estaba leyendo hasta las ocho, reclinado contra un enorme guijarro y á la sombra de un chirimoyo del patiecito de la casa que habitaba, y al llegar aquella hora se iba al baño. Mas no lo tomaba de cualquier modo ni seguia el llamado "camino real," sino conforme á ciertas reglas de higiene cuya práctica le era muy beneficiosa, aunque muchas personas la calificasen de imprudente y atrevida. Ibase á pié por la calle que sube por el costado izquierdo de la casa cural, y tomando el estrecho, tortuoso y empinado sendero que desde el remate de la misma calle trepa hácia las faldas orientales del poderoso cerro Guayacundo, á buen paso escalaba encrucijadas pedregosas, colinas y collados, por en medio de pequeñas estancias y numerosos maizales, hasta llegar á la cima de una alta meseta; y de allí descendia por el lado opuesto hasta caer á la orilla izquierda del rio, en el sitio donde se le pasa por el puente que los indios de Ubaque llaman pomposamente *Puente real*, debajo del cual hay una especie de cascada y un vasto y profundo pozo. Víctor llegaba

chorreando sudor, y sin dar tiempo á que se le enfriase la piel se sumergia en el pozo durante un minuto solamente. Al salir del agua se friccionaba mucho, se vestia con prontitud, y rehaciendo en sentido contrario el camino que habia andado, tornaba á su casa, otra vez inundado en sudor, se mudaba la ropa interior y almorzaba. A poco le invadia el sopor y dormia una corta siesta.

Despues, durante cuatro horas, alternativamente leia y escribia, ó dibujaba vistas de paisajes, y por la tarde, á eso de las cinco, despues de comer, salia á pasear lentamente con el doctor Moreno, ora por el risueño y sinuoso camino de *Choachí*, ó por el del *Volador*, que conduce hácia la *Union y Fómegue*, ya por el de *Fistega*, ó por el camino principal que sube por las gargantas del rio en direccion hácia Bogotá. Merced á este régimen vivificante, á una alimentacion sana y sencilla y á saludables conversaciones nocturnas con su compañero y con el cura del lugar, que precedian la hora de recogerse, Víctor recobró de todo en todo la salud, y no poca fuerza física y serenidad de ánimo, en pocas semanas.

Desde la mañana siguiente á la tarde en que los dos amigos bogotanos llegaron á Ubaque, el cura párroco habia ido á visitarles y ofrecerles sus servicios, y como simpatizara con entrambos se veian y visitaban recíprocamente con frecuencia. Víctor en particular se granjeó el cariño y la confianza del párroco, merced á la simpatía que le inspiraban la melancólica situacion y el carácter de nuestro modesto héroe, y al interes que éste mostró por la iglesia parroquial, á la cual hizo algunas humildes pero muy oportunas donaciones

Era el cura hombre robusto y muy vigoroso, francote y servicial, amigo del trato llano y familiar, y aficionado á la burla inofensiva y los chascarrillos chistosos; pero habia que tratarle siempre por buenas, pues si mostrándole buena voluntad era afable hasta la jovialidad, cualquiera picadura malévolá irritaba su muy sanguíneo temperamento.

Poco á poco se fué llenando el lugar de familias de Bogotá que iban á “temperar” ó veranear, disfrutando de los baños, del suave clima, de la vida campechana y las deliciosas frutas en que abundan los numerosísimos huertos del distrito; y tan considerable fué la afluencia de forasteros, que ya no habia casa ni vivienda alguna donde la gente de fuera pudiese alojarse; con lo que iban escaseándose las provisiones y todo se encarecia más y más, por muy humildes, incómodas y desmedradas que fuesen las habitaciones, menguadas las cabalgaduras de alquiler y malo el servicio de la gente pobre. Pero todo esto era sobradamente compensado con los campestres placeres que allí se proporcionaban las familias, la fácil cordialidad con que todas se trataban, y los frecuentes paseos y tertulias que improvisaban para divertirse. A todo se sustraia Víctor, cuya vida en Ubaque era sobrado retraida y melancólica, á causa de su doble duelo y de su situacion de espíritu; mas no perdia las ocasiones que se le presentaban para observar, sin mezclarse en las reuniones numerosas, el contraste que formaban las costumbres de “los bogotanos”,—gente casi toda de origen andaluz ó castellano,—con las de los Ubaques, casi en su totalidad descendientes puros de la raza muisca ó chibcha.

Víctor y su compañero eran mirados y tratados en el lugar con particular aprecio, y como ambos se mostraban caritativos y benévulos, religiosos y de intachable conducta, los pobres les querian y los algo acomodados (porque rico no habia ninguno) procuraban servirles. Todos llamaban “la casa de los doctores” aquella que habitaban del Prado y Moreno, y les saludaban con respeto al pasar por delante de su puerta. Pero entre todos los vecinos del distrito ninguno se distinguió tanto en sus preferencias y manifestaciones benévolas como un venerable caballero, propietario de muy extensas tierras, en cuyo centro tenia su residencia ó granja de *Los Cedros*. Todos los domingos y dias de fiesta bajaba de su hacienda el buen anciano á oír misa devotamente, hacer su mercado de provisiones, amén de otras diligencias, recaudar las limosnas para la iglesia (pues era el obligado Mayordomo de fábrica), dirimir disputas entre los vecinos, en calidad de amigable compenedor, presidir el Cabildo ó corporacion municipal, entender en lo relativo á escuelas públicas del distrito (cuando no en asuntos de elecciones), y visitar á todos sus amigos, principalmente á las forasteros que de él podian necesitar.

El doctor Benigno Gómez era en muchas cosas un tipo social, y en otras un hombre original. Habiendo recibido esmerada educacion, como que pertenecia á muy distinguida familia, este hijo de la revolucion de la independencia,—pues aunque nacido en 1808 habia sido criado bajo el influjo de los grandes acontecimientos que se personificaron en Nariño y Bolívar, Acevedo y Lozano, Santander y

Córdoba,—era el reflejo viviente de todos los contrastes, luchas y circunstancias que acompañaron la infancia y adolescencia de nuestra atormentada república. El tambien habia sido soldado miliciano de la Patria, en su primera juventud, y despues estudiante hasta coronar su carrera, recibiendo doctor en jurisprudencia y abogado. En seguida habia servido algunos empleos públicos, y en 1840, tomando más formalmente las armas, en defensa del gobierno legítimo de entónces (que entre nosotros cada cual llama legítimo el de su conveniencia), gobierno atacado por una formidable revolucion, habia hecho campañas hasta obtener el grado de Teniente-Coronel, y tornado despues á los empleos civiles. En los cuerpos legislativos, en la magistratura y otros puestos habia mostrado inteligencia, incorruptible honradez, suma vivacidad de carácter y áun excesivo calor en la defensa de sus opiniones, y siempre el más apasionado interes por las cosas públicas. Al cabo, despues de no pocos años de vida civil, el gobierno liberal de 1849 le habia echado á un lado sin contemplacion alguna, así como á todos los conservadores, y él, ya casado, pobreton y con numerosa familia, se habia retirado al campo, comprando dilatados terrenos casi desiertos, en el distrito de Ubaque, y dedicándose á vivir la trabajosa pero apacible vida del agricultor.

Pero allí habia ido á buscarle la Guerra,—terrible divinidad que en Colombia ha tenido culto muy frecuente,—llevándole otra vez á los campos de batalla, así para luchar contra la dictadura militar de 1854 como para combatir la revolucion en 1860. El padre de familia dejó esposa, hijos, hogar y propiedades,

y el abogado de 1830 tornó á ser militar, con el nombre de Coronel en lugar del de doctor. Las campañas del Norte y del bajo Magdalena le probaron con rudeza, pues sucesivamente se vió vencedor, prisionero y febricitante moribundo; y al cabo, vencida su causa y triunfante la revolucion, el belicoso abogado regresó á sus lares, trocando la espada por la azada y la caja de guerra por el arado de los Cincinatos.

Ya tendremos ocasion de adelantar el esbozo de este raro sujeto, cuando le veamos como un campestre patriarca en el seno de su familia, la que, por cierto, estaba muy disminuida, pues en la época á que se refiere aquesta relacion ya habia perdido su inmejorable esposa y cinco de sus diez hijos. Benévolo y generoso en supremo grado, como era el doctor Gómez (ya nadie le llamaba *Coronel*, lo que habria sentado mal á los oidos de los vencedores), sentia indecible placer al hacer todo el bien posible, y así como tenia la pasion de la hospitalidad, era social y obsequioso por extremo. No sólo su casa estaba siempre abierta para cuantos pasaban por delante de ella y la solicitaban, sino que con él tocaban, para ser servidos con la mejor voluntad y suma eficacia, cuantos necesitaban conseguir en Ubaque casas de habitacion, peones, cabalgaduras y todo linaje de servicios; pero nunca ponía mejor de manifiesto su carácter que al bajar los domingos al pueblo. A caballo no más, ántes de almorzar siquiera, íbase llegando á todas las casas de sus amigos á dar cordiales apretones de manos, y apénas sí se habia apeado de su mula ó de su manso *Comodoro*, como llamaba á uno de sus caballos, cuando se iba

á comprar en el mercado las mejores frutas y golosinas para distribuirlas en seguida entre todas sus amigas predilectas y los niños de éstas. A todos prestaba algun servicio, á todo atendia con singular desinterés, y no pocos desaguizados se acarreaaba por ello, víctima de su incontrastable filantropía y su pasion por los asuntos públicos.

El doctor Gómez parecia haberse enamorado de Víctor con particular afecto. Tratábale al propio tiempo con estimacion, respeto y cariñosa benevolencia, y á tal punto llegaban sus sentimientos respecto de su jóven amigo, que comenzaba á sentir y mostrarle algo como un amor paternal. Víctor, por su parte, le correspondia de todo en todo, y es lo cierto que, sin haber tenido ántes relaciones de estrecha amistad, sino de mera cortesía, á vueltas de un mes ya se trataban con intimidad y confianza, no obstante la gran diferencia de edad que les separaba. Para entrambos habia un motivo más de buena amistad: el doctor Gómez era el padre de Rosalía, persona á quien Víctor estaba ligado por la gratitud y la más sincera amistad, y por lo mismo era tío político de Margarita.

Un domingo, al llegar el doctor Gómez á la puerta de la casa de Víctor, y tenderle las manos, así como á su compañero, les dijo:

—Me acaban de decir que ustedes piensan ya en abandonarnos. ¿Es verdad?

—Qué hemos de hacer, mi buen amigo! contestó Víctor: la necesidad....

—¿Necesidad de qué? Usted no ha acabado de robustecerse, y todavía no le conviene regresar á Bogotá.

—Sí; pero el doctor Moreno tiene casi imperiosa necesidad de volverse....

—Así es, interrumpió Moreno. Por una parte, dentro de pocos dias han de reabrirse los colegios donde sirvo cátedras, y por otra, una de mis tias está sériamente enferma, lo que hace necesaria mi presencia en Bogotá.

—Vivamente lo siento, doctor, repuso el venerable hacendado, y no me atreveré á insistir en mis deseos en lo tocante á usted; pero ya que no podemos evitar el que usted se nos vaya ¿por qué ha de llevarse tambien al amigo Prado?

—¿Y qué haria yo aquí solo y afligido? observó Víctor. Pronto seria presa del fastidio y de la más negra tristeza.

—¿Y si usted se fuera conmigo á pasar unos dias en Los Cedros?...

—Oh, mi buen amigo! es usted sobrado bondadoso....

—Qué bondad ni qué calabazas! exclamó el doctor Gómez. Usted me pertenece, como que soy el más viejo cascarrón de Ubaque, y me dará un placer vivísimo si acepta la humilde hospitalidad que de todo corazón le ofrezco.

—Me obliga usted por extremo; pero....

—¿Pero qué? Veamos si ese *pero* puede dar peras.

—Yo iria á causar molestias á usted y á su familia....

—Todo lo contrario: á honrarnos mucho y darnos dias de contento en nuestra soledad. ¿Y sabe usted? Voy á vencerle con una noticia: mi hija Rosalía ha venido ayer á Los Cedros á pasar una temporada con nosotros, y ella misma desea mucho que usted sea nues-

tro huésped. ¿No querrá usted ir á ver á esta amiga que tan cordialmente le estima?

—Ah! doctor... usted me ha vencido!

—Bueno! bueno! así lo esperaba yo. Entónces quedamos convenidos. ¿Cuándo se irán ustedes?

—El treinta, contestó Moreno.

—Bien: ese dia bajaré á encontrarles á ustedes en la *Tebaida*, ó talvez en la *Salitrera*; el doctor Moreno almorzará con nosotros, dado caso que no quiera ó no pueda darnos el placer de tenerle todo el dia en casa, y usted, querido Víctor, quedará en Los Cedros en calidad... de prisionero de guerra.

—Aceptado de todo corazón, dijo Prado.

—Mil y mil gracias por mi parte, añadió Moreno.

Con lo que el buen doctor Gómez se alejó lleno de contento.

II

Los espectáculos que en Ubaque se ofrecian á la contemplacion de Víctor eran propios para inspirale sentimientos elevados y calmar su entristecido corazón, así como para incitarle á observar las costumbres y la condicion social del distrito y hacer reflexiones filosóficas no muy consoladoras. Señorean las faldas de aquel unduloso territorio poderosos contrafuertes del ramal central de la cordillera oriental de los Andes, tales como el *Guayacundo*, el *Quinto* y el *Calvario*, cuyo aspecto áspero y abrupto tiene no sé qué de sombrío y amenazante. Sobre sus cumbres se ciernen los helados vientos del medio dia y la tarde, en los veranos, y las más recias tempestades en invierno, y de sus formidables murallones

se han desprendido, á impulsos de antiguos cataclismos geológicos, inmensas masas que, destrozándose al derrumbarse, han dejado desnudas las estratas de los cerros y rodado en desordenados aludes por las faldas que forman, en planos inclinados y hondonadas, lo que se llama el valle de Ubaque y de Choachí. Todo aquel territorio da mudos testimonio de revoluciones que trastornaron la estructura de la serranía y formaron mil desigualdades ú ondas de capas, montículos y colinas de tierras fértiles pero deleznales. Además, aquel vasto conjunto de terrenos rodados está surcado, desde la base de los cerros hasta la orilla derecha del Río-Blanco y el Río-Negro, por cuchillas cubiertas de pajonales y malezas, entre cuyos cordones yacen pintorescos vallecitos secundarios que descienden de poniente á oriente hácia el fondo del valle general; y todos aquellos collados y ramblas, por cuyos fondos corren arroyos de lecho esquistoso que humedecen la tierra y procuran regadíos, están cubiertos de plantaciones de maíz, frijoles ó judías, alverjas, garbanzos, fique y anís, verdes cañaverales de corta extensión y huertos de árboles frutales, entre los que abundan principalmente el chirimoyo y el durazno, el naranjo, la higuera y el *curo* ó aguacatero. En medio del ramaje de aquellas pintorescas aboledas asoman innumerables casitas, de cuyos techos se elevan en espirales columnas de humo que denotan el sitio de cada hogar. Basta situarse sobre el filo de alguna de aquellas cuchillas trasversales que hemos señalado, para descubrir con la vista los más variados y graciosos paisajes, siempre risueños aún en la época del caluroso

verano, y propios para formar el más extraño contraste con los abruptos murallones de los cerros occidentales.

La población de Ubaque es casi toda muy pobre, ignorante y de costumbres primitivas. Compónese en general de indios puros, no há mucho sujetos al comunismo del *Resguardo*, que son, por decirlo así, los vivanderos ó despenseros de Bogotá. Su vida se reduce á cultivar algún maíz, cebar algunos cerdos, criar gallinas y mantener en buen estado sus árboles frutales. El maíz es para su escasa alimentación (la tradicional *mazamorra*), los cerdos los venden cuando están gordos á los tratantes sabaneros; y casi todos los miércoles ó jueves emprenden su marcha á pié, subiendo el fatigante camino de Cruz-Verde, ó el de Choachí, y atravesando los páramos ó ventisqueros, cargados de jaulas de pollos ó huevos, ó rústicas maletas llenas de granadillas y chirimoyas, duraznos, naranjas y aguacates, con lo cual, á duras penas, logran realizar de ocho á veinte reales colombianos.

Muchas de las mujeres de los indios, á más de atender á los quehaceres domésticos y de trabajar en los campos junto con los hombres, sometiéndose á las más duras fatigas, ejercen una industria especial, casi exclusiva de Chipaque, Ubaque y Choachí: la de nodrizas de los niños expósitos del Hospicio de Bogotá. Por eso es tan común ver en las chozas de aquellas indias, generalmente feas, de color cetrino, facciones aplastadas y mirada torva ó estúpida, niños muy hermosos, enteramente blancos y rosados, fruto de uniones desconocidas, y acaso de misteriosos dramas de la

culta sociedad bogotana. Aquellas indias nodrizas reciben su paga mensual en Bogotá, y el día último de cada mes se echan sobre las espaldas sus hijos adoptivos, y atravesando los ventisqueros van á ofrecer la prueba patente de la supervivencia y del estado de salud de estas criaturas. Si la maternidad es tan sagrada, fuente de inefables alegrías y deberes ¿no es triste considerar que la miseria obliga á muchas madres á alquilar esa maternidad y privar á sus propios hijos de una parte considerable de la leche y los cuidados que les hacen vivir?... Pobres gentes!

El indio puro de la raza chibcha, tal como se mantiene y vegeta en los distritos situados al oriente de Bogotá, es humilde y por lo común inofensivo en lo tocante á vías de hecho, religioso, aunque sin entusiasmo, y muy laborioso, frugal, caminador y resistente; pero tiene, á más de su estolidez y completa ignorancia, graves defectos de carácter y educación, debidos en gran parte al régimen á que por trescientos años le sujetaron las leyes, ideas y costumbres españolas. Es desaseado y carece de todo sentimiento de dignidad, adicto á la mendicidad y al hurto ratero que se puede ocultar, miente con tanta facilidad como descaro, y aún en la miseria pone de manifiesto su tendencia á la avaricia y á la ocultación de cualquier valor que posea. Siempre disimulado en sus actos, procura no dejar conocer sus sentimientos y propósitos; y tiene tan marcada afición á la bebida fermentada que le sirve de estimulante y alimento (la chicha), que se embriaga en las tabernas ó *chicherías* hasta caer en la imbecilidad.

Víctor observaba las costumbres y modo

de ser de los indios y se affigia al considerar cuán distantes estaban de llegar á ser hombres libres y verdaderamente civilizados. "Estos infelices, pensaba él, no conocen sino los inconvenientes de la civilización, y sólo pertenecen á la sociedad civil porque están bajo el dominio, apenas material y más ó menos impuesto, de los curas, de los alcaldes (que tanto abusan de su autoridad en las aldeas y en los distritos rurales), y de estos caciques de nuevo cuño, especie de señores feudales en rústica, de la república democrática, que en Colombia llamamos *gamonales*. No; el derecho es una ficción en el seno de estas miserables poblaciones, á las cuales no han llegado las auras de la república cristiana, por mucho que se les coheche para sufragar en nuestras farsas de elecciones, se les empadrona para cobrarles impuestos, ó se les reclute para figurar en los batallones como "soldados de la patria y defensores de las instituciones...." ¿Qué saben ellos de una patria que no les pertenece, una república que sólo conocen por el timbre del papel sellado que pagan, y unas instituciones que ignoran por completo y apenas sirven para que con ellas les tiranicen los alcaldes y jueces, los recaudadores y los comisarios de policía?... Ay! cuánto no dista entre nosotros la verdad de los hechos sociales, de las falsas afirmaciones con que los políticos halagan á la muchedumbre llamándola pueblo *soberano!*"

Así filosofaba Víctor al considerar la condición social de los pobres indios de Ubaque y de todo el departamento de Oriente, y con frecuencia consignaba en su diario tristes ó amargos pensamientos relativos á las observaciones que hacía.

Su más grato entretenimiento era el que se procuraba casi todas las tardes al visitar un sitio llamado "El Recreo", tan delicioso que bien merecía su nombre. Casi al costado del cementerio, dando frente á la casa de Víctor, pero á cosa de doscientos pasos de distancia, se veía, en el fondo de una quiebra abierta entre dos ribazos, un primoroso huerto ó bosque de chirimoyos y otros árboles frutales, á cuya sombra el suelo estaba limpio como una sucesion de salitas y alcobas caprichosas, sin que casi penetrara un rayo de sol. En medio del vasto y tupido grupo de árboles habia dos casitas de muy humilde apariencia y una chocita separada que servia como de granero y cocina. Caminando hácia arriba por en medio de la arboleda se encontraba un gran matorral de guaduas, cuyos flexibles penachos se mecian con blando vaiven al soplo de las brisas, y allí cerca, entre grandes guijarros y rocas aisladas, surgia un manantial de agua fresca y exquisita que daba riego á casi todo el huerto. El terreno se levantaba despues hácia las faldas de los dos ribazos cubierto de matas de figue y pasto pará y circuido de vallados de piedra, de modo que en aquel sitio el aislamiento era completo y la frescura deliciosa, bien que demoraba á cien metros de la extremidad del pueblo y que en todo el dia reverberaba bajo los radiantes rayos del sol de verano.

Vivian en el Recreo un pobre viejo, el tío Sinforoso, y su hija, y ésta, que era viuda, tenia tres chiquillos muy graciosos. Juliana, que así se llamaba, era de raza española, así como su padre, y mantenia su casita y huerto con la mayor limpieza y en el mejor orden.

En tanto que el buen viejo Sinforoso se iba á trabajar en una estancia que poseia por los lados de Choachí, volviendo todas las tardes despues de la oracion á descansar en medio de su familia, Juliana cuidaba del huerto y las gallinas, hilaba lana y algodón, sirviéndose del huso tradicional, y recogia las frutas, los pollos y los huevos para hacerlos vender á domicilio por medio del mayor de sus hijos, chicuelo de unos ocho años, rollizo, despierto y muy simpático.

Víctor se habia aficionado al Recreo desde el dia en que le habia hecho su primera visita.—Cuando iba á sentarse junto á la puerta de Juliana, bajo la espesa sombra de los árboles, sentia una delicia que le hacia olvidar por largas horas sus pesares. Los chiquillos le rodeaban con alegría, porque él les llevaba siempre pan y bizcochos, y Juliana le tenia apartados ordinariamente los durazos más maduros, las más dulces brevas y deliciosas chirimoyas. Víctor, despues de saludar afectuosamente á Juliana, se sentaba en un banco al pié de un gran naranjo, y se ponía á jugar con los chicuelos. Al cabo éstos se cansaban, y él, encendiendo un cigarro, se recostaba contra el tronco del árbol, con su cartera en la mano, y se ponía á soñar despierto, dando rienda á su natural melancolía y dejando vagar el pensamiento por un mundo ideal..... El aroma de las flores de chirimoyo, más penetrante y delicado que el de los azahares, le embriagaba dulcemente; las espirales de humo que él producía con su cigarro, le distraian las miradas hasta volverlas vagarosas, y la sombra de la verdura espesa que le cobijaba le causaba sensaciones de in-

decible delicia, mas no de delicia corporal propiamente, sino de una fruicion interna que se arraigaba en su alma..... De las muchas horas pasadas en la soledad del Recreo nacieron numerosas composiciones poéticas que la musa del dolor y la contemplacion inspiró á Víctor en Ubaque. Jamas su mente habia sido tan vigorosa ni fecunda, y en poco tiempo sus inspiraciones habian dejado de ser juveniles para volverse adultas. Esto se explica fácilmente: nada madura tanto ni tan rápidamente el espíritu como los grandes dolores, que son como los veranos del alma, acompañados de ardores que cauterizan y terribles tempestades que conmueven hasta las más hondas fibras del corazón..... El poeta no lo es de todo en todo sino cuando ha sufrido y llorado mucho, y el riego de las lágrimas es el que hace madurar mejor el fruto del misterioso árbol de la inspiracion.....

Una escena aterradora ocurrida en Ubaque, en la noche del 28 de Diciembre, puso de manifiesto el vigoroso y noble carácter de Víctor. Era el dia de los Santos Inocentes, y los habitantes del pueblo se habian entretenido haciéndose recíprocamente *inocentadas*, como se acostumbra en casi toda la República, engañándose unos á otros con todo linaje de travesuras sin consecuencias. Por la noche varias de las familias bogotanas y dos ó tres del lugar se habian reunido á bailar, y todos los jóvenes de la tertulia estaban de muy buen humor, unos cantando, otros haciendo farsas chistosas y los más bailando. Víctor, cuya casa estaba situada á poco más de cien metros de aquella donde bailaban, cantaban y bromeaban, se hallaba solitario, recostado en el co-

rredor interior de su vivienda, meditabundo y aspirando los aromas de las brisas nocturnas. Llegaban hasta él los ruidos discordantes de la alegre tertulia, y percibia distintamente los sonidos de la música, compuesta solamente de bandolas y tiples, á la usanza campestre.

De súbito vió al frente, á través de un vasto solar escueto ó especie de plazuela, aparecer una gran luz rojiza sobre el techo de una de las últimas casas de la calle que de la parte baja de la plaza conduce hácia el camino de la Union y Fómeque. La luz le sorprendió tanto que se puso en pié y la observó sobresaltado: era un incendio que comenzaba, tanto más peligroso cuanto podian quemarse todas las casas de la misma calle, por ser todas de techo de paja. Medio vestido como estaba, Víctor dió un gran salto y se lanzó fuera de la suya dando gritos; envió al sirviente que tenia á llamar de paso á Moreno, y que volando fuese á mandar tocar á rebato en la iglesia, y él corrió hácia la casa incendiada. Casi todas las viviendas de la vecindad estaban solitarias y en la calle no habia alma viviente.

Pero Víctor no perdió la serenidad de ánimo é hizo las cosas con destreza y prontitud. Penetró resueltamente en la casa incendiada, tumbando de un empellon la puerta de la calle, y adentro, en el patio, se dió cuenta instantáneamente de la naturaleza del caso. Solamente ardia la cocina, pero ya era absolutamente inevitable el incendio de toda la casa. Lo que importaba, pues, era aislar prontamente el fuego, cortando toda comunicacion con los edificios contiguos é impidiendo así que las llamas llegasen hasta los de enfrente.

—Hachas y machetes! gritó Víctor con enérgico acento. Pronto! pronto!

—¿Qué más? dijo un jóven que llegaba. Doctor, disponga usted de mí; estoy á sus órdenes.

—Suba usted con cuatro ó cinco más sobre la cocina de la casa contigua y desempájela á toda priesa.

Al punto treparon sobre la cocina cinco ó seis jóvenes de Bogotá, y en pocos momentos efectuaron la operacion, bien que las llamas les lamian la cara y casi les abrasaban.

—Cobertores mojados! gritó Víctor, ramas verdes, pronto! una cadena de gente para pasar cántaros de agua!

—Aquí estamos! exclamaron muchos.

—Aquí están las herramientas! gritaron otros.

—Aquí hay agua! exclamó una pebre mujer presentando un cántaro lleno.

En pocos momentos Víctor lo arregló todo: se derribó un cobertizo que ligaba la casa incendiada con la contigua; se cubrió atras con cobertores de lana mojados la armazon de la cocina desempajada; se fué acarreado á bastante distancia la paja arrojada al suelo, para evitar que ésta ardiera y se propagase el incendio por la calle; se cubrieron las casas vecinas con muchas ramas verdes y mojadas, y se estableció una cadena de gente que de mano en mano se pasaba los cántaros de agua para hacerlos llegar desde un arroyo distante más de doscientos pasos hasta el foco del incendio y los techos más cercanos. Esta cadena la formaban todas las personas decentes de Bogotá que veraneaban, entre ellos sujetos muy natables, y las pobres indias ó muje-

res plebeyas del lugar. Muchos vecinos permanecieron impassibles, procurando solamente cuidar de sus casas, lo que se compadecia muy bien con su característico egoismo.

Cuando Víctor hubo asegurado el éxito de sus operaciones, merced á la decidida cooperacion de los forasteros, y particularmente de los jóvenes, corrió á favorecer, por lo que pudiera ocurrir, los intereses de varias familias alojadas en la vecindad, y no escaseó esfuerzos ni diligencias para ponerlo todo en salvo. Un cuarto de hora bastó para poner fin á lo que hubiera podido ser una catástrofe espantosa, y en breve, apagado hasta el último tizon, el silencio y la oscuridad sucedieron al estridente ruido y la siniestra iluminacion de los momentos anteriores... Víctor, rendido de cansancio, se retiró silenciosamente á recogerse, cerrando su puerta, junto con el doctor Moreno, en tanto que muchas personas le buscaban en las calles para darle las más cordiales gracias por su abnegado comportamiento que habia salvado al pueblo entero.

III

Dos dias despues, á eso de las ocho de la mañana, los doctores Moreno y Prado montaban á caballo, y despues de despedirse brevemente una vez más de todos sus amigos, tomaban el camino que del lugar conducia hácia la hacienda de Los Cedros.

A cosa de un kilómetro del pueblo, que ya quedaba oculto detras de una colina, pasaron el rio de Ubaque por el rústico puente que es término obligado de los paseos pedestres, y comenzaron á subir la prolongadísima cuesta de cuatro horas de marcha, por lo general

pedregosa y muy pendiente, cuando no compuesta en gran parte de peligrosos resbaladeros y profundos lodazales, que conduce hácia los altos páramos, en direccion á Bogotá. La hoya del rio es en un principio una garganta estrecha, profunda y peñascosa, oprimida por los abruptos flancos de los cerros que sirven de estribos ó contrafuertes á la cordillera; y el rio, precipitándose en tumbos y cascadas sobre un lecho de enormes guijarros, entre cuyas negras ó pardas moles brillan y blanquean los chorros de agua como borbotones de perlas y diamantes, ensordece con sus mugidos muy cercanos y encanta la vista con sus graciosos remolinos y pozos de purísimo azul. Donde quiera se ven los empinados paredones de los cerros, compuestos de poderosas estratas de arenisca, unas horizontales y otras oblicuas, ya salpicados de matorrales de fique silvestre, cuyas pencas parecen sierras de doble dentadura, ya cubiertos en sus hendeduras y puntas salientes de los más variados musgos, rígidas malezas y plantas enanas de sombrío follaje.

Repentinamente la garganta se abre un poco en el sitio de la Salitrera y se comienzan á ver arboledas y plantaciones, éstas principalmente de maiz, trigo y papas, que dan al unduloso valle un aspecto variado y pintoresco. Habíanse detenido allí nuestros viajeros por algunos momentos, contemplando una cascada que forma el rio á corta distancia del camino; cuando á la vuelta de un recodo asomó, caballero en su mula baya, el incomparable doctor Gómez.

—Bueno! muy bien! exclamó desde léjos el doctor-coronel al ver á sus amigos: han

sido puntuales ustedes á la cita, y mi familia y mi rancho estarán hoy de fiesta.

—Es usted la bondad misma hecha hombre! dijo Víctor estrechándole cordialmente la mano.

—La fiesta será para nosotros, añadió el doctor Moreno. Mas, por desgracia, no podré gozar de ella sino durante algunos momentos.

—Como así! ¿piensa usted en seguir camino hoy mismo?

—Me es indispensable llegar á Bogotá esta tarde; por lo que solamente me detendré, segun lo prometido, á almorzar en Los Cedros.

—Siento vivamente que nuestra satisfaccion no sea completa; pero, en fin.... algo es algo.

El doctor Gómez volteó riendas á su cabalgadura, y los tres amigos emprendieron la ascension de las últimas cuevas ó collados que median entre la casa de la Salitrera y la de Los Cedros.

—Allá está mi nido, dijo el amable hacendado, señalando con el dedo unas casas, casi invisibles en medio de unos cauchos y otros árboles, trepadas sobre una altura que era el remate de un vasto escalon de las montañas.

—No dudo que sea un delicioso nido la casa de usted, observó Víctor; pero al verla desde aquí se comprende que es tambien un retrete y un mirador de la montaña.

—En efecto, tenemos desde los corredores exteriores puntos de vista admirables: hácia abajo, vemos el valle en todo su gracioso esplendor, y hácia arriba, los altos montes y los páramos con toda su grandiosa severidad.

—Debe de vivir usted muy contento, puesto que tanto se complace con las bellezas de la Naturaleza, dijo el doctor Moreno.

—Sin duda. Si la hermosura de los campos me encanta, la modestia y tranquilidad de la vida campestre satisfacen mi ambicion, en lo tocante á bienestar.

—¿Y la política? observó Moreno sonriendo maliciosamente.

—Oh! esa es otra cosa: la cultivo platónicamente, leyendo cuantos periódicos me vienen á las manos y pidiendo noticias á los viajeros que pasan por delante de mi casa.

—Dichoso usted que puede alimentar en su alma el fuego sagrado del patriotismo, sin sacrificar por eso la independencia y la calma de su vida privada!

Al cabo, despues de pasar el rio por tercera vez, treparon con lentitud una subida muy pendiente, en forma de caracol, que se alejaba del valle, y en el momento ménos pensado, volviendo sobre la izquierda, por un puente-cito echado sobre un límpido y bullicioso arroyo, penetraron, á la sombra de poderosos cedros y cerezos, por un callejon formado por dos altos cercos de piedra, en el amplísimo patio de la granja.

En uno de los corredores estaban en expectativa las dos hijas del doctor Gómez—Marta y Rosalía,—en tanto que dos de sus hijos, Polidoro y Clemente, aguardaban en el centro del patio, á fin de ayudar á su padre y á los dos huéspedes á desmontarse con comodidad. Todos los criados estaban tambien listos para servir con la mejor voluntad.

Víctor fué presentado, así como su compañero, á toda la familia, con estas sencillas palabras del doctor Gómez: "Aquí está mi familia para servir á ustedes, y mi pobre casa para que dispongan de ella". Y no sólo habia

de ser así, segun las reglas de la hospitalidad colombiana, sino que Víctor iba á ser mimado con singular cariño, merced al afecto de Rosalía y su padre, que le habia precedido en aquel apacible hogar donde reinaban la benevolencia y la franqueza.

Que el lector nos permita, ántes de ponerle en relacion con la familia Gómez, hacerle una incompleta pero fiel descripcion de Los Cedros, que en parte dará idea de la familia, pues es bien sabido y sobrado racional este adagio: las cosas se parecen á sus dueños.

Todos los edificios componentes de la casa eran de techos de paja, distribuidos en cuatro cuerpos separados, dentro de los cuales se delineaba un extenso patio, enteramente cuadrado. El cuerpo más antiguo (la casa madre y primitiva) estaba situado del lado norte, compuesto de la sala y dos alcobas laterales donde tenian sus habitaciones Marta y Rosalía, y un corredor delantero, en una de cuyas extremidades habia un cuartito destinado para oratorio y para conservar recuerdos de familia en numerosas fotografías adheridas á las paredes, mientras que en la otra tenia el doctor Gómez su cuarto independiente, que á un mismo tiempo le servia de alcoba y de escritorio. Detras habia un gracioso jardincito, compuesto principalmente de rosales y fushias, hortensias y lirios, señoreado por un hermoso caucho de hojas grandes y lustrosas y muy tupido y oscuro ramaje, que en parte sombreaba la casa. Al frente de aquel cuerpo, del lado opuesto al patio, se alzaba una casa más nueva, con angostos corredores por sus cuatro lados, donde se hallaban los cuartos de los criados y los graneros, sirviendo ademas

el corredor delantero en calidad de sillero, pues todas las monturas y sus aperos campaban allí, trepados sobre varas atadas á cierta altura á las columnas que sostenian el alero del techo. El cuerpo del lado oriental, de forma caprichosa, tenia su centro en una pieza cuadrilonga que era el comedor, y dos alas prolongadas hácia atras, una con cuartos que habitaban Polidoro y Clemente, y la otra con los preparados permanentemente para el alojamiento de los huéspedes. Todo aquel edificio estaba circuido de galerías abiertas, con barandas pintadas de verde, y desde las tres exteriores se dominaban y registraban con la vista diversos paisajes del vasto panorama formado por campiñas del más variado aspecto, correspondientes á lo que podia llamarse la region del valle. Por último, del lado del Poniente, es decir, dando la espalda á la region de las montañas y los páramos, se hallaban la cocina y la despensa en una casucha ya vieja y desmedrada, y por allí cerca el horno, el gallinero y otros objetos de campestre necesidad; y en seguida, cerrando el patio y detras de éste, se extendia un huerto-jardin, espléndidamente sombreado por varios cerezos corpulentos y una multitud de cedros, de los cuales procedia sin duda el nombre de la granja. Habia hácia el sur un callejon para la entrada en el patio, y tras de sus altos cercos de piedra, cubiertos de enredaderas, musgos, helechos enanos y otras plantas, se desarrollaban los corrales para encerrar las vacas, las bestias y las ovejas, cuando habia necesidad de ello.—Una línea de cauchos de verde sombrío casi negruzco, de un lado, y otra de eucaliptus glóbulus de azuloso y em-

pinado follaje, en el opuesto, servian como de marco á las líneas paralelas de los vallados de piedra.

De aquel lado de la granja la vista se extendia en primer término por praderas y collados pintorescos ordinariamente cultivados; en segundo, por espesos montes de vegetacion completamente andina, y mucho más léjos, al Poniente, por las rugosas cumbres de los páramos, donde reinan las nieblas, los huracanes y los buitres sobre inmensos lomos rocallólos cubiertos de frailejon, arbustos enanos, matorrales de árnica, rígidas gramíneas y cardonales espinosos. Así en Los Cedros, segun el punto de la vasta vivienda donde uno se situara, podia observar los más rústicos paisajes de la cordillera, hácia el Occidente, dominados por las formidables y tajadas moles del *Verjon*, *Cruz-Verde*, &c., ó contemplar hácia el Oriente el unduloso y pintoresco valle de la *Concepcion*, dejando vagar la vista, por la garganta del empinado *Guayacundo*, hasta las lejanas y vaporosas eminencias de los *Organos*, el *Chingaza* y el *Buque*, donde los vientos de las llanuras orientales desembocan sobre el valle por temibles ventisqueros abandonados á una soledad eterna....

Para completar la descripcion de Los Cedros haremos notar que al pié de los jardines y huertos bajaba en cascadillas un clarísimo arroyo que no tenia por nombre sino la *Quebrada*, y que Víctor llamó las *Perlas*, por la limpidez de sus cristales que se despeñaban casi ocultos entre una ceja de monte, produciendo en su precipitado curso, casi vertical despues, mil chorros de perlas y diamantes y un delicioso rumor que se difundia en el seno

de las brisas con singulares melodías. Aquel arroyo cantaba, por decirlo así, á la sombra de los árboles, cual si quisiera con su eterno canto alegrar la vida de los moradores de Los Cedros y de las innumerables flores de los jardines, y en sus remansos chapoteaban y se bañaban con delicia una multitud de gansos y patos, ó se solazaban los becerrillos por las mañanas cuando les daban suelta despues de ordeñadas las vacas. Añadirémos que detras del comedor habia un precioso jardincillo plantado por Marta y Rosalía recientemente, donde se enredaban en las columnas de las galerías ó se extendian libremente los más bellos rosales, tan preciosos por su variedad como por la extraordinaria magnificencia de sus flores. Como para aliar lo patentemente fructuoso con lo encantador (fructuoso siempre para el alma), desde el pié de aquel jardincito se extendia un maizal ya casi seco y á punto de cosecha, entre cuyas rígidas cañas se veian los negruzcos matorrales de la plantacion de habas que en las tierras templadas es obligada compañera de las de *arracachas* y maiz.

Un rasgo característico habia en la casa de Los Cedros, testimonio de ciertos gustos. La sala, el comedor y varias piezas de habitacion tenian sus paredes completamente cubiertas de grabados iluminados, pegados unos con otros con cierta simetría, segun sus tamaños, y toda la iluminacion habia sido obra del doctor Gómez. Cuando él iba á Bogotá, lo que hacia de ordinario cada mes, sometia á contribucion á todos los amigos suscritos á periódicos ilustrados, y luégo se entretenia en iluminar los grabados, enteramente á su capricho, para

pasar entretenido las fastidiosas horas de lluvias ó de nieblas; con lo que el *Illustrated London News*, *L'Illustration* de Paris, *El Americano*, *La Ilustracion Española*, *El Mundo Ilustrado*, &c., suministraban materia para las más discordantes y curiosas colgaduras posibles. La mesa del doctor Gómez estaba llena de tiestos de platos con colores untados, pinceles diversos, frascos de goma y otros objetos que daban testimonio de la inofensiva; útil y entretenida ocupacion á que frecuentemente se daba el dueño de Los Cedros, cuando no podia salir, calzado con grandes botas y cubierta la cabeza con un gorro viejo y el cuerpo con un espeso leviton de paño color de botella, á recorrer á pié sus plantaciones, á fin de extirpar los insectos y arrancar la zizana y otras malas yerbas.

Víctor fué perfectamente instalado en uno de los cuartos que servian para los huéspedes, tan luégo como hubo saludado, con el doctor Moreno, á toda la familia; y apénas si los dos se habian aseado lo suficiente, en el tocador del cuarto de Víctor, cuando se sirvió el almuerzo. El doctor Gómez y su familia se distinguian por su profunda religiosidad; por lo que demas está decir que el almuerzo fué precedido y seguido de breves y sencillas oraciones para dar gracias á Dios, recitadas por el benévolo anfitrión. Era el servicio sano, abundante y succulento, y hacia honor á la buena sazón de Matea, la inmejorable cocinera, vieja mestiza tan tiernamente adicta á los Gómez que en realidad, como en los viejos tiempos del régimen español, hacia parte de la familia; y entre ésta y los convidados reinó tan exquisita cordialidad como si hubiesen tenido

íntima amistad de larga data. Média hora despues de levantarse todos de la mesa hubo de montar el doctor Moreno y continuar su camino para Bogotá, llevando de Los Cedros las más gratas impresiones; y desde aquel momento, hallándose Víctor solo en medio de la familia Gómez y en la dulce intimidad de la vida comun, pudo darse cuenta cabal de la fisonomía y del carácter de las personas que le rodeaban.

El doctor Benigno Gómez merecia por completo su nombre bautismal, lo que era raro, pues ordinariamente hay oposicion ó contraste entre los caracteres y los nombres. Su benignidad se ponía de manifiesto en todos sus actos, y sin embargo, como para que no faltara el contraste, parecia por su lenguaje y maneras irascible y apasionado. Singularmente nervioso como era, y vehemente como habia sido en sus opiniones políticas, cuando algo le contrariaba fuertemente se erguia, echaba pestes, se montaba en cólera y parecia que iba á comerse los muchachos crudos, sobre todo si se entendia con peones perezosos ó sirvientes descuidados; pero un momento despues la oleada de la cólera se habia disipado, y de toda la exaltacion no quedaba sino la buena voluntad de una alma profundamente honrada, crédula y creyente, la placidez de una conciencia sin remordimientos, y la benevolencia de una generosidad sin límites, incapaz de hacer mal á nadie á sabiendas. Alto, flaco, seco, ya encanecido y algo sordo, pero todavía vigoroso, el buen doctor conservaba mucho de la juventud de su alma, porque creia y esperaba en el bien, era muy confiado en los hombres, se entusiasmaba con todas las

cosas grandes y nobles, alimentaba todo el ardor de un patriotismo incontrastable, y tenia ilusiones en toda materia que le inspiraban fe para emprender cuanto era necesario. Se encantaba con la vida campestre, se perecia por hablar de política y tener noticias de cuanto ocurría, y en sus ratos de ocio componia versos, cuando no iluminaba estampas, ó escribia cartas á sus amigos, ó contaba viejas historias de campañas ó anécdotas relativas á la vida de muchos hombres públicos. Es raro que los hombres vivan con el tiempo: de ordinario los jóvenes viven soñando con lo porvenir, los adultos de edad madura casi sólo piensan en lo presente, y los ancianos en lo pasado. El doctor Gómez vivía conjuntamente de los tres modos, y es lo cierto que su vejez se conservaba con el continuo rejuvenecimiento proveniente de sus ilusiones de patriota y su entusiasmo por las cosas bellas y fecundas.

Marta era una criatura singularmente simpática y estimable. Delgada y de talla mediana, de aspecto enfermizo y pálido y flaco rostro, carecia del mayor número de los rasgos de lo que ordinariamente se llama belleza física. De joven habia sido bella por completo, pero graves enfermedades la habian hecho enflaquecer tanto, que su belleza física estaba ya extinguida; mas su frente y sus ojos denotaban muy viva inteligencia, y su carácter esencialmente dulce y afectuoso inspiraba al punto á los amigos y parientes un cariño fraternal, al propio tiempo que se hacia estimar por su sencilla caridad, su hacendoso interes por la familia, su entusiasmo por las buenas acciones y su sólido criterio. Así su conversacion

era sustanciosa y animada, á las veces chistosa y siempre agradable, indicativa de su buen sentido y sentimientos benévolos, y á su lado nadie podia sentirse descontento ni fastidiado. Tan grande era su ternura y benevolencia, que si los amigos y parientes la querian mucho y los sirvientes la adoraban, José Antonio, su sobrinito, la miraba como á su madre, con tal adhesión que hubiera podido tener celos maternales la dulcísima Rosalía. En suma, María Marta era una santa y adorable criatura.

En lo tocante á Rosalía, poco añadiremos despues de haberla introducido al conocimiento del lector en la primera parte de nuestra narracion. Sólo diremos que en Los Cedros, donde no habia motivo para tratar á las gentes con encogimiento, ella se mostraba ménos tímida que en Bogotá, sin apartarse un punto de su genial modestia, y por lo mismo, conversaba con más animacion é ingenuidad, y hacia sentir mejor la dulce seducción de su fisonomía llena de gracia y de su carácter apacible y simpático. Era la suplente y auxiliar obligada de Marta en el gobierno de la casa, y á su lado se pasaba deliciosamente el tiempo en espontánea y cordial charla. Su hijo, que apenas tenia de seis á siete años, era un chicuelo de contextura delicada y endeble, pero de tan buen carácter y tan inteligente, afectuoso y aficionado al trabajo campestre, que todos le querian y mimaban con particular cariño, sin que él se mostrase nunca empalagoso, desobediente ni desabrido.

De los tres hijos varones que le quedaban al doctor Gómez, el mayor, doctor en medicina, era casado y tenia su familia y sus negocios en Bogotá, y los otros dos, amén de sus

quehaceres personales y los negocios que iban estableciendó, ayudaban á su padre en la administracion de la hacienda. Distinguíase Polidoro, que en todas las cosas era lento y de poco brio, por su clara inteligencia y grande afición al estudio, y particularmente á la historia y las ciencias naturales; miéntras que Clemente, de ordinario silencioso y taciturno y excesivamente humilde, lo que no le impedía ser chistoso y agudo cuando queria conversar, era muy inclinado á los viajes y al trabajo campestre. Queríanle mucho todos los campesinos de aquellos contornos, por su desinterés y generosidad, la sencillez de su trato y la dulzura con que ejercia la caridad entre los pobres. Apenas si rayaba en los veintitres ó veinticuatro años, siendo el menor de toda la familia; se le hallaba siempre pronto á servir á los demas, y era notable la frugalidad con que vivia y el desden con que miraba toda ostentacion de riqueza.

Pocas horas hacia que Víctor se hallaba instalado en Los Cedros y en franca y cordial conversacion con la familia, cuando al doctor Gómez, que por un rato habia estado ausente, inspeccionando los trabajos de un papal que tenia recién sembrado, se le oyó gritando en el patio:

—Albricias! albricias!

—¿Qué hay? papá, preguntó Rosalía saliendo al corredor junto con Víctor y José Antonio.

—Adivínalo, hija, contestó el buen viejo, mostrando en alto una carta que traia en la mano.

—¿Carta de Bogotá? preguntó el chicuelo. ¿Será de papacito?

—No, hijo; es de otra persona. Les anuncio que tendremos un feliz año-nuevo.

—¿Como así? tornó á preguntar Rosalía.

—Fierabras acaba de llegar con provisiones y cartas de Bogotá para Ubaque, y allí en el camino me ha entregado ésta.

—¿Pero de quién es y qué anuncia?

—La carta es de Agustín, contestó el doctor, y me anuncia que pasado mañana vendrán á pasar aquí una temporada... Margarita y Heliodoro.

—Margarita! oh! qué gusto! exclamó Rosalía con verdadero gozo.

—Margarita! murmuró Víctor palideciendo.

Rosalía le volvió á mirar como para felicitarle, y viéndole muy pálido le dijo:

—¿Qué tiene usted? ¿Se siente acaso indispuerto?

—No; mil gracias. El nombre de Margarita ha despertado en mi alma tan dolorosos recuerdos....

—¿Por qué dolorosos? No la estima usted mucho?

—Con toda mi alma! Si son dolorosos los recuerdos, es precisamente porque la bondad de Margarita se hizo notar más cuando yo me hallaba en situacion muy afflictiva....

—Pues aquí tendrá usted ocasion de estimar mucho más el bellissimo carácter de mi primita.

—No lo dudo; pero....

—¿Pero qué?

—Temo que mi presencia sea en breve desagradable.

—¿A quién? preguntó Rosalía con asombro.

—¿No sabe usted, mi buena amiga, que Heliodoro me detesta?

—Oh! oh!

—Por lo ménos su antipatía es manifiesta. Sea por mis opiniones políticas y mis creencias religiosas y filosóficas, ó por algun otro motivo, lo cierto es que Heliodoro ha sido, desde los claustros de san Bartolomé, mi declarado malqueriente.

—No haga usted caso de esa malquerencia tonta, dijo el doctor, interviniendo en la conversacion particular de su hija y Víctor. Aquí todos creemos y pensamos como usted; Heliodoro es un loco, un casquivano montado al aire, y en su casa nadie pára miéntes en lo que él dice.

—Con todo, temo que mi presencia en Los Cedros sea motivo de embarazo ó desagrado desde pasado mañana.

—Oh! no diga usted tal cosa, mi amigo, repuso el doctor; ya verá usted que todo marchará bien y estaremos contentos.

IV

La mañana del dia 1.º de Enero de 1874 se abrió tibia y brillante, á pesar del frio que habia hecho en la noche anterior; y desde las siete, á medida que fueron levantándose los miembros de la familia Gómez, entre los cuales Rosalía era la más matinal, Víctor, que desde las seis se paseaba por los corredores aspirando con delicia las auras, cargadas de emanaciones de los jardines, prados y colinas, fué dando y recibiendo cordiales apretones de manos, en tanto que los labios articulaban con cariñoso acento estas palabras: "Feliz año-nuevo".

Rosalía, que no parecia ser mujer casada, á juzgar por la frescura de su tez blanca y

rosada y la presteza y gracia de sus movimientos, salió al patio, fresca como una linda amapola que acabara de abrirse á las caricias del sol, y al saludar á Víctor le dijo:

—Buen dia y feliz año-nuevo, doctor. ¿Ha pasado usted buena noche?

—Confieso que no, contestó Víctor.

—Qué! ¿por desgracia ha tenido usted pulgas en su cama?

—No; algo peor que pulgas.

—Qué?

—Tristes pensamientos y malos sueños.

—Eso tiene remedio....

—¿Cuál por ventura?

—Desechar esos malos compañeros del alma.

—Es difícil. Y además... hay pensamientos tristes y dolorosos que no debe uno desechar, porque hacen parte de la vida y son como deberes para el corazón.

—Con todo, es sensible que usted no encuentre en Los Cedros la paz que necesita su alma.

—¿Cómo quiere usted que sea? Anoche particularmente, al despedirme de ustedes para recogerme, sentí el corazón oprimido. Mientras estuve con ustedes olvidé casi todos mis pesares, pero al estar solitario en mi cuarto no pude ni quise rechazar los pensamientos que de súbito me asaltaron. Se acababa la hora final del último día del año, y yo no podía ménos que evocar la memoria de todo lo que me ha acontecido en 1873. Cuántos sucesos, favorables ó adversos, no han probado el temple de mi alma!... Mi lucha para concluir mi carrera, obteniendo un triunfo que me llenó de esperanzas; la muerte de mi inolvidable tío; el incidente de San Diego, tan fecundo

en satisfacciones y beneficios para mí; las amarguras que me han causado promoviendo-me un inicuo pleito para arrebatarme la modesta fortuna que habia heredado; mis triunfos de publicista y de poeta, debidos á la generosidad de mis amigos; el fallecimiento de mi santa madre, que me hundió súbitamente en la más afflictiva situación; mi terrible enfermedad, que me tuvo en inminente peligro, y los diversos incidentes de mi convalecencia: todo ha sido anoche asunto para mí de íntimos recuerdos y graves meditaciones.

—Lo comprendo, dijo Rosalía; y hace usted bien en evocar esos recuerdos. Quien no sabe acordarse denota falta de sensibilidad ó de consistencia de carácter; y, como usted dijo, los recuerdos hacen parte muy importante de la vida: los gratos, porque la dulcifican; los tristes y dolorosos, porque mantienen en el alma la fidelidad á todos los seres amados cuya pérdida nos ha hecho sufrir.

—Perfectamente dicho, mi señora Rosalía: ha interpretado usted con precisión mi pensamiento.

—Bueno; pero si usted tiene gratos ó ingratos recuerdos del último año ¿por qué ha de abandonarse únicamente á los que le affigen?

—Ah! es porque también en el fondo de las memorias gratas hay dolores... si no por lo que uno haya sufrido... por lo que teme sufrir.

Asomó entonces un relámpago en la límpida mirada de Rosalía, cual si por su mente hubiera pasado un pensamiento que no se atreviese á emitir.

—Ah! lo comprendo, dijo; sí, lo comprendo.

—¿Qué comprende usted?

—No debo ser indiscreta, puesto que usted es tan reservado....

—¿Reservado en qué? No tengo secreto alguno que no me sea dado comunicar á usted; tanta así es la confianza que su bondad me inspira.

—Entonces... si usted no tiene secreto alguno que confiar ¿será lícito á los demás el cavilar en algo?...

—No comprendo... ¿Quiere usted explicarse, mi buena amiga?

—Mi explicación podría reducirse á pronunciar un nombre.

—Un nombre! cuál?

—Margarita.

—Margarita! oh, Dios mio! ¿qué dice usted?

—Lo que para mí es indudable.

—Oh Cielos! ¿qué ha sospechado usted de mí?

—Nada que no sea muy noble y digno. ¿Cree usted que no he adivinado su profundo afecto por mi bella prima?

—¿Pero qué datos tiene usted para suponerlo?

—No lo supongo; lo creo. Por una parte, una mujer nunca se engaña cuando observa ciertos síntomas; por otra... ¿no sabe usted que dos ó tres veces estuve junto á su cabecera con mi tía Luisa cuando usted, presa de la fiebre cerebral, deliraba?

—Es verdad. El doctor R. * me lo hizo saber.

—Pues bien: usted en sus ardientes deli-

rios sólo pronunciaba distintamente, en medio de muchas palabras confusas, dos nombres: "madre" y "Margarita."

—Oh! qué habrá pensado doña Luisa!

—Lo que era natural: que usted tenía particular cariño por Margarita.

—¿Y esa idea no la alarmó?

—No. Usted sabe que ella le quiere con gratitud y estimación sinceras.

—¿Y Margarita? ¿Tiene ella noticia de mis delirios?

—Nada la dijimos por nuestra parte; pero creo que ella ha barruntado...

—Oh! ¿y qué idea tiene de mí?

—Es usted muy curioso, contestó Rosalía con aire burlon. Esa pregunta nunca se hace á tercera persona, y no faltarán ocasiones para que usted se la haga á Margarita misma.

Aquí pusieron punto á su conversacion Víctor y Rosalía, tornando ella á sus quehaceres de la mañana y permaneciendo él soñador y pensativo, en el corredor setentrional de su cuarto, en tanto que sus miradas se perdian como escrutando los lejanos horizontes de Fómeque y las cumbres orientales.

Hacia medio día el doctor Gómez y Clemente montaron á caballo para irse por la montaña á encontrar en el camino á Margarita y su hermano; y á eso de las dos de la tarde caminaban á pié Marta y Rosalía, Víctor y José Antonio, formando un gracioso grupo, por una pintoresca avenida que hacia parte del camino de Bogotá y era como una calle de trescientos metros de largo, cubierta de menuda grama y encerrada entre dos pintorescas líneas. A la izquierda, subiendo la avenida, tenían el rumuroso y límpido arroyo

de las Perlas, que servia de vallado á un florido prado, bajo la sombra de una continuada hilera de sálvias, raques, alisos y matorrales de helechos; y á la derecha un cerco de piedra, tras cuyo muro habia una fila de nogales, tiernos aún, plantados por el doctor Gómez en persona. Detras se extendia un espeso maizal, cuyas cañas, ya secas, sonaban al soplo de la brisa produciendo un ruido como de hojas tostadas sacudidas entre un saco.

Súbitamente gritó José Antonio batiendo palmas:

—Allá vienen!

—¿Por dónde? preguntó Marta.

—Acaban de pasar por el Resbalon.

—Pronto estarán aquí, añadió Rosalía.

—Mamá! ¿no crees que prima Margarita me traerá algun regalo? preguntó el chicuelo con adorable candor.

—Sin duda, hijo.

—¿Y si nada me trae?

—No por eso dejarás de darla un cariñoso abrazo.

—Eso sí. Es tan buena la prima Margarita!

Víctor estaba encantado, y al propio tiempo inquieto. Comprendia que la llegada de Margarita iba á colocarle en muy delicada posicion y acaso seria de consecuencias decisivas para su porvenir; y de todos modos sentia tan profunda emocion que temia no poder disimular sus sentimientos, segun lo requerian el decoro y el respeto por la hospitalidad que recibia.

Al cabo aparecieron en un recodo, en lo alto de una próxima colina, los viajeros y sus compañeros, viniendo detras un criado á

caballo y un mozo que conducia una mula con carga de petacas y varios sobornales. Desde que Margarita atravesó el arroyo y alcanzó á ver en la avenida el grupo que formaban sus primas con Víctor y José Antonio, detuvo su caballo, se tiró al suelo con gallardía y agilidad, se arremangó su traje de amazona y se echó á correr para abrazar prontamente á sus parientas. Luégo dió un par de sonoros besos á su sobrinito y tendió la mano cordialmente á Víctor, diciéndole, bien que la asomaba á las mejillas el vivo carmin de una emocion de azoramiento ó inocente sonrojo:

—Señor Prado, mi tio Benigno me ha dado en el monte la grata noticia de estar usted en Los Cedros, lo que miro como una gran fortuna.

—Oh, señorita! usted me colma con su bondad.

—Bah! ¿no sabe usted, pues, que en casa todos le estimamos mucho?

—Es verdad; y esa benevolencia es mi mayor gloria.

—Noto con placer, dijo Margarita, que usted está muy repuesto.

—En efecto, el clima de Ubaque ha sido para mí muy benéfico, y el de Los Cedros... completará el milagro de mi curacion.

Margarita se puso entónces á charlar con sus primas, abrazándolas de nuevo y haciéndolas mil preguntas, á tiempo que Heliodoro llegaba con el doctor Gómez y Clemente. Despues de dar la mano á sus primas desde á caballo (rasgo característico de gran parte de la juventud de este tiempo), saludó á Víctor con cierto aire entre afectuoso, neciamente protector y zurdo, cual si tuviese que reprimir

los signos de su antipatía; y todos, conversando ruidosamente, se encaminaron hácia la granja.

Matea, la hacendosa é incomparable Matea, tenia ya preparado en la sala el *algo* tradicional ó refresco de medio dia, compuesto de mazamorra de ceniza con leche, á estilo antioqueño, delicados bizcochitos y deliciosos bocadillos de Vélez de forma diminuta. Y una vez que pasó todo el trasiego consiguiente á la llegada y la instalacion, las horas trascurrieron agradablemente para todos en franca conversacion y amables entretenimientos.

Los dias y las noches se pasaban deliciosamente en Los Cedros. Despues de obligado desayuno entre siete y siete y média de la mañana, el doctor Gómez se iba á pié á dar vuelta á sus sementeras, como de costumbre, en tanto que Polidoro y Clemente montaban á caballo con Heliodoro para ir á inspeccionar algunos trabajos, y que el incansable José Antonio fabricaba casitas de barro en el patio, ó jugaba con los perros y el mico (éste, dueño exclusivo de un enorme guijarro situado al pié de un naranjo mal avenido con el frio), ó se andaba enlazando becerrillos en las corrales. Marta, Rosalía y Margarita se entretenian con bordados y costuras, agrupadas en un rincon de la sala, y Víctor, sentado en un canapé, sostenia con ellas franca y variada conversacion, cuando no las complacia con selectas é interesantes lecturas literarias. Frecuentemente Rosalía le instaba para que leyese algo propio, y él lo hacia con patente emocion ó recitaba con elocuencia, bien que procuraba escoger composiciones ó artículos que no fuesen del género amatorio.

A eso de las tres de la tarde reinaba en la casa profundo silencio. El doctor se acostaba á dormir una hora de siesta, Marta se encerraba en su cuarto á rezar ó leer libros religiosos; Rosalía y Margarita se iban por el huerto al baño, bajando á sumergirse en un abrigado pozo del arroyo de las Perlas, y Víctor se encaminaba á traves de los prados á bañarse en otro arroyo de aguas más templadas, ó se encerraba á escribir, cada dia mejor inspirado y más fecundo. En aquellas horas no se sentia ni el ruidoso cacareo de las gallinas, amontonadas á la sombra de los cauchos y los cedros y cerezos, ni el graznar de los gansos, que buscando el fresco se iban á nadar en el vasto charco de la orilla del camino. Sólo el mico, caricatura inteligente de la inquietud, la curiosidad y la malicia humanas, seguia haciendo sus incesantes cabriolas en su horcon y su gran pedrisco, en tanto que dos loras, trepadas sobre una vara horizontal cerca del gallinero y á la sombra de un coposo sauce, charlaban mil majaderías y llamaban á gritos, con voz burlona y destemplada, á todas las gentes de la casa.

Por la noche se organizaba juego de lotería para pasar el tiempo, se proponian adivinanzas ó acertijos, y se conversaba familiarmente sobre mil agradables bagatelas, despues de haber rezado toda la familia y los criados el rosario, encabezado con mucha devocion por el doctor Gómez. A las veces él se distraia agregando al rosario inusitadas *arandelas*, es decir, oraciones *extra*, y habia que llamarle respetuosamente al órden para que el rezo no fuese inacabable.

En una de las primeras mañanas siguientes

á la llegada de Margarita, Víctor, que siempre era matinal, se hallaba leyendo, sentado al pié del grueso tronco del caucho que dominaba el jardincito más antiguo, encerrado entre la casa principal y la verde y florida barranca que caía sobre el arroyo. Súbitamente sintió pasos en el jardín y un momento despues percibió la risa argentina de Margarita y la dulce voz de Rosalía.

—Decididamente, Rosalía, dijo Margarita, la vida es aquí deliciosa.

—¿Estás contenta? cuánto me place que así sea!

—¿Y cómo no estarlo si aquí hay tanta bondad en las personas y hermosura encantadora en la Naturaleza? La vida de Bogotá es á veces tan fastidiosa...

—Hola! con que te estabas fastidiando en Bogotá? exclamó Rosalía mirando á su prima con aire picaresco.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Qué sé yo... Estos últimos Aguinaldos han sido tan tristes y monótonos...

—¿No te has divertido?

—Oh, no! Me convidaron en Diciembre á cinco ó seis tertulias y no quise ir á ninguna.

—¿Por qué?

—Estaba triste; toda reunion me parecia insípida.

—Cosa rara en tu genio... ¿Qué te faltaba, pues?

—Preguntona! ¿Por qué tanta curiosidad?

—Bah! pues no somos curiosas todas las mujeres? Además, es natural que me interese por ti. ¿Quieres decirme lo que te inducia al fastidio?

—¿A qué fin? Déjame guardar mi secreto.

—¡Ta, ta, ta! ¿Piensas que para mí es un secreto lo que te inquieta?

—Nada me inquieta.

—Pero si hay algo que te hace soñar.

—Chit! cavilosa....

—Y ese algo no está léjos.

—Calla, Rosalía! Si él pudiera oírte....

—No hay cuidado. Debe de estar encerrado en su cuarto, ó andando por las corralejas.

—¿Sabes que tengo miedo? dijo Margarita.

—¿Miedo de qué?

—De que él adivine lo que siento.

—¿Por qué?

—Me daría tanta vergüenza....

—¿Y quién te ha dicho que el amor puro puede avergonzar á nadie?

—No; pero....

—¿Pero qué?

—Si, por desgracia, él no me amara....

—No sólo te ama, sino que te adora.

—¿Cómo lo sabes? ¿él te lo ha dicho?

—No; pero lo adivino y estoy segura de la naturaleza de sus sentimientos.

En el momento en que esto decia Rosalía se iba alejando hácia la opuesta extremidad del jardín, cogiendo flores con Margarita para llenar los floreros del altarcito de la Virgen en el oratorio. Víctor estaba en el quinto cielo, ebrio de felicidad y sin atreverse á hacer movimiento alguno ni respirar libremente, temeroso de que su presencia fuera advertida. Sentia infinito gozo con las revelaciones que acababa de escuchar, y al propio tiempo le parecia que se habia hecho culpable de una indignidad sorprendiendo los secretos de una íntima conversacion sostenida en la mayor

confianza. No obstante el inmenso interes que para él tenia aquella conversacion, varias veces habia querido alejarse del sitio donde estaba; pero esto era imposible sin hacer ruido y ser notado, en cuyo caso la pobre Margarita habria sentido gran sonrojo, y acaso hubiera formado mala opinion de Víctor. Permaneció, pues, quieto, cual si estuviera paralizado, y cuando sintió que Rosalía y Margarita se alejaban se deslizó, sentado sobre la grama de la barranca, y sin ruido fué á caer sobre la orilla del arroyo, que allí era profundo. Con mil trabajos pudo valerse de dos árboles que le sirvieron como de puente, y cuando se halló del otro lado salió al camino que bajaba hácia el rio, y remontándolo se fué andando lentamente hácia el puentecito que daba acceso á la entrada general de la granja. Por allí dió la vuelta y ostensiblemente atravesó luego el patio para que los que le viesen pensasen que venia de dar un paseo por la avenida del camino real.

A poco rato se presentó en la sala á saludar á la familia y trabó amable conversacion con el doctor Gómez y Marta. Aquel dia el doctor estaba más afectuoso que nunca y trató á Víctor con tal confianza y abandono, que hasta le hizo íntimas confiancias de familia.

—Ya ve usted, le dijo despues, cortando el hilo de sus confiancias, con qué confianza le trato.

—Y esta confianza, mi querido y venerado doctor, aumenta mi agradecimiento....

—No se trata de agradecimiento, sino de cariño; ningun favor hacemos á usted, sino que nos procuramos honra y placer.

—Oh, señor doctor! usted me colma....

—Y dále con el doctor á cada momento! ¿No podria usted, viendo que le quiero como á un hijo, darme un tratamiento menos ceremonioso?

—¿Pero de qué otra manera podria yo nombrarle á usted?

—Papá-beno! gritó José Antonio desde el centro del patio, el zumba anda muy cerca y las gallinas cacarean asustadas. (*)

—Bueno, hijo: corre á llamar á Clemente para que saque la escopeta.

—¿Qué cosa es papá-beno? preguntó Víctor, á quien habia llamado la atencion el nombre empleado por el niño.

—Mi nieto, contestó el doctor, que me quiere mucho, ha hecho un nombre compuesto de papá y Benigno, y me llama Papá-beno para mostrarme su cariño.

—Pues el niño me ha enseñado, sin pensarlo, lo que debo hacer, repuso Víctor. En lo sucesivo será usted mi Papá-beno tambien y yo seré para usted simplemente Víctor.

—Eso es hablar! exclamó el doctor dando á Víctor un cordial apretón de manos.

En aquel instante Rosalía y Margarita llegaban de los jardines cargadas de lindísimas flores. Víctor las saludó con su acostumbrada amabilidad, pero no pudo reprimir cierto sonrojo de placer que le salió á la frente, cual si experimentase un gozo inusitado; y, por una coincidencia que el pudor explicaba, Margarita, que acababa de hablar de Víctor y hacer tan íntimas confiancias á Rosalía respecto de él, se puso tambien encarnada. No

(*) Zumba llaman en varias partes á una de las pequeñas variedades del águila.

lo adivinó el doctor Gómez, y sin embargo, sin pensarlo, socorrió oportunamente á los dos enamorados sacándoles de la embarazosa posicion en que se ballaban.

- ¿ Sabes, Rosalía, que tengo un hijo más ?
- ¿ Y eso cómo ?
- ¿ No te pondrás celosa ?
- ¿ Celosa del amor de mi buen papá ?
- no ! ¿ Soy acaso una egoísta ?
- Bien sé que eres todo lo contrario.
- Bueno ; y quién es el nuevo hijo ?
- ¿ No lo adivinas ? ahí le tienes cerca.
- En efecto, añadió Víctor dirigiéndose á Rosalía : José Antonio me ha enseñado á decir *Papá-beno*, y desde ahora daré á su bondadoso abuelo este título.
- Mucho que me place, dijo Rosalía. ¿ Y usted, papá, cómo llamará al doctor Prado ?
- Ah ! ah ! exclamó Víctor ; el partido no ha de ser desigual. Protesto contra mi odioso título de doctor ! Si soy hijo adoptivo de Papá-beno, claro es que sus hijas son mis hermanas.
- Perfectamente ! añadió el doctor Gómez.
- Acepto por mi parte tan grata fraternidad, dijo Rosalía.
- Y yo lo mismo, añadió Marta.
- Pues entónces es menester que nos tratemos como hermanos, observó Víctor. Yo daré el ejemplo, renunciando á los tratamientos ceremoniosos y diciendo lisa y llanamente : Marta, á la una, Rosalía, á la otra ; pero para ustedes no habrá más doctor Prado por aquí ni por allí, sino Víctor, á secas.
- Aceptado, repuso Rosalía.
- Convenido, agregó Marta.
- Y yo ? exclamó Margarita con candorosa

indiscrecion. ¿ Sólo yo seguiré siendo... "mi señorita Margarita?"

Víctor inclinó la frente, embarazado y gozoso al propio tiempo, pero nada respondió.

—Ah ! ¿ nada contesta usted ? repuso Margarita dirigiéndose á él.

—Cómo ha de ser ! contestó Víctor ; no todo lo que se desea se puede hacer. Hay ciertas conveniencias que debo respetar....

—¿ Cuáles, por ventura ? ¿ Quién llevaria á mal que usted me llamase simplemente por mi nombre ?

—¿ Cree usted, repuso Víctor que su hermano no lo veria con desagrado ?

—¿ Mi hermano ? bah ! ¿ y quién hace caso del mal humor de Heliodoro ?

—Mi deber, por mucho que esto me contrarie, es respetar su voluntad y hasta su antipatía.

—Cómo ! ¿ insiste usted en creer que Heliodoro le quiere mal ?

—De ello tengo muchas pruebas, y comprendo que mi presencia en Los Cedros le fastidia.

—Pues bien puede fastidiarse cuanto quiera, que eso no amenguará el aprecio... que todos aquí tenemos por usted.

En aquel momento se oyó un tiro de escopeta que conmovió los nervios de Rosalía y Marta, y un instante despues llegó corriendo José Antonio con un zumba muerto, en la mano, y gritando :

—Mamá ! mamá ! mire su merced el zumba que mató mi tío Clemente.

—Hermoso animal ! observó Víctor.

—Hermoso pero perverso, añadió el doctor

Gómez ; no tiene usted idea del daño que nos hacen estos bichos.

—Pues de buen enemigo se salvaron los pollos ! dijo Marta riendo.

—Pero, hablando de otra cosa, observó el doctor Gómez ¿ no nos habia ofrecido Víctor (noten que ya digo : Víctor), ¿ no nos habia ofrecido leernos hoy otras poesías ?

—Es verdad, contestó Rosalía : que cumpla con su palabra.

Víctor no se excusó de hacerlo, y la familia se acomodó agrupada en los anchos canapés de la sala, en tanto que aquél iba á su cuarto á buscar su libro de composiciones poéticas.

V

Reinaba el silencio entre todas las personas reunidas, inclusive José Antonio que era muy curioso y aficionado á prestar atencion á las lecturas que hacian, y Víctor leyó con acento de profunda ternura una admirable composicion intitulada : "Mi madre !". Era un himno del amor filial elevado á su más alta expresion, pues cantaba la gloria de la madre en el cielo, ejerciendo desde el seno de Dios el augusto ministerio de que está investida : el de velar por la virtud, la honra y la felicidad de sus hijos.....

Cuando Víctor acababa de leer su amante y religiosa elegía y levantaba la frente con la nobleza del sentimiento que se desahoga, vió brillar una lágrima en los ojos de Margarita, en tanto que todos los demas, verdaderamente conmovidos, guardaban respetuoso silencio. Pero en breve el doctor Gómez, queriendo calmar el dolor que el acento de Víc-

tor habia revelado y dar un giro ménos triste á los espíritus, invitó á su jóven amigo á que leyese alguna otra composicion.

—¿Cuál podrá ser del gusto de ustedes ? preguntó Víctor hojeando su libro.

—Tengo noticia, dijo Marta, de una famosa poesia que usted publicó algunos meses há ; no la conozco y quisiera oirla ¿ Querria usted, Víctor, darme el placer de escucharla ?

—No sé á qué composicion alude usted, contestó Víctor con cierto embarazo.

—Lo único que sé bien es que se intitula : "Tú y Yo".

—Oh, Marta ! ¿ no seria demasiado larga esa lectura, y.... por lo mismo, importuna ?

—Nada de usted puede ser importuno.

Los demas, excepto Margarita, insistieron en que Víctor accediese á las instancias de Marta, y él, bien que algo azorado, hubo de ceder. Jamas su voz habia vibrado tan noble y dulcemente como al leer las magnificas estrofas de su poema, que era su obra maestra, ni su actitud habia sido tan expresiva, ni tan animada se habia mostrado su fisonomía. Evidentemente se echaba de ver que él habia puesto su alma entera en aquella composicion, y al leerla delante de Margarita representaba con vehemencia el drama de su propio amor y de sus íntimas esperanzas.

A medida que Víctor iba leyendo, Margarita se sentia más y más impresionada, y por su propio sentimiento y por el acento de aquél, comprendia que era ella misma quien habia inspirado aquellos elocuentes gritos de una alma honrada, generosa, y profundamente amante. Cuando Víctor acabó la lectura todos le dirigieron entusiásticas felicitaciones,

mostrándose vivamente impresionados con aquella poesía vigorosa, llena de vida y grandiosidad, de sana filosofía y verdaderamente conceptuosa; pero Margarita guardaba un extraño silencio que sólo era significativo para Rosalía y Víctor. Notólo el doctor Gómez, y como nada había sospechado del amor que unía silenciosamente las almas de Víctor y Margarita, dijo dirigiéndose á ésta:

—Y tú, *Margara* ¿nada dices de esa magnífica poesía?

—¿Qué podré añadir á lo que ustedes han dicho? contestó.

Y se la cubrió el rostro de carmin, cual si estas palabras pudieran abochornarla.

—Oh; qué gran cosa es la poesía! exclamó el doctor; áun los viejos nos conmovemos y llenamos de ilusiones cuando ella hace vibrar sus divinas armonías....

—¿Qué está usted diciendo de armonías, tío? interrumpió Heliodoro, entrando repentinamente en la sala, envuelto en una enorme ruana de paño y con un libro en la mano. Para armonías estamos cuando hace un frío de los diablos... Ah! buenos días á todos, añadió interrumpiéndose. Diantre! vengo de mi cuarto como un granizo. Aquí hará menos frío y podré leer tranquilamente.

—¿Qué estás leyendo ahora? preguntó el doctor.

—Un libro entretenido... pues! lo que uno puede leer en el campo para no fastidiarse.

Rosalía se acercó á Heliodoro, le tomó el libro de las manos, lo abrió para leer el título y prontamente lo tiró sobre la mesa más cercana exclamando:

—Puff! qué libro tan feo!

—¿Qué cosa es? preguntó Margarita.

—Rosalía es una tonta rematada, contestó Heliodoro. Mi libro es una interesantísima novela....

—¿De qué autor? inquirió su tío Benigno.

—De Paul de Cock.

—Oh! oh! ¿y tú llamas interesantísima una abominable novela?

—Bah! ¿abominable por qué?

—No hay quien no califique las obras de ese autor como inmorales é indignas.

—Cuestion de gustos y opiniones, tío. ¿Y no es peor que ustedes pierdan el tiempo en leer ú oír leer versos?

—Tú desbarras, muchacho! repuso el doctor. La poesía es la cosa más grande que el hombre haya podido producir: ella completa las dulzuras de la religion, presta admirables galas á las enseñanzas de la moral, suaviza las esperanzas que hacen difícil la virtud, y áun facilita la comprension de los misterios de la ciencia.

—Oh! oh! oh! exclamó Heliodoro con ostentoso desden. ¿Con que todo eso es para usted la poesía?... Pues, tío, para mí es la cosa más tonta que hayan podido imaginar los hombres desocupados; y los poetas... en general, me parecen ser unos hombres necios é ineptos, incapaces de hacer en este mundo nada positivo ni útil.

—Un millon de gracias, por mi parte! dijo Víctor, sonriendo irónicamente.

—No lo digo.... precisamente por ti, Prado; mi opinion es... impersonal.

—Pero suficientemente propia para herir, observó Rosalía con patente desagrado.

—En todo caso.... añadió Víctor, la cues-

tion es tambien de gustos. Hay gustos para todo en este mundo, y bien puede un hombre de mucho espíritu y delicado sentimiento hallar más bellezas en Paul de Cock que en Homero, en el Dante ó en Víctor Hugo.

—Ah! la chufia es demasiado directa! exclamó Heliodoro.

—No tal, repuso Víctor, si, como tu dices, todo es cuestion de gustos y opiniones....

—O de necedades! añadiría yo, interrumpió Heliodoro con enfado.

—Paz! paz! y cese la discusion, dijo el doctor Gómez con un tono afectuoso pero que dejaba sentir la autoridad de sus años y su posicion. Tú, Heliodoro, eres mozo de aguantar pocas pulgas y de ideas.... por lo menos extrañas; vale más, por tanto, no tratar materias en que andamos desacordados.

En aquel momento llamaron muy oportunamente á almorzar, y el incidente quedó olvidado. Con todo, tres cosas se notaban simultáneamente: cierta petulancia agresiva en el gesto de Heliodoro, indicativa de su propension al antagonismo respecto de Víctor; una expresion de dolor y contrariedad en el semblante de Margarita, á quien afligian las extravagantes ideas y vulgares gustos de su hermano, así como la marcada antipatía con que miraba á Víctor; y de parte de éste una reserva contenida y amarga, signo evidente del esfuerzo que hacia, por amor á Margarita y respeto á los demas, para reprimir la indignacion que excitaba en él la conducta de Heliodoro.

A eso de la una de la tarde Heliodoro montó á caballo, acompañado por su sirviente y llevando su escopeta cruzada sobre la es-

palda, se despidió anunciando que se iba á internar en la montaña á la busca de venados, y en breve desapareció tras una revuelta del camino en lo alto de una colina.

Más de dos horas habian corrido, y Víctor andaba por los prados vagaroso y pensativo, seguramente deseoso de recoger sus pensamientos y meditar en su situacion. Poco á poco sus pasos fueron siendo más lentos, cual si una meditacion profunda le absorbiese de todo en todo. Pensaba en Margarita con infinito amor y honda melancolia, pues se sentia amado, la amaba más que nunca, y sin embargo comprendia que entre los dos habia grandes obstáculos que se oponian á su felicidad: su pobreza misma, por una parte, y por otra, el odio que evidentemente le profesaba Heliodoro.... Pensando en esto con angustia, fué evocando los recuerdos de su primera juventud, acongojada por la pobreza; del desaliento que en un tiempo se habia apoderado de su espíritu; de la profunda melancolia que siempre le habia poseido; de sus bellas ilusiones que databan de la época en que habia conocido á Margarita y expuesto su vida y derramado su sangre por salvarla de una catástrofe; de sus grandes dolores y amarguras posteriores, y últimamente, de las confianzas sorprendidas aquel mismo dia, con las cuales toda duda se habia disipado y él sentia la suprema dicha de ser amado....

De uno en otro recuerdo llegó al cabo al éxtasis del ensueño, y sintió el alma llena de incomparable dulzura.... Olvidó sus penas y sólo pensó en que Margarita le amaba.... La esperanza llenó entonces hasta el último pliegue de su corazon, y se sintió poseido de in-

mensa ternura.... Maquinalmente se detuvo al pié de un viejo cerco de piedra medio deruido y cubierto de enredaderas y helechos, á la sombra de un caucho de espesísimo follaje, y tambien maquinalmente se sentó sobre una piedra musgosa y sacó del bolsillo una gran cartera donde consignaba de paso sus improvisaciones y pensamientos fugitivos. En breve las páginas de la cartera se fueron cubriendo de estrofas, y al cabo de una media hora Víctor habia concluido esta invocacion dirigida á Margarita:

“ LA FLOR MISTERIOSA.

“ A M....

“ Otro tiempo, buscando por el mundo
Del porvenir la inmensa lontananza,
Dióme su excelsa luz, luz de esperanza,
“ El sol de la ilusion!

“ Bajo sus rayos, que al azul del cielo
Daban fulgor de incomparable gloria,
De sus ensueños comenzó la historia
“ Mi ardiente corazon.

“ En sublimes, divinos horizontes
Se perdió mi encantada fantasía
Llena de juventud y poesía,
“ Y adiviné el amor...

“ Y, palpitante el alma de embeleso,
Del ensueño no más enamorada,
Fué mi primera voz entusiasmada
“ Canto de trovador.

“ Ay! pero en breve, como densa nube
Que mi cielo ideal oscurecia,
Sentí sobre la luz del alma mia

“ La sombra del dolor!

“ Humo fueron mis bellas ilusiones
Del desengaño en la borrasca fiera;
Las flores de mi alegre primavera
“ Perdieron su color!..

“ Año tras año abrojos solamente
Holló mi planta en el fatal camino,
Y donde quiera, triste mi destino

“ Funesto se mostró...

“ Perdí la fe del porvenir! Llorosa
Vagó en torno mi lúgubre mirada...
Nadie escuchó mi queja desolada...

“ Mi esperanza murió...

“ Luégo, en secreto devoré mi angustia,
Nutriendo el corazon sólo con llanto;
Hice mi único bien de mi quebranto;

“ Viví de mi dolor!

“ Cubrió el tiempo de fúnebres cenizas
El sepulcro de amor que en mí llevaba;
Mas en él, en silencio, germinaba

“ La misteriosa flor!

“ Me miraste! y tus ojos eran fuego,
Luz y calor que al alma daban vida!
Sonreiste! y tu boca bendecida

“ Promesa fué de amor!

“ Mi corazon se estremeció de gozo
Y la esperanza iluminó mi cielo;
Volvió con tu mirada mi consuelo

“ Y renació la flor!

“ Tú le darás frescura y lozanía;
La luz de tus pupilas cariñosa
La hará vivir más rica, más hermosa,

“ Tesoro de ilusion.

“ Y en mis dulces ensueños de ventura,
Y en mis horas de ausencia y de tristeza
Bendecirá tu fúlgida belleza

“ Mi amante corazon!

“ Guárda mi dulce flor, dále el aroma,
La pura esencia de tu casto seno;
Dále el fulgor de tu mirar sereno,

“ Tu acento seductor;

“ Y yo, de léjos, viviré dichoso,
Con tu ternura y tu favor soñando,
En el fondo del alma cultivando

“ Mi deliciosa flor....”

Deleitábase Víctor, no con vanidad de autor sino con el encanto del amante, releyendo lo que acababa de escribir, cuando sintió un ligero ruido detras del cerco contra el cual estaba reclinado, ruido extraño como de piedras que rodaban. Alzó la cabeza, se levantó y... cuál no fué su sorpresa al ver allí, á dos pasos, á Margarita del otro lado de la valla... Estaba más que hermosa y encantadora: estaba admirable! Venia de bañarse en un arroyo que corria del lado opuesto al camino por donde Víctor habia emprendido su vagaroso paseo, y al pasar, junto con Rosalía, por cerca del caucho que daba sombra al cerco de piedra, habia visto flotar de entre las desunidas piedras unos cuantos festones de graciosos musgos y helechos. Tuvo el capricho de coger algunos de éstos y Rosalía la dijo:

—Coge tus helechos y musgos y luégo me alcanzarás.

—¿Por qué no me aguardas?

—Tengo prisa de llegar á la casa, porque es la hora de servir el *algo* para todos y el chocolate para papá.

—Bueno; no tardaré tres minutos habia contestado Margarita, dirigiéndose hácia el cerco de piedra, en tanto que Rosalía iba por el sendero que conducia hácia la casa.

Al llegar al sitio donde queria hacer su cosecha de musgos y helechos, se quedó de una pieza y estuvo á punto de dar un grito: Víctor estaba allí sentado, del otro lado del cerco, absorto en sus pensamientos, y escribia rápidamente en su cartera.... Margarita quiso retirarse al punto. Pero la curiosidad del amor es irresistible, mayormente si es de una mujer que comienza á sentir las grandes palpitations de la vida: quiso saber lo que escribia Víctor y miró.... A más del título, que era tentador, la llamó la atencion la misteriosa dedicatoria: “A M.” “Ah! El me ama! me ama como yo le amo”... pensó. Y se sintió infinitamente dichosa... Siguió mirando, devorando con los ojos las estrofas que iba produciendo el lápiz de Víctor, y pudo leer las dos últimas, las que más directamente mostraban el amor de aquél... Quiso entonces alejarse cautelosamente, y al hacerlo, como habia apoyado las manos sobre la parte superior del cerco, hizo rodar dos ó tres piedras, causantes del ruido que reveló su presencia.

—Margarita! exclamó Víctor al verla.

—Perdóneme usted... señor Prado, si he si-

do indiscreta, dijo ella sumamente ruborizada y bajando la frente. Sólo la casualidad.....

—Oh! casualidad feliz! este rincón donde yo soñaba despierto se ha iluminado y perfuma al acercarse usted!

—Ah, señor Prado!

—¿Por qué me nombra usted así, Margarita?

—¿No quería usted que fuera así?

—No; deseaba todo lo contrario ardientemente.....

—Victor!

—Oh! gracias! mil gracias, Margarita!

—¿Quiere usted hacerme un favor? repuso ella con timidez.

—Lo que usted mande ó exija.

—No me atrevo á pedirle su cartera, porque eso sería muy indiscreto de mi parte; pero.....¿querria usted que yo conociese lo que acaba de escribir?

—Margarita!

—Quiere usted leerme esos versos?

Victor la miró con la suprema embriaguez del amor.....Margarita tenia la piel blanquísima y suavemente sonrosada, y de los cabellos, que la cubrian las espaldas y todo el talle como un magnífico manto de sedosas madejas de un rubio dorado, algo oscurecido por la humedad, caian perlas de agua como las del rocío que caen de un espléndido rosal al sacudirlo las brisas de la mañana. Sus ojos brillaban con extraordinario fulgor, tenia la nariz palpitante, y en sus entreabiertos labios de perfumado rosicler se fijaba una sonrisa de inefable encanto y dulzura.....Victor la miró una vez más como para beber en sus ojos el soplo de la vida y del divino amor, y en segui-

da leyó con voz tierna y vibrante las estrofas que acababa de improvisar.

—Victor! oh! gracias, Victor! exclamó Margarita cuando él acabó de leer. Guarde usted este ramito de helechos y de musgos y florecitas silvestres como recuerdo.....de mi agradecimiento.

—¿De agradecimiento? preguntó Victor, mirándola con infinita embriaguez y besándola una mano.

—De todo! contestó ella, roja de rubor y contento.

Y al punto se alejó corriendo; mas no tan precipitadamente que no alcanzase á oír estas palabras que la dirigia Victor, juntando las manos como para invocar á una divinidad:

—Vida mía! te amo, te adoro con toda mi alma!...

VI

Por la noche Victor parecia transfigurado: su habitual expresion de melancolía habia desaparecido, en medio de la familia Gómez reunida en torno de la gran mesa del comedor, y los hombres saboreaban el café y un rico anicete de produccion nacional, en tanto que Rosalía y Margarita charlaban dulcemente en voz baja. Aun Heliodoro parecia estar contento, fuese porque todos habian convenido tácitamente en no contradecirle en cosa alguna, lo que lisonjeaba su petulante vanidad, fuese por lo muy satisfecho que habia vuelto de la caza, trayendo como botín de su excursion una especie de boruga y dos ó tres pavas de monte. Solamente María, ó Marta, que de ambos modos la llamaban porque tenia los dos nombres, permanecía más silenciosa que

de costumbre, á tal punto que parecia estar verdaderamente triste, sin que Victor ni Heliodoro supiesen el motivo.

En cierto momento de la conversacion, por extremo animada, Victor se levantó del lado de Rosalía, donde ordinariamente se sentaba á la mesa, y allegándose á Marta la dijo en voz baja y con marcado acento de interes y ternura:

—¿Qué tiene mi querida hermana Marta?

—Nada que valga la pena de ser notado.

—Sin embargo... observo que esta noche está usted más taciturna que otras veces, y de dos ó tres dias acá noto en su semblante señales de tristeza.

—Es posible, Victor: no me siento bien.

—Deberia usted entonces cuidar de su salud.

—Precisamente por cuidar de ella estoy impresionada.

—¿Cómo así? á fe que no me explico...

—La explicacion es sencilla. Desde dos meses atras yo habia comenzado á sufrir, sin poderme explicar lo que sentia. Al cabo, hace unas dos semanas, mi padre se alarmó, me hizo escribir y completó una exposicion de todos los síntomas, y la envió á Bogotá á mi hermano Pedro María para que él consultase á varios médicos de su confianza. Há tres dias que recibimos la contestacion con el concepto de los médicos, y éstos opinan que mi enfermedad es una atrofia orgánica del corazón. Ya ve usted, Victor: esta enfermedad es grave y acaso incurable.

—Sin embargo, no debe usted impresionarse dando por infalible la opinion de los médicos, quienes han podido equivocarse mu-

cho, mayormente cuando no han hecho un exámen inmediato y directo....

—No, Victor. Creo que los médicos tienen razon, porque Pedro María, que ha estudiado mucho mi constitucion, ha podido darles informes precisos y explicaciones muy seguras.

—En todo caso, Marta ¿por qué ha de tomarse el diagnóstico por el peor lado?

—Porque yo siento que es fundado. Hay ciertas intuiciones indestructibles que equivalen á las verdades de la ciencia para engendrar una conviccion... Yo creo que, tarde ó temprano, esta enfermedad me matará.

—No; tenga usted confianza en Dios y...

—La tengo, Victor, y muy profunda; y por lo mismo deseo abandonarme enteramente á Él.

—¿De qué hablan ustedes con tanto misterio? dijo súbitamente Heliodoro acercándose á interrumpir la conversacion de Victor y Marta.

—De cosas que no son de tu agrado ó son incomprendibles para ti, contestó ella.

—Incomprendibles? bah! bah! ¿entonces se trata de poesia?

—Justamente, respondió Victor, hablábamos de la fuente de toda poesia.

—¿La fuente de Hipocrene, por ventura?

—No, simplon! murmuró Marta.

—Eso de Hipocrene es ya literatura fósil.

—¿Entonces... no atino con la tal fuente.

—Dios! dijo Victor mirando á Heliodoro con cierto aire casi compasivo.

—¿Y eso es lo incomprendible para mí?

—Eso! respondió Marta. Tú no has comprendido ni comprenderás nunca á Dios, porque tienes el espíritu pervertido.

Heliodoro soltó una ruidosa carcajada, y repuso en tono burlon :

—Decididamente todos en esta casa tienen el gusto estragado con las manías poéticas.

—Razon sobra para ello, observó don Benigno, si la poesía es vida de las almas generosas,

—Vamos! replicó Heliodoro riendo ¿de veras cree usted, tío, en la poesía y los poetas?

—Con toda mi alma.

—Pues, con perdon de todos los poetas, y particularmente del que está presente, creo que todos mienten como mercaderes, bien que lo hacen con más ó ménos gracia. Todo lo que escriben en sus gabinetes es ficticio y acomodado á las circunstancias. Por eso... si algo puedo creer de ellos.... son las improvisaciones.

—Ah! tú crees en las improvisaciones? prorrumpió Margarita con candorosa vehemencia, cual si quisiera aludir á "la Flor misteriosa" compuesta por Víctor aquel mismo día.

—Eso ya es otra cosa. Cuando un poeta improvisa, con toda verdad, sin preparativo alguno, y dice algo bueno, algo que impresione, se puede creer que lo siente.

—Mucho me complace esa confesion, dijo Víctor. A lo ménos.... tú mismo afirmas, Rivéros, que los poetas decimos la verdad cuando no hay motivo alguno para suponer que fingimos.

—No sólo me ratifico en lo dicho, sino que deseo hacer la prueba.

—¿ La prueba de qué?

—De la sinceridad de los poetas.

—¿ Por ventura quieres hacerla conmigo?

—Sí.

—Estoy á tus órdenes, repuso Víctor. No alardeo de fuerte en la poesía ni ménos en la improvisacion; pero haré lo que pueda, si pretendes apurarme.

—¿ Con las condiciones que yo exija?

—Con todas las que sean razonables.

—¿ Improvisarás sobre el asunto, en el metro y durante el tiempo que yo indique?

—Sí.

—Que traigan papel, plumas y tintero! gritó Heliodoro con aire triunfante.

Al punto trajeron al comedor recado de escribir y Víctor se sentó á una de las extremidades de la mesa. Todos los demas se mantuvieron en pié, dejándole casi aislado, en tanto que Margarita, situada detras de Rosalía, le miraba por encima del hombro de ésta, palpitante de temor y esperanza al propio tiempo. Miétras llegaban con el recado de escribir el maligno Heliodoro cavilaba sobre el asunto que pudiera poner á Víctor en mayor apretura. Como él no tenia idea alguna del mérito de la belleza moral é intelectual, consideraba que una mujer que no fuera físicamente bella y lozana no podia inspirar á nadie. Parecióle que Marta, á quien tenia por fea, sólo porque sus achaques de salud la habian hecho enflaquecer mucho, seria un asunto sorprendente para Víctor; y su maligno materialismo le sugirió el pensamiento más picante en su concepto.

—¿ Estás listo, Prado? preguntó.

—Sí. ¿ En qué metro quieres que yo improvise?

—En quintillas como las de Espronceda.

—¿ Cuántas he de componer?

—Que sean.... vamos! que sean de diez á doce.

—¿ En cuánto tiempo he de escribirlas?

—Te concedo.... de veinticinco á treinta minutos.

—¿Cuál es el asunto? preguntó Víctor poniendo sobre la mesa su modesto reloj de plata y mojando la pluma.

—Veamos: ¿qué asunto elegiré?... Dejádme pensar un momento.

Y fingiendo que la idea le ocurría de pronto al recorrer con la vista todo el grupo de la familia, añadió:

—Que sea el asunto María Marta.

—Yo? exclamó Marta. ¿Quieres burlarte de mí, Heliodoro?

—No tal, prima. ¿Qué mejor asunto?

—¿ Y por qué no? observó Víctor

—Pues queda hecha la designacion..Ahora, manos á la obra!

Y tomando el reloj de Víctor añadió:

—Son las siete y veinte minutos. A la una á las dos..... á las tres!

Miétras Heliodoro hablaba, Víctor dirigia á María Marta una mirada profundamente tierna, como si quisiese beber en ella, con los ojos, la inspiracion. Al oír la voz de "tres!" inclinó la frente y comenzó á escribir.

Todos guardaban tan profundo silencio que se hubiera podido sentir el ruido que hiciese un alfiler al caer al suelo. Víctor escribió de seguida, sin levantar la mano, y en su frente enardecida se veía algo como un fulgor del pensamiento. Al cabo de diez y nueve minutos completó la duodécima quintilla, y en seguida leyó lo siguiente:

" Á MARÍA MARTA.

" Hay en tus ojos, María,
No sé qué extraño fulgor:
Profunda melancolía
Que disimula á porfía
Un misterio de dolor....

" De tu nombre la dulzura
Tiene siempre seducción;
Mas tambien tu nombre augura
Un secreto de amargura,
De martirio y afliccion!

" ¿ Qué gérmen de desconsuelo
Sobre tí pesando va?
Olvida tu oculto duelo!
Alza los ojos al cielo
Que en él la esperanza está!

" Así cual la flor galana
Se abre al rayo matinal,
Vive, goza, dulce hermana,
Con esa luz soberana
De la que es Dios manantial!

" Ser mujer es dar la vida
Por el bien de la ilusion;
Gozar de amor con la herida,
Y llevar siempre encendida
Su llama en el corazon!

" Es vivir acariciando
De la esperanza la flor;
Mas con lágrimas regando
Cada flor que va brotando
Al aliento del amor....

“Si una incógnita tristeza
Tus ensueños amargó,—
Cual sierpe que la cabeza
Entre la casta belleza
De las flores escondió,—

“Arrójala de tu seno!
Haz que luche con el mal
Tu pensamiento sereno,
Porque el oculto veneno
De la tristeza es mortal!

“Yo lo conozco, María!
Harto tiempo acibaró
Su cicuta el alma mía,
Y hasta la llama que ardia
En ella, casi apagó!...

“Infeliz del que, cediendo
Al influjo asolador
De la tristeza, perdiendo
Va la ilusión,—añadiendo
A un dolor otro dolor!

“No suspires, no, María!
Espera! que eso es vivir!
Básca en la fe la alegría,
Y en la dulce poesía
La dicha del porvenir!

“Y pues que tu nombre imprime
Recuerdos de redención,
Lucha con lo que te oprime;
De la tristeza redime
Tu angustiado corazón!...”

—Magnífico! prorrumpió Rosalía.

—Admirable! añadió el doctor Gómez.

—Famosos versos! gritó Polidoro palmo-
teando.

—Divinos! murmuró dulcemente Marga-
rita al oído de Rosalía.

—¿Y tú qué dices, empedernido materia-
lista? exclamó el doctor, interpelando con
tono victorioso á su sobrino.

—Tío, francamente.... por esta vez me de-
claro derrotado.

Y diciendo esto se salió del comedor muy
mohino.

Entre tanto María Marta, con los ojos hú-
medos y brillantes, se había dirigido á Víctor
y estrechándole ambas manos le decía con
profunda emoción:

—Gracias! mil gracias, mi buen hermano
del alma!

Al día siguiente desde muy temprano Ro-
salía declaró que élla, Marta y Margarita
tenían el proyecto de hacer un paseo á la
Vega para bañarse y hacer allí una especie de
almuerzo rústico, cuya base sería lo que se
llama vulgarmente un *sancochado* ó cocido; y
al efecto invitaron á Víctor, Heliodoro y
Clemente á que las acompañaran. Clemente
se excusó por tener mucho que hacer con los
trabajos de un barbecho; Heliodoro no se
mostró muy ganoso de un paseo que tenía
ciertos humos de pastoril, y sólo Víctor pro-
metió de muy buena voluntad que sería de la
partida, á más del bullicioso José Antonio.
Por lo demás, el tiempo estaba espléndido,
y todo hacía esperar que el paseo sería fecun-
do en inocentes placeres, añadidos á la ven-
taja de un saludable ejercicio.

Del lado norte del camino “real” y al
frente de la granja de Los Cedros se alzaba
un collado que iba subiendo en plano suave-
mente inclinado, cubierto de fina grama y
florejillas moradas casi microscópicas, hasta
delinear una cuchilla ó espinazo, donde el
terreno, sembrado de pedriscos, estaba casi
cubierto de ásperos helechos, zarzas y otras
malezas. Todo aquel plano inclinado, como
de quinientos metros de longitud y unos cien-
to cincuenta de anchura, formaba un risue-
ño prado que á las veces se cubría de trigos,
y en él se construía ordinariamente el cerco
provisional del trilladero y se levantaban las
montoneras del precioso grano, acarreado de
las cercanías. Era particular y curiosa aque-
lla suave falda, porque en toda ella se encon-
traban muchas *huacas* ó sepulturas de indios,
lo que denotaba haber existido allí un ce-
menterio ántes de la conquista; pero también
se echaba de ver que los indios de aquella
parte de la tribu ó cacicazgo de Ubaque ha-
bían sido muy pobres, puesto que en sus se-
pulturas nunca se hallaban objetos de oro ni
esculturas, sino únicamente cántaros ó *múcu-
ras* y ollas de toско barro cocido.

Al ascender por la suave pendiente del
collado hasta la cuchilla, no sólo se encontra-
ba un curioso contraste, sino que al frente, es
decir al Norte, se abarcaba con la vista un
romántico y bello panorama. Del filo de la
cuchilla hacía el Sur, hasta la orilla del cami-
no, el descenso era suavísimo y el terreno
acababa en una especie de planicie undulosa,
fértil y pintoresca; mientras que del lado
Norte había un vertiginoso abismo de más de
trescientos metros de anchura superior y cien-

to de profundidad, por cuyo fondo bajaba el
rio en precipitados tumbos y cascadas, for-
mando borbotones de blanquísima espuma por
entre mil guijarros de colosales proporciones.
Y en lugar de falda, lo que había desde el filo
de la cuchilla era un inmenso peñasco poco mé-
nos que vertical, cuyo flanco estaba todo cu-
bierto de árboles rugosos y de fuerte contex-
tura, arrayanes de tierra fría, helechos, male-
zas y arbustos de nudosos troncos, entre los
cuales abundaban los que producen la dulce
uva silvestre llamada *camaroná*. Abajo blan-
queaba el río, luminoso y turbulento, pro-
duciendo un ruido que repercutían y multi-
plicaban los ecos de los empinados peñascos,
y sus riberas carecían casi por completo de
terrenos planos.

Había, sin embargo, una especie de cripta
como de dos fanegadas de superficie en el
fondo, la que formaba un risueño vallecito ó
soto, cubierto de malezas y grama en el cen-
tro y de grandes árboles en la orilla derecha
del río; sitio enteramente solitario, á donde
se bajaba, dando larga vuelta por la parte
superior del collado, por un senderito muy
pintoresco, bien que muy estrecho y empina-
do. Aquel soto ó vallecito era lo que los ha-
bitantes de Los Cedros llamaban *La Vega*.

A eso de las dos de la tarde emprendieron
marcha á pié todos los del paseo. Iba adelan-
te por el collado José Antonio, en calidad de
gastador, armado de un rústico baston tres
veces más largo que él; en seguida Mercedes,
una de las *chinas* ó criadas pequeñas de la casa,
cargadas de *chingas* ó camisolas de tela oscura
de lana para el baño de las señoras, los *ropo-
nes* ó batas de algodón para enjugarse y todo

el recado de *totumas*, jabon, peines, &c. Detras iban Matea, la vieja cocinera, y Rita una de sus ayudantes, cargadas de ollas, chocolateras y todos los enseres y objetos necesarios para hecer el cocido al aire libre y servirlo con sus aditamentos del caso. En pos de aquel Estado mayor de la servidumbre caminaban casi abrazadas Rosalía y Margarita, charlando y bromeando del mejor buen humor; y cerraba la marcha Víctor, sosteniendo del brazo á Marta, con quien departia fraternalmente. En cuanto á Heliodoro, iba solo y á su capricho, mirando hácia todos los árboles y matorrales, con su escopeta terciada y seguido de su perro, una especie de mestizo de mastin y galgo, y evidentemente su intencion era apartarse en breve de la caravana y subir hácia los maizales y rastros de la base de la montaña, en solicitud de caza menuda.

El descendimiento se hizo sin dificultad alguna, habiéndose alejado ya Heliodoro por la cuchilla del collado, y tan luégo como todos llegaron á la orilla de la Vega se pusieron á recoger leña seca para proporcionar á Matea la provision necesaria. En seguida Víctor se fué á buscar un sitio adecuado para bañarse, en la parte más baja del soto, miéntras que todas las mujeres con José Antonio se encaminaron hácia un vasto pozo, sombreado por muchos árboles, que habia en la parte superior.

Es cosa bien sabida que para las mujeres el baño no es un placer higiénico, sino una especie de oficio placentero en el cual gastan inacabables horas. Margarita y sus compañeras no se apartaron mucho de la regla femenina, por lo que Víctor tuvo tiempo no sólo

para bañarse con delicia, cuanto podia hallarla en una agua tan fria, agua de páramos, que parecia cortar la piel y los miembros como con finísimas cuchillas y apretar los músculos como con tuercas y tornillos; sino que al salir del baño tendió su ruana sobre la fina grama y las hojas secas á la sombra de un vigoroso arrayan, y se puso á contemplar alternativamente las cascadas del rio, los abruptos peñascos que lo señoreaban, los árboles y arbustos floridos que le rodeaban, las plantaciones trepadas sobre los lomos de los collados, y el cielo, cuyo azul turquí resplandecia con la fulguracion de un magnífico sol de verano.

Poco á poco se fué engolfando en sus pensamientos, y ya que en aquellos instantes no podia ver á Margarita se puso á pensar en ella, cual si su encantadora hermosura fuese inseparable de todas las hermosuras de la Naturaleza. Sacar luégo su cartera y ponerse á escribir versos, todo fué uno. Ya tenia llenas de estrofas octosílabas algunas páginas, cuando vió venir á Rosalía y Margarita, frescas y rozagantes como dos lindos arbustos bañados por el rocío.

—¿Qué está usted escribiendo? le preguntó Rosalía desde léjos.

—¿Qué he de escribir yo sino versos ó algo parecido? Quería matar el tiempo miéntras ustedes se bañaban y....

Margarita se sonrojó cual si adivinase que ella habia de ser el obligado objeto de los versos.

—¿Seria yo muy indiscreta si le suplicase á mi buen hermano....

—¿Qué cosa?

—Que nos lea lo que acaba de componer.

—Oh, Rosalía....

—Vamos! no es posible?

—Es posible, pero....

—Nada de *peros*.

—Si Margarita lo permite....

—¿Por qué no? murmuró ésta con timidez pudorosa y manifiesto gozo.

Víctor leyó estos versos:

“¿Oyes la voz del arroyo
Que entre sus helechos canta,
Besando humilde la planta
Del arbusto temblador?
Así canta el alma mia
Tu castísima hermosura,
Y á tus piés tierna murmura
Ignotos himnos de amor....”

“¿No vez en los rubios sauces
Cantando el ave canora,
Cuyo reclamo enamora
De léjos al dulce bien?
Así, solitario, errante,
Con mis canciones te llamo,
Y voy diciendo: “Te amo”
De las auras al vaiven!”

“¿No ves el silvestre lirio
Que al pié de la verde loma
Exhala su puro aroma
Que el céfiro ha de beber?
Así yo exhalo en silencio
De mi amor hondo suspiro,
Cuando con ansia deliro
Tu imágen creyendo ver....”

“¿Ves aquella nubecilla
Que rueda en alas del viento
Por el lomo ceniciento
De encumbrado peñascal?
Así mi mente vagando
Va, en alas de la esperanza,
Tras la bella lontananza
De ventura celestial!”

“¿Ves el colibrí que inquieto
Viene á libar de las flores
El néctar, á los albores
Del astro deslumbrador?
Así libar yo quisiera....
En tus labios ambrosía,
Dejándote el alma mia
En cada beso de amor....”

“¿Ves allá cómo refleja
Florida, amena colina
La luz del sol peregrina
Que á los campos da esplendor?
Así refleja mi frente
El brillo de tu mirada,
Lumbre que hoguera sagrada
En mi corazon prendió....”

“¿Ves que cuando palidece
El crepúsculo en el monte
Se alza en el vasto horizonte
Una sombra sepulcral?
Ay! así, cuando me falte
El fulgor de tu mirada,
Habrá en mi alma acongojada
Desolacion sin igual!....”

“¿ Oyes saltar el torrente,
 Con acento gemebundo,
 Cuando en abismo profundo
 Hunde su argentada faz?
 Así, cuando en el abismo
 De la ausencia y la tristeza
 Me hunda yo, con aspereza
 Mi corazon gemirá!...”

“¿ Ves esas hojas que caen
 Secas, sobre el duro suelo,
 Y esas aves en el cielo
 Que en tropel volando van?
 Ay! así vuelan ligeras
 De nuestra dicha las horas,
 Que si hoy son encantadoras
 Mañana tristes serán!...”

Quando Víctor acabó de leer estas estrofas miró á Margarita como para decirla: Todo esto es para ti; es mi alma hecha armonía y melodía.... Ella, vivamente sonrosada y conmovida, inclinó la frente cual si temiese decir todo lo que sentia. Rosalía, por su parte, como sirviendo de intérprete á aquellas dos almas puras, no pudo ménos que decir:

“Dichoso el que siente así..... porque se siente comprendido y amado.”

Y volviendo la espalda lentamente á Víctor, que estaba sentado casi á los piés de Margarita, se encaminó gozosa hácia el sitio donde estaba ya servido el campestre refrigerio. Margarita se quitó del seno un ramillete de flores silvestres que habia cogido en la orilla del rio, y se lo dió á Víctor, diciéndole además.... cuanto era posible decirle con una mirada llena de inefable dulzura.

Média hora despues todos remontaban el estrecho sendero. Marta iba adelante, llevando de la mano á José Antonio, en seguida Rosalía y despues Margarita y Víctor, desfilando uno en pos de otro silenciosamente. Víctor iba encantado: las tres cabelleras chorreaban aún menudísimas gotas de agua, y flotaban libremente, agitadas por una ligera brisa; y llamaba la atencion el contraste que hacian con las negruscas hierbas y los pedriscos del sendero los piés delicados, blanquísimos y rosados de Margarita, Rosalía y Marta, calzadas apénas con finos alpargates. Hubo un momento en que Víctor, seducido por la tentadora hermosura de Margarita, cuyas huellas iba él pisando, no pudo resistir á los impulsos del amor, y en una revuelta del sendero, sin que nadie le pudiera ver, puesto que iba atras de todos, alargó las manos, cogió las sedosas madejas de cabellos que tenia delante y las besó con arrebató....

Margarita se estremeció cual si hubiera sentido aquel inocente ósculo en el fondo mismo del alma, y volviéndose casi hácia Víctor extendió una mano y se la abandonó por un momento.... Víctor imprimió en ella un beso largo, profundamente amoroso y tierno que silenciosamente decia:

“Te pertenezco para siempre....”

En aquel momento mismo se oyó la detonacion de un tiro de escopeta: Víctor, alarmado, miró hácia la eminencia de la cuchilla del collado, y vió destacarse en ella, como una sombra siniestra, la figura inmóvil de Heliodoro....

VII

Poco rato hacia que los paseantes de la Vega reposaban en Los Cedros cuando Heliodoro llegó al patio y, sin hablar á nadie, se dirigió hácia su cuarto, que se hallaba en el corredor del Norte, contiguo al de Víctor. Este no tenia la menor duda de que Heliodoro le habia visto besar las manos y los cabellos á Margarita cuando subian por el sendero del collado, y que el tiro de escopeta habia sido dado por él con el preciso fin de advertir que todo lo habia visto. Así, Víctor comprendía que una explicacion con Heliodoro era inevitable, con toda probabilidad de que seria borrascosa, y acaso de funestas consecuencias. Su escrupulosa delicadeza se oponia, por una parte, á dar márgen á una grave desavenencia que perturbase la calma y tranquilidad de los habitantes de Los Cedros; y por otra, le dispenia á facilitar las reconciliaciones que Heliodoro pudiera hacerle. Con todo, prevaleció en el ánimo de Víctor el deseo de salir pronto del conflicto, si alguno podia haber; por lo que aguardó de pié firme la llegada de su mal avenida camarada.

En efecto, Víctor fingia leer un libro en el corredor sobre el cual daban su ventana y la puerta del cuarto de Heliodoro, cuando éste llegó hasta un paso de distancia, se detuvo, le miró con aire provocador y le dijo ásperamente:

—Tenemos que hablar.

—Estoy pronto á todo, contestó Víctor.

—Allí, en el otro corredor, detras de la casa, donde no nos interrumpen.

—Está bien.

Heliodoro se entró en su cuarto á guardar su escopeta y arreos de caza, y Víctor fué á situarse, muy cerca de allí, en el sitio indicado. Un instante despues los dos jóvenes se hallaban frente á frente.

—Supongo, dijo Heliodoro con cierta impertinente expresion de superioridad y altivez, que comprendes el objeto de esta conversacion, que ha de ser breve.

—Lo comprendo á médias.

—Cómo á médias! ¿ Luego no he visto yo lo que ha pasado cuando tú subias detras de Margarita por el sendero de la Vega?

—Ah! ¿ estabas, pues, á la mira, observando mis pasos y movimientos?

—No lo niego; y me parece que tengo algun derecho para velar por el honor de mi hermana....

—Por el honor! oh! protesto contra esa expresion! jamas el honor de tu hermana podria ser comprometido por mí!

—Así lo espero; que si el caso pudiera envolver deshonor... no seria con los labios sino con mi revólvers como hubiera yo hablado.

—Lo comprendo. ¿ Qué más?

—Es, pues, necesario que nos expliquemos muy claramente y pongamos fin á una situacion falsa! exclamó Heliodoro.

—¿ En qué consiste lo falso de la situacion? preguntó Víctor con dignidad.

—Seré franco. He tolerado tus visitas en casa, no obstante la marcada antipatia que existe entre los dos, porque la delicadeza y el respeto por mis padres me obligaban á guardar miramientos al hombre á quien la casualidad habia ofrecido la ocasion.... de

prestar un servicio á mi familia; servicio que ella deseaba recompensar.... con largueza.

—Y esa recompensa, interrumpió Víctor, demasiado valiosa para mí, ha consistido en la amistad y estimacion con que el señor Rivéros y su familia me han honrado.

—Hasta ahí todo iba bien, continuó Heliodoro; pero despues los sentimientos de gratitud y amistad de mi familia han sido mal interpretados. Acaso creiste que habia algo más que eso de parte de Margarita, y al cabo obcecado por una.... una *pasión* diré, mal colocada, has ido demasiado léjos. Te has aprovechado de la venida de mi hermana á Los Cedros para tratar de captarte el amor de esta niña inexperta; amor que.... lo digo sin embozo, me parece imposible.

—Vuelvo á protestar contra una expresion tan infundada como injuriosa. Eso de *captarme* el amor.... ¿pretendes acaso imputarme la indignidad de una captacion, con abuso de confianza?

—No precisamente eso; pero sí.... una pretension *excesiva*.

—¿Excesiva en qué sentido? ¿Si yo hubiese pensado en solicitar algun día la mano de Margarita....?

—De la *señorita Rivéros*, interrumpió Heliodoro.

—Muy bien: de la *señorita Rivéros*.... ¿en qué habria consistido lo excesivo de mi pretension?

—Oh! eso.... se comprende.

—Por qué? ¿No soy un hombre bien nacido y un caballero por mi irreprochable conducta? ¿No he recibido esmerada educacion?

¿No tengo una profesion honrosa? ¿No gozo de la estimacion de cuantos me conocen?

—Nada de esto niego; pero....

—¿Qué me falta, pues, para merecer el amor de la *señorita Rivéros*?

—Bien lo sabes: careces casi totalmente de bienes de fortuna, de posicion....

—Ah! con que no hay *posicion social* sino con la riqueza?

—Así lo creo.

—Perfectamente. Tienes siquiera el mérito de la franqueza, declarando, á fuer de sensualista, que para ti el hombre nada vale por su carácter, su espíritu ni su conducta, sino únicamente por su dinero. Bella moral, por cierto!

—Poco me importa tu juicio respecto de mis ideas. En todo caso son *mis ideas*, y como no hallo utilidad alguna en tenerte por mi cuñado, he mirado con sumo disgusto tus pretensiones respecto de mi hermana.

—Muy bien.

—He querido contrariarlas, continuó Heliodoro; pero no habia dado paso alguno porque necesitaba un *hecho* en qué fundarme. Mi expectativa no ha sido vana, puesto que hoy he *visto* lo que destruye toda duda. Te has conducido en la Vega.... como un insolente.

—Heliodoro!

—Sí; como un insolente! Y no toleraré ningun acto de intimidad, ni ménos de relaciones de amor, entre ti y mi imprudente hermana.

—Mi posicion en este asunto y las consideraciones que debo á tu familia, me obligan á soportar el insulto que acabas de hacerme. Sin embargo....

—Pongamos fin á inoficiosas observaciones.

—Mas no será sin que yo, por respeto á mí mismo, te obligue á oirme una explicacion. Dios, que lee en el fondo de mi alma, sabe cuánto he luchado por reprimir y ahogar mi amor desde que comenzó á agitar profundamente mi alma. El sentimiento de la delicadeza, motivado por el recuerdo del.... pequeño servicio que yo habia prestado á tu familia; el de mi dignidad, excitada por la conciencia que tenia de mi pobreza,—sobre todo desde que me vi amenazado de perder mi modesta herencia,—y, en fin, la seguridad que tenia de ser objeto de tu ciega antipatía: todo esto obraba en mi ánimo para inducirme á sacrificar mi desgraciado amor; y ningun esfuerzo omití para lograrlo. Pero un amor grande, profundo y verdadero no se mata sin matar el alma que con él vive, sueña y se glorifica. ¿Podia yo matar mi alma?...

—Bah! ridícula poesía!

—Ademas, á mi vez la gratitud agrandó mis sentimientos. Fuí con motivo de la muerte de mi madre y de mi peligrosa enfermedad, objeto de las más generosas bondades de parte de tu familia, y mi amor creció sublimado por el agradecimiento....

—Por mi parte creo que estás dispensado, dijo groseramente Heliodoro, de pagar toda deuda de gratitud, mayormente si ha de ser conquistando la.... la mano de mi hermana.

—Oh! Dios mio! cuán deplorablemente pequeño te han vuelto las ideas con que has pervertido tu espíritu!

—No se trata de eso, repuso Heliodoro. Y, en conclusion, añadió al punto; la cuestion es clara y sencilla: no me conviene que sigan

tus.... tus amores adelante, y te prohibo formalmente....

—Ah! permíteme observarte, replicó Víctor con calma y severidad, que la suerte de tu hermana no depende de ti. Por muy respetable que sea tu interes de hermano en este delicadísimo asunto, quienes tienen verdaderos derechos para resolver son, en primer lugar, con su autoridad, el señor Rivéros y su esposa, y en segundo, con su corazon y su voluntad....

—Yo! dijo en aquel momento la voz pura, vibrante y enérgica de Margarita, quien súbitamente apareció en el corredor por detras de Heliodoro.

—Tú! exclamó Heliodoro tan sorprendido como irritado.

—Yo, sí!

—¿Y tú qué haces aquí?

—Todo lo he escuchado. Desde que noté que tú invitabas al señor Prado á tener una conferencia y que se retiraron juntos hácia este corredor, comprendí que algo desagradable habia y que se trataba de mí.

—En efecto.... murmuró Heliodoro.

—Al punto resolví venirme al comedor y...

—Y escuchar una ajena conversacion detras de las puertas... repuso él.

—Sí; esto era duro para mí; pero tenia el derecho de hacerlo, puesto que se trataba, segun toda probabilidad, de lo que más me atañe. Una vez que te oí pronunciar mi nombre, comprendí que te arrogabas el derecho...

—¿De velar por tu honra?

—No! yo misma velo por ella, porque amo y temo á Dios, amo y respeto á mis padres y me estimo lo bastante para obrar como lo

requieren el honor y el recato. Pero tú te has arrogado el derecho de disponer de mí, á tu capricho, y conforme á tus pasiones y falsas ideas, y no consiento en ello. Sólo á mis padres, despues de Dios, debo cuenta de mis sentimientos y mi conducta: ellos decidirán de mi destino, y á su bondad y justicia me confío!

—Eres una niña extravagante y casquivana! Hé ahí el fruto de la *poesía*!

—Ni una palabra más sobre este asunto! repuso Margarita con firmeza. Y volviéndose hácia Víctor y mirándole con incomparable dulzura, le tendió la mano diciéndole: Víctor, esté usted tranquilo...en cuanto á mí.

Margarita se alejó, dirigiéndose á buscar á sus primas; Víctor, en el colmo de la felicidad, permaneció mudo y quieto, mirando á su amada con indecible encanto, y Heliodoro, despechado y furioso, se entró en su cuarto y en seguida mandó ensillar su caballo. Pocos minutos despues se fué para Ubaque, descendiendo la cuesta á todo el trote ó paso de su cabalgadura.

La noche se pasó como de costumbre, en sabrosa y franca conversacion, en la sala, entre Víctor, Margarita y toda la familia Gómez. Margarita estuvo más amable y comunicativa que nunca; el Papá-beno contó más viejas historias que en ninguna otra noche, con la más afectuosa locuacidad, bien que extrañando la inexplicable ausencia de Heliodoro; Marta hizo todo lo posible por no estar triste, y Víctor conversó y leyó sus versos con tal entonacion de placer que se adivinaba en él un vivísimo contentamiento.

Pero en la mañana siguiente, despues de

haber pasado la noche soñando con Margarita, y la Vega, y los cabellos y las manos de su adorada, Víctor sufrió el contraste que de ordinario sucede á las dulces emociones. Llegó lentamente *Fierabras*,—así llamaban al hombre-correo de Ubaque, personaje extraño en lo físico y lo moral y en cierto modo legendario,—y acercándose á Víctor, con un papel en la mano, le dijo:

—Tenga muy buenos dias su *mercé* mi amo Bitor. Poaquí le treigo una misiva que me recomendó mi amo el doctor Moreno.

—A ver.... venga la carta. ¿Cómo vamos, Pedro?

—*Alentaito*, pero con mucho frio, mi amo. El páramo está que se come á *cualisquier* cristiano.

—¿Pero á *Fierabras* no le meterá el diente?...

—Será porque camino con *pacencia*.

—Con razon le llaman á usted... cómo es?

—*Patas de hierro*. Pero ya se me van gastando con los viajes por esos pedregales.

Víctor abrió la carta, que era de su buen amigo el doctor Moreno. Hé aquí lo que le decia:

“Mi querido discípulo y amigo.

“Al fin el Tribunal Superior del Estado ha pronunciado su sentencia, en la segunda instancia del pleito relativo á la casa, y tengo la vivísima pena de informar á usted que el fallo ha sido enteramente adverso. No sé cómo calificar esta monstruosidad jurídica que pugna con todo principio de justicia. Si usted piensa permanecer aún por allá, déme sus instrucciones sobre lo que yo pueda hacer

en su servicio, por mucho que el mal sea, como lo creo, irremediable.”

Víctor recibió el golpe con entereza. No le importaba mucho conservar su capital, sino por ser herencia de su inolvidable tío, y porque su posesion hacia mémos difícil la realizacion de las esperanzas de felicidad que fincaba en Margarita; pero por muy poco ó nada interesado que fuera, no podia mémos que serle muy sensible la iniquidad de que era víctima. Sin embargo, al saber que le dejaban casi en la miseria, el sentimiento de su dignidad le obligó á reprimir su dolorosa emocion. Nadie pudo imaginarse, vista la tranquilidad de Víctor, que él hubiese recibido una noticia tan desagradable; mayormente cuando, al acabar de leer la carta del doctor Moreno, comunicó los buenos y afectuosos recuerdos que éste hacia del doctor Gómez y su familia.

En breve tuvo tomada la resolucion que convenia á su carácter, á su posicion en Los Cedros y á su delicadeza. Dos ó tres horas despues, cuando el doctor Gómez, calzado con sus botas, se disponia á ir á recorrer á pié, como de costumbre, sus cercanas plantaciones, Víctor le manifestó deseos de acompañarle.

—Mucho que me gusta la idea, dijo Papá-beno. Venga usted conmigo y le enseñaré á conocer las malas hierbas y los insectos que hacen daño en nuestras plantaciones.

—Acaso, observó Víctor, caminando al lado de su buen amigo, lo que más perjudica en estos parajes no son los insectos ni las malas hierbas.

—¿Qué, pues?

—Páreceme que los vientos helados de los

páramos son la causa principal de la *mancha* de las papas, del *polvillo* de los trigos y de otras calamidades de que son víctimas los agricultores.

—Sin duda. La atmósfera, durante las noches y las mañanas, es nuestro peor enemigo.

—¿Y qué preservativo ó remedio ha podido hallarse?

—Ninguno seguro. Así la vida campestre, si es grata por la independenciam que proporciona, está en nuestro pais sujeta á mil contrariedades.

—Ah! ¿y quién no sufre contrariedades? Dichoso el que siquiera está libre de amarguras... de otro linaje!

—Qué me dice usted, mi querido Víctor! ¿Acaso ha sufrido usted alguna contrariedad reciente? Apostaria yo á que mi sobrino Heliodoro ha hecho alguna de las suyas....

—Eso es lo de mémos.

—Entonces?...

—Justamente yo deseaba hacer á usted una importante confidencia...

—Pues hable usted, que para oírle nunca estoy sordo.

—No sé... murmuró Víctor titubeando por un momento, si usted ha comprendido que estoy poseido de ciertos sentimientos respecto de Margarita....

—Sí, sí. Algo he barruntado, muy á mi contentamiento, por cierto, y aún he dado algunas bromas inocentes á mi bella sobrina. Por lo visto.... ella no paga mal los sentimientos de usted.

—Es verdad; y sin embargo, mi posicion actual es muy penosa.

—¿Por qué?

Víctor refirió literalmente lo que el día anterior le había ocurrido con Heliodoro, bien que omitiendo lo relativo al episodio de la Vega.

—El caso es realmente desagradable, dijo el doctor. ¿Pero... en fin de cuentas, Heliodoro es un atolondrado, y estas cosas se arreglarán con Agustín y Luisa. Pierda usted cuidado... que, si fuere necesario, yo meteré el hombro en el asunto.

—Usted me colma con su bondad; pero....

—¿Pero qué?

—Las cosas se han complicado muy seriamente para mí.

—¿Cómo así?

—Lea usted la carta del doctor Moreno que recibí esta mañana.

—Oh! qué jueces y qué justicia! exclamó el doctor cuando hubo leído el párrafo relativo al pleito de Víctor.

—Ello es que... injusto y todo, el fallo del Tribunal me arruina, y por el mismo hecho hace imposible mi enlace con Margarita.

—¿Por qué? ¿No es usted un hombre digno, de posición profesional y muy capaz de ganarse la vida con su trabajo?

—Así es, doctor; pero el matrimonio impone obligaciones ineludibles, mayormente cuando la persona que le confía su suerte á uno está habituada á gozar de todas las buenas ventajas de la riqueza.

—Bah! ¿y el amor no es nada, pues?

—Es todo para mí; pero es poco para una sociedad en cuyo seno el lujo es el único elemento de distinción aristocrática. Las democracias son á este respecto implacables.

—No me doy por convencido, acaso por mis

precedentes personales, pues me casé pobre y siempre fui feliz con mi buena esposa, que me quiso mucho. Pero, en fin ¿qué piensa usted hacer?

—Mientras esperaba poder contar con mis dos casas para vivir decentemente en la una con mi esposa, y que la otra me proporcionase una pequeña renta, estaba seguro de poder cumplir con mis deberes conyugales con independencia y dignidad, aprovechando mi trabajo. Así estuve decidido, contando con el amor de Margarita y la estimación de sus padres, á solicitar la mano de esa adorable criatura que hizo nacer en mi alma las más nobles y dulces esperanzas.... Pero esto es ya imposible.... por ahora. Mi delicadeza me prohíbe en absoluto alimentar aquellas esperanzas.

—Oh! usted exagera mucho su delicadeza y toma las cosas por el peor lado!... dijo el doctor.

—Es posible que así sea, repuso Víctor; pero no me es dado pensar ni proceder de otro modo, y mi resolución está tomada.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Alejarme de aquí mañana mismo.

—De aquí? Oh! y qué culpa tenemos nosotros?...

—Ninguna. Pero yo no debo estar por más tiempo al lado de Margarita: mi deber es luchar y... sacrificarlo todo.

—Víctor! usted se extravía en sus juicios!

—No, mi querido y venerado amigo. El deber es claro para mí, por doloroso que me sea su cumplimiento; y justamente para explicar á usted el motivo de mi próxima au-

sencia es para lo que he pedido á usted el favor de oír mis confidencias.

—Diantre! diantre.... ¿y es formal la resolución que usted ha tomado?

—Irrevocable.

—No me atrevo á desaprobársela, por mucho que me duela el pensar que usted, hijo adoptivo de mi corazón, va á separarse de nosotros, dejando entristecida esta humilde granja que su presencia ha amenizado y honrado. Al contrario, confieso que yo en el lugar de usted haría lo mismo, y que su conducta en este delicado asunto aquilata mucho su mérito y la opinión que tengo de su carácter caballeroso.

Víctor estrechó cordialmente la mano al doctor, y los dos se volvieron de la pradera lenta y silenciosamente hácia el patio de la granja. Víctor se entró en su cuarto inmediatamente, y el doctor llamó á solas á Rosalía para comunicarle lo que acababa de ocurrir.

La víspera Heliodoro, verdaderamente poseído de ira y despecho, había bajado á todo trote la cuesta en dirección á Ubaque, anheloso por sustraerse á la humillación que su desapoderada conducta había de acarrearle en Los Cedros, delante de Víctor, de su propia hermana y de toda la familia Gómez. Fué cavilando en lo que á su situación podía convenir, y poco á poco, á medida que recogía é hilvanaba sus pensamientos, fué aflojando la rienda á su caballo y dejando de picarle los hijares, con lo que el inteligente bruto comprendió que podía acortar el paso sin inconveniente. Al cabo Heliodoro, recuperando la calma, fué andando con lentitud y recapacitando en todos los incidentes relacionados con Víctor, hasta absorberse en este soliloquio:

“Sí; eso es claro y evidente: yo procedo conforme á la razón, porque consulto la utilidad. Si mi hermana no se casa nunca ¿qué sucederá? Nadie sabe de antemano si ha de ser feliz al casarse, y todo lo que puede acontecerla es quedarse para tía, exenta de los deberes conyugales y cuidados maternos. El mal para ella, si lo hubiera, sería puramente negativo: un mal de segundo orden... ó talvez de tercero.

“Al contrario, si por permanecer soltera Margarita yo he de disfrutar algún día, de un modo ú otro, de toda la fortuna de mi padre..... aún cuando sea sólo manejando la parte de mi hermana, claro es que seré mucho más feliz que si la mitad del capital pasara á manos de un cuñado. El bien sería para mí directo, positivo y muy grande: un bien de primer orden..... Pesados así en la balanza de la razón el mal y el bien, los placeres y las penas, es evidente que la utilidad se inclina á mi favor... Sí: esto es incuestionable. Por tanto, me conviene hacer cuanto de mí dependa para impedir que mi hermana se case, ya sea con ese insoportable Víctor Prado, ya con cualquier otro. Esto es lo que me importa, y á fin de lograr mi objeto, me trazaré un plan de conducta y no ahorraré ningún esfuerzo. Vamos! el fin es bueno, porque me es útil, y el fin justifica los medios..... Tal es la teoría científica, universitaria, y no seré tan imbécil que no la ponga por obra.”

Aquella tarde la comida en Los Cedros fué triste y silenciosa, porque todos estaban afectados y parecían querer evitar alusiones á la sensible partida de Víctor y á las circunstancias que la motivaban.

Él se mostraba taciturno, casi evitando mirar á Margarita, y ésta parecía estar tan conmovida que casi la asomaban á los ojos las lágrimas, muy trabajosamente ahogadas en el corazón. Cuando del comedor pasaron todos á la sala, ausente siempre Heliodoro, continuaron silenciosos por largo rato, hasta que, despues de rezado el rosario (y todos lo rezaron con más devoción que nunca, cual si mentalmente pidiesen especial favor á Dios), Víctor, como de costumbre, hubo de sentarse á leer algo para distraer á toda la familia.

Al acabar la lectura de una de las partes más patéticas de cierta interesante novela semicientífica de Julio Verne, Víctor soltó el libro y maquinalmente tomó una pluma y papel que habia sobre la mesa. Todos comprendieron que él queria desahogarse y trabaron conversacion, á fin de dejarle libre para improvisar alguna poética dolora que le llenaba el alma. Cuando hubo acabado de escribir, Víctor pidió una cubierta de carta, metió en ella lo que habia escrito, y pegando el sobre escribió encima: "Para ser leído despues de mi partida"; y se lo entregó á Rosalía.

Unos momentos despues dió las buenas noches á toda la familia y se retiró: pero al dar la mano á Margarita no pudo reprimir su dolor: exhaló un gemido y, los ojos repletos de lágrimas, dijo con voz sollozante: "Adios!".....

Al día siguiente desde muy temprano estuvieron ensillados los caballos para Víctor, el doctor Gómez y Clemente: éstos querian acompañarle por largo trecho del camino hasta el pié del páramo. Marta y Rosalía cuidaron de hacer servir el desayuno, que fué aun

más triste que la comida de la víspera, y á poco llegó el momento de la despedida. Víctor se despidió afectuosamente de Matea y todos los sirvientes, y en el último momento abrazó á Polidoro y José Antonio y tendió las manos á Marta y Rosalía:

—Adios, mis hermanas! murmuró con la garganta anudada; adios!... Y luégo añadió: A Margarita.....

Nada más puedo decir: se le anublaran los ojos y sintió como si una mano de hierro le apretase la garganta para no dejarle pronunciar la última palabra. Saltó sobre su cabalgadura y partió cabizbajo y lloroso.....

Al salir de la granja é ir á pasar por el puentecito echado sobre el arroyo, le pareció que del fondo de sus sombríos pozos salian gemidos de las cristalinas ondas, y tornó la vista hácia la parte baja del huerto: allí estaba, detras del tronco de un cedro, desolada y con el alma en los ojos, la bella y adorable Margarita..... Las dos miradas se encontraron, y con ellas los dos amantes se dijeron..... lo que sólo Dios podia escuchar y las auras de la mañana llevarse, susurrando, en sus perfumadas alas..... Miétras que Víctor comenzaba á subir la cuesta con sus compañeros, y desde léjos se despedia agitando su pañuelo, Rosalía, sentada con Margarita á la sombra de un sauce, leia en alta voz, para su prima, la despedida que la noche anterior habia improvisado el acongojado poeta; decia así:

"Cielos! al fin la hora
Tristísima, llegó:
Hora que nos señala
Fatal separacion!

Momento de congojas,
De íntimo dolor
En que toda alegría
Muere para los dos!

Ay! á tu lado tanto
Mi alma, feliz gozó!...
Tanto de tus miradas
Sentí el divino ardor,
Y tu sonrisa púdica
Mostróme la ilusion!
Tan bellas esperanzas
Acariciaba yo,
Bajo el secreto influjo
De tu adorable amor!...
Tan grata es la armonía
De tu vibrante voz,
Que halaga mis oidos
Con delicado són.....
Eran por ti á mis ojos
Tan bellos cielo y sol,
Y prados y colinas
Y arroyo saltador,
Y el bosque de arrayanes,
Y el cárdeno arrebol
Que iluminaba el monte
Con mágico esplendor!...
Tan blando murmuraba,
Cabe el verde peñon,
Cada arroyuelo humilde
Bajo tus plantas...oh!
Junto de ti el perfume
De cada linda flor
Gozoso yo aspiraba
Con tan dulce emocion...
Y olvidaba, soñando,
Mirándote, gran Dios!

Las penas de mi vida,
Las sombras del dolor!...

Mas ¡ay! la suerte quiere
Tornar en afliccion
Las horas de ventura
Que mi alma por ti halló...
Que se convierta en sombra
Tu plácido fulgor,
Luz que, con la esperanza,
Mi frente iluminó...

Cielos! ¿acaso un dia
Se entibiará mi amor?...
Podrá, con la distancia,
Mudo, mi corazón
Siquier por un momento
Dejar de amarte?... No!
Mi vida es tuya! mio
Me has dicho que es tu amor
Tu alma y la mia juntas,
De léjos, con pasion
Palpitarán gozosas
Y mezclarán su voz!
Oh! no me olvides nunca,
Pues que al decirte adios
Si llevo la memoria
De tu inocente ardor,
Te dejo, enamorado,
Todo mi corazón!
En él, que palpitante
Sólo á ti se rindió;
En él tendrá tu imagen
Altar y adoracion...
Talvez de mi esperanza
Renacerá la flor,
Y entónces... para siempre
Nos unirá el Señor!

Adios! el llanto ahoga
Mi grito de afliccion!
Ámame siempre tierna
Y...adios, mi Bien! adios!..."

VIII

VÍCTOR DEL PRADO AL DOCTOR BENIGNO GÓMEZ.

Bogotá, Enero 27 de 1874.

Mi venerado y buen amigo.

Lo primero que escribo á derechas, despues de reinstalado en Bogotá, es esta carta, con la cual, conforme á los paternales deseos de usted, expresados con tan vivo interes, al tiempo de mi partida de Los Cedros, voy á informar á usted de los pasos que he dado y de la situacion en que me encuentro.

Cuan triste fué para mí la primera noche pasada en mi humilde casita de las Nieves! Salia yo como de un prolongado y delicioso sueño,— mi inolvidable idilio de Los Cedros,— y al atravesar el riscoso páramo de Cruz-verde, azotado por el viento y entumecido por la niebla y el frio, comprendí, por lo fuerte del contraste material, que del propio modo mi vida moral habia de sufrir profunda modificacion. En vez de tantas dulzuras y quiméricas esperanzas, las amarguras y tristezas consiguientes al inmenso sacrificio que debe hacer mi corazon.....

Llegué á casa cuando ya oscurecia, porque intencionalmente me demoré en el camino, y porque me detuvo en la *Mata de chusque* un violento y prolongado aguacero. La fiel Martina salió á recibirme con tierno afecto y sollozando, y luégo que me vió en el primer

corredorcito de la casa y me ayudó á despojarme de mis arreos de camino, quiso darme cuenta de su manejo durante mi ausencia; pero me apresuré á relevarla de esta obligacion, y pasé adelante. Mi primer cuidado fué entrar en el aposento de mi madre á rendirla el tributo de mis tiernos y dolorosos recuerdos... Todo estaba como ella lo habia dejado, y Martina habia vuelto á colgar de la pared, al lado de la solitaria cama, el crucifijo que mi madre estrechaba contra su corazon en la hora suprema de la despedida... Me arrodillé á rezar mentalmente, lloré mucho, y la oracion y el llanto aliviaron el dolor reavivado en mi alma huérfana y desolada.....

En seguida me encerré en mi cuarto. Qué soledad y qué silencio! cuán mudado aparecia á mis ojos el aspecto de todas las cosas que de continuo me habian rodeado! Ya no tenia madre á quien acariciar, ni verdadero hogar doméstico, y se desvanecian todos los ensueños ántes forjados al amor de la luz de mi lámpara y al lado de mis queridos libros y mi precioso escritorio... Una vida enteramente nueva, casi lúgubre, comenzaba para mí. Pasé largas horas meditando en lo que habia de hacer, considerándolo todo con severidad de conciencia y claridad de prevision, y al cabo adopté friamente mis resoluciones; con lo que logré tranquilizar mi ánimo y dormir.

Al dia siguiente, desde muy temprano, me dirigí á una agencia de alquileres de casas y ofrecí la de mi habitacion con casi todo el mobiliario. En seguida me fuí á buscar á un respetable y acaudalado comerciante, hombre benévolo y que habia tenido relaciones de amistad con mi padre y mi tio, y le expliqué

breve y sencillamente la situacion en que me colocaba la pérdida de lo principal de mi herencia.

"Quiero vivir, le dije, como un humilde pensionista, alquilando la casita que me queda y reduciéndome á lo estrictamente necesario. Quiero trabajar con energía y, si es necesario, sin descanso; pero ni quiero hacerlo como empleado público, pues miro con horror esta carrera y mis principios y dignidad me prohiben solicitar nada de los gobiernos actuales; ni deseo ejercer mi profesion de abogado, porque con su ejercicio, á más de perder mi tiempo y comprometer los intereses de mis clientes, tendria que someterme á la bochornosa necesidad de frecuentar unos juzgados que son antros de iniquidad y prevaricacion y de las más odiosas intrigas. El foro está hoy dia en poder de los rábulas y de los más audaces intrigantes! ¿Puede y quiere usted darme trabajo en su casa de comercio? Bien que no soy fuerte en cálculos aritméticos, conozco suficientemente la contabilidad y puedo llevar libros. Puedo, mejor aún, servir como secretario privado, ó aplicarme á cualquiera otra ocupacion honrada."

Don Francisco Rios me acogió con benevolencia, mostró interes por mí y me prometió que dentro de pocos dias me daría una respuesta satisfactoria, segun los arreglos que hiciese en el personal de sus oficinas y almacén. Tres dias despues me hizo llamar para anunciarme lo que podia ofrecerme, colmando generosamente mis deseos.

He logrado poner en claro mi situacion para vivir con dignidad y economía. Me he instalado en un modesto alojamiento, casi in-

visible, pues se halla en una de las casas de asistencia ménos centrales de la ciudad, y podré hacer todos mis gastos de habitacion, alimentos y otros servicios con los treinta y dos pesos que me producirán de alquileres mi casita y sus muebles, de los cuales solamente he dejado para mí algunos del uso personal de mi madre y mio. Me acongojaba mucho la idea de separarme de Martina, mi pobre criada-amiga, y la resolucion de este punto me traia perplejo; pero he logrado que la buena mujer sea recibida con mucho aprecio per la familia de quien soy pensionista, y así conservo á mi lado un sér viviente que representa algo de mi extinguido hogar. Tengo un empleo privado, en la oficina y casa de don Francisco Rios, que me producirá lo bastante para ir formando, mediante una serie de economias y colocaciones ventajosas, un capitulito que al ménos me libre de la miseria, en caso de que otros jueces me hagan expropiar mi modesta finca. El estudio, la meditacion, el trabajo, el dolor y el tiempo harán lo demas en lo tocante á mi porvenir, salvo lo que Dios disponga.....

Ya está usted, mi generoso amigo, enterado de todo lo que constituye mi nueva posicion visible. En cuanto á mi situacion íntima..... usted comprenderá lo que no acierto á decirle, mayormente cuando por separado escribo á mis buenas hermanas Marta y Rosalía para desahogar en dulce confidencia mi corazon, hoy más que nunca presa del dolor y la melancolia..... Pero no me quejo. Dios ha sido misericordioso para conmigo, puesto que, habiendo perdido todos mis deudos y casi todo lo que habia heredado, vivo rico de fe y amor

y he encontrado una segunda familia en el dulce y bendito nido de Los Cedros!

VÍCTOR.

VÍCTOR Á MARTA Y ROSALÍA.

Bogotá, Enero 27 de 1874.

Mis dulces y queridas hermanas del alma. Dios, que todo lo ha previsto y todo lo ha ordenado para el bien, ha querido que en todas las cosas de este mundo haya compensaciones: hay dolores que interrumpen y equilibran las dichas para que las almas sensibles no caigan en la molicie y el egoísmo, relajadas por el exceso y la continuidad del goce; y alegrías, delicias ó satisfacciones profundas, que distraen de la desolacion al que sufre y le consuelan y fortalecen, á fin de que el exceso del dolor no rompa los resortes del alma y la haga caer en las miserias de la duda ó las profundidades de la desesperacion, que conduce al crimen contra los demas ó contra sí mismo..... En todo caso la esperanza..... risueña unas veces, otras velada con una gasa de lágrimas, pero siempre tan bella y fecundante porque es..... la esperanza!

Cuánto no he experimentado en aquel perfumado paraíso de Los Cedros la verdad de la idea que acabo de exponer sobre las compensaciones! Cuando llegué á vuestro verde mirador trepado sobre amenísimo collado, entre árboles y flores, mi corazón vivía solamente de tristezas y cubierto de luto, y mi existencia se resumía en estas dos palabras: *orfandad é incertidumbre!* Viví bajo la sombra de vuestros cedros y cerezos, aspiré el aroma

de vuestros rosales, me adormecí al rumor de los arroyos que riegan vuestras praderas, salpicadas de tomillo y de doradas estrellas de achicoria, y aspiré las brisas de vuestras montuosas colinas..... y me sentí renacer..... ¿No encontré en vuestra casa un delicioso hogar de familia, en vosotras dos incomparables hermanas, en vuestro nobilísimo padre uno adoptivo para mí, y despues... en *Ella* la fuente de mis dulces esperanzas de felicidad, la expresion de un amor infinitamente puro, candoroso y angélico?..... ¿Por qué no he de bendecir á Dios si en su misericordia me llevó á Los Cedros? Ah! diré una cosa que talvez á gentes extrañas parecería absurda, pero la diré: despues de haber vivido en Los Cedros soy dichosamente desgraciado!..... Y en efecto, hay en el fondo de mi desgracia, la que me aleja del objeto adorado, una inmensa felicidad, que consiste toda en el consuelo de ser amado y en el recuerdo de los supremos encantos con que el cariño fraternal, el amor y la esperanza me hicieron tocar en Los Cedros el ideal del bien soñado.....

Estos recuerdos, que han venido á ser, más que imágenes grabadas en mi memoria, pensamientos fijos ó fondo permanente de mi pensamiento, son mi vida moral de ahora y mi mayor tesoro. Aun me parece que veo á Marta, sentada en su rincón de la sala, enseñando prácticamente el bien, con su incomparable virtud de la benevolencia que se insinúa con exquisita suavidad para no hacer sentir la caridad de que es instrumento; que oigo la afable y franca risa de Rosalía, simpáticamente burlesca, y la veo bailar por en medio de los magníficos rosales, sus perfumados *parientes*,

cortando rosas para formar espléndidos ramilletes; que escucho al buen papá Benigno regañando á los criados y á los peones para hacer creer que está muy enfadado, y prodigando favores, ya con las dádivas que otorga á sus dependientes y arrendatarios, ya con la llana hospitalidad con que honra y protege al viandante; que alcanzo á divisar el delgado cuerpo de José Antonio, destacándose como un arbusto en lo limpio de las praderas, cuando retoza con las ovejas ó los becerrillos; que distingo entre los árboles del huerto la sombra oscura de Matea, ocupada en desplumar las gallinas que ha de servir en la comida deliciosamente sazonadas y doradas; que desde el corredor de mi cuarto diviso allá abajo, del otro lado del río, á Polidoro y á Clemente que vuelven de sus trabajos campestres, caballero el uno en su bayo amarillo y el otro en su mulo pardo.....

¿Y diré lo demas? Sí: paréceme que contemplo extasiado, cual á una hada maravillosa, esplendente de juventud y hermosura, á Margarita..... mi encantadora Margarita, cuando, viniendo del arroyo en cuyas ondas ha bañado su admirable cabellera, deja con ella un reguero de perlas y diamantes que se descuelgan de los cabellos para humedecer la olorosa grama que apenas tocan sus rosados y blanquísimos piés..... O acaso me parece que, desgarrada el alma con los últimos adioses de la familia, oigo un gemido que se escapa de la espesura del huerto, y veo detras del tronco de un cedro la patética figura de la vírgen amante, llorosa y que me dice con la postrer mirada: "yo te amo! no me olvides!"

¿Pero á qué fin, hermanas mías, evocar tan-

tos recuerdos cuando mi esperanza está condenada á morir?..... Ah! no importa! la esperanza, por quimérica que sea, es mi fuerza y mi secreto talisman; quiero vivir y morir con ella..... y si tal ha de ser mi infortunio que he de sobrevivir á ese tesoro, nutriendo el alma solamente con dolores y tristezas, haré de la esperanza muerta el objeto de mi culto, así como vivo en la tierra con mi madre refugiada en el cielo!..... Oh! si! talvez hago mal, muy mal al escribir esto que desahoga mi corazón; al expresar las vagas ilusiones de este inmenso amor que ilumina la soledad de mi alma! Sí; que sepa *ella* que mi pensamiento la sigue á todas horas, y que aun de léjos la solicito con el alma para aspirar la pura atmósfera que *ella* embalsama con su aliento.....

Adios, hermanas mías, pues que estamos á alguna distancia material; pero..... puesto que el cariño y la gratitud me hacen inseparable de vosotras, hasta *luégo!*

VÍCTOR.

MARTA Y ROSALÍA GÓMEZ Á VÍCTOR DEL PRADO.

Los Cedros, Enero 31 de 1874.

Querido y benévolo hermano.

Poco ó nada habituadas estamos á escribir cartas para personas con cuya benevolencia familiar no podamos contar, de modo que disimulen lo insignificante de nuestros pensamientos y desaliñado de nuestra dición; y muy grande sería nuestro apuro, si al dirigirnos al inspirado poeta y culto literato, pobres campesinas como somos, no tuviésemos pre-

sente que el poeta es un hermano y el literato un amigo lleno de benevolencia y capaz de dispensarlo todo.

Bien que con nosotras ha quedado "la hada maravillosa" que todo lo hermosea, la casa de Los Cedros está de duelo desde el triste día en que usted nos dejó. Los sauces llorones del huerto parecen tener un aspecto más melancólico que nunca; nadie ha vuelto á visitar los risueños parajes de la Vega; nuestros rosales están casi abandonados; y en ocasiones parece que ni las aves cantan, ni los cedros se estremecen al soplo de las brisas de mañana, ni tienen elocuente voz en las noches silenciosas los rumores que suben desde las hondas cuencas de los arroyos.... Aquí todos estamos tristes, porque á la ausencia de usted se añaden las dolorosas confidencias que usted mismo le hizo á nuestro padre y que él nos comunicó por encargo de usted. Permítanos observarle, no obstante el respeto que tenemos por su carácter y su manera de pensar, que usted, á nuestro parecer, exagera demasiado el sentimiento de su delicadeza. De esta opinion participan todos en esta su casa. Hay dificultades al parecer insuperables, porque uno la considera bajo la impresion del sentimiento contrariado, que despues se allanan; y á lo que se nos alcanza, cuando las voluntades se aunan para vencer los obstáculos, todos éstos van cediendo el campo, despejándose lo que parecia oscuro ó enmarañado.

Lo importante en este mundo, y nos atrevemos á decirlo á usted porque nuestra mayor edad nos induce á pensar que acaso tenemos más experiencia de las contrariedades de la vida; — lo importante es contar en toda cir-

cunstancia con la invencible fuerza de la fe y los inagotables consuelos de la esperanza. Dios se encarga de lo demas. Así es que consideramos como un síntoma propicio esa esperanza de que usted se siente animado. No falta aquí quien de ella participe con igual ardor, y podemos asegurar á usted que la suya está perfectamente justificada.

Bien se echa de ver, por las pinceladas que desde léjos da usted en el rústico cuadro de Los Cedros, que es poeta de gran sentimiento y viva imaginacion, puesto que todo lo embellece y anima prestándole un colorido y una armonía de interesantes figuras que no tiene. Acaso en todo el cuadro de Los Cedros, el verdadero, no hay sino una cosa buena: el marco, que, como todas las hermosuras naturales, es obra del Divino artista. En cuanto á las figuras que usted quiere pintar, hay una sola que vale por miles de hermosuras.... Pero aparte de Margarita, que es la figura luminosa, las demas sólo sirven para componer las sombras y el claro oscuro; y decimos esto porque lo mejor que hay entre las que llenan este objeto para formar el contraste, es el corazon, y éste es imposible pintarlo. Si posible fuera, el cuadro le haria ver al artista cuán querido es en Los Cedros y cuán grande el vacío que, al ausentarse, ha dejado en este "verde y perfumado nido," como usted llama nuestra rústica morada.

Vamos á concluir nuestra mal hilvanada carta, esperando con toda confianza que la primera de usted no será la última; pero antes de reiterarle la expresion de nuestro fraternal cariño y saludarle cordialmente en nombre todos los de esta su casa, queremos ad-

vertirle que álguien ha estado esta mañana talando nuestras matas de violetas, y que el ramillete que va incluso, adornado con una margarita, lleva el recuerdo de la persona que lo ha formado para usted.

Guárdele Dios con salud y esperanza, y crea en el sincero afecto de sus hermanas.

MARTA Y ROSALÍA.

EL DOCTOR GÓMEZ Á VÍCTOR DEL PRADO.

Los Cedros, Enero 31 de 1874.

Querido amigo.

Una indisposcion insignificante pero incómoda, me impide contestar á usted por extenso, como lo haré en brève, su muy apreciable carta del 21. Por hoy sólo le digo: ha procedido usted como hombre cuerdo y previsor y con exquisita aunque algo exagerada delicadeza, y cada día le estimo más y me intereso más por su porvenir. Viva usted como hombre bueno, esperando en Dios y con incontrastable fe en el bien, y nada tema. Cuente conmigo para todo, y aguarde con calma á que el tiempo desenlace las cosas. Lo que bien empieza bien acaba.

Soy, con paternal cariño, suyo de todo corazon.

BENIGNO GÓMEZ.

ESTE LIBRO PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE ANTONIO GOMEZ RESTREPO. LA PERSONA QUE LO DETENGA FUERA DE ELA DEBE CONSIDERARSE COMO DETENTADORA.

PARTE TERCERA.

I.

El cambio operado en la situacion de Víctor influyó tambien para modificar sus costumbres. De sociable que habia sido, no obstante su carácter reservado y su habitual melancolía, tornóse taciturno y retraido, á tal punto que casi á nadie visitaba y muy rara vez se le veia andar por las calles centrales de la ciudad. Aprovechando la ausencia de Margarita y Heliodoro, habia ido algunas veces á casa de don Agustin, lo que no podia dejar de hacer sin faltar á los deberes de la amistad y de la cortesía; pero despues habia esquivado todo trato directo con la familia Rivéros, disculpándose con sus muchas ocupaciones cuando por casualidad se encontraba con don Agustin. Pasaba los días trabajando asiduamente en las oficinas del señor Rios, y todas las noches encerrado en su aposento de pensionista, entregado al estudio y á sus trabajos literarios; con lo que su espíritu iba madurando y cada día acrecentaba el caudal de sus conocimientos. El culto de la poesia era su mayor encanto, — encanto silencioso y solitario pero lleno de inefables delicias; — y con ella se sublimaba su profundo y delicado sentimiento, y su imaginacion tomaba cada vez más extenso vuelo por los espacios en cuya inmensidad busca el alma su ideal.

Víctor no había perdido los hábitos debidos á la educacion y la herencia. Jamas se recogia á dormir sin haber consignado en su diario el exámen de sus propios actos y del estado de su alma, ni haber elevado el espíritu á Dios en humilde y tranquila oracion. Parecíale que, con la oracion, no solamente cumplia con un deber de gratitud y adoracion para con su Criador, sino que se mantenía en contacto espiritual con sus padres y su inolvidable tío. Y era lo cierto que, al acostarse acabando de orar, se sentía fuerte para sobrellevar sus penas, bien dispuesto para el trabajo del día siguiente, y lleno de confianza en la proteccion de Dios.

Los domingos y días de fiesta solía emprender, despues de asistir á los oficios religiosos en la oscura iglesia de Capuchinos, solitarias expediciones que le llenaban de gozo. Proveíase de lo necesario para tomar un sencillo y frugal almuerzo en la soledad de los campos, y se marchaba á pié, ora por *Fucha* y *Llano de Mesa* á escalar las verdes colinas de las cercanías, ó por *Belen* á coronar las alturas enmalezadas de la *Peña* ó de los *Laches*; ora por los lados de *San Diego* y *Chapinero* á perderse en las solitarias cuencas del riachuelo del *Arzobispo* ó en los bosques de alisos del frio arroyo de la *Vieja*. En todos aquellos parajes gozaba Víctor con los perfumes del ambiente, cargados de las ásperas emanaciones de los helechos y arbustos de los cerros; con la magnificencia del cielo; con el canto de los gorriones que andaban picoteando la grama, salpicada de estrellas amarillas; con el rumor de las aguas, que cantaban himnos desconocidos en las cascadillas y en los remansos

de los arroyos; con la delicia del baño, que le entonaba los nervios, excitados por el estudio y el trabajo; y con todos los pequeños tesoros que sabe encontrar en la vegetacion y en todas las quiebras de los collados y los sotos quien quiera que recorre los campos inspirado por un hondo sentimiento de amor á las obras de Dios y de curiosidad y admiracion de lo bello. Y no solamente se solazaba nuestro poeta con todo aquello que estaba en la Naturaleza, prodigado por la mano del Divino artífice: gozaba tambien, y mucho, con su propia melancolía; porque las almas delicadas, que sobreponen el sentimiento á todo cálculo, tienen el dón, — justa compensacion de sus dolores íntimos, — de sacar partido de su melancolía, haciendo de ésta, respecto de los sinsabores de la vida, algo semejante á la emocion de íntimo gozo que hace nacer en el alma el recogimiento religioso.

Víctor regresaba siempre de sus solitarios paseos rico en descubrimientos que le eran siempre fructuosos. Había estudiado algo más la vida en las mirlas, los gorriones y los *chirlosbirlos*, en los raros insectos adheridos á los peñascos, ó en las enanas y graciosas plantas que vegetan con el *chiste*, el helecho, el musgo y el *frailejon*; había sentido nacer en su cerebro una idea nueva ó un nuevo movimiento del espíritu; había descubierto nuevos celajes y efectos de luz en los vastos horizontes que contemplaba con embeleso; había encontrado nuevas formas ó imágenes para dar cuerpo á sus pensamientos, expresándolos con más claridad ó mayor vigor; y, en fin, había adquirido en la soledad una conviccion más profunda de la verdad de sus

creencias, de lo inextinguible de su amor y de la indestructible belleza que hay en todo ideal desinteresado y noble.....

Cosa de un mes había trascurrido despues de la nueva instalacion de Víctor, cuando él supo que había llegado á Bogotá, enfermo de fiebres intermitentes, don Tomas, el marido de Rosalía, de regreso de su viaje al Cauca. Natural era que Víctor fuese á visitarle, y por la noche salió á verle y á ofrecerle sus servicios, bien que hasta entónces no había tenido ocasion de tratarle. Golpeó en el porton exterior, le abrió una criada, y cuál no fué su sorpresa al abrir la puerta interior, apenas entornada, y poner los piés en el corredor contiguo!

—Margarita!

—Víctor!

Tales fueron las dos exclamaciones pronunciadas.

—Cómo! usted aquí? añadió Víctor asombrado.

—Hemos llegado esta tarde.

—Quiénes?

—Tío Benigno, Rosalía, José Antonio y yo. Al saber Rosalía que el primo Tomas había llegado enfermo á Bogotá, resolvió venirse inmediatamente; y como ya era tiempo de que Heliodoro regresara para presentarse á su grado, aproveché la ocasion y...aquí estoy, Víctor.

Margarita pronunció las últimas palabras con tan infantil dulzura, que Víctor la dijo, estrechándola ambas manos:

—Oh Margarita! qué dulce sorpresa para mí!

—Y para mí, pues! Pero éntre usted en la

sala, Víctor: voy á llamar á mamá y á Rosalía que están en la alcoba del primo Tomas.

—¿Es grave la enfermedad? preguntó Víctor entrando en la sala.

—Felizmente no. El mal será pasajero.

—Tanto mejor.

Mientras que Víctor tomaba asiento en la extremidad de un canapé, Margarita, atravesando la sala, se entró en un aposento lateral. Un momento despues volvió á salir acompañada de Rosalía y José Antonio. El chicuelo abrazó á Víctor con entusiasmo, y Rosalía le tendió las manos con fraternal cariño.

—Hermana! dijo Víctor, me da usted una gratísima sorpresa.

—Ciertamente mi regreso á Bogotá ha sido inesperado.

—Sólo es de sentir el motivo.....

—Sí; por fortuna Tomas está algo mejor que á su llegada, y el médico nos ha tranquilizado por completo.

—Lo celebro mucho. Usted comprenderá, Rosalía, que, ignorando yo, cuando he venido esta noche á su casa, que usted estaba en Bogotá, mi objeto ha sido visitar á don Tomas y ofrecerle cordialmente mis servicios.

—Sin duda, y Tomas le quedará muy agradecido. Mañana podrá usted verle, si quiere darnos el placer de recibir prontamente su segunda visita.

—No dude usted que vendré.....por la tarde, al salir de mi oficina. Pero..... añadió Víctor como interrumpiéndose ¿dónde está Papá-beno?

—Ha salido á ver á los otros nietos y á Pedro María. Espero que no tardará en volver.

—¿ Y la querida hermana Marta?

—Ah! la pobre se ha quedado casi sola, con Polidoro y Clemente, y muy triste; está tan habituada á nuestra compañía y mima tanto á José Antonio.....

—Ah, picaron! dijo Víctor acariciando al hijo de Rosalía: con que no te conformas con una sola mamá, sino que has de tener dos.....

—¿ Y si ambas me quieren mucho no he de quererlas también? contestó el chico.

—Bien dicho! repuso Víctor.

Margarita, entre tanto, miraba á Víctor con una especie de embeleso. Había en su amor tan infantil inocencia y natural espontaneidad, que ni aún procuraba disimular el profundo gozo que sentía al hallarse cerca de su amado Víctor..... Y éste, por su parte, experimentaba el mismo gozo, se sentía feliz, y sin embargo se esforzaba por reprimir los ímpetus de su alma que, no obstante, hablaba por sus ojos y palpitaba en su frente..... Parecía que al mostrarse amoroso y expansivo cometería una grave falta, estimulando en el corazón de Margarita unos sentimientos que acaso debían ser reprimidos. Pero los más firmes propósitos fracasan cuando ménos se piensa, y el menor incidente los contraría. En efecto, José Antonio que jugaba con la cadena ó pendiente del reloj de Víctor, del cual colgaba un medalloncito, le dijo súbitamente:

—Ah! qué guarda usted aquí?

—Reliquias, contestó Víctor algo azorado.

—Por el un lado hay un retrato.....

—Sí; es el de mi madre.

—¿ Y qué es lo que hay por el otro lado? añadió el chico con la implacable curiosidad de los niños.

—Otra reliquia, respondió Víctor, procurando cubrir con la mano el medalloncito.

—Sí; ¿ pero qué es? Ah! exclamó mirando de cerca y con atención el objeto: es una hojita..... una florecita negra; una violeta.

—Rosalía y Margarita se miraron con aire de inteligencia, pero la mirada de la segunda fué más luminosa.

—Eres muy indiscreto, dijo Víctor al chico.

—¿ Y por qué guarda usted esa florecita? repuso éste, sin darse por notificado.

—Porque.....la quiero mucho; es un dulcísimo recuerdo.....de Los Cedros.

—Ah! bueno, tío Víctor.

—¿ Por qué me llamas ahora tío?

—¿ Pues no llama usted hermana á mamita y á tía Marta?

—Tienes razón mil veces, y te reputaré como á un querido sobrinito.

—Bueno! Bueno! exclamó el niño, y se fué corriendo hácia el aposento donde estaba su padre.

Margarita, entre tanto, suavemente ruborizada, miraba como á hurtadillas á Víctor, gozosa en lo íntimo del alma del descubrimiento que José Antonio acababa de revelar. "Mucho debe de amarme Víctor, pensaba ella, puesto que junto con el retrato de su buena madre lleva consigo una de mis marchitas violetas..... Ah! yo también le amo con toda mi alma!"

Víctor continuó frecuentando la casa de don Tomas, que miraba casi como suya, bien que el doctor se había vuelto para Los Cedros, lugar ordinario de su residencia, y sólo venía á Bogotá cada mes por unos pocos días. Cada

vez Víctor, al llegar á casa de Rosalía, se sentía más penetrado de la fraternidad adoptiva que le ligaba á las Gómez, y cada día iba descubriendo en aquélla mayor caudal de bondad y dulzura, manifestadas con la más franca cordialidad. Añádase á esto que don Tomas, si bien era casi exclusivamente hombre de negocios, á fuer de antioqueño, y algo reservado y taciturno de ordinario, tenía las maneras y trato de un hombre llano y sencillo, y su conversacion agradaba á Víctor por ser la de un sujeto honrado á carta cabal.

Bien comprenderá el lector que la casa de Rosalía vino á ser el punto de reunión ó citas, tácitamente indicadas, de Víctor y Margarita. Ésta sabía que infaliblemente Víctor iba los martes, juéves y sábados por la tarde á casa de su amiga, y siempre se daba trazas de encontrarse allí á tales horas como por casualidad. Ya porque su amor fuese un verdadero culto del alma, ya por respeto á la dignidad de don Tomas y Rosalía, y aún por delicadeza natural, Víctor jamás se atrevió á tratar á Margarita con familiaridad. La mostraba su profundo amor con el gesto, con las miradas, con todas aquellas mil delicadezas que los amantes saben emplear para decirse las más tiernas cosas, sin desplegar los labios ó sin explicar claramente su pensamiento; cosas que el amor adivina con instantánea prontitud y que van derecho al alma, cual si para ello fueran innecesarios ó estorbosos los sentidos.

Pero Víctor tenía que hacer supremos esfuerzos para reprimir la vehemencia de sus sentimientos, y que estudiar mucho su lenguaje, á fin de no pronunciar palabras ni ejecutar actos que indicasen el menor propósito

de comprometer á Margarita, respecto de sus parientes ó de las personas que frecuentaban la casa de Rosalía, haciéndola aparecer como su amada ó su pretendida. Persuadido como estaba de que durante largo tiempo se hallaría en incapacidad de solicitar la mano de Margarita, sin parecer que solicitaba su rica dote, se creía obligado á proceder con suma circunspeccion, y solamente Rosalía, bastante perspicaz para reconocer lo que estaba justificado por los antecedentes, comprendía lo que pasaba silenciosamente entre su prima y Víctor.

En cuanto á Margarita, ella apreciaba en alto grado la reserva y discrecion de aquél, y teniendo la persuacion de que era adorada no exigía palabras ni explícitas manifestaciones de cariño. Se hacia cargo de lo difícil que era la posición de Víctor, y abrigaba tal confianza en la fidelidad de éste y tan dulce esperanza de ser feliz tarde ó temprano, que había aceptado con cierto encanto aquel trato de amigos sin familiaridad, reservados y aún tímidos, con que parecía haberse reemplazado la expresión del amor.

Esta situación no solamente era grata para Margarita, sino benéfica para su educación intelectual. La que ella había recibido era ligera y superficial, como la de casi todas las señoritas de Bogotá, á quienes enseñan bien á tocar piano, bailar, vestirse con elegancia, montar á caballo con gracia y bordar con destreza y gusto, pero nunca á pensar con seriedad y prevenirse con la inteligencia y el buen criterio contra las dificultades de la vida. Luégo, como casi todas aman con candor, desinterés y vehemencia, pero sin idealismo alguno, el amor las enardece y lleva hasta el altar del

himeneo, pero no las educa, porque no las deja tiempo para meditar y estudiar la vida.

Acaso esto mismo hubiera acontecido á Margarita, muchacha candorosa y adorablemente indiscreta, si su amor no hubiese sido contrariado. Pero la reserva y seriedad con que hubo de mantener sus relaciones con Víctor en casa de Rosalía, la obligaron en cierto modo á sostener con su amante conversaciones serias y reposadas, á prestar grande atencion á todas las bellas cosas que él decia con mucho talento, á meditar en lo que oia, á pensar lo que ella misma decia, y á avergonzarse de su relativa ignorancia ó muy superficial instruccion de colegio. Así cada vez que Víctor citaba algun autor notable ó exponia ó narraba lo que hallaba en las mejores obras de literatura ó de historia, Margarita procuraba conseguir los mismos libros y leerlos, con lo que iba cobrando grande aficion á las lecturas serias y provechosas. De esta suerte, no solamente su inteligencia iba ganando mucho en educacion, sino que su carácter se modificaba en lo que habia tenido de defectuoso. Ya no era la grande niña indiscreta del año anterior, expansiva hasta la imprudencia, sino que comenzaba á poner de manifiesto que podia ser ingenua sin atolondramiento y sencilla sin puerilidad. Habia comprendido, como por muda revelacion de Víctor, ó estudiando el "Tú y Yo" de éste, que el amor no era un entretenimiento ni una inclinacion fútil y estéril, sino una cosa inmensa y profunda: un sentimiento—idea, una pasion—culto, una íntima y dulcísima consagracion del alma; algo infinitamente divino, como trasunto del amor de Dios y para Dios, propio para subli-

mar la vida, embellecerla en grado supremo y hacerla fecunda para el bien..... Así, si Margarita cada dia era más bella físicamente, á medida que se acercaba á su completo desarrollo, tambien adelantaba cada dia en belleza moral é intelectual. Los dias pasaban, pues, y las semanas y los meses, y Víctor y Margarita vivian dichosos, no obstante el obstáculo que mediaba entre ellos, dados á las secretas delicias del amor correspondido.....

II

Una tarde, á eso de las seis y média, Víctor se sentia tan feliz en casa de Rosalía, departiendo con ella y Margarita, que habia olvidado su hora habitual de retirarse. Aun no habian traído luces á la sala, y ésta se hallaba en una semi-oscuridad deliciosa. En un canapé estaban sentadas Margarita y Rosalía, y cerca de ésta Víctor, casi arrellanado en un sillón, y los tres conversaban con dulce abandono. Entre Víctor y Margarita habia como una corriente magnética, que comunicaba estrechamente sus almas, y sin embargo nada se decian que pudiera parecer lenguaje de dos amantes.

Súbitamente se oyeron pasos en el zaguan, alguien abrió el porton interior sin llamar, y una sombra alta y delgada apareció bajo el umbral de la puerta de la sala.

—Oh! qué oscuridad! exclamó Heliodoro, pues era él quien llegaba.

—Adelante, dijo Rosalía; siéntate Heliodoro, que ya van á traer luces. Y al decir esto tiró del cordón de una campanilla para llamar á una sirvienta.

—Buenas noches, repuso Heliodoro. Ah! quién está ahí? Besó á usted la mano.....

Víctor se sentia muy embarazado. Desde el dia en que habia reñido con Heliodoro en Los Cedros no habia vuelto á cambiar con él palabra alguna, y en todas partes ambos habian evitado encontrarse. Pero era menester portarse con cortesía, por mil motivos, y nuestro poeta, poniéndose en pié, saludó á Heliodoro diciéndole:

—Soy yo, Rivéros: buenas noches.

—Prado! exclamó Heliodoro con tono desabrido; ah! no esperaba yo.....

—Vamos, Heliodoro! interrumpió Rosalía, ¿todavía guardas injusto rencor á mi buen hermano?

—Tu.....hermano? ah! sí; no recordaba yo que ustedes habian inventado ese *poético* parentesco.

Víctor comprendió que debia retirarse cuanto ántes, y así tomó su sombrero, se despidió cordialmente de Rosalía, hizo un saludo respetuoso á Margarita y otro apénas cortés á Heliodoro y se fué.

—Margarita, dijo al punto Heliodoro, con mal reprimido enfado: mamá me ha enviado á buscarte porque no puede venir por ti esta noche. Vámonos pronto!

—¿Por qué tanto apuro? observó Margarita.

—Tengo que hacer: me aguardan en el Club.

—Ah! siempre el Club, cuando no el Casino!

—¿Que te importa que así sea? Cada cual tiene sus gustos.

Nada replicó Margarita, ofendida por la

brusca respuesta de su hermano, y al instante se despidió de Rosalía y salió de la casa con él.

En la noche siguiente, á eso de las siete, cuando Víctor se encaminaba hácia la casa de su habitacion, casi al llegar al porton exterior notó que se le acercaba rápidamente un individuo que parecia haberle estado aguardando.

—Ah! por fin! dijo este individuo.

Víctor reconoció la voz de Heliodoro.

—Qué hay? preguntó.

—Hay.....que los dos tenemos que hablar.

—Entremos, pues, repuso Víctor.

—No; el asunto no es para visitas.

—Entónces.....

—Hablemos claro. Usted, caballero, se me ha hecho insoportable.

—Lo comprendo, por injusta que sea la antipatía, y por lo mismo evito encontrarme con usted.

—Pero eso no basta!

—¿Pues qué?

—Páreceme que fuí muy explícito cuando en Los Cedros dije á usted que no le permitia tener relaciones con mi hermana.

—No lo he olvidado, repuso Víctor; y..... bien que no era á usted, sino á su padre, á quien incumbia dictarme la prohibicion, me he abstenido de volver á su casa, donde soy muy estimado por todos, excepto por usted.

—Pero usted tiene entrevistas con Margarita en casa de Rosalía!

—Entrevistas! La palabra es muy impropia, porque ofende al mismo tiempo á la señorita Margarita y á su honrada prima.

—Si no son entrevistas.....son encuentros.

—Es verdad. ¿Y tengo yo la culpa de que la casualidad haga que allí nos encontremos?

—La casualidad! repitió Heliodoro acentuando con mucha ironía la palabra.

—Y qué! ¿pretende usted acaso prohibirme también que visite á Rosalía?

—Esa no es la cuestion; bien que la conducta de Rosalía.....

—Ah! calle usted! ¿Seria usted capaz de insultar á su prima, así como sus reticencias ofenden á la señorita su hermana?

—Es usted un insolente! exclamó Heliodoro con la exasperacion del hombre injusto á quien le hacen notar que no tiene razon.

—Prefiero que el insulto sea para mí, porque puedo perdonarlo.

—Cobarde!

—Bah! Pobre atolondrado! ¿Piensa usted que el valor se comprueba con la grosería y la violencia?

—Veo que será menester apelar á otros recursos.

—¿Cuáles? preguntó Víctor con aplomo.

—Por ejemplo.....un bofeton.

—No ensaye usted el recurso; á más de ser propio de patanes, seria inútil.

—¿Por qué?

—Porque ni yo me dejaria abofetear ni perderia la calma.

—Pues veámoslo!

Y diciendo esto Heliodoro levantó el brazo para dar el bofeton á Víctor. Pero éste, con suma agilidad, previno el golpe agarrando á aquél por los puños. Y tan nervioso fué el movimiento de Víctor, que sus manos, cual movidas por resortes de acero, se convirtieron

en dos tenazas, y Heliodoro se sintió paralizado.

—¿Persiste usted en abofetearme? dijo Víctor manteniendo asido á Heliodoro.

Este guardó silencio; pero seguramente la presion que le apretó los puños fué tan fuerte, sin que de ello tuviera conciencia Víctor, que flaqueó, como desvanecido, y comenzó á doblar las rodillas. Víctor lo advirtió y soltándole dijo:

—Basta!

Y volviendo la espalda á su adversario se entró en el zaguan de su casa, no sin percibir una voz sorda, casi ahogada por la rabia, que murmuraba:

—Ah! yo me vengaré!

Tres ó cuatro dias habian pasado despues de la escena nocturna que acabamos de narrar. Era domingo, hácia la mitad del mes de Mayo, y á eso de las cinco y média de la tarde Víctor regresaba de dar un largo paseo á pié hasta cerca de Puente - Aranda, y subia por la amplia calzada á paso largo, encaminándose hácia la plazuela de San Victorino. A cosa de quinientos pasos del *Paréntesis* se encontró con cuatro conocidos, de aquellos medio - amigos con quienes la cortesía hace cambiar frecuentemente, entre nosotros, un saludo y hasta un apretón de manos. Víctor les saludó con amabilidad, y como los cuatro individuos eran de buena compañía y no querian prolongar demasiado su paseo, regresaron hácia la ciudad departiendo amistosamente con aquél.

Apénas sí habian andado algunos cien pasos, cuando vieron bajar por la calzada, caballero en un magnífico potro negro, á un jóven ele-

gantemente ataviado. Víctor, que tenia muy buena vista, reconoció desde léjos á Heliodoro.

Cuando éste, á su vez, reconoció á Víctor, enderezó el paso de su caballo con propósito evidente de acercarse á los cinco paseantes pedestres. Dos de éstos, por casualidad, tenian relaciones de amistad con Heliodoro, con lo que éste tuvo pretexto para detenerse en el centro de la calzada y atravesar su cabalgadura atajando á los otros.

—Salud, caballeros! dijo dirigiéndose á ellos, pero procurando que su saludo no pareciese ser dirigido á todos cinco.

—Salud! contestaron los compañeros de Víctor, en tanto que éste hacia solamente una ligera inclinacion de cabeza..

—Qué extraño me parece este paseo de ustedes! exclamó Heliodoro, dirigiéndose más marcadamente á los cuatro.

—¿Por qué? preguntó uno de éstos.

—Porque los caballeros no andan de ordinario con gentes indignas de su compañía.

—¿Y quién es el indigno? repuso otro.

—Uno solo, respondió Heliodoro.

Y con el dedo, y haciendo un soberano gesto de desprecio, señaló á Víctor.

—Oh! oh! dijo uno de los más respetables de los cuatro. ¿Qué significa este insulto, Rivéros? Es una provocacion premeditada?

—Sí.

—Caballeros, replicó Víctor sin mirar á Heliodoro, ¿podeis decirme qué opinion tenéis de mí?

—Creo, contestó el último que habia hablado, y me parece que mis compañeros son

de la misma opinion, que es usted, señor doctor Prado, un cumplido caballero.

—Gracias, señor: eso me basta.

—Pues yo digo y sostengo que es un miserable! exclamó Heliodoro con inaudita insolencia.

—Rivéros, usted pierde la cabeza! dijo el sujeto que habia defendido á Víctor.

—Sé lo que digo y hago, y ratifico mi dicho!

Los cuatro amigos se miraron con estupefaccion, sin comprender el motivo que hubiera para tan grosera provocacion.

—Sigamos nuestro camino, murmuró Víctor con tranquilidad pasmosa.

Y dió un paso para alejarse, despreciando el ultraje.

—No lo permitiré! gritó Heliodoro furioso. Y si no.....

—Qué? preguntó Víctor, mirándole con ojos brillantes como de acero bruñido.

—Puesto que hay hombres sin dignidad ni honor á quienes no hace mella un grave insulto de palabra, con ellos es menester apelar á los hechos.

Y diciendo esto levantó su látigo, amagando á cruzarle con éste la espalda á Víctor.

—Cuidado, Rivéros, con jugar así la vida! exclamó Víctor cruzándose de brazos y fulminando á su insensato adversario una mirada terriblemente serena.

—Pues entónces es forzoso batirse conmigo.

—Ah! esa es la pretension?

—Sí.

—Yo no puedo ni debo batirme con nadie, y ménos aún.....

- ¿Por qué?
- Porque temo á Dios y soy cristiano.
- Bah! cólarde!
- No importa el calificativo.
- Miserable!

Al pronunciar este último ultraje Heliodoro volvió á levantar el látigo.

—Basta! repuso Víctor. Puesto que es necesario aceptar un duelo absurdo para evitar que ese jóven demente cometa una infamia, lo acepto.

—Convenido, repuso Heliodoro.

—Caballeros, dijo Víctor dirigiéndose á sus compañeros: por mil motivos importa que no se haga escándalo con este lance; sólo ustedes lo han presenciado, y lo más acertado es que ustedes mismos sean nuestros testigos. ¿Consienten en ello?

—Si Rivéros no tiene inconveniente..... respondió uno de ellos.

—Ninguno, repuso Heliodoro.

—Está bien, añadió Víctor. Ustedes ajustarán todas las condiciones y se servirán avisarme. Yo estoy á la disposicion de ustedes. Entre tanto.....reserva absoluta respecto de este incidente.

—Perfectamente, murmuró uno de los cuatro.

Heliodoro dijo otro tanto, se despidió casi sin ceremonia y partió á todo el paso largo de su caballo en direccion hácia San Victorino.

Al dia siguiente, como á las cuatro de la tarde, Víctor, Heliodoro y los cuatro testigos se hallaban reunidos detras del cementerio católico, por los lados de *Sans façon*, en un solitario prado, enteramente limpio y circui-

do de espesas salvias, corpulentos cerezos é hileras de arbolocos.

Reinaba allí una calma profunda que contrastaba con el odioso propósito que hacia llegar á tan ameno sitio á los seis individuos que hemos designado, y habia un silencio que armonizaba con el de los tres cercanos cementerios..... Dos cajas de pistolas fueron puestas sobre la verde grama y abiertas, y en tanto que dos de los testigos cargaban las armas hablando en voz baja, los otros dos median veinte pasos en el campo y señalaban en las extremidades de la distancia los puntos donde debian colocarse los adversarios. Heliodoro permanecia á corta distancia en cierto aislamiento estudiado, en tanto que Víctor observaba silenciosamente las operaciones de los testigos. Cuando todo estuvo preparado, uno de éstos, deseando evitar el lance, si aún era posible, dijo:

—Segun las condiciones convenidas, y habiendo rehusado los adversarios dar explicaciones sobre los antecedentes de la provocacion, hemos reconocido que el doctor del Prado es el ofendido. Por tanto, le toca tirar primero.

—Está bien, murmuró tranquilamente Víctor.

—¿Pero no querrian ustedes darse ninguna explicacion que hiciera innecesario este deplorable duelo? añadió el testigo.

—Yo nada tengo que explicar, ni ménos palabra alguna que retirar, contestó Heliodoro.

—He aceptado este duelo, repuso Víctor, á pesar de mi carácter y principios, no por dar siquiera una pueril prueba de valor, sino

por evitar que mi gratuito adversario cometiese una gravísima indignidad. Estoy, pues, á la disposicion de ustedes. Pero ántes de someterme á esta necesidad, declaro solemnemente que perdono de todo corazon los ultrajes que he recibido y la muerte que pueda sobrevenirme.

—Vamos, pues, á nuestros puestos! exclamó Heliodoro, á quien irritaban la calma y generosidad de Víctor.

Estrechó éste la mano á los testigos, se colocó luégo en su puesto, tirando al suelo su levita, chaleco y sombrero, saludó gallardamente á su adversario con el ademan, y montando su pistola aguardó las voces de ordenanza. Heliodoro palideció, pero no hizo movimiento ni gesto alguno, y con el cuerpo colocado de perfil y el brazo armado tendido hácia el suelo, aguardó tambien.

—Una!....dos!.... tres!....dijo uno de los testigos.

Víctor disparó al aire, arrojó la pistola al suelo, cruzó los brazos y se quedó mirando hácia el cielo.

—Oh! eso no es corriente! observó Heliodoro.

—Hago uso de mi derecho, contestó Víctor, y permaneció inmóvil.

—Pues yo tambien haré uso del mio! repuso Rivéros.

Y montando su pistola, aguardó la voz de fuego.

—Una!.....dos!..... tres!.....

Rivéros tendió el brazo, apuntando instantáneamente y disparó el tiro sobre Víctor.

Este hizo un ligero movimiento de espaldas, pero se mantuvo impasible. Un instante

despues se notó en su camisa, en la parte posterior del hombro derecho, una mancha de sangre.

—Ah! está usted herido? preguntó el testigo más cercano á Víctor.

—Talvez sí, contestó éste; pero debe de ser muy ligera la herida, porque no siento dolor alguno.

—Eso basta, repuso el otro. El duelo está concluido.

—¿Por qué concluido así? observó Heliodoro.

—Porque nosotros no hemos concertado un duelo á muerte. Y en todo caso, despues de lo que ha pasado..... añadió el mismo sujeto mirando á Heliodoro con cierto aire muy significativo, nosotros no podríamos autorizar un segundo tiro tan.....extrañamente desigual.....

Heliodoro se mordió los labios y guardó silencio.

—Está bien, señores, repuso Víctor. Y añadió:

—Puesto que este asunto está concluido, sólo me falta, primeramente, dar á ustedes mil gracias por su galante y digna cooperacion; en segundo lugar, suplicarles que, como caballeros, mantengan este lance enteramente reservado; y en tercero, que se sirvan extender luégo acta por duplicado de todas las circunstancias de este duelo, y me trasmitan un ejemplar en toda regla.

—Será usted complacido en todo, señor doctor Prado, repuso el de mayor edad de los testigos: y en nombre de todos nosotros presento á usted la expresion más inge-

nua de nuestra estimacion por el noble carácter y comportamiento de usted.

Pocos momentos despues se alejaba Víctor de sus compañeros, y tomando una angosta vereda para salir á la calzada de la *Alameda vieja* se dirigió hácia la casa de su habitacion, situada en la calle de los Curas. Pero al llegar á la plazuela de Capuchinos, llamada hoy dia de Torrres, vió que estaba abierta la puerta de aquella humilde iglesia parroquial, y se dirigió hácia ella sin vacilar. Entró y encontró la iglesia solitaria: sólo andaba por el interior el sacristan, preparando lo necesario para un bautizo. Víctor se puso de hinojos al pié de un altar y oró fervorosamente durante algunos minutos, dando á Dios las gracias por haber permitido que su propia vida saliese salva del peligroso lance que acababa de ocurrir. Pocos momentos despues se halló en su vivienda.

La herida que habia recibido era del todo insignificante: la bala le habia rozado la epidermis, haciendo brotar tan sólo unas pocas gotas de sangre. Tan luégo como se hubo mudado ropa pidió su comida, y al verle en el comedor, tranquilo y con buen apetito, nadie hubiera podido pensar que él acababa de jugar la vida ofrendándola generosamente al odio del hermano de su amada Margarita. Encerrándose en seguida en su cuarto, se puso á meditar en su situacion.....Era evidente que el implacable odio de Heliodoro le perseguiria siempre, y con tanto mayor ahinco, cuanto este sentimiento era fruto de la combinacion del despecho, la vanidad y el interes egoista. Por otra parte, Víctor no podia vivir en Bogotá sin exponerse á nuevos conflictos, y sin

sufrir cruelmente en su amor, combatido por su propia delicadeza y por las circunstancias de familia que le eran adversas.

“Vamos! no hay remedio! se dijo despues de larga meditacion; es menester que yo me aleje de Bogotá..... El tiempo,.....sí, el tiempo, que es el grande instrumento de la justicia de Dios, traerá quizas el remedio de esa situacion..... El sacrificio es doloroso..... pero debo hacerlo.”

Una vez que tomó esta resolucioin, inmediatamente escribió una carta y llamó á Martina para que la llevase á don Francisco Rios. En ella le decia:

“Me ha encargado usted, mi estimado amigo don Francisco, há tres ó cuatro dias, de buscarle un abogado que vaya á reclamar ante los tribunales del Tolima ciertos intereses que tiene usted sériamente comprometidos en poder de algunas personas del Espinal y Purificacion.

“He pensado que, si usted no tiene inconveniente para ello, yo podria encargarme de la comision, sin que tuviese usted que aumentar mis emolumentos ordinarios, sino apenas suministrarle lo necesario para los gastos del viaje. Tanto más dispuesto estoy á partir para el Guamo, cuanto me conviene mucho ausentarme de Bogotá por algun tiempo. Anticipo esta idea, mientras mañana la discutimos detenidamente, segun la conveniencia de usted, única que debe ser considerada.”

Bien que don Francisco se complacia mucho con los servicios que Víctor le prestaba en Bogotá, y su campaña le era singularmente grata, la idea le pareció buena. Se trataba

de salvar intereses que importaban más de treinta mil pesos, y nadie podia ser más adecuado que Víctor, por su inteligencia y honradez, para desempeñar la comision indicada. Así, desde el dia siguiente por la mañana el asunto quedó arreglado, y Prado recibió el poder y todos los documentos necesarios; siendo de advertir que don Francisco le asignó, á más de todos los gastos del viaje y residencia en el Tolima, dobles emolumentos.

Al dia siguiente se partió Víctor de Bogotá, no sin saber obtenido el acta de su duelo firmada por Heliodoro, él y los cuatro testigos, y dejar escrito para Rosalía un billete que debia llevarla Martina.

“Mi buena amiga y hermana, la decia: circunstancias enteramente imprevistas me obligan á ausentarme de Bogotá, sin haber tenido tiempo absolutamente para despedirme de usted y mi estimable amigo don Tomas. Perdóneme usted, mientras la dirijo del Tolima las necesarias explicaciones de mi conducta. Adios, señora y hermana mia!”

Apénas sí llegó Víctor á la Mesa y se alojó en una fonda del *Camellon*, hermosa calzada sombreada en gran parte por hileras de árboles, cuando sacó de su maleta recado de escribir y trazó estas líneas que envió en seguida al correo:

“La Mesa, Mayo 19 de 1874.

“Señor D. Agustin Rivéros.—Bogotá.

“Muy señor mio y amigo de mi mayor estimacion.

“Es posible que usted haya extrañado ó extrañe mi conducta, que acaso me hace parecer ingrato para con usted y su digna señora y

señorita (C. P. B). Para que usted reciba la más sencilla y auténtica explicacion, le envío adjunto un raro documento, de data muy reciente. Léalo usted y destrúyalo en seguida, pues conviene al honor de su hijo que no sea conocido por personas extrañas.

“Con tan vivo dolor por mi necesaria ausencia como respeto y acendrado cariño por usted, mi señora doña Luisa y la señorita su hija, me suscribo de usted obediente servidor y verdadero amigo,

“VÍCTOR DEL PRADO.”

III.

El martes siguiente, mientras que Víctor se detenia en el Espinal y comenzaba á hacer sus diligencias, don Agustin Rivéros, que acababa de almorzar con su familia, recibió en el comedor la correspondencia del correo del Sur, que le entregó un criado. Leyó dos ó tres cartas primero, relativas á negocios, y al abrir la cuarta exclamó sorprendido:

—Ah! esta carta es de nuestro amigo Prado!

—¿Y viene del Sur? preguntó doña Luisa. Heliodoro se inmutó.

—Sí; está fechada en la Mesa, contestó don Agustin leyendo para sí. Pero.....¿qué documento es éste? Veamos.

Heliodoro, que estaba muy cerca, reconoció el acta que habia tenido que firmar, relativa al duelo con Víctor, y comprendiendo lo vergonzoso que seria para él el hallarse presente, quiso retirarse.

—Aguárdate ahí, dijo don Agustin. Veo aquí tu firma y que se trata de ti. ¿Qué es esto?

Heliodoro bajó la frente y guardó silencio. —¿Te avergüenzas? añadió su padre mirándole con aire escrutador y severo. Debe de ser muy grave lo que aquí consta, puesto que callas avergonzado. Veamos.....

Grande era la ansiedad de doña Luisa y Margarita mientras don Agustin leía el papel en silencio. Parecía que ellas con la mirada querían adivinar lo que el documento contenía.

—Oh! oh! qué insolencia! qué indignidad! qué ingratitud! exclamó el señor Rivéros estrujando el papel con suma indignacion.

Pero siguió leyendo hasta el fin, y al acabar la lectura se puso en pié y con voz ensañada gritó:

—Miserable! tú eres un hombre vil y cobarde, indigno de ser mi hijo! Ah! fuera de aquí! tu presencia me avergüenza!

Heliodoro, casi llorando de rabia, más que de vergüenza, se salió al punto del comedor y fué á encerrarse en su cuarto, en tanto que don Agustin, alargando la carta y el documento á su esposa, la decía:

—Oh dolor! mira, Luisa.....mira lo que ha hecho ese indigno muchacho.....Ah! esto requiere un castigo, que ha de ser un gran remedio!

En tanto que Margarita leía á su madre los dos papeles, y que su indignacion iba creciendo, don Agustin se paseaba meditando á lo largo del comedor. Al cabo, viendo á su esposa y á su hija llenas de doloroso asombro y amargura, y á la segunda llorando silenciosamente, dijo con resolucion:

—Inmediatamente prepararán ustedes la ropa y demas cosas de Heliodoro para un largo

viaje. Partirá de aquí con el primer correo paquete para los Estados - Unidos. Tú, Luisa, se lo notificarás, y no hay más que hablar. Yo voy á escribir á Prado para darle todas las satisfacciones posibles.

Don Agustin cumplió con lo prometido, como hombre que comprendía lo que exigian la justicia y el honor y verdadero interes de su familia. Inmediatamente que tuvo noticia, por don Francisco Rios, de la residencia de Víctor, le escribió al Espinal manifestándole la profunda pena que le habia causado la destestable conducta de su hijo, á quien alejaba de su casa para castigarle, apartarle de las malas compañías que en Bogotá le habian imbuido abominables ideas y graves defectos de educacion, y corregirle, si era posible, mediante un viaje provechoso. Por lo demas, don Agustin declaraba en su carta á Víctor que éste gozaba de la perfecta estimacion de aquél, su señora y su hija, y que les seria muy grato aprovechar toda ocasion de comprobarle los afectuosos sentimientos y profunda gratitud de que estaban animados. Acaso el señor Rivéros tuvo algun descuido ántes de cerrar su carta para Víctor, porque dentro de ella iban tres objetos impropios de tal epístola, procedentes, sin duda, de una mano femenina: eran tres violetas perfectamente acondicionadas y que daban á la carta delicioso perfume..... Víctor comprendió y se sintió lleno de gozo y enternecimiento.

En cuanto á Heliodoro, su viaje se efectuó á estilo militar, porque todo estuvo listo á los diez y seis dias de haber tomado su resolucion don Agustin. Hablando á su hijo en tono muy severo, dos dias ántes de su partida,

á principios de Junio, el señor Rivéros le dijo:

“Este viaje á que te condeno, no seria un castigo ni de provecho para ti, si con él te alejase de tus malas compañías y del Club y del Casino de Bogotá para enviarte á buscar placeres y diversiones en Paris. No: quiero que seas un hombre honrado y juicioso, y para ello, que aprendas á sufrir, á estimar y amar el trabajo y á respetar todo lo que es respetable. Irás á Nueva York, donde estarás ocupado constantemente, trabajando en una respetable casa de comisionistas; tendrás para tus gastos una pension fija y reducida á lo estrictamente necesario; estarás vigilado para que no cometas locuras; y no te será permitido viajar, sea por puro recreo ó para visitar ciudades importantes y adquirir instruccion práctica, sino cuando tu conducta te haya hecho merecedor de recompensa ó premio. Si quieres ser digno de mi estimacion y la de tu familia, esfuérate por corregir tu carácter altivo, petulante y egoista y por desechar las erróneas ideas que tienen tu ánimo tan extraviado.”

Esta severa réprimenda de don Agustin hubiera podido impresionar ó conmover á una alma verdaderamente juvenil; á una alma generosa y sensible, aunque descarriada; pero Heliodoro habia ido demasiado léjos en el camino del egoismo y de la vanidad incorregible, y ademas, si era muy jóven por los años no lo era por el corazon. Pertenecia á una generacion que ha envejecido desde la adolescencia, petrificada por el sensualismo utilitario. Los jóvenes de este linaje son viejos de la peor especie, viejos de alma y de

corazon, incapaces de estimar lo grande y noble y, por lo mismo, rehacios al influjo de los afectos delicados. Heliodoro comprobó su impenitencia escribiendo y enviando por el correo, la víspera de su partida, esta breve carta, rotulada á “Víctor Prado.”

“Bogotá, Junio 6 de 1874.

“El efecto del denunció está cumplido, puesto que mi padre me destierra de Bogotá; pero me vengaré tarde ó temprano, y.....jamás, jamás la mano de mi hermana pertenecerá al hombre á quien detesto!

“H. R.”

Víctor leyó desdeñosamente la carta de Heliodoro, y como para desquitarse del sinsabor que tal miseria le causaba, escribió tranquilamente lo que en seguida trascribimos.

“SEÑORA DOÑA ROSALÍA GÓMEZ DE ESCOBAR.

“Bogotá.

“El Guamo, Junio 12 de 1874.

“Mi buena y querida hermana.

“Es mi deber, al escribir á usted segun lo prometido, el enviar mis más cordiales recuerdos al excelente amigo don Tomas, y mis caricias de tío adoptivo á ese bribonzuelo de José Antonio que se tiene ganado todo mi cariño. Y es mi segundo deber el de pedir á usted mil perdones por la tardanza, del todo involuntaria por cierto, que he puesto para dirigirla mi primera carta fechada en esta hermosa tierra tolimense. Tan ocupado me han tenido las apremiantes atenciones que me están encomendadas; he tropezado con

tántas dificultades para preparar un arreglo amigable, que al cabo se ha hecho imposible, y tanto ha influido sobre mi temperamento excesivamente nervioso el fuerte calor de estos climas, hasta poco há enteramente desconocidos para mí, *santafereño ó bogotano raizal*, que apénas sí he podido tomar la pluma para redactar inútiles documentos de transacciones ó escritos de demanda.

“Difícil es hallar en Colombia un camino más ameno ni campos ni horizontes más bellos que los que se encuentran al venir de Bogotá al centro del Tolima. Si la sabana del Funza es monótona, bien que está en su mayor parte cultivada, el contraste es completo y los paisajes bellísimos desde que uno deja á la espalda la vasta planicie y comienza en la *Boca del monte ó Barro-blanco* el descenso de la cordillera. La vista registra muy á lo léjos vastísimos horizontes, por los lados del Sudoeste y del Poniente, donde se alza, cual formidable muro cubierto de neveras y de blancas nubes, la poderosa cordillera central, inmenso criadero de oro y plata. Todo el camino reserva al viajero mil gratas sorpresas en las vueltas y revueltas del *Carrizal y San Rafael, Ténasucá y el Tambo, Tena y el Hospicio*; y despues se anda por una curiosísima sucesion de altas mesetas pedregosas (las de la *Mesa, Anapoima, las Ulandas y el Diamante*), eslabonadas por montuosas cuchillas, que se alzan gallardamente en medio de los ricos pero estrechos valles del *Bogotá y el Apulo*; rios que se unen en las *Juntas* despues de haber servido de principal elemento, con sus vegas y sus aguas, á una multitud de haciendas compuestas de cañaverales para la

produccion de melazas y dehesas artificiales para la ceba de ganados.

“Es singularmente pintoresco el camino que se recorre por la márgen derecha del *Bogotá*, entre *Juntas y Tocaima*. Al contrario, no es grata la travesía por aquellos campos melancólicos, despues de la vieja *Tocaima*, medio desierta, sino en las cercanías del *Oval*, porque *Tocaima* es una localidad triste, ardiente y solitaria, y las áridas campiñas de *Agua de Dios*, donde está estableciendo el Lazareto, acongojan el alma, haciendo pensar en el imponderable infortunio de nuestros pobres hermanos los elefanciácos.

“*Peñalisa* es la interesante cabecera de un distrito (el de *Ricaurte*) y de una vastísima, rica y populosa hacienda. Sus dueños merecen la fortuna que tienen y van acrecentando, porque son tan cumplidos caballeros en su trato privado y sus negocios, como inteligentes, activos y constantes en el trabajo. Al pié de las graciosas casas y magníficas factorías de *Peñalisa* corre con majestad y silencio (caractéres de la grandeza y la fuerza permanentes) el rio Magdalena, la grande artería central, como justamente lo llaman, de Colombia. Este magnífico rio sorprende siempre, y aún intimida á los hijos de Bogotá que por primera vez visitan sus riberas. Qué feracidad é inmensidad de vegas, donde la vida hierve, brota y palpita con prodigiosa rapidez, exuberancia y lozanía! qué lujosa magnificencia de selvas, así en los valles de los rios afluentes como en las llanuras! qué admirable grandiosidad de horizontes en todas direcciones! Todo lo que por acá se ve es vasto, grande, colosal y rebosante de vida y de riqueza natural.

“Al pasar el Magdalena comienza el Tolima, y el camino, á traves del distrito del Espinal, gira por una extensa llanura salpicada de bosquecillos, donde abundan los espinos que han dado su nombre al distrito y á su cabecera. ¡Cosa extraña que pono de manifiesto el influjo de los climas y la persistencia de los caractéres propios de las razas! desde que uno descende á los valles ó la tierra caliente, deja de ver aquellos vestidos negros, tristes y monótonos de los habitantes de las tierras frias; de observar aquel aire de embotamiento que predomina en la gente de raza muisca, y de percibir señales de frialdad social ó de espíritu inhospitalario.... En las tierras calientes, sobre todo en el Tolima, se encuentra lo pintoresco y abigarrado en los vestidos, la amplitud y libertad en las habitaciones, la franqueza y la hospitalidad en las personas y los hogares, y en todas las fisonomías la prueba de una feliz combinacion, en mayor ó menor grado, de la raza española con la de los Panches y sus ramificaciones, la de los Pantágoros y otros aborígenes, patente en la mayor parte de la masa popular, ó de las razas española, americana y africana, en mucho menor proporcion.

El Espinal es una alegre y abierta poblacion de comerciantes detalladores y hacendados, y el ganado vacuno es la base principal de la riqueza agraria, así como el tabaco, el plátano, el maiz y el arroz son los principales productos de la agricultura. La gente es despierta y muy dada al negocio, y las costumbres llanas y generalmente honradas. Sólo un defecto grave noto hasta ahora en estas poblaciones, en cuyo seno se ama el trabajo y

los crímenes premeditados son muy poco frecuentes: es la general inclinacion á beber licores espirituosos, los que fácilmente enardecen la sangre y ocasionan ruidosas pendenencias, por lo comun momentáneas, y riñas que muchas veces son sangrientas. Por lo demas, uno viaja por estos caminos con seguridad absoluta, y nunca hay riesgo de no hallar una posada francamente hospitalaria.

“Baste por hoy de rápidas impresiones de viaje. A bien que me reservo para hacer á usted, hermana mia, la descripcion del Guamo y Purificacion y de sus principales campiñas; y con tanto mayor razon pongo punto por ahora á esta ligera descripcion, cuanto es grande mi anhelo de explicar á usted los motivos de mi súbito alejamiento de Bogotá.

“No dudo que Margarita estará enterada de lo que pasó, pues toda mi venganza respecto de su hermano, si venganza pudo haber en mi justificacion, consistió en remitir á su padre el comprobante de las provocaciones de que fuí objeto y del sacrificio á que tuve que someterme. Ya Heliodoro, con desapoderada imprudencia, en la noche siguiente á la en que me encontré en casa de usted, me habia insultado, provocado y atacado en la calle, cerca del porton de mi casa, dejándole exasperado mi moderacion. Debí de comprender que las consideraciones que yo tenia por su familia, y sobre todo por Margarita, eran las que me inducian á tolerar sus ultrajes; y seguramente quiso hacerme otros públicos, para forzarme á aceptar un lance que podia enajenarme para siempre la buena voluntad y amistad de toda su familia. El duelo fué sólo para mí, porque sólo para mí fué el peli-

gro: ofrendé en él mi vida en aras del implacable cuanto infundado odio de Heliodoro, y si él no logró quitármela fué por la misericordia de Dios.....

“¿Qué podía yo hacer, hermana mia? Mi situación era cruelmente difícil, y me era forzoso aprovechar toda coyuntura para alejarme de Bogotá. He aceptado con dolorosísima satisfacción la necesidad de este mi destierro aparentemente voluntario, y espero que el tiempo hará lo demás. Si el viaje á que Heliodoro ha sido condenado le fuere provechoso, regresará despues apaciguado, y acaso un dia..... Pero no! ¿por qué he de esperar lo que no tengo derecho de prometerme? Hay situaciones en las cuales el amor y la abnegacion no son parte á justificar la esperanza, y este es mi caso. ¿Qué será de mi porvenir? Dios solamente lo sabe! Yo tan sólo puedo afirmar, con absoluta seguridad moral, que mis sentimientos son indestructibles y me acompañarán hasta el postrer instante...”

“Fáltame solamente hacer á usted dos súplicas: la una, que me haga el favor de enviar la adjunta carta al inolvidable amigo, el patriarca de Los Cedros; y la otra..... que presente á la persona que usted sabe los jazmines que aquí acompaño, en cambio de ciertas violetas que vinieron á mis manos dentro de una interesante carta. Y adios por ahora, querida hermana.

VÍCTOR.”

ROSALÍA Á VÍCTOR.

“Bogotá, Junio 24 de 1874.

“Mi buen amigo y hermano.

“En esta vez, al contestar á usted su gratísima carta del 12 de este mes, fechada en el Guamo, tengo que servirme de amanuense, á causa de haberme sobrevenido una inflamacion en la mano derecha, que sin duda será pasajera, pero entre tanto me incomoda mucho. A bien que usted ganará con la sustitucion de mano, pues si no ha de faltar la cordialidad de mis sentimientos para dictar, en parte, esta carta, la amanuense no dejará de poner por su propia cuenta alguna expresion. Por el carácter de la letra, que creo no es desconocida para usted, comprenderá qué persona muy allegada y que se interesa mucho por la suerte de usted, es quien me sirve de amanuense, por cierto con la mejor voluntad del mundo.

“La partida de usted fué para mí y para todas las personas de mi familia que le son adictas (no hay sino una excepcion en toda la parentela); fué, repito, materia de muy penosa sorpresa. Despues del casual encuentro que habia ocurrido en casa entre usted y la persona á quien aludo, comprendimos que algo muy desagadable podia ocurrir en breve; y cuando recibí el amable pero lacónico billete de despedida de usted, no pude ménos que sospechar que su ausencia era motivada por algun lance muy grave.

“La carta dirigida por usted, de la Mesa, á mi tío, disipó toda duda..... Ya puede usted imaginar cuánta indignacion y cuánto dolor no nos causarían los sucesos relatados en el ac-

ta del duelo de usted, documento ignominioso para su desgraciado adversario..... mil veces más desgraciado que usted, puesto que usted tuvo de su parte toda la razon é hizo el papel noble y admirable! Bien hemos comprendido todos que si usted agotó el sufrimiento hasta la mayor abnegacion; si expuso su vida, ofrendándola al furor de un loco (y al calificarle así le busco y hallo la mejor excusa), procedió por cariño y consideracion á toda la familia. Tanta generosidad ha sido debidamente estimada y no será echada en olvido.... Por mi parte puedo decir á usted (y á quien que está muy cerca me autoriza para ello) que debe alimentar una invencible esperanza en su felicidad. Jamas será usted reemplazado en el corazon de los que le quieren y estiman, y contando con la proteccion de Dios puede usted estar seguro de que *el porvenir le pertenece.*

“El asunto es de tiempo, pues todo hace esperar que con éste desaparecerá el único obstáculo para alcanzar usted su felicidad completa. El alejamiento, los trabajos que pase, la ausencia de su familia, la experiencia que gane con el viaje y la reflexion, corregirán, así lo esperamos aquí, los sentimientos y las ideas del adversario que usted tiene, interpuesto como una sombra delante del objeto de sus nobles ensueños y elevados pensamientos. A su regreso, él no será ya enemigo de usted, y al no existir su enemistad, el camino quedará allanado, siempre y cuando que usted no persista en sus ideas de mal entendida delicadeza. De ordinario la pobreza es humilde, hasta el punto de confundir muchas veces su humildad con la baja humillacion; pero tampoco debe llevarse su dignidad has-

ta convertirla en orgullo. ¿No es cierto que usted no incurrirá en semejante flaqueza? Así lo espero... ó mejor dicho, lo *esperamos.*

“Desde que usted se fué, y poco despues su adversario, estoy más acompañada que nunca. Mi querida prima se ha entregado al estudio con tal fervor, que parece como si hubiera vuelto á tener profesores obligados. Cuatro ó cinco horas dedica todos los dias al piano y al canto, y espero que algun dia será justamente aplaudida por algun entusiasta admirador de la *Lucía*, la *Norma* y la *Sonámbula*. Se ha empeñado en componer, bien que para esto la faltan las aptitudes necesarias, por tener el placer de cantar, con música propia, dos ó tres de las poesias que en el mes de Enero improvisó á quien en Los Cedros..... Pero si las mañanas y las noches son dedicadas al piano, las tardes lo son á los estudios históricos y literarios, con lo cual gano doblemente. En efecto, mi prima prefiere vernir todas las tardes á leer en casa, y aquí nos hacemos entes de continuar aquellas gratas conferencias que usted encabezaba ó dirigia con tanta modestia como erudicion y buen gusto. Mi prima está decidida á dos cosas: á no ser ni parecer una muchacha indiscreta y de poco juicio, si bien de muy buen corazon, y á instruirse todo lo posible para ser digna del aprecio intelectual de sus amigos. A lo ménos, no pierde su tiempo, y da constantemente á sus pensamientos el giro conveniente para que armonicen con sus sentimientos.....

“Ya puede usted suponer si mis tardes no serán deliciosas: no solamente tengo á mi lado, casi todos los dias, á esta prima á quien quiero como á una hermana, sino que mi es-

píritu se desbasta algo y mis ideas se ensanchan al familiarizarme un tanto con estos libros que mi prima lee con encanto, y en cuyas páginas brilla la inmortal belleza del genio..... Cuando me deleito con estas lecturas, comprendo y me explico por qué sufren tanto y son tan desgraciados los hombres de elevado ingenio. Por una parte, si fueran dichosos á semejanza de los *felices* de la tierra, perderían muchísimo en grandeza de inspiración y delicadeza y profundidad de sentimiento; por otra, persiguen siempre un ideal y experimentan amarguísima desilusión cada vez que comparan la belleza de lo ideal con la fealdad de muchas de las realidades humanas, y encuentran una desproporción aflictiva entre lo que es y lo que *debe ser*..... Acaso también sufren amarguras que son como expiaciones infligidas á su genio por la mezquindad de las gentes vulgares, inmensa mayoría de topes que no alcanzan á sentir ni estimar las inefables delicias de la luz.....

“Pero caigo en la cuenta de que estoy *filosofando*, cosa tenida por impropia de mi sexo, y pongo punto á mi íntimo relato.

“Los jazmines de usted están en buenas manos y son debidamente estimados y conservados. Los habitantes de Los Cedros le recuerdan á usted con acendrado cariño, y no solamente le envió incluso una carta del *Papá-beno*, que sin duda le dirá todo lo que ocurre en aquellas solitarias campiñas, sino que tengo encargo expreso de María Marta para decir á usted mil cosas amables en su nombre. Tomas, asiduo en sus ocupaciones, trabaja mucho, pero no por esto se olvida de usted; y José Antonio, á quien traen en apuros los

primeros estudios de la citología y la caligrafía, no cesa de preguntar por su querido ‘tío Víctor.’

“Ya vé usted que aquí no hay quien no le quiera y estime. Así todos hacemos votos por su felicidad y ansiamos porque arregle pronto y bien sus negocios tolinenses y torne á amenizar nuestra vida con su grata compañía

“Su adicta hermana,

“ROSALÍA.”

VÍCTOR Á ROSALÍA.

“Purificación, Julio 8 de 1874.

“Mi buena hermana.

“Con notable retraso ha venido á mis manos la deliciosa carta de usted fechada el 24 del mes próximo pasado, porque fué inadvertidamente retenida en la estafeta del Guamo, de donde me ausenté el 26 para venir á adelantar ciertas diligencias en esta villa de Purificación. Precisamente el día en que usted me escribía estaba yo singularmente entretenido, que no divertido, pues fui solamente espectador, con las curiosas y extrañas escenas de la fiesta de San Juan, que en el Guamo llegan al último grado de lo pintoresco y popular. Tocóme luego presenciar las de la fiesta de San Pedro y San Pablo en Purificación, que son continuación obligada de las primeras; y á fe que nada había visto ántes que me diese idea de esta especie de embriaguez universal que llaman *el San Juan* y *el San Pedro*.

“Pero ántes de hablar á usted de estas cosas, ya que de *las mías* no me es lícito tratar muy

á las claras sin ofender la delicadeza de usted, generosa protectora de mi felicidad, permítame declararla el refinado egoísmo ¡soy un monstruo! con que casi celebré la pasajera indisposición que la había obligado á usted á servirse, para escribirme su carta, del más adorable amanuense posible. Tenía así la carta el doble mérito de ser pensada á *duo* y escrita con íntima fidelidad, con lo que es para mí un tesoro de inestimable valor. No quiera Dios que usted, hermana del alma, necesite de álguien que lea por usted esta mi epístola y las posteriores; pero sí me será muy grato saber que son leídas también á *duo*.

“Gran consuelo para mis pesares contiene cuanto me dice usted respecto de lo mucho que usted misma y *todas* las personas de su familia me favorecen; y la aseguro que si mis esperanzas comenzaban á flaquear, porque no debía presumir que mi fortuna fuera tan grande, hoy día son más dulces y vivaces que nunca y llenan mi alma de inefable gozo. Benditas sean mil veces las generosas almas que así saben consolar al triste y fortalecer al desalentado!

“Tan exquisita es la delicadeza con que *ustedes* aluden al deplorable lance que motivó mi partida, que ni siquiera me dicen, cual si las pareciera incesario: ‘no guarde usted rencor á su loco malqueriente y adversario.’ Tienen razón: no caben en mi alma el odio ni el resentimiento, y me parecería cometer un verdadero crimen contra *Ella*, si abrigase algún rencor respecto de su hermano. Espero que de lo sucedido no quedará huella alguna, y ojalá que el incidente pueda ser mantenido en

secreto! Al saber el castigo impuesto á Heliodoro por su honrado y pundonoroso padre, casi me arremetí de haber informado á éste de lo ocurrido, bien que mi procedimiento era necesario, así para explicar mi repentina ausencia como para conjurar futuros conflictos. Olvidemos el suceso, y esperemos que el tiempo lo remediará todo.

“Raro será encontrar en otra comarca de Colombia, salvo talvez en el valle del Cauca, — que al decir de sus belicosos hijos es el paraíso de la América, — campiñas más hermosas, más amenas ni poéticas que estas tolimenses que median entre el Espinal, el Guamo y Purificación. Por estos lados hay dos *Jordanes* de las llanuras: el río *Luisa*, admirable curandero de dolencias, que riega las campiñas del Guamo; y el *Cucuana*, torrentoso y helado río que desciende de lo alto de la cordillera central, de las tierras de los *Pijaos*, y corriendo por las llanuras y vegas de Ortega y San Luis va á enriquecer las aguas del profundo *Saldaña*. Cura el primero con sus tibias y apacibles aguas muchos males contraídos en las tierras frías, y el segundo, con sus frías ondas que se precipitan sobre un lecho de pedriscos, las dolencias de nervios que se contraen en las tierras calientes; de suerte que los *guamunos* tienen gratuitamente en los dos ríos algo mejor que dos inagotables boticas, sin riesgo de envenenarse con drogas mal administradas.

“El río Luisa, que nace por los lados de San Luis, hácia el Poniente, corta la vastísima llanura que se extiende entre aquel apacible pueblo y la capital del Tolima, y por entre barrancas y filas de encumbradas palmeras

reales y hermosos matorrales de guaduas baja á lamer las plantas de la ciudad, que al propio tiempo es residencia del Estado y de los más ricos hacendados de estos contornos.* Si en tiempo de fuertes crecidas es menester pasar el río en canoa por el paso del Guamo, en los meses de verano da vado fácilmente á los transeuntes de á pié y de á caballo.

“El día de San Juan comenzó la bulla de todo el vecindario desde la madrugada, y todos se levantaron á són de cohetes, repiques de campanas y ruidosa música de bandolas, tiples y panderos. A eso de las ocho bajó el cura párroco en procesion con mucha gente, de la iglesia á la orilla de la playa, porque ya se anunciaba la llegada de San Juan. La Magdalena iba á encontrarle, medio tambaleando sobre sus andas, y encabezaban la procesion la cruz alta y los ciriales. Las detonaciones de los cohetes se multiplicaron de un modo prodigioso, y toda la vasta playa del Luisa y la suave ladera que hácia ella descende se cubrieron de gente, formando ésta la más pintoresca confusion de grupos de hombres, mujeres y niños. En gran mayoría estaban los pañolones de algodón de colores rojo vivo, morado y chocolate (vulgo *carmelita*) y las camisas bordadas de negro, morado &c., así como las flotantes ruanas blancas con listas color de grana.

“Súbitamente apareció en el río, del lado superior, á la vuelta de un recodo, la procesion ó comitiva náutica, compuesta de unas cuantas balsas, y entónces el entusiasmo popular llegó á su colmo. Venia San Juan, vestido

* El Guamo era, hasta 1876, la capital del Tolima.

con mucha gracia, á la usanza bíblica, en la primera de las balsas, literalmente cubierta de adornos de linon, ramas de laurel y palma y flores silvestres y de jardin; y, para formar los más curiosos contrastes, las balsas posteriores venian repletas de los trastajos viejos más extravagantes, que componian el equipaje del santo. Ollas desfondadas, petacas desaparejas, baules antediluvianos y todos roidos, esteras dadas al diablo y qué sé yo cuántos muebles inservibles y utensilios domésticos componian en grotesca confusion aquellos monumentos flotantes..... Apénas sí fué desembarcado el santo en ándas, tornando la procesion hácia la Iglesia, cuando la chusma se apoderó del equipaje y, poseida de una especie de locura de buen humor, en un santiamen lo volvió trizas, quedando la playa y el río cubiertos de despojos. Nunca he podido descubrir la significacion histórica que tenga del equipaje de San Juan, compuesto de tantos vejestorios, miéntras que sí se comprenden las alusiones relativas á la vida de Jesus, de San Juan Bautista y de algunos de los Apóstoles, que se descubren en las mantanzas de gallos (recuerdo de la decapitacion del segundo), en el sable con que los degüellan (la famosa tizona de San Pedro), en las carreras que se dan en honor de San Juan y San Pedro, en el baño obligado para todos (símbolo de la inmersion del bautismo), y en tantas otras cosas populares, en las que el furor del placer se amalgama de un modo extraño con las más notables tradiciones evangélicas.

“Una vez concluidas la procesion y la misa, todo hijo de vecino almorzó alegremente, echando el resto, y poco rato despues comen-

zaron los tropeles de gente corriendo por las calles y las llanuras adyacentes. Grandes partidas tomaban diversas direcciones para irse á bañar en el río ó en los arroyos que á éste afluyen, formando lo que se llama en nuestra tierra *parrandas*, ilustradas con refrescos, orquestas de bandolas y tiples, al aire libre, y baile á la sombra de un corpulento *caracolí* ó de algun grupo de coposas palmeras. Pero en mayor número se distribuyó la poblacion, sobre todo la parte femenina y pedestre, por la multitud de cortijos pintorescos esparcidos en los afueras de la ciudad. Casi en todos aquellos sitios *había gallo* (expresion popular técnica) es decir, que tenían gallos condenados á uno de dos suplicios: ó el de ser enterrados hasta el pescuezo, quedándoles la cabeza á flor de tierra para ser degollados á sablazos por personas vendadas á són de tiples y panderos; ó el de ser suspendidos de las patas á una horca para que, pasando los jinetes por debajo á toda carrera, les agarrasen de la cabeza, si tenían destreza para ello, volviéndoles trizas...

“De cuando en cuando se cruzaban por las calles ó en las llanuras circunvecinas numerosas cabalgatas de hombres y mujeres, jinetes de grande agilidad y valor, que corrian como demonios, haciendo apuestas á quién corriese ó hiciese correr á su caballo más ligero; y en ocasiones ocurrían violentísimos encuentros, que ocasionaban caidas de caballos, tremendos golpes de rodillas y piés, ó el que algunos de los más atolondrados saliesen por la tangente, por encima de caballeros y caballos, para ir á escarbar el suelo con las narices á diez pasos de distancia.

“Por demas está decir que los tragos de vino,

brandy, mistelas y aguardiente anisado eran menudeados en todas partes de una manera portentosa; que los caballos chorreaban sudor como lavados en el río, y los jinetes se ponian *grises* de polvo y de licor; y que todo se hacia al continuado y estentóreo grito de *San Juan! San Juan! San Juan!* repetido por mil y mil bocas.

“Todo esto es, sin disputa, bárbaro y brutal, y muchas de estas escenas horrorizan al que no está habituado á presenciarlas... No las justifico ni defiendo, y sin embargo, fácilmente me las explico. ¿Qué quiere usted que hagan nuestros pueblos, creyentes y religiosos como son y de origen andaluz en gran parte, cuyos únicos goces consisten en mezclas de diversiones heroicas y tradiciones bíblicas, de ejercicios artísticos, á usanza casi morisca, y libaciones indígenas ó debidas á la moderna civilizacion? Las instituciones entre nosotros se han adelantado mucho á la educacion social, otorgando excesivas libertades que no pueden ser morigeradas por la cultura del espíritu; y de esto resulta que nuestras costumbres populares adolecen de cierto salvajismo tradicional desarrollado por la soltura democrática. Y con todo, estos pueblos son tan buenos, que al pasar los días de fiestas populares y embriaguez, tornan á sus habituales circunstancias y ocupaciones y se muestran siempre humildes y humanos, hospitalarios y apacibles y naturalmente honrados.

“No necesito decir que por la noche, el día de San Juan, habia bailes y *fandangos* por todas partes, porque estas son las tierras clásicas del entusiasmo por la bandola y el tiple, de la gracia y la agilidad para bailar el *torbellino*,

el bambuco y el valse de la tierra (que ahora llaman pasillo), y del gusto por el canto bulliciosamente melancólico y la sociabilidad alegre y retona, lo que es un contraste curioso. Al día siguiente, salvo lo especial á San Juan, se renovaron las mismas escenas, en honor de San Eloy; así como el 29 se han vuelto todos locos con San Pedro y el 30 con San Pablo. ¿Y lo creerá usted? Tal es el furor de carreras y diversiones de estos simpáticos calentanos, que, so pretexto de correr á otro santo, cuando pasa el día 30 de Junio, han inventado un San Churumbelo, á quien dedican las carreras, libaciones y demas diabluras del día 1.º de julio.

“Si las campiñas que median entre el Espinal y el Guamo son bellísimas, son imponderables las que se extienden entre los rios Luisa y Saldaña, y algo tambien entre el Saldaña y el Chenche. Ya recorre el paseante ó viajero vastas y tupidas selvas de palmeras, húmedas y olorosas, que parecen catedrales inacabables, por sus majestuosas cúpulas y sus laberintos de gigantescas columnatas; ya se pierde en primorosos parques naturales que envidiarían los más opulentos lores ingleses, — parques que parecen trazados, sembrados y pinados por los más caprichosos artistas. Tan presto circula uno, al delicioso paseando de estos caballos tolimenses, por entre espesas arboledas de mangos y guayabos, arrayanes, corpulentos ciruelos americanos y hobos (que son de la misma familia), ya sale de repente á una vasta planicie cubierta de espesa grama y cercada de espléndidas matas de guaduas, ó de matas de cañabravas y carrizos, donde se sienten ricos aromas de

estoraque, vainilla y otras esencias propias de estas tierras exuberantes de vida y lozanía que la mano de Dios ha colmado de hermosura.....

“No me pregunte usted si en estas dichosas tierras hay mosquitos, plagas de mil insectos venenosos, alacranes y serpientes, ó si en las aguas de los rios hay caimanes, rayas y diversas sabandijas.....De todo esto hay, sin duda. Pero si no hubiera algo ó mucho de todo esto, ¿no parecería monótona tanta hermosura y poco digna de aprecio tanta riqueza natural?.....Dios sabe lo que se hace, y en su infinita misericordia provee de remedio á todo mal. Bendigámosle hasta en aquellas de sus obras que nuestra ignorancia nos hace considerar como perniciosas para el hombre!

“Ya es tiempo de acabar esta carta que se prolonga demasiado, y lo haré añadiendo dos palabras respecto de la villa de Purificación. Una colina se levanta como brotada del suelo por ensalmo, entre la orilla izquierda del Magdalena, las vegas del Chenche y las montuosas llanuras del Saldaña, y sobre esta colina, de suelo pedregoso, demora Purificación, residencia de gente muy liberalota, igualmente amiga del negocio y del placer y de índole hospitalaria. La villa es como un mirador, pues si dando algunos pasos hácia el Poniente se registran desde aquí las amenas campiñas del Saldaña, arrojándose á la otra orilla de la meseta se ve correr al pié, manso, turbio y silencioso, el Magdalena, cuyas vegas están todas salpicadas de platanales y otras plantaciones; y á lo léjos, en casi opuestas direcciones, se alcanzan á ver las

empinadas y azulosas cumbres de las cordilleras oriental y central. Todo eso es magníficamente bello y da grandiosa idea del territorio tolimense.

“Traspórtome ahora con la imaginacion á la modesta y graciosa salita donde solia yo reunirme con usted y.....Ella á departir dulcemente sobre mil cosas inolvidables.....Desde aquí las veo, á pesar de la inmensa mole de la cordillera que se interpone; desde aquí converso como entrambas y, soñando despierto con la felicidad.....prometida, las digo mil cosas que sólo saben adivinar y oír de léjos las almas nacidas para la amistad fraternal y el amor perdurable!.....

“VÍCTOR.”

Largos meses duró la obligada separacion de los dos amantes, cuyas almas vivian juntas á traves de la distancia. Al cabo los asuntos judiciales de cuya direccion estaba encargado Víctor se desenlazaron del mejor modo posible, y él pudo regresar á Bogotá casi al promediar el año de 1875.

Por muy ingenuo que sea el amor de las almas nobles, hay ocasiones en que los amantes calculan; y esto acontece cuando el cálculo tiende á proporcionar al amor dulces é inesperadas satisfacciones. Víctor, al estar próximo á partir del Guamo, escribió simplemente á Rosalía: “Dentro de poco tiempo regresaré á Bogotá,” pero se guardó bien de precisar la fecha. Quería dar una sorpresa á Margarita y Rosalía, con su aparicion repentina. ¿Por qué? En esto estuvo su cálculo: supuso que si anunciaba su llegada para determinado dia, sus dos amigas le aguardarian,

muy preparadas para recibirle, con lo que tendrian tiempo para reprimir todo impulso que las moviese á mostrarse muy expansivas. No sucederia lo propio, al ménos así se lo prometia Víctor, si su aparicion en Bogotá cogia de sorpresa á las dos amigas.

Víctor madrugó á partir de la Mesa el último dia de su viaje de regreso, y al llegar al crucero de “Cuatro - Esquinas,” en el centro de la sabana del Funza, no quiso aguardarse á tomar allí asiento en un ómnibus que debia pasar, subiendo de Facatativá. Fletó un caballo, y en dos horas, al galope, llegó á su morada de pensionista en Bogotá. Con grande impaciencia, despues de lavarse y vestirse, aguardó la hora oportuna para ir á casa de Rosalía, y á las cinco de la tarde estuvo en la puerta de la calle. Cuánto no le palpitaba el corazon al encontrarse allí! ¿Estaria Margarita adentro?.....Oh! y cuán amargo no seria el chasco si no la hallaba al hacer su primera visita! Y luégo, qué de precauciones para entrar, caminando suavemente por el zaguan, pues la casa era de planta baja y podian oírle desde la sala, y para abrir el porton interior sin hacer el menor ruido!..... En fin, Víctor puso los piés en el corredor, oyó resonar en la sala dos dulcísimas voces femeninas y se entró de rondon.

—Víctor! exclamaron simultáneamente las dos primas.

—Margarita! Rosalía! gritó él con voz ahogada por la emocion.

Y sin saberse cómo, los tres quedaron formando un grupo encantador: Víctor las tenia en los brazos á entrambas, á Margarita vehementemente oprimida contra su corazon, y á

Rosalía dulcemente rodeada con el brazo derecho.

—Vida mia! murmuró á la una con la suprema embriaguez del amor... .. Hermana de mi alma! dijo á la otra con la exquisita dulzura del afecto fraternal.

Y así permanecieron durante algunos segundos que fueron años para la felicidad de Víctor... .. Cuando se soltaron de los brazos para mirarse y tomar asiento juntos, Margarita bajó la frente ruborizada, con las mejillas como pétalos de encarnada amapola, y Rosalía mostraba en el semblante el mayor contento. Víctor tenía los ojos húmedos de placer y su luminosa mirada derramaba un torrente de electricidad que se trasmitía al alma castísima de Margarita.....

—Oh! qué sorpresa tan grata nos ha dado usted! dijo al cabo Rosalía.

—Verdad? ¿ Con que es grata la sorpresa?

—¿ Y lo duda usted?

—Oh! no! Y Margarita..... qué dice?

—¿ Habrá necesidad de decirlo? contestó ella volviendo á ruborizarse.

—Es tan dulce oír decir ciertos *síes!*.....

—¿ Y por qué nos ha engañado usted? interrumpió Rosalía queriendo dar tiempo á Margarita para que se repusiese de su turbación.

—Confieso, querida hermana, repuso Víctor, que esta sorpresa ha sido calculada. Tal vez de otro modo no habria tenido la felicidad..... de ser recibido con tan dulce confianza y espontáneo gozo. Pero... .. perdon: ántes que todo necesito saber cómo están las dos familias.

—En Los Cedros todo anda bien, contes-

tó Rosalía, y sólo se ha sentido mucho la falta de la visita que usted habia esperado poder hacernos en Diciembre ó Enero. Aquí en casa no hay novedad: Tomas no tardará en llegar de su almacén, y José Antonio vendrá de su escuela dentro de pocos momentos.

—¿ Y en casa de usted, Margarita?...

—Todos bien. Mamá y papá le han recordado siempre á usted con el más amistoso interés.

—Que Dios les colme á todos de bendiciones! exclamó Víctor regocijado.

—¿ Y qué tal viaje ha traído usted? preguntó Rosalía con amable interés.

—Excelente: muy buen camino, buenas bestias y mejor salud.

—¿ Y sus negocios? se atrevió á decir Margarita.

—Todos arreglados del mejor modo posible.

—Mis felicitaciones por ello, dijo Rosalía; tanto más cuanto así no volverá usted á dejarnos por largo tiempo.

—No. Tengo fiebre de felicidad y de trabajo! Mi mayor deseo es entregarme á preparar mi porvenir trabajando aquí con mucha actividad, así como mi más bella esperanza es... la de vivir cerca de las personas á quienes amo y consagrarlas tranquilamente todos mis pensamientos.

Una mirada dulce y profunda de Margarita contestó á las palabras de Víctor, y las sombras de la noche comenzaron á invadir la sala mientras los tres jóvenes departían en la más íntima confianza sobre mil cosas de aquellas que se dicen entre hermanos y amantes.

V

Un largo año de felicidad, brevísimo sin embargo para su corazón, pasaron Víctor y Margarita en Bogotá, y durante este tiempo la vida que llevaron fué tan apacible para su amor como fecunda para su espíritu. En tanto que Víctor ganaba cada día más en la consideración pública, como poeta de indisputable genio y escritor tan entendido y elegante como independiente, que honraba la causa sostenida por su pluma y su palabra, don Francisco Rios se encargaba de protegerle en sus intereses.

En efecto, no solamente le habia procurado éste posición más ventajosa que la anterior, confiándole sus más importantes negocios y toda su correspondencia, sino que, ayudándole con su crédito y relaciones, le habia facilitado el modo de colocar muy provechosamente en acciones de banco todos sus ahorros y aún el producto del valor de su casita de la calle de Santa Ana, vendida para dar á este pequeño capital colocación más lucrativa. Víctor era muy conocido y estimado, así por los hombres respetables de negocios como por los literatos y publicistas, y sus bellos escritos gozaban ya de merecida popularidad.

Distribuía él su tiempo con mucho tino entre el estudio y el trabajo, Margarita y sus amigos íntimos, que á decir verdad eran pocos. Mostrábase muy cortés y cumplido con todos sus relacionados, pero siempre reservado y circunspecto, sin intimar sus relaciones sino con un reducido número de personas y familias, tales como los Rivéros, los Gómez, don Francisco Rios y el doctor

Moreno; y de este modo, sin vulgarizarse, ni contraer costosos compromisos de amistad, ni perder su tiempo en bagatelas, adelantaba en su camino y preparaba su porvenir.

Todos los domingos por la noche pasaba dos ó tres horas en deliciosa tertulia íntima en casa de don Agustin, donde cada día era tratado con mayor distinción y cordialidad. En aquellas reuniones su mayor encanto era escuchar á Margarita sentada al piano, que unas veces tocaba con maestría las mejores particiones del repertorio clásico, y otras cantaba con vibrante y argentina voz trozos de ópera escogidos, cuando no canciones compuestas por ella misma sobre letra de Víctor. Los progresos que habia hecho eran sorprendentes, debidos á sus buenas disposiciones artísticas, á estudios muy asiduos, y sobre todo á la fecundante inspiración del amor. No pocas veces Víctor era invitado á comer en casa de los Rivéros, y entónces, de sobremesa, se entretenía con don Agustin en muy interesantes conversaciones sobre materias propias de hombres de ilustrado criterio. En ocasiones también Víctor se juntaba, en el teatro ó en tertulias de familias distinguidas, con Margarita y sus padres; y llamaba la atención la elegancia de la bella pareja, ya señalada como un *posible* par de novios.

Y no faltaba razón para que los ociosos y curiosos de uno y otro sexo, aficionados por lo común á indicar parejas ó candidaturas matrimoniales, comenzaran á suponer por lo bajo la probabilidad de un matrimonio de amor entre Víctor y Margarita. Por una parte, era patente, no obstante su recato y compostura, el amor que les unía estrechamente; y por

otra, se echaba de ver que, aún sin haber hecho Prado ni la más ligera insinuación que diese á conocer sus aspiraciones, la union futura de los dos jóvenes era una especie de *valor entendido* para don Agustin y su esposa, quienes de ningun modo llevaban á mal la idea.

Pero si Víctor y Margarita eran dichosos en sus frecuentes encuentros, más ó ménos públicos ó visibles, el santuario de su felicidad estaba en la modesta casa de Rosalía. Allí se reunian ellos tres veces por semana, entre las cinco y siete de la tarde, y pasaban dulcemente las horas, entregados á fructuosas lecturas y conversaciones literarias, ó históricas, á las veces interrumpidas por tímidos coloquios de amor que jamas traspasaban los límites del recato y de la más delicada compostura, como lo requería el respeto debido á Rosalía y á la pureza misma de los sentimientos que unian á nuestros dos jóvenes. Y de tales lecturas, conversaciones y coloquios resultaba para los tres un notable progreso de instruccion y buen gusto y de cultivo de las más nobles facultades morales, al propio tiempo que el amor de Margarita y Víctor se engrandecía, elevándose más y más hácia el ideal del sentimiento y de la mutua estimación.

De cuando en cuando el doctor Gómez dejaba por pocos dias su campestre retiro para ir á ver los hijos y nietos que tenia en Bogotá, y algo también por el placer de presenciar los sucesos políticos de la capital, que siempre interesaban á su patriotismo. Durante aquellas cortas temporadas, Víctor pasaba largas horas de las noches departiendo con su viejo amigo, á quien miraba como á su padre

adoptivo; y Margarita prolongaba sus visitas, participando de las íntimas conversaciones de familia con que en casa de don Tomas se solazaban todos.

Pero no hay dicha que dure eterna ni aún largamente en este mundo lleno vicisitudes; y así no es de extrañar que dos circunstancias turbaran al cabo la de Víctor y Margarita. Estas circunstancias fueron: el regreso de Heliodoro, acaecido á principios de Julio de 1876, y el cúmulo de acontecimientos que complicaron la situación política del país.

Don Agustin Rivéros había creído que era tiempo de hacer regresar á su hijo, provechosamente corregido, como esperaba verle, y le había llamado desde el mes de Marzo, esperando que, una vez reconciliados Heliodoro y Víctor, se podría pensar seriamente en el casamiento de Margarita, asunto que parecía estar tácitamente concertado, aún cuando sobre él no se hubiese hecho ninguna insinuación directa. Pero el señor Rivéros no había contado con la huésped. La residencia en los Estados Unidos, léjos de modificar las ideas de Heliodoro las había desarrollado y afirmado, de tal manera que le formaban como una segunda naturaleza.

Bajo las apariencias del culto por la libertad y la igualdad democráticas, el pueblo norte-americano exhibe el espectáculo casi exclusivo de la lucha incansable y audaz del hombre con la Humanidad y la Naturaleza, no por perfeccionarse, haciendo de la perfección un ideal de grandeza, belleza y bondad, sino por adquirir riqueza y fuerza á todo trance. Compuesta como está aquella sociedad de

muchos millones de hombres de todas las razas (con muy discordantes y aún contradictorias tradiciones, que se van olvidando y confundiendo en un nuevo molde), ya que por ser mestiza en su formación carece de carácter propio y tradicional, se ha creado uno nuevo, no de raza sino de simple aglomeración social, que puede definirse con estas palabras: el interés por el goce, servido por el egoísmo con la suprema audacia del esfuerzo para lograrlo todo.

Tal carácter, verdaderamente nacional, se pone de manifiesto con rasgos muy significativos: la envidia, que tiende á deprimir y rebajar á los hombres realmente superiores, so pretexto de levantar las muchedumbres, asegurar la igualdad y mantener el gobierno de las mayorías numéricas; el materialismo sensualista, cuya única regla de moral es el cálculo de la utilidad personal; la tendencia del hombre á infatuarse, hasta divinizarse inventando prodigiosa variedad de sectas religiosas, hijas por lo comun de la vanidad y del interés; el desprecio por el arte, y el desdén por todo ideal, así como por todo derecho que no sea el del pueblo americano, entendido conforme á su interés nacional.

Tales fueron el espectáculo y los caracteres sociales que Heliodoro pudo observar en la masa general del pueblo norte-americano; y viendo así las cosas, y alucinándose con un progreso deforme, por ser esencialmente material y poco ó nada moral,—desequilibrado, por lo mismo, y por tanto peligroso para quien no sepa estudiarlo con buen criterio,—era natural que en vez de corregir las ideas adquiridas en Bogotá, bajo la dirección

de unos profesores sectarios, tornase al suelo natal con el espíritu más dispuesto que nunca á mirar las cosas humanas por el lado del interés, sin hacer cuenta de la justicia y la bondad, que son la suprema belleza de los actos del hombre.

Así desde su llegada á Bogotá Heliodoro trató friamente á Víctor é hizo lo posible por alejarle de su casa; y cuando comprendió el estado en que se hallaban las cosas, no tuvo empacho en declarar á su familia, que le era abiertamente desagradable la idea del casamiento de Margarita con Prado. Este tuvo la prudencia de evitar un conflicto, retirándose poco á poco de la casa de los Rivéros, hasta reducirse á ver á Margarita solamente en la de Rosalía.

Entre tanto, los acontecimientos políticos se habían ido agravando y complicando con vertiginosa rapidez, amenazando seriamente la tranquilidad pública. La multitud de graves incidentes ocurridos en Bogotá durante el Congreso nacional de 1875; los atentados y violencias de origen oficial impunemente consumados en Agosto y Octubre del mismo año; la guerra civil llevada á los Estados del Atlántico para asegurarse los gobernantes un triunfo que de otra suerte era imposible; los grandes escándalos á que había dado margen la lucha electoral; los tumultuarios y vergonzosos incidentes de que fueron teatro las Cámaras en 1876: todo había preparado la explosión del sentimiento popular y hacia temer como inminente una lucha sangrienta entre los partidos contendientes.

El Cauca dió el ejemplo desde el 11 de Julio, y al punto se comprendió que la guerra

civil había de generalizarse, mayormente si á ella contribuían con eficacia los que tenían interes en legalizar su victoria por medio de la fuerza y asegurarla con el ejercicio de la dictadura. Víctor había sido neutral en la lucha de competencia entre los dos partidos liberales,— el radical, que gobernaba, y el independiente, que le hacia vigorosa oposicion,— bien que simpatizaba algo con el segundo, de cuya parte veía la justicia relativa; y así se hubiera mantenido en caso de venir á las manos aquellos dos partidos. Pero, por un error deplorable, quien rompía las hostilidades en el Cauca, acosado por mil provocaciones y violencias, era el partido conservador, y esto forzaba á Víctor á trazarse nueva línea de conducta.

Él era, por temperamento moral y educación, por sus creencias religiosas y convicciones políticas, decididamente adverso á la guerra, y había hecho respecto de sus amigos todos los esfuerzos posibles para disadirles de todo pensamiento belicoso. Por desgracia, la impaciencia se sobrepuso á la cordura, y los sucesos se complicaron de tal modo que los conservadores de toda la República creyeron necesario apoyar con las armas la causa de sus copartidarios del Cauca, del Tolima y de Antioquia, sucesivamente atacados.

Desde el 19 de Agosto comenzaba en Cundinamarca la guerra de partidas, casi en los afueras de Bogotá, y la situación de los conservadores se volvía más que difícil, insostenible y peligrosa en la capital, sin que les valiera la conducta pacífica que observaran. El reclutamiento con sus peores circunstancias de violencia, los empréstitos forzosos, los

arrestos inmotivados, las frecuentes visitas domiciliarias, la violacion de la correspondencia privada y de todas las garantías individuales, hasta llegar á la confiscacion de bienes, fueron los recursos adoptados por los gobernantes para procurar lo que llamaban por irrision "la defensa de las instituciones," de la cual eran víctimas casi todos los conservadores.

Cierto dia, uno de los tiranuelos que comenzaban á ejercer la dictadura en nombre de la legalidad, repartió arbitrariamente empréstitos forzosos á los conservadores, sin tener en cuenta la posición de fortuna ni la conducta política de nadie, sino la satisfacción del odio ó de otras pasiones no ménos mezquinas y feroces. Víctor del Prado, que era pobre y ningun compromiso tenia con los revolucionarios, fué comprendido en la lista de los bolsillos asaltados ó forzados, únicamente por la consideracion de que gozaba como escritor público de talento. Le exigieron dos mil pesos en calidad de *empréstito*, que jamas había de ser devuelto, y le intimaron que sería aprisionado, como todos los rehacios, sin perjuicio del embargo y confiscacion de bienes, si no consignaba dentro del término de setenta y dos horas la suma asignada.

Andábase Víctor por esas calles de Dios viendo modo de hacerse exonerar del arbitrario cuanto inicuo empréstito, cuando dió con una patrulla armada que andaba reclutando gente por las calles.

—¿ Está usted alistado en la milicia? preguntó el oficial de la patrulla, deteniéndole bruscamente.

—No, señor.

- ¿ Tiene usted papeleta de exencion ?
 - Tampoco.
 - Entonces pase usted al centro de la patrulla.
 - ¿ Por qué ?
 - Porque tal es la orden.
 - ¿ Es decir que me lleva usted preso ?
 - Poco más ó menos.
 - ¿ A dónde ?
 - A la Penitenciaría.
 - Perfectamente. Vivan las instituciones !
- Pocos minutos despues estaba Víctor arres-
tado en la cárcel, entre numerosa chusma de
presos y ciudadanos reclutados por la fuerza
para defender.....la libertad, las leyes y el
progreso.....
- Despues de dos dias de prision, durante los
cuales ni durmió ni comió Víctor, el Gober-
nador del Estado entró casualmente en la
Penitenciaría. Prado logró acercársele y le
dijo:
- ¿ Hasta cuándo, señor, me tendrán aquí
preso sin haber cometido falta alguna ?
 - Hasta que usted no se aliste ó incorpore
en la milicia.
 - ¿ Y si no quiero ó no puedo ?
 - Tendrá usted que pagar su papeleta de
exencion.
 - ¿ Y si no puedo pagarla ?
 - Se estará usted en esta prision.
 - ¿ Cuánto cuesta la papeleta ?
 - Veinticinco pesos.... por ahora.
 - Es cara.
 - La ley la impone así.
 - Pero no tengo el dinero en el bolsillo.
 - Si usted otorga fianza de pagar, le haré
poner en libertad.

- No doy fiador, pero empeño mi palabra.
 - ¿ Su palabra no más ?.....
 - Sí; vale más que todas las cauciones
posibles.
 - Está bien. Dentro de cuarenta y ocho
horas pagará usted la exencion.
 - Así lo haré.
 - Puede usted salir.
- Víctor salió así á la calle, y recobró.....no
la libertad, sino la simple ventaja de no estar
en la Penitenciaría, por el momento.
- Hemos dicho que Víctor amaba la paz ar-
diente y sériamente; pero la guerra habia
estallado, y lo que no le aconsejara enantes
el espíritu de partido, porque no adolecia de
esta debilidad, se lo aconsejó la indignacion.
Si era necesario sucumbir en la lucha ya
trabada, se sucumbiria; pero á lo ménos habia
que protestar centra las violencias de una
dictadura sin pudor en sus procedimientos
tanto como hipócrita en sus fines. Habia que
castigarla, siquiera fuese infligiéndole la ig-
nominia de sus propios actos patentizados á
la faz de la Nacion.
- La resolucion de Víctor fué tanto más
enérgica cuanto su carácter era moderado y
noble. Aquella misma noche, á poco de salir
de la cárcel, se puso á empaquetar sus pape-
les y arreglar sus asuntos. Despues de un
breve rato de reflexion redactó y puso en
limpio su testamento cerrado, documento la-
cónico y sencillo. En seguida de la protesta-
cion de su fe religiosa y de la declaracion de
sus circunstancias personales ó de estado ci-
vil, decia:
- “Habiendo resuelto, por un sentimiento de
dignidad de hombre y de republicano, tomar

las armas para combatir la violencia conver-
tida en gobierno, y siendo muy posible mi
fallecimiento en la guerra, otorgo el presente
testamento, declarando ser mi última vo-
luntad.”

En las diversas cláusulas que seguian á és-
ta, Víctor nombraba por sus albaceas al doctor
Benigno Gómez y á don Francisco Rios; man-
daba dar quinientos pesos en dinero á Marti-
na Sánchez, en testimonio de cariño y de
aprecio por sus servicios; donaba á Marta y á
Rosalía Gómez una bella imágen de la Virgen
y el crucifijo que de hemos hablado, heredados
de doña Ana María; ordenaba que se entre-
gase á Margarita el precioso escritorio, con
todos los papeles en él contenidos (los ma-
nuscritos de Víctor más apreciados); y dis-
ponia que su biblioteca fuera distribuida
entre la familia Gómez, don Francisco Rios,
el doctor Moreno y los doctores B. y R. que
le habian servido y salvado la vida.

En órden á la disposicion de sus bienes,
Víctor mandaba: que si al tiempo de su muer-
te se hallaba célibe, todo su haber, segun las
cuentas que presentara don Francisco Rios,
fuese entregado á los pobres de Bogotá, pa-
sando al dominio del Asilo de indigentes;
pero que si estaba casado, se darian á su es-
posa las cuatro quintas partes y lo demas á
los pobres.

Al dia siguiente hizo Víctor todas las di-
ligencias requeridas para la ejecucion de sus
propósitos: puso en órden irreprochable
todos los asuntos de don Francieco Rios que
tenia entre manos, declarándole su resolucion
irrevocable y expresándole su reconocimien-
to; llenó todas la formalidades requeridas

para la validez de su testamento, y entregó
el pliego cerrado á don Francisco, así como
el poder general, en toda regla, que le deja-
ba para el manejo de sus intereses durante la
guerra; enteró en la respectiva Recaudacion
los veinticinco pesos prometidos para obtener
su papeleta de exencion militar, y dió todos
los pasos conducentes á preparar su salida
de Bogotá, que era peligrosa y requeria pre-
cauciones.

Cuando todo estuvo arreglado se fué á casa
de Rosalía. Llevaba en el alma el indecible
dolor anticipado de la separacion, tanto más
amargo cuanto no podria desahogarse, pues le
era forzoso ocultar su designio á Margarita.
Cuando iba por las calles, cabizbajo y triste,
cavilando en el modo de despedirse de sus
amigas sin dejarlas adivinar su inmediata par-
tida, estallaban en la plaza de Bolívar las
detonaciones de los cañonazos y cohetes con
que los partidarios del Gobierno celebraban
su victoria de los Cháncos, gran batalla deci-
siva de la guerra en el Cauca, que el ejército
conservador habia perdido el 31 de Agosto.

“Al ménos, pensaba Víctor, al lanzarme á
los azares de la guerra comienzo con honor:
voy á defender una causa que probablemente
está perdida.”.....

Cuando en seguida entró en casa de Rosalía,
iba pálido y demudado: los nervios y la san-
gre eran por el momento más fuertes que la
voluntad.

—¿ Qué tiene usted ? le preguntó Marga-
rita con aire de inquietud.

—Nada...¿ Por qué me pregunta usted eso,
Margarita ?

—Está usted muy pálido... Y luégo.....he-

mos extrañado tanto que no hubiera venido anteayer ni ayer.....

—Tiene usted razon; pero mi explicacion es sencilla. He pasado dos dias en la cárcel, sin dormir y casi sin comer.

—En la cárcel! Dios mio! exclamó Margarita indignada.

—Usted en la cárcel! añadió Rosalía mostrando el mayor asombro. Eso es imposible!

—Oh! en los tiempos que corren todo es posible, ménos lo bueno, hermana mia.

Víctor se apresuró á relatar lo que le habia acontecido en los tres dias anteriores.

—Pero todo eso es infame! prorumpió Margarita entre indignada y llorosa.

—Sí; es infame, repuso Víctor; pero no infama, porque ya es moneda corriente.

—¿Y qué piensa usted hacer? preguntó Rosalía.

—Sufrir..... con resignacion.

—De qué modo tan extraño habla usted, Víctor! murmuró Margarita como agitada por un vago presentimiento.

—Cómo ha de ser! Creo que se nos preparan dias muy tristes y amargos..... La lucha será talvez de corta duracion, pero tremenda y muy sangrienta.....

—Es necesario que usted proceda con mucha cautela para evitarse, en lo posible, insultos y persecuciones, insinuó Rosalía.

—Así lo creo, repuso Víctor, y al punto procuró variar de conversacion.

Al cabo de média hora se levantó diciendo:

—Tengo una cita que me obliga á despedirme de ustedes ántes de tiempo.....

—Ah! tan pronto! murmuró Margarita con verdadera emocion de tristeza.

—La necesidad.....repuso Víctor algo turbado. Mil perdones. En fin.... adios, Margarita..... adios, Rosalía.

—Adios?... dijeron ambas.

—Quiero decir.... hasta mañana.

—Víctor! Víctor!

—Ah! ¿qué es, mi dulce Margarita?

—Sea usted muy prudente.

—Lo seré cuanto pueda.

—Oh! tengo miedo.....

—¿De qué?

—No lo sé; pero tengo miedo de algo muy triste!

—No, Margarita; confiemos en la divina providencia!

Al salir Víctor de casa de Rosalía Margarita se desató en sollozos y llanto, sin poderse explicar la profunda angustia que sentia, y su prima no pudo ménos que mostrarse tambien muy inquieta.

—Oh! qué sacrificio!" salió diciéndose Víctor, enjugándose una lágrima que le brotaba de los ojos como gota de fuego líquido. "Pero.... cómo remediar esto? Que se haga la voluntad de Dios!"

Dos horas despues, bajando sigilosamente hácia San Victorino y la calle Honda, y entrando por la ancha portada de la Hacienda de la Estanzuela, atravesaba á pié las dehesas de las cercanías de Bogotá, y en la casa de los Alisos (de lúgubre memoria años despues) montaba á caballo junto con algunos amigos, con direccion al cuartel general de los revolucionarios que se hallaban en campaña en los distritos de Soacha y Boza, cercanos á Bogotá.

—Pero ántes de partir, Víctor habia encar-

gado á Martina de entregar al dia siguiente dos cartas: una para Rosalía y Margarita, en la cual las explicaba su conducta y enviaba su tristísimo adios, añadiendo la remesa del precioso escritorio; y otra para el individuo que ejercia la dictadura en calidad de Gobernador del Estado.

“Señor, le decia en ella: le prometí á usted que rescataria mi palabra comprando la papeleta de exencion militar, y he cumplido. La envío á usted adjunta, porque no la he menester, una vez que voy á sentar plaza... en las filas de los que defienden el derecho. En cuanto al empréstito forzoso que usted me ha exigido, puede, cuando guste, mandármelo cobrar: me hallarán en los campamentos de la Division del Mochuelo.”

VI

¿Qué cosa era el Mochuelo? Una cosa que comenzó por ser una quijotada sublime y acabó por convertirse en una potencia militar, que nunca fué vencida ó infligió muchas derrotas y humillaciones á dos Gobiernos soberanos, dueños de la capital, de ejércitos y de grandes ventajas y recursos!

Un dia un hombre de corazon y de talento, de elevado carácter y de ideas y hábitos civiles, anciano por el aspecto y por el juicio, pero jóven por el sentimiento y aun la edad, se salió de Bogotá con unos diez y seis amigos, casi todos jóvenes y de la más distinguida sociedad, y sobre una encumbrada y fria loma, casi en los afueras de la capital, expidió un manifiesto con el cual justificaba la revolucion, declaraba la guerra á dos gobiernos ligados y materialmente fuertes, y

asumia el mando militar en Cundinamarca. En el sitio donde se firmó el manifiesto habia una pobre choza de labradores solitarios, y aquel paraje se llamaba “El Mochuelo.” Los combatientes que tuvieron por núcleo aquel pequeño grupo de locos admirables, fueron bautizados, por ende, con el apodo de Mochuelos. El apodo fué una gloria eminente en medio de los desastres de la guerra.

—Alto! quién vive? gritó con voz amenazante un centinela, motando sobre un vallado de tapia pisada, cerca de la venta de la Cantera, en el camino que conduce de Bogotá á Soacha.

—La Regeneracion! contestó uno de cuatro individuos que iban á caballo, cubiertos por las espesas sombras de una noche tenebrosa.

—¿Qué gente? tornó á gritar el centinela.

—Defensores de la causa! repuso el que habia contestado.

—Pié á tierra!

El destacamento estaba en guardia, y con todas las precauciones del caso fueron reconocidos los viajeros.

—Víctor Prado! dijo con sorpresa un jóven del destacamento. Tú aquí! !

—Sí, condiscípulo. ¿Por qué no?

—¿No te habias mostrado tan adverso á la guerra?

—Sí; tal era el deber ántes; pero ahora..... el deber es combatir.

—Bravo! repuso el jóven soldado, Emilio Hernández, que habia sido condiscípulo de Víctor en literatura y filosofía.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En el Vínculo. ¿Vas á sentar plaza?

—Ahora mismo.

—Pues que sea para mil felicidades. Víctor y sus compañeros continuaron la marcha, al paso largo de sus cabalgaduras, y antes de media noche estuvieron en las casas de la hacienda del Vínculo, donde por entonces tenia el cuartel de su escuadron suelto el valeroso cuanto hidalgo coronel Urbieta. Si el escuadron era interesante por sus oficiales y soldados, todos miembros de familias notables de Bogotá, armados con rifles propios que habian logrado procurarse antes de entrar en campaña, el Coronel por sí solo llamaba la atencion. No era un tipo sino una individualidad excepcional. Sostenia su escuadron casi exclusivamente á sus expensas, le habia organizado por sí solo sin haber sido militar, le mandaba y hacia obrar en las sabanas de Soacha, Boza y Bogotá, en calidad de cuerpo franco y casi con independendencia de todo mando superior, y obraba como por su cuenta y riesgo en todas las operaciones que emprendia. Así verificó las más audaces entradas en los suburbios de Bogotá: mantuvo en jaque á los Gobiernos de la capital; les hizo gallardamente todo el daño posible; y cuando fueron llegando las ocasiones de combatir estuvo siempre en los primeros puestos, peleando con tan buen humor como valientemente. Su valentía era tranquila y alegre, y al hallarse en el combate le parecia estar como en una partida de caza. Fuerte como un atlela, poderoso para domar un potro ó un toro, bien conformado y parecido, podia matar un caballo de un puñetazo, y sin embargo, cuando estaba en la ciudad se mostraba fino, cortés y galantemente jovial. Jamas se irritaba ni hacia mal á nadie; gozábbase como

pocos con la vida campestre; nunca hacia gala de su muy considerable riqueza, y siendo casado y tan buen hijo como esposo, ninguna consideracion de familia ni de fortuna le detuvo para hacer cuanto consideró dictado por el deber. Cuando concluyó la guerra era General, por ministerio del patriotismo, del valor militar y de la victoria, porque como tal le habian aclamado sus compañeros de armas; y el dia que las depuso, desciñéndose la espada para tornar á sus labores de campesino, lo hizo sin haber sufrido un reves ni vuelto nunca la espalda al enemigo. Ninguna ambicion, salvo la de servir gallardamente á su causa y á su patria, habia movido al coronel Urbieta á tomar las armas. Para él la guerra era un doloroso y supremo deber, no un medio de adquirir honores y renombre, y era en los campamentos caballeroso como lo habia sido siempre en su vida civil. Generoso hasta el desprendimiento, obsequioso y amable, inalterable en su buen humor, tenia en el alma coraje de leon y humildad y dulzura de cordero; incapaz de odio, ni de envidia, ni de ninguna otra pasion baja, inspiraba respeto por la nobleza de sus sentimientos, á par de simpatía y acendrado cariño; y al combatir ó vivaquear, más que el jefe era como el hermano afectuoso de sus compañeros de campaña. ¡Cuánto no merecia alcanzar los laureles de la victoria aquel atleta gentil hombre! ¡Y qué escuadron el que comandaba el intrépido Coronel! El mayor Náres, silencioso y austero como el deber, era el hombre de la disciplina y de la exactitud en todo; sus oficiales eran á cual más cumplidos y abnegados; y en torno de ellos brillaban una

multitud de jóvenes elegantes, muy agudos y chistosos, ornamento y gracia de la juventud bogotana. En su alegre y bullicioso campamento la elegancia y la coquetería acostumbradas en los salones suntuosos se habian vuelto abnegacion y denuedo; el rifle habia reemplazado al flexible bastoncito de petimetre de los dias de fiesta y galanteo; la cama de tamo ó la dura tarima del soldado, á las comodidades de la culta capital; y en las comidas de campaña, el succulento vino de maiz y melaza sustitua al entusiasmador champaña de los grandes banquetes y las cenas de *Jockey Club*. En todo caso, la agudeza en el decir, expresada principalmente con graciosas burlas dirigidas contra el enemigo, ponía de manifiesto el inagotable ingenio de un puñado de *dandys* inteligentes, convertidos de improviso en denodados jinetes, defensores de una noble causa. Víctor fué recibido con entusiasmo y grande aprecio por el Coronel y todos los miembros del escuadron Urbieta. Iba bien montado y aperado de cuanto le era indispensable para combatir, y, como los demas, llevaba su rifle: un *Winchester* que le habia regalado don Francisco Rios, como arma superior, al darle su despedida. Quisieron hacer de Víctor un subteniente improvisado, pero él lo rehusó. "Yo nada entiendo de milicia, dijo, y no vengo á mandar ni á soldados siquiera, sino á combatir como el último. Sólo descaria ser el primero en bizarría y abnegacion, pero comprendo que esto es imposible." En pocos dias el delicado joven abogado y sentimental poeta estuvo hecho á las armas y habituado á la vida de privaciones de los

campamentos, alegremente soportadas; y no tardó mucho en recibir el baustino de fuego. Así pudo escribir su segunda carta de campamento para Rosalía y Margarita, que llegó por conducto seguro, como la correspondencia de todos los dias, y en ella narró brevemente su primer combate.

—
"Tequendama, Setiembre 21 de 1876.

"Há pocos dias que fuimos atacados por una Division de mil doscientos hombres enviada de Bogotá bajo el mando de una especie de General que venia con el propósito de *aniquilarnos*. El coronel Armelo con sus dos escuadrones (el *Funza* y el *Servezuela*), y el coronel Peraza con los *Mochuelos* (éstos en dos batalloncitos en ciernes, llamados 5.º y *Libres de Soacha*) se habian dado cita para reunir sus fuerzas en esta llanura, designando las casas de esta magnífica hacienda de Tenquedama como punto de reunion. El primero bajaba de los páramos de *Pasquilla* con sus escuadrones, y el segundo habia estado maniobrando por aquí y en Fusagasugá como jefe de la infantería. Al saberse en Bogotá que estábamos aquí reunidos, en número de trescientos ochenta hombres, creyeron que lo más ventajoso era venir con triples fuerzas muy bien armadas, y con gran sigilo, á sorprendernos con un ataque brusco.

"Desde la noche anterior fuimos informados de todo y resolvimos aguardar al enemigo y probar por segunda vez la suerte de las armas, ya que en *Candelaria* los *Mochuelos*, en número de ménos de cien hombres resueltos, habian derrotado á dos batallones del gobier-

no de Bogotá. A las seis de la mañana comenzamos á tomar posiciones. La infantería se situó sobre las barrancas y colinas de *Chacua*, que dominan las haciendas del *Vínculo* y *Puerta-grande*; la caballería se emboscó detras de las lomas del *Santuario*, y mi escuadron se dividió por mitades: una con el Mayor Náres, guardando la puerta del *Vínculo*, sobre la orilla de la carretera, y otra con el Coronel Urbieta para sostener la lucha por el lado de las casas de *Tequendama*, atacando al enemigo por la espalda cuando él cargase á nuestra infantería.

“El combate fué en las primeras horas librado sólo entre las dos infanterías, y fué tan bizarramente sostenido por la nuestra, que, no contando arriba de doscientos hombres, obligó á los mil doscientos enemigos á concentrarse y atrincherarse en *Puerta-grande* con una prudencia digna, más que de un general radical, de un provincial franciscano. Al cabo nuestros infantes agotaron sus escasas municiones y hubieron de replegarse á una altura, por no quedar indefensos. Otro tanto sucedió á nuestros escuadrones del páramo, que no hallaron con quién combatir en la llanura.

“Pero mi escuadron mantuvo por todo el resto del dia el honor de las armas. La mitad situada en *Tequendama* sostuvo un choque violentísimo con parte de la infantería, la rechazó gallardamente, y no se retiró hácia *San Miguel* sino ya entrada la noche, cuando el enemigo amontonó todas sus fuerzas en el centro mismo de la llanura. La otra mitad hubo de moverse hácia *San Benito*, hacienda que parte límites con *Puerta-grande*, y en aquellas limpias dehesas sostuvo el combate

durante todo el dia con nutrido tiroteo de rifles. Allí me tocó pelear, y cumplí con mi deber sin accidente alguno. Hemos perdido un soldado muerto, y un oficial subalterno prisionero (por haberse desmontado á combatir haciendo fuego y quedándose á pié léjos de su cabalgadura), y nos han herido un Mayor muy valiente y un cabo. Pero el General radical, desesperado de no haber logrado con su Division tomar sino un prisionero de entre cerca de cuatrocientos adversarios, apeló á un feliz recurso: apresó á un pobre mozo de granja, inofensivo, que se habia ocultado en un zarzo, y contando ya con una salvadora pluralidad, pudo adelantar un ayudante para llevar este glorioso mensaje á Bogotá:

“He combatido durante todo el dia y vencido y dispersado las guerrillas. Llevo prisioneros.....”

“Tanto más se burlaron todos del pobre General, cuyo modo de combatir se habia reducido á concentrarse y estarse á la defensiva, cuanto él tuvo la prudente precaucion de escurrirse con su Division, tan luégo como cerró bien la oscura noche, tomando á toda prisa el camino de la capital. Las dispersas guerrillas se quedaron riendo, dueñas en gran parte del campo de batalla, bien que en las haciendas de *Soacha* se notó que faltaban, en calidad de prisioneros, gran número de caballos, novillos y vacas.”

Pocas semanas despues, de regreso de una excursion hecha á *Fusagasugá* por la infantería del Coronel Peraza para reponer sus pertrechos y recursos, todas las fuerzas de los Mochuelos se concentraron otra vez en el distrito de *Soacha*, en *Sibaté*, *San Benito* y *Tenquedama*, para

reorganizarse en una Division. Compúsose ésta de dos batallones, una compañía suelta encargada del parque, los escuadrones que comandaba el coronel Armelo y el escuadron suelto del coronel Urbieta; todo con una fuerza de seiscientos hombres. Para esta nueva organizacion fué necesario convertir en oficiales á muchos jóvenes que apenas eran soldados de talento y honor, y Víctor fué separado de su escuadron para funcionar como teniente-ayudante del Comandante general, puesto á que fué ascendido por el gobierno revolucionario el coronel Peraza. Desde aquel momento se modificó notablemente y fué mucho más activa la situacion de Víctor, ora en los combates, ora en las marchas y contramarchas ó en los campamentos de *Tequendama* y *Fusagasugá*, del *Puente de Boza* y la *Cruz de Terreros*, de *Yomasa* y el *Hato*, y tantos otros.

No seguiremos á Víctor paso á paso en todos sus movimientos durante la campaña de Cundinamarca. Sólo diremos que donde quiera dió ejemplo de moralidad, de obediencia á la disciplina y severidad en el cumplimiento de sus deberes, y de un valor que, si no tenia las condiciones de la intrepidez y la audacia, merecia todo encomio por su serenidad delante de todo peligro.

El 4 de Diciembre habia ocurrido un tiroteo, sostenido primero en *Yomasa* por un pequeño piquete de jinetes rifleros contra mil trescientos hombres que comandaban cuatro Generales enviados de Bogotá, y en seguida en las cercanías de *Uzme*, donde combatieron dos compañías de los batallones 5.º y Libres contra trescientos hombres de caballería que fueron rechazados. Los mil

trescientos hombres tornaron por la noche á Bogotá dispersos y en lastimoso estado, en tanto que los Mochuelos se retiraban tranquilamente hácia los casi solitarios campos del *Hato*, interesantes por su magnífico aspecto montañoso, sus poderosos peñascos, románticos desfiladeros y profundas gargantas. Pero ya el 6 tornaba la Division de los Mochuelos á ocupar á *Yomasa*, y el 7, á virtud de una atrevida resolucion, emprendia marcha por *Chipaque*, *Ubaque*, *Choachí* y la *Calera*, al oriente de Bogotá, para ir á reunirse en *Sopó* (pasando del sur al norte de la capital) con la Division de *Guasca*. De allí debia emprender el ejército de Cundinamarca un movimiento muy peligroso, inspirado por la abnegacion y la audacia inteligente, que podia ser decisivo de la guerra, si ésta era hábilmente sostenida en el Occidente por los ejércitos unidos de Antioquia y el Tolima, y si en Santander no se aventuraba ninguna batalla que festinase los acontecimientos. Consistia la operacion en moverse rápidamente por el norte de Cundinamarca, incorporar en el ejército Regenerador las fuerzas que la revolucion tenia en *Boyacá*, atravesar el Estado de este nombre sin detenerse, apoderarse plenamente del de Santander, procurándose allí armas, municiones y vestuarios, contando con la línea de la frontera venezolana y la aduana de *Cúcuta*, y luégo, por la via de *Ocaña*, amenazar los Estados del bajo Magdalena y ponerse en comunicacion franca con Antioquia. Por lo demas, algunos Jefes quedaban encargados de sostener la campaña, con guerrillas, en Cundinamarca, entre ellos el coronel Urbieta, como jefe de los Mochuelos.

La marcha por detras de Bogotá, que era peligrosa y debia ser ejecutada con mucha rapidez, se operó felizmente; pero durante ella ocurrieron á Víctor algunos incidentes que importa narrar.

El grueso de la Division bajó de Chipaque, por *Munar*, en direccion hácia *Cáqueza*, y tomando la vuelta de *Santa Ana* llegó á *Ubaque* ántes de las seis de la tarde. Pero Víctor recibió la importante comision de tomar el camino más corto, uno de travesía por el lado de los *Cerezos*, para caer al camino de *Cruzverde* y bajar muy temprano á *Ubaque*, á fin de asegurar á la Division contra toda sorpresa, prepararla cuarteles y guardar el camino de *Choachí*. Con Víctor iban algunos oficiales y un piquete de caballería que él supo conducir con tino; y como era fácil pasar por los *Cedros*, sin alargar el camino y teniéndolo mejor, nuestro poeta ayudante aprovechó de muy buen grado la ocasion que se le ofrecia.

Grande y muy agradable fué la sorpresa del doctor Gómez y su familia al ver llegar á Víctor con sus compañeros. En Los Cedros estaba Rosalía, desde pocos dias ántes, llevada por el deseo de sustraerse á la cruel intranquilidad, la carestía de los víveres, y demas graves inconvenientes que ofrecia entónces la vida de Bogotá. Nuestro jóven oficial fué agasajado como era natural, y en breve sirvieron á todo el destacamento un abundante y muy oportuno refrigerio.

—Supongo, dijo el doctor Gómez á Víctor, que ustedes pernoctarán aquí.....

—Oh! eso es imposible! se apresuró á declarar Víctor.

—¿Por qué? Hay lugar para todos en la casa, aunque no dormirán como príncipes.

—Mil y mil gracias, mi buen amigo; pero repito que es imposible. Por una parte, llevo una importante comision que me obliga á llegar á *Ubaque* lo más temprano que pueda; por otra, de ningun modo nos quedaríamos aquí, porque esto comprometeria seriamente á todos los habitantes de Los Cedros.

Todos callaron, reconociendo que no habia réplica posible; pero Rosalía miró á Víctor con cierto aire de inteligencia, y éste comprendió que ella queria decirle algo importante.

Así á poco se salió á un corredor, y un instante despues le siguió su amiga.

—Víctor! le dijo ella ¿no podrá usted detenerse siquiera por unas dos horas?

—No puedo. ¿Por qué quiere usted.....?

—Dentro de una hora ha de llegar Margarita.

—Margarita?

—Sí.

—Dios mio! qué conflicto!

—Vendrá con mi tio Agustin y mi tia Luisa á buscar aquí un refugio relativamente tranquilo.

—¿Y Heliodoro?

—Cómo! no sabe usted?

—Nada particular sé de Bogotá.

—Heliodoro sentó plaza en el batallon de estudiantes llamado el *Alcanfor*, y es oficial.

—Vamos! eso es algo, dijo Víctor. No lo esperaba yo de su egoismo.

—¿Y la pasion política?...observó Rosalía. Lo ha hecho creyendo hacer la guerra al catolicismo.

—Lo comprendo. Heliodoro era ya un radical decidido...á reserva de lo que más tarde le aconsejase la utilidad.

—El ha combatido contra usted en *Chacua* y *Yomasa*, y fué de los derrotados por ustedes en *Murú*.

—Peor para él.

—Bueno. ¿Y qué resuelve usted? se detiene hasta ver á Margarita?

—Dios mio! eso es imposible!

—Por qué?

—Porque el deber me lo prohíbe. Dentro de hora y média debo estar en *Ubaque*.

—Pobre Margarita! va á sentir tanto que usted no se haya detenido....

—Lo comprendo por lo que yo mismo sufro.

—¿Y qué la diré?

—Todo lo que el más ardiente y puro amor pudiera expresar. Pero.... ah! permítame usted, hermana: voy siquiera á escribir dos palabras.

Al decir esto Víctor sacó su cartera, escribió cuatro líneas en una hoja, la arrancó y la entregó á Rosalía diciéndola con profunda emocion:

—Para ella!

Habia escrito solamente:

“Alma mia! vida mia! El deber me condena á huir de ti en este cruel momento... Me voy con el corazon desgarrado; pero te dejo hasta mis más íntimos pensamientos!... Adios! ruega por mí á la santa Virgen!”

“Víctor.”

Un instante despues estaban todos á caballo, despues de despedirse. El doctor Gómez, con su espada ceñida, montó tambien.

—¿A dónde va usted? le dijo Víctor.

—A acompañarle... en lo posible.

—No se lo permito, mi buen amigo. Usted está enfermo, sufriendo de una fuerte bronquitis, y es muy imprudente que ande así al aire libre.

—Lo que sufro... no es cosa, repuso el viejo coronel. Quiero ir por lo ménos hasta *Ubaque*.

No hubo modo de impedirlo, y al punto todos desfilaron por el estrecho callejon, en forma de caracol, que de las casas de Los Cedros descende hácia la orilla derecha del rio. Aun no se habia perdido de vista el destacamento, que iba ya por cerca de la *Salitrea*, una hora despues, cuando asomaba por el camino de la montaña un grupo de viajeros que bajaban hácia Los Cedros: allí iba Margarita...

Al dia siguiente, en el momento de continuar la marcha de *Ubaque* para *Choachí*, Víctor dió los brazos al doctor Gómez diciéndole:

—Adios, mi paternal amigo; cualquiera que sea mi suerte... hasta el último instante pensaré en usted y su familia.

—Oh! mil gracias! murmuró el digno anciano; pero... ¿por qué me dice usted adios?

—Porque vamos á separarnos.

—No tal. ¿No ve usted que he traído mi espada? El humilde campesino no olvida que es un viejo soldado. Yo voy con usted á la campaña del Norte.

—¿Qué dice usted? Vamos! mi buen amigo... usted se chancea.

—De ningún modo; hablo muy en serio, y marchó!

—No lo permito! exclamó Víctor con afectuosa energía. Usted no tiene ya ningún deber de sacrificarse, y se debe todo á su familia, á sus convecinos y amigos y á usted mismo.

El viejo coronel inclinó la cabeza, y de los arrugados párpados le brotó una lágrima.

—Ah! ya no sirvo para nada! exclamó en seguida; soy un mueble inútil...

—No tal! Sirve para vivir como patriarca y ser imitado en los ejemplos de abnegacion que ha dado. Adios! adios! y abraza usted por mí á todos los suyos....

Víctor montó á caballo, partió rápidamente, y el venerable coronel se quedó enjugándose los ojos al lado del cura párroco de Ubaque.

VII

La Division verificó en dos horas su marcha de Ubaque á Choachí, por el pintoresco camino de caracolea casi por el pié del Quinto y el Calvario, dominando las risueñas faldas, hondonadas y colinas que descienden hácia la margen derecha del Rio-Blanco. En Choachí, pueblo piadoso y conservador por excelencia, se combinaron aquel dia dos fiestas: la que se celebraba en honor de la Inmaculada Concepcion de Maria, y la ovacion que los vecinos hacian á los valerosos Mochuelos. Por todas partes flameaban al viento, no sólo en las casas del lugar, sino aún en las más rústicas chozas del camino y de las campiñas, banderas

adornadas con cintas, flores y guirnaldas, enteramente blancas y sencillas unas, y otras de mayor ornamento y en las que se combinaba el azul vivo con el blanco,—símbolos del alborozo con que aquellas buenas gentes saludaban á la madre del hombre Dios, vida y dulzura del creyente. Por todas partes, al pasar la tropa de abnegados y voluntarios defensores de la libertad cristiana, estallaban alegres y simpáticos clamores de bienvenida y de cordial aplauso. Parecía á los militares viajeros que cada uno de aquellos clamores era una promesa de segura victoria, y todos caminaban llenos de esperanza....

Víctor habia salido de Ubaque triste y cabizbajo. Las impresiones que allí habia recibido durante un mes de residencia como convalesciente; las que acababa de recibir la vispera en Los Cedros, y la tierna despedida que á las puertas de la casa cural le habian dado el doctor Gómez y el párroco, le conmovieron de tal modo, que toda la melancolía natural de su alma habia resucitado en el fondo de ésta como para hacerle más duro el sacrificio de la ausencia.

Uno de sus mejores amigos ó camaradas de campaña se le acercó, y emparejando su cabalgadura con la de nuestro poeta soldado le dijo:

—Eh, camarada! no hay que andarse así tan melancólico! Dé usted tregua á las cavilaciones del poeta, puesto que ahora el soldado es quien tiene la palabra. La guerra impera en estos momentos donde enántes reinaba la poesía.

—La guerra! es verdad, contestó Víctor. Justamente venia yo pensando, amigo Luza,

en los horrores de la guerra. ¡Divinidad terrible que todo lo transforma y aún siembra el odio impersonal ó colectivo en almas, como la mia, que sólo han nacido para el amor y la esperanza religiosa!

—Por fortuna, observó Luzan, si la guerra es terrible, en esta vez durará poco.

—Todo hace creer, en efecto, que será corta; pero ¡ay! tambien nos será funesta!

—Funesta? ¿No espera usted, Prado, que triunfemos?

—No, amigo mio. Esta guerra es para nosotros un deber y un sacrificio, pero no una esperanza.

—Y entónces... ¿por qué ha mostrado usted tanto empeño en que nuestras dos Divisiones emprendan esta campaña hácia el Norte?

—Porque la impone la necesidad; porque envuelve un grande acto de abnegacion, y porque abre camino á un posible resultado en favor de nuestra causa.

—Pues yo tengo confianza en la victoria definitiva!

—La victoria! Ah mi amigo Luzan!..... ¿sabe usted que le tengo más miedo á la victoria que á la derrota?

—Oh! no comprendo esa paradoja...

—No es paradoja. Nosotros tenemos un solo pensamiento por ahora: el deseo del triunfo, unido á la resolucion que acepta el sacrificio. Este es nuestro verdadero lazo de union. Pero ¡ay! si por suerte llegáramos á triunfar... mil competencias nos dividirian inmediatamente. Hemos sufrido tanto, que no estamos preparados para hacer buen uso de la victoria.

—Hay mucho pesimismo en esa idea, camarada.

—No. ¿Sabe usted con qué expresion resumo todos los pensamientos que no me atrevo á expresar?

—Diga usted.

—¡Desgraciados de los partidos que triunfan por medio de las armas! La guerra azuza las más terribles pasiones; la violencia del triunfo corrompe y empequeñece al vencedor; y el gobierno que se obtiene como premio del valor militar ó de la fortuna en los combates, fácilmente se convierte en tiranía que aniquila á los vencidos y desmoraliza á los vencedores...

Los alegres y ruidosos repiques de campanas que estallaban en la Iglesia de Choachí pusieron fin al diálogo de los dos oficiales, cuando ya la Division, aclamada por muchos, entraba por la primera calle del lugar, del lado meridional. Llenóse la plaza de gente armada y de curiosos, y al punto se trató de alojar á todos los cuerpos y al Estado Mayor, lo que fué fácil, merced á la simpatía y el entusiasmo con que se recibia la visita de los Mochuelos.

Las escenas del dia siguiente fueron interesantes y curiosas. La Division continuó su marcha por la mañana, tomando el camino que de Choachí conduce hácia Bogotá, con el propósito de llegar á la Calera, aunque para esto fuese necesario forzar algo el paso. En más de la mitad de la jornada habia que marchar directamente hácia el enemigo, con riesgo de encontrarle en el camino, si por acaso, al tenerse en Bogotá noticia del movimiento efectuado por los Mochuelos, se enviaba contra ellos una fuerte columna que les saliera al

encuentro y pudiera situarse en posiciones ventajosas.

Era pintoresco el movimiento, algo desordenado, de los infantes y jinetes, — la mayor parte de éstos á pié, llevando del diestro sus cabalgaduras para no fatigarlas, — cuando la Division entera fué ascendiendo las casi desnudas colinas que del lado del Occidente dominan á Choachí y sus risueñas faldas y hondanadas. Dos horas despues, todo aquel hormigueo, revestido de los más variados colores y delineado con las más caprichosas formas, habia desaparecido; el camino montañoso sucedia al de las colinas limpias y cultivadas; y jefes, oficiales y soldados caminaban en confusion, con las armas á discrecion y á lento y difícil andar, por una abrupta senda, llamada "camino real," que es una sucesion de saltos y profundidades, agrios peñascales, monstruosos empedrados, hondos fangales y peligrosos resbaladeros.

El camino trepa por una garganta profunda, entre dos altos contrafuertes de la cordillera, y en partes se estrecha, en medio de colosales peñascos, hasta volverse como un cauce de torrente, confundiendo con los saltadores arroyos que por allí se precipitan, y que salen del seno de los rotos peñascos y del tupido bosque como chorros de líquido cristal, orillados de musgos y helechos y recogidos en estrechas cuencas de rocas de arenisca ó de caliza. La montaña, es allí espesa, fresca y opulenta; abundan árboles de talla gigantesca, donde quiera enlazados por enjambres de magníficos arbustos y sombríos y húmedos matorrales; de todas partes se deslizan de ocultos manantiales blancos hilos

que parecen como sartales de perlas, que murmuran ignotas melodías entre laberintos de peñascos y de gruesos troncos, coronados frecuentemente de plantas parásitas. Hay en toda aquella prolongadísima garganta, tan ríscosa y difícil de ascender como admirablemente bella, una encantadora mezcla de silencio y ruido, de gracia y majestad, de soledad melancólica y de vida inagotable y bravía.

La Division desfilaba en un desorden pintoresco por aquellas gargantas eslabonadas, y todos iban deteniéndose por grupos ó pelotones donde quiera que hallaban, en las casas situadas á la vera del camino, algo que comer ó algunas provisiones que comprar para despacharlas andando. Aquí caigo, allí levanto, ayudándose unos á otros en los malos pasos, ó animando á las cabalgaduras y bestias de carga para hacerlas trepar por los más empinados empedrados, todos iban contentos y locuaces, ansiando por salir á la cumbre de la cuesta para descansar de la fatigante ascension.

Al cabo todos fueron saliendo al *Alto* anhelado, donde remata la cuesta y se desarrolla en explanadas el extenso páramo, y á medida que cada peloton iba coronando la altura los cuerpos volvian á entrar en formacion para continuar luego la marcha, como una inmensa serpiente de setecientos anillos, á traves de undulosas planicies entrecortadas por hondos arroyos y barrancos.

Allí la escena cambiaba enteramente. Se habia tomado rumbo al Norte, en direccion hácia la Calera, dejando á la izquierda el camino que guia hácia Bogotá. A lo léjos se

veian los lomos y cumbres del Monserrate y el Guadalupe, tan queridos para el bogotano, y delante se extendian los páramos, solitarios y tristes, cubiertos de rígidos pajonales, cenicientas cepas de frailejon, espinosos cardonales y renegridos y enanos arbustos. De trecho en trecho se encontraban profundas zanjas de difícil paso, sobre todo para las caballerías, y lo que era peor aún, vastos y hondísimos atolladeros cubiertos de grama, verdaderas trampas preparadas por las lluvias, donde caian los jinetes poco experimentados en la travesía de nuestros páramos. En uno de aquellos pérfidos fangales dió Víctor de repente, con varios de sus compañeros, y sólo pudieron sacarle de una apurada situacion el brio y vigor de su caballo y el ánimo con que él mismo, sin atolondrarse, supo aguijarle en el momento crítico.

El sol arrojaba sobre el páramo sus últimos rayos, llenos de melancolía, cuando toda la Division, caminando al trote por la fria y undulosa sabana, se iba aproximando al punto donde comienza el descenso hácia el risueño valle de la Calera; pero tan difícil se volvió la marcha, embarazada por los barrancos y malezas del camino, que al cabo cerró la noche cuando ninguno habia comenzado la bajada. Una vastísima y espesa montaña de altos *charrascales* (*) se extiende allí, desde el remate del páramo hasta los primeros llanos cultivados que forman la cabeza del valle; y aunque se habian pedido guias ó baquianos

(*) Llamán así en las tierras frías los bosques bajos de árboles y arbustos ásperos y rugosos, medianamente tupidos, de los altos cerros ó lomas.

para conducir la tropa por las numerosas sendas que cortan el bosque en su descenso, ni la gente de la Division podia orientarse para seguir con seguridad por aquellas invisibles sendas, ni los guias acertaban á encontrarlas en la oscuridad, que bien pronto fué profunda.

En breve toda la Division estuvo perdida y enteramente dispersa en la espesura del monte, y se produjo la escena más extraña. Por todas partes se oían gritos y clamores, ya de los camaradas que en la oscuridad se guiaban entre sí, ya de los que invocaban el auxilio de los baquianos, ya, en fin, de los que, al caer de bruces súbitamente en las zanjas y los atolladeros, ó al dar con obstáculos insuperables para el paso de sus caballerías, llevadas del diestro, desesperaban de poder hallar salida del laberinto del bosque. Donde quiera se veian fulgurar luces entre la montaña, ora enteramente fugitivas, como las de los muchos fósforos que se encendian en los más críticos momentos, ora de hachones improvisados con haces de paja ó con hojas ó troncos de frailejon.

Muchos, perdiendo toda esperanza de salir del bosque en medio de la oscuridad, resolvieron quedarse en la espesura, haciendo de los árboles pabellones, lecho de montones de hojas ó del suelo frio, cabecera de sus monturas, y cobija de sus amplias ruanas de bayeton, si por suerte las tenian. Los más, lograron con mil caidas y trabajos llegar hasta algunas estancias ó á probísimas chozas de carboneros, donde les dieron humilde pero franca hospitalidad.

Víctor, separado por la oscuridad de la

compañía del General y de los demas ayudantes, tuvo la fortuna, entre los peor librados, de albergarse con algunos compañeros al pié de un gran peñasco y á la sombra de un espeso grupo de árboles. Colgó encima, de las ramas, su *encauchado* ó gran ruana de caucho, hizo una cama de helechos medianamente secos, sobre la cual extendió su ruana, y dándose por bien servido de comer chocolate en seco y pan y tomarse un trago de brandy, se arropó con su *bayeton* y se acostó á dormir, mientras que su caballo, atado á un árbol á corta distancia, procuraba entretener el hambre con helechos y ramas de arrayan.

Durante las primeras horas de la noche se oían cercanos ó lejanos rumores y se veían fogatas por todas partes, que á trechos iluminaban el bosque con una luz fantástica.... Un rumor sobre todo llamaba la atención: en el fondo de una de las quiebras de la montaña se habían aglomerado cosa de quince hombres, la mayor parte de tropa, y entre ellos un Jefe de caballería que en aquella División de guerreros católicos sobresalía por su piedad religiosa. Cuando todos hubieron buscado el mejor acomodo posible entre los árboles para pasar la noche, ateridos por el frio y no poco hambrientos, uno que era de genio alegre y zumbon dijo:

—Ahora, el que tenga hambre que aproveche mi fiambre.

—Hola! exclamó otro, ¿ con que has traído algo de fiambre?

—Sí.

—¿ Qué puedes ofrecernos?

—Una cosa que es muy alimenticia.

—¿ Qué?

—Conformidad.

Todos soltaron una ruidosa carcajada celebrando el chiste. Pero el comandante L**, que no entendia de chuscadas, añadió:

—Yo sí puedo ofrecer, y lo digo con seriedad, algo que puede quitarnos el hambre y ayudarnos á soportar el frio.

—¿ Qué cosa es, mi Comandante? preguntó uno de los compañeros.

—La oracion, contestó el Coronel. Recemos el rosario y Dios nos protegerá.

Todos, como movidos por un resorte, se incorporaron y al punto se pusieron de hinojos. Un instante despues se oía el sonoro rezo de los quince hombres que dominaba con sublime elocuencia el silencio del oscuro bosque.... Habia en aquel silencio general del inmenso páramo y del monte; en aquellos rumores sordos que del seno de éste se escapaban; en aquellas fogatas prendidas en algunos puntos; en aquellas luces fugitivas que por momentos brillaban en la oscuridad como enormes luciérnagas perdidas en la medrosa soledad; y sobre todo, en aquel rosario casi cantado por quince hijos de la guerra, que hacian de la entenebrecida cañada un oratorio; habia, decimos, todo un mundo de invocaciones y plegarias dirigidas á Dios, en nombre de la fe de las almas y como para santificar el derecho que ellas proclamaban y defendian....

Al cabo todas las luces desaparecieron, todas las fogatas se extinguieron y todos los rumores cesaron; un silencio profundísimo reinó en toda la vastitud del bosque, y Dios abrigó solamente con el manto de su cielo á todos aquellos hombres fatigados y dormi-

dos que palpitaban tranquilamente en el seno de la inmensa sombra....

Al dia siguiente todos descendian alegremente la montuosa ladera y las risueñas colinas del comienzo del valle, y á eso de las nueve de la mañana recibian franca y grata hospitalidad en las principales casas de la Calera.

A poco rato de estar allí llegó la noticia de que una de las guerrillas de Sopó, perteneciente á la primera División, habia tenido un encuentro feliz, cerca del puente del Comun, con un destacamento que de Cipaquirá regresaba á Bogotá. Tres individuos del batallón llamado Alcanfor, entre otros prisioneros, habian quedado en manos de la guerrilla. Víctor, que averiguó con seguridad quién era uno de los prisioneros, se dirigió al punto al Estado Mayor y le dijo al General en Jefe:

—Vengo á pedir á usted un favor.

—Concedido desde luego. ¿ De qué se trata? repuso el General.

—De obtener la libertad de uno de los prisioneros hechos ayer en el Comun.

—¿ Cuál de ellos?

—Heliodoro Rivéros.

—Es un perverso mozo, segun los informes que tengo. ¿ Por qué se interesa usted particularmente en favor de Rivéros?

—Por varias razones, mi General.

—¿ La primera?

—Porque es mi enemigo personal.

—Esa razon es buena, Prado. ¿ Y la segunda?

—Porque Rivéros, aunque sirve á los enemigos, porque le han pervertido el corazon, es hijo de un buen conservador. Ademas....

—Bueno! Hay todavía otra razon?

—Sí, mi General.

—¿Cuál?

—La mejor de todas: el padre de Rivéros ha sido mi benefactor.

—Muy bien, Prado. Pero como las cosas no han de hacerse á medias, continuemos haciendo lo que en Guasca, en Fusagasugá y en todas partes. El Gobierno de Bogotá aplica á su acomodo el Derecho de Gentes y no admite canjes de prisioneros: los que sus tropas y sus corchetes nos hacen vegetar en las cárceles, y los que nosotros le hacemos son generosamente puestos en libertad.

—Así es, mi General.

—Escriba usted inmediatamente una orden para el Comandante general de Sopó, á fin de que ponga en libertad á todos los prisioneros tomados ayer.

—Está bien.

—Pero que sea con una condicion: que todos empeñen su palabra de honor de no volver á tomar armas contra nosotros en la presente guerra.

Algunos minutos despues firmaba el General la nota, y Víctor la despachaba prontamente, añadiendo por su parte la súplica de que en Sopó suministrasen á Heliodoro los recursos que pudiera necesitar.

Los prisioneros, que eran seis, fueron puestos en libertad el mismo dia y recibieron salvo-conducto para volver á Bogotá. Todos empeñaron su palabra de honor, y cinco de ellos cumplieron con ella religiosamente. Heliodoro, al regresar á Bogotá, desarmado y corrido pero lleno de despecho, se apresuró á volver á su cuartel y continuó prestando sus

servicios en campaña. Consideró que una palabra dada á unos facciosos no era obligatoria, porque de cumplir con ella no resultaba utilidad alguna.

IX

La campaña del Norte fué para el ejército Regenerador de Cundinamarca (engrosado con las fuerzas boyacenses en *Venta-quemada* y *Mogótes*) una extraordinaria serie de ovaciones, desengaños, sacrificios, descalabros, dificultades apremiantes y terribles desastres. Sucesos y escenas hubo en toda aquella campaña, dignos de un poema. Jamas ejército alguno de revolucionarios se mostró más honrado ni moral, más moderado ni equitativo en sus exigencias, más sufrido en sus marchas ni sobrio y frugal en su alimentacion, más abnegado ni valeroso para combatir, ni más desgraciado en el éxito final de sus operaciones!

Los pueblos le recibian con entusiasmo y confianza, pero sus recursos estaban agotados y no podian suministrarle armas ni municiones, vestuario ni dinero; y jefes, oficiales y tropa vivian como podian, reduciéndose á miserables raciones y respetando, sin embargo, la propiedad privada. Tantos esfuerzos y sacrificios sólo valieron á aquel desgraciado ejército la gloria del honor salvado.... Tan luego como emprendió su atrevida campaña, el gobierno radical despachó en su seguimiento una Division al mando del más intrépido y prestigioso de sus generales, y éste le fué picando la retaguardia sin darle casi tiempo para descansar ni reorganizarse en Santander. En *Duitama*, el paraíso del norte de Boyacá,

los jefes del ejército Regenerador comprendieron que en el Estado de Santander no hallarian sino dificultades y desastres. El General jefe del movimiento regenerador en Pamplona acababa de ser vencido, herido y hecho prisionero, y sus dispersos batallones estaban reducidos á pequeñas guerrillas, impotentes para prestar eficaz apoyo al ejército de Cundinamarca y Boyacá, elevado en *Mogótes* apénas á unos 2,000 hombres; y este ejército, seguido por una excelente Division y aguardado por otras tres para combatirlo y destruirle, hubo de hacer la más azarosa campaña por *San Gil*, *Piedecuesta*, *Bucaramanga*, *Matanza* y *Salazar*, hasta llegar á *Cúcuta*, despues de haber ejecutado una admirable marcha de más de ciento treinta leguas, por caminos detestables y luchando con enorme cúmulo de dificultades.

Al cabo la situacion era desesperada. Poco más de dos mil hombres en filas, fatigados, mal armados y peor vestidos, que contaban solamente con algo más de cien mil cartuchos, sin ningun repuesto para municionarse, tenian que librar batalla contra cosa de tres mil quinientos perfectamente armados y con abundante provision de todo lo necesario. Habia que combatir, con alguna esperanza de vencer, merced á la acertada eleccion del campo de batalla y al consumado valor con que se peleara; ó habia que someterse á la ignominia de la disolucion sin combate, pasando en seguida la frontera para buscar asilo en territorio venezolano. Nadie pensó ni por un instante en adoptar este triste y vergozoso partido, mayormente cuando, al combatir, aun la derrota habia de ser honrosa.

Los dos ejércitos se hallaron frente á frente el 27 de Enero de 1877, en los campos de la *Donjuana*, y allí se hicieron prodigios de valor.... Siete horas y média duró la batalla, y durante las siete primeras el ejército Regenerador destrozó al enemigo, le derrotó columnas enteras y estuvo constantemente victorioso. Pero al cabo las municiones se agotaron en las filas conservadoras, algunos de sus cuerpos fueron flanqueados bajo los fuegos de armas poderosas, y como ni siquiera sus viejos fusiles tenian bayonetas, no pudieron resistir el último choque y la derrota se declaró entre ellos. Víctor estuvo admirable. Ni rifles ni ametralladoras fueron parte con su incésante y terrible fuego á detenerle ni un solo momento en la peligrosa trasmision de las órdenes que recibia de los jefes del ejército. Varias veces estuvo en inminente peligro, y muchos de los que se hallaron á su lado cayeron para no levantarse jamas; pero él quedaba ileso. La muerte parecia respetarle en aquella gloriosísima jornada, cual si la Providencia le tuviera reservado para felices destinos. Al cabo, al retirarse de la pelea, recibió una ligerísima herida en el brazo izquierdo, la necesaria solamente para que él fuese bautizado con su propia sangre.

Inútiles fueron todos los esfuerzos y sacrificios posteriores del ejército Regenerador, así en sus retiradas como en su propósito de abrirse paso para volver á Boyacá y Cundinamarca. El 14 de Febrero, en los desfiladeros de *Mutiscua* y *Cupagá*, volvió, ya reducido por la derrota y la division á poco más de mil dociientos hombres, á encontrarse con el enemigo, y en esta vez en circunstancias mucho

más aciagas que en las batallas anteriores. Víctor, desde que comprendió que el desastre era inevitable, no se separó un punto del General P** (el Jefe del Gobierno revolucionario organizado en Piedecuesta) de quien era ayudante, ya ascendido á capitán. Debia correr la misma suerte que su jefe, salvándose con éste ó muriendo juntos si era necesario. El combate fué de corta duracion: el Ejército quedó, despues de un triunfo momentáneo y parcial, cortado en dos porciones, sin reaccion ni concierto posibles, y el General, aislado en la vanguardia, estuvo á punto de ser tomado prisionero con Víctor y otro General y varios oficiales. No quedándoles esperanza alguna al ver que las tropas se rendian, tuvieron que alejarse del campo, buscando una via que les facilitase, á traves de inmensos páramos desiertos, reunirse en *Véetas* con muchos de los derrotados y reorganizarse de algun modo para continuar la guerra, siquiera fuese volviendo á emplear el sistema de guerrillas.

Pero no llevaban baquiano ni derrotero alguno, al caminar por sendas detestables, casi borradas y que les eran del todo desconocidas; y para que su desgracia fuese completa, cuando ménos pensaron se hallaron enteramente perdidos y desorientados en la inmensidad de aquellos helados y desiertos ventisqueros. La noche les sorprendió buscando un mezquino refugio bajo las ramas de unos árboles de pobre follaje, al pié de enormes peñascos que les cerraban el paso en todas direcciones; y hubieron de pasarla casi con hambre, transidos de frio, mojados por la lluvia y devorados por la más amarga tristeza....

Al día siguiente reconocieron lo crítico de su situación. Para encontrar el camino tenían que retroceder por larguísimo trecho, yendo casi de seguro á entregarse sin condiciones á sus vencedores, que naturalmente les habrían perseguido. Y en caso de no retroceder, tenían que escalar, ateridos de frío, con cabalgaduras hambrientas y enteramente despeadas, una inmensa cripta formada por colosales rocas verticales de más de trescientos pies de altura, en cuyo fondo estaban como encerrados, y hacer tan audaz escalamiento para encontrarse luégo, si lograban salir á campo raso, en la soledad de un páramo de muchas leguas de extension, y sin hallar recurso alguno ni tener la menor idea de la direccion que habian de tomar para llegar á Vétas.....

Contáronse todos los que allí se encontraron en dos grupos, y eran diez y nueve, los dos, soldados de infantería, y los demas Generales, jefes, oficiales y sargentos; y al contarse adquirieron la conviccion de que no tenían con qué alimentarse ni frugalmente. Resolvieron detenerse y enviar los dos soldados, en diferentes direcciones, á descubrir el camino; pero aguardaron en vano, porque ni aquel día ni nunca volvieron los dos hombres.....

Al día siguiente alcanzaron á ver sobre unos riscos una novilla extraviada; la dieron caza y la mataron, y así pudieron comer carne asada, sin sal, que acompañaron con agua de panela hervida y un resto de pan de Mutiscua. Por la tarde se presentó un hombre desconocido: vivia en una choza, en el páramo, á tres leguas de distancia, y andaba á la

busca de la novilla muerta. Los diez y siete derrotados le pagaron el precio de la res, y le dieron ademas ocho ó diez pesos para que fuera á traerles víveres y servirles de guia en seguida, prometiéndole generosa gratificacion. El hombre recibió el dinero, hizo mil promesas y... no volvió. Los diez y siete durmieron por la segunda vez debajo de una enorme piedra, en una cueva de cazadores, apretados como sardinas y tiritando de frío, en tanto que las cabalgaduras, hambrientas y pasmadas, quedaban á la intemperie arrendadas á espesos matorrales de carrizos.

Amaneció el nuevo día, triste, lluvioso y terriblemente frío, y ya no habia sino dos ó tres panelas para tomar un miserable desayuno de agua hervida.... Celebróse gran consejo, despues de haber meditado cada cual para sus adentros lo que convenia hacer. No habia qué comer, ni noticia alguna de los compañeros de derrota, ni modo de hallar camino seguro, ni medios para continuar la guerra con algun provecho, siquiera fuese de partidas.... Por unanimidad se resolvió enviar una comision á Mutiscua á proponer al jefe del ejército enemigo un convenio honroso. Al día siguiente regresaron los comisionados, y como la proposicion habia sido aceptada, todos juntos se encaminaron hácia aquella localidad.

Qué de escenas dolorosas no tuvieron lugar allí, y despues en Pamplona! ¿Pero á qué fin narrarlas? Nos desviaríamos de nuestro objeto. Baste decir que los diez y siete vencidos cumplieron de todo en todo el convenio: los dos Generales, empeñando su palabra de honor de no volver á tomar las armas durante la guerra que existia, y saliendo

imediatamente proscritos para ir á buscar asilo en la tierra venezolana; y todos los demas, empeñando la misma palabra y sometiéndose á recibir salvo conducto para volver á residir pacíficamente en sus domicilios. Pero el Gobierno vencedor, por su parte, no cumplió el convenio. Los dos proscritos se libraron de vejaciones, porque les protegió la frontera puesta de por medio; pero todos los demas, privados de sus cabalgaduras y de todo recurso, fueron distribuidos en varias localidades para permanecer en calidad de prisioneros de guerra....

Una vez violado por los Jefes del Gobierno el convenio de guerra, Víctor, que provisionalmente haba sido detenido en Pamplona, fué confinado á Piedecuesta. Allí le tuvieron preso en la cárcel pública durante unos pocos días, y luégo le exigieron, para ser puesto en relativa libertad, con la ciudad por cárcel, que prestara fianza de buena conducta política y prometiera bajo su palabra de honor que no saldria del lugar mientras la autoridad no se lo permitiera.

—No puedo prestar fianza, dijo Víctor al Jefe que se lo exigia.

—¿Por qué?

—Porque nadie me conoce aquí ni á nadie quiero comprometer.

—¿Pero si dará usted su palabra de honor?

—Tampoco.

—¿Cómo es eso?

—Yo podria darla para violarla, siguiendo el ejemplo que se me ha dado; pero para mí no hay precedentes ni represalias cuando se trata del honor. No empeñaré mi palabra,

porque estoy decidido á continuar la guerra hasta el último instante, si me es posible.

—Entonces quedará usted preso, replicó el Jefe.

—Sea; disponga usted de mí.

—Vamos! me gusta la sinceridad de usted, jóven, y quiero tratarle con justa consideracion. No seguirá usted preso en la cárcel, y pasará al cuartel.

—Está bien: pero le advierto á usted que si puedo escaparme no desperdiciaré la ocasion.

—Corriendo el riesgo de que le maten en el momento de la fuga ó al perseguirle....

—Eso se sobreentiende.

Víctor pasó al cuartel, donde le vigilaron mucho durante los primeros días. Pero como él era simpático y fino en sus modales y carecia de toda suerte de relaciones ó influencia en Santander, en breve le consideraron poco ménos que inofensivo y se relajó la vigilancia. Una noche, so pretexto de tomar el aire libre, se paseaba en el gran solar del cuartel, encerrado por tapias muy elevadas, lo que inspiraba confianza. En un rato en que estuvo enteramente solo se quitó las botas, trepó rápidamente á un corpulento mango cuyas más altas ramas caian sobre la barda de una de las tapias, caminó por allí hasta tocar con otro árbol, perteneciente al solar vecino, que era un hermoso huerto, y por aquél se deslizó; atravesó este huerto desconocido, subió á otro árbol y por éste á una tapia que daba sobre la opuesta calle, y por allí se tiró abajo sin mayor riesgo. Mientras él se alejaba de la ciudad á toda priesa, á traves de varios cacaotales, calzado con al-

pargatas, cayeron en la cuenta en el cuartel de que importaba llamarle para que se recogiese, le buscaron por todas partes con mucho afán, y sólo encontraron el par de botas al pié del mango, con este papelito:

“Dejo en mi lugar mis botas, y las regalo al que haga más porque no se descubra mi paradero.”

Pro formula, porque en realidad nadie le quería mal ni deseaba perseguirle, trataron de buscarle en la ciudad y sus alrededores; pero él aquella misma noche puso de por medio seis leguas de camino, dirigiéndose á pasar el río Sube por la vía de Aratoca. Su peregrinación fué tan rápida como azarosa y difícil, logrando salir á Cerinza, en Boyacá, por San Joaquín y Gámbita, mediante muchos rodeos. Merced á su cautela y buenos modos pudo pasar por caminos extraviados, sucesivamente por cerca de Santa Rosa de Viterbo, Paipa, Tuta y Soracá, hasta encontrarse en lugar seguro en Hato-viejo, en territorio cundinamarques, y de allí, por los páramos del Oriente, llegar sin tropiezo á Guasca, de donde más de tres meses ántes había emprendido su atrevida marcha hácia el Norte el valeroso ejército Regenerador.

El pobre capitán mochuelo volvía á lugar seguro, pero privado de todo recurso, rendido de cansancio, quemado por el sol y por los vientos de los páramos, con los piés avejigados y los vestidos hechos andrajos. Pero lo peor no era eso, sino que volvía solo y sin esperanza alguna de triunfo, porque su causa estaba perdida en todas partes.... Sin embargo, en Guasca encontró á varios de los Mochuelos dispersados en Mutiscua, que habían

logrado, por diversos caminos, librar el cuerpo y volver á Cundinamarca, y fué informado de un hecho consolador: el General Urbieto, á la cabeza de las guerrillas subsistentes en Soacha, Boza, &c., sostenía con brillo la campaña, mantenía el honor de los Mochuelos y obraba de tal modo que tenía en jaque al gobierno radical y le había infligido una tremenda derrota.

Víctor se dijo al punto y dijo á sus compañeros: “Mientras hay algo que hacer, todo el deber no está cumplido y no es lícito descansar. Juntémonos todos, llevando cuantas armas podamos allegar, y dando la vuelta de Choachí, Ubaque y Chipaque volemos á engrosar las filas de los Mochuelos.”

Esta proposición fué aceptada con entusiasmo, y á los dos días partieron de Guasca, á salir á Choachí por Tunjaque, cosa de treinta jóvenes, restos preciosos de la 2.^a División del ejército que había sucumbido en el Norte. Por unanimidad aquellos nobles derrotados aclamaron como su capitán á Víctor Prado, y algrememente emprendieron la marcha á pié, pasando sin novedad por los pueblos de Choachí y Ubaque. Al salir del segundo, tuvieron noticia de que por Cáqueza andaba una fuerza enemiga enviada de Bogotá pocos días ántes. Esta noticia y el vivísimo anhelo que tenía Víctor de ver al doctor Gómez y su familia, le indujeron á tomar muy acertadamente el camino más seguro, que era el que conducía á Chipaque por Los Cedros. En caso necesario se podía seguir de Los Cedros por la vía de Cruz-verde para luego descender por senderos extraviados hasta caer á Tunjuelo,

pasar por la Tolosa y salir á la llanura de Soacha.

El lector puede imaginar el vehemente y profundo gozo con que la familia Gómez recibió al destacamento de Mochuelos, y sobre todo á Víctor. Los abrazos, las felicitaciones por el salvo regreso y las preguntas relativas á la campaña del Norte fueron innumerables... Pero lo más bello y conmovedor fué el encuentro de Víctor con Margarita. Esta había ido á bañarse en uno de los arroyos cercanos, y corriendo fueron á llamarla y avisarla que Víctor iba á llegar sano y salvo.

La aparición de Margarita en el patio, admirable de hermosura y pálida de emoción, fué como la de una diosa... Víctor, para evitar los inconvenientes del encuentro delante de tantos testigos, se había adelantado con Rosalía hasta la puerta que daba salida de los corrales al prado, y allí, á la sombra de un caucho, se abrazaron los tres estrechamente.... Aquel momento les pareció ser el augurio de una próxima felicidad de toda la vida...

Pocos momentos despues, cuando todos los Mochuelos habían tomado un suculento refresco, Víctor gritó:

—Mis amigos, en marcha!

—Cómo! tan pronto? exclamó el doctor Gómez, apoyado por don Agustín.

—Sí; es necesario, máxime cuando hemos sido imprudentes al detenernos aquí por más de dos horas.

—Por qué? preguntó el señor Rivéros.

—Porque ni á ustedes les conviene nuestra permanencia en Los Cedros, ni nosotros estamos seguros. Anda una fuerza considerable

enemiga por los lados de Cáqueza, que bien pudiera salirnos al encuentro, y debemos marchar con rapidéz para alcanzar á pernoctar, mal armados como vamos, en una posición segura, muy arriba de Chipaque.

Nada hubo que observar á este razonamiento. La despedida fué pronta y ternísima, y el destacamento marchó con rapidez en dirección hácia Chipaque por la vía de Los Cerezos.

La demora que tuvo el destacamento en Los Cedros le fué funesta. Un radical de Ubaque había mandado aviso á Cáqueza del paso de los Mochuelos, y la columna de más de cien hombres que andaba por aquellos lados se apresuró, al recibir la noticia, á marchar hácia Chipaque, con el propósito de subir á Los Cerezos por la vía de Munar, y atajar allí al destacamento, ó, si era posible, destruirle ó tomarle prisionero. Esta determinación fué adoptada y ejecutada con tanto mayor empeño, cuanto entre los cien hombres de la columna se hallaba Heliodoro Rivéros, y éste supo muy bien que Víctor era el capitán del destacamento de Mochuelos.

Ello fué que al llegar éstos al punto del camino que se hallaba más cercano á las casas de Los Cerezos, se vieron súbitamente atacados por tres lados y por fuerzas cuádruples de las suyas y armadas de remingtons. No había remedio: era necesario combatir para abrirse paso, y los Mochuelos empeñaron la acción con denuedo. En ménos de diez minutos derrotaron á una de las tres partidas, que les atacaba casi por detras en el punto de unión de los caminos de Munar y Chipaque. Pero tenían al frente cosa de cuarenta hombres

bien atrincherados en las casas de Los Cerezos, que les hacian fuego muy nutrido, y por la derecha, desplegados en guerrilla entre las malezas, les cerraban el paso otros treinta enemigos.

Víctor se prodigó haciendo prodigios de inteligencia, actividad y valor, y despues de média hora más de combate la partida del flanco derecho iba tambien en retirada. Los Mochuelos triunfaban sin haber tenido sino dos heridos, y eso sin gravedad, y esperaban lograr que los enemigos les dejasen el camino franco. En aquellos momentos asomó delante de las casas de Los Cerezos una figura de oficial, y al punto uno de los Mochuelos tendió su fusil para hacerle fuego.

—No! no le tires, Emilio! exclamó Víctor que estaba cerca; y al decir esto extendió el brazo para levantar el fusil de su compañero.

—¿Por qué no he de tirarle, si nos ha hecho todo el daño posible?

—Ese hombre es sagrado para mí! respondió Víctor.

—Quién es?

—Le he reconocido: es mi único enemigo personal y..... hermano de Margarita.

—Heliodoro Rivéros!

—Sí; el mis.....

Víctor no acabó la frase; mientras él hablaba y protegía la vida de Heliodoro, de las casas de Los Cerezos le apuntaron con mampuesto, y la bala que le dispararon le atravesó de parte á parte.....

Seis compañeros le levantaron del suelo, ensangrentado y sin sentido, y protegidos por un alto cerco de piedra se retiraron del

campo del combate. Los demas, formados en estrecha columna, marcharon resueltamente hácia Chipaque por la via de la Chorrera, sin ser perseguidos. Al subir á la planicie que média entre las faldas que descienden hácia Chipaque y las que bajan hácia el valle del rio de Ubaque, los seis Mochuelos, profundamente acongojados, pudieron cerciorarse de que Víctor vivia pero que su herida era muy grave. Formáronle con ramas y malezas una camilla sostenida con los fusiles, y rápidamente se encaminaron hácia Los Cedros.

Allí reinaban la angustia y la consternacion, pues se habian oido distintamente los tiros del combate, y todos comprendian el inminente peligro en que se hallaban Víctor y sus compañeros.

Eran cosa de las cuatro de la tarde cuando, á la tibia luz del sol que ya casi se ocultaba detras de las montañas del poniente, se vió descender por el camino el grupo de afligidos Mochuelos que cargaban en hombros al herido.

—Traen un herido.... ó un muerto! exclamó Rosalía, que desde la salida del patio de la casa veia la gente con la camilla.

—Dios mio! Dios mio! ese es Víctor! gritó Margarita con indecible dolor.

—¿Por qué ha de ser Víctor? observó el doctor Gómez.

—Ah! me lo dice el corazon!

—Hija, los presentimientos engañan muchas veces. No desesperes ántes de tiempo....

Margarita se puso á sollozar y en seguida rompió á llorar silenciosamente.....

Al llegar los Mochuelos á la orilla del arro-

yo de las Perlas, Rosalía preguntó desde léjos:

—¿Está muerto?

—No, contestó uno de los Mochuelos; la herida es muy grave, pero vive.

—¿Quién es el herido? murmuró Margarita, temiendo una terrible respuesta.

Ninguno de los Mochuelos contestó.

—¿Dónde está Víctor? ¿por ventura se ha salvado?....

Los Mochuelos continuaron silenciosos y abatidos; pero en aquel instante, cuando ya ellos llegaban al callejon que daba entrada hácia el patio de la granja, se descolgó inerte y blanca como alabastro una mano del herido que casi tocó la cabeza de Margarita.

—Cielos! misericordia! exclamó la infeliz; es Víctor!

Y cayó casi de hinojos, abrumada, á los piés de Rosalía, quien se apresuró á levantarla en parte, sosteniéndola con los brazos.

Que el lector se imagine la impresion causada por la catástrofe á todos los habitantes de Los Cedros.... Todos quedaron consternados durante algunos momentos. Pero en breve el amor y la amistad produjeron saludable reaccion, y á la consternacion muda y el llanto silencioso sucedió una especie de actividad febril causada por el ardiente anhelo de salvar á todo trance á Víctor. El doctor Gómez, como viejo militar que era, conocia bastante la naturaleza de las heridas de bala, y al punto examinó cuidadosamente la de su desgraciado amigo. A poco movió tristemente la cabeza, diciendo:

—La herida es sumamente peligrosa; está atravesado de parte á parte el pulmon dere-

cho..... Por lo pronto atajen la hemorragia y procuren volverle al sentido.

Dijo lo que se debia hacer, y al instante escribió dos esquelitas y despachó dos mozos á caballo: uno para Bogotá, á traer un cirujano y medicamentos adecuados, y otro para Ubaque, á llamar al Cura. Los dos mozos partieron al más largo trote posible algunos momentos despues.

Entre tanto Rosalía, Marta y Margarita, de rodillas al pié de la cama de Víctor, ó de pié en torno de ella, hacian todos los esfuerzos imaginables por contenerle la hemorragia y hacerle recuperar el sentido. Un sencillo y admirable remedio produjo efecto inmediato: aplicaron en la boca y la horrible salida de la herida emplastos de masa de panela empapada en láudano,—remedio que ataja el derramamiento de sangre y calma la inflamacion sin impedir que á su tiempo supure la herida y cicatrice bien;—y le hicieron aspirar varias sales y esencias. A poco el herido suspiró, movió los labios, abrió trabajosamente los ojos y paseando algo la mirada en rededor, pero una mirada opaca y como nublada, murmuró suavemente.

—¿Dónde estoy?...

—Aquí... con nosotras, en Los Cedros..... contestó Rosalía con infinita dulzura.

El herido pareció no comprender y añadió:

—¿Por qué estoy en estas tinieblas? ¿qué me ha sucedido?.... ¿qué tengo?....?

—Una herida; pero.....

—Ah! sí.... ¿no estuve combatiendo?...

—Chit.....no hay que hablar más, le murmuró Margarita al oído.

—Cielos! esa voz....yo conozco esa dulce voz... ¿Quién me habla?

—Yo, Víctor.....Soy Mar...ga...rita...

Víctor, que no veía, porque la hemorragia le había debilitado la vista por extremo, alargó la mano izquierda como buscando otra mano. Naturalmente encontró la de Margarita y las dos se enlazaron suavemente...

Tanto se hizo, administrando al herido cordiales, pociones saludables y remedios calmantes, que fué recuperando las fuerzas hasta recobrar completamente el conocimiento y todos los sentidos, lo que hizo concebir muchas esperanzas á las alarmadas enfermeras. A las nueve de la noche llegó el doctor Lotero, cura de Ubaque, y se hizo anunciar al herido. Víctor le recibió afectuosamente y le dijo:

—Ah! mi buen amigo, Dios le bendiga.... Ha llegado la hora terrible para los malos, sublime para los buenos, en que el sacerdote es el padre del hombre....Siéntese usted, doctor; permítame recoger un poco mi espíritu y mis recuerdos, y en seguida oirá mi confesion.....

Marta, Rosalía y Margarita se movieron con ademan de retirarse.

—Deteneos, hermanas mías...se apresuró á decir Víctor; podeis oír mi confesion.

—Oh! eso es imposible! exclamó dulcemente Marta, la más timorata.

—Por qué? repuso Víctor. Os aseguro que mis pecados no pueden ofender vuestro pudor. Algunos momentos de impaciencia y cólera; algunos impulsos momentáneos de resentimiento...y quizas de odio á mis enemigos políticos; talvez algunas palabras ocio-

sas, ó hirientes contra el prójimo; algunos malos pensamientos contrarios á la caridad, y raptos de desesperacion en los que, desalentado... á la vista del mal reinante... ha flaqueado por un instante mi fe en el amparo de la divina Providencia..... Aguardad; dejadme sondear el melancólico abismo de mi memoria....Despues de mi última confesion hecha en Sopó, el 14 de Diciembre..... sí, estoy seguro; esos son mis pecados....Los confieso humildemente; y de ellos me arrepiento...y por todas mis faltas pido perdon con toda mi alma á mi Dios y á mis semejantes...así como perdono... á quien quiera que me haya ofendido...sobre todo á *él*, Margarita.....

Al oír esta extraña é inusitada confesion, confesion de una alma noble y una conciencia pura, Margarita se arrojó al pié de la cama de Víctor, le tomó la mano izquierda y se la besó con veneracion, gratitud y recogimiento. Víctor la agasajó la cabeza con la mano, la atrajo hácia él suavemente y la besó una trenza de los cabellos. Y al punto dijo:

—Doctor... ¿será pecado hacer esto? Ah! vea usted... yo la amaba con toda mi alma, sin ofender á Dios...Yo esperaba que algun dia...*ella* seria mi esposa en Dios... y la amo tanto!.....

La escena no podia ser más enternecedora ni sencillamente sublime. El sacerdote, enjugándose una lágrima, absolvió al penitente como quien bendice á una paloma; y durante algunos minutos sacerdote, penitente y púdicas oyentes unieron sus almas en una muda plegaria elevada á Dios, suprema fuente de amor y misericordia, de bondad y pureza.

.....

La noche fué triste y angustiosa, porque á eso de las once Víctor tuvo mucha fiebre y comenzó á delirar. Su respiracion era triple, lo que causaba á las enfermeras la mayor congoja, pues se sentia que habia una especie de resuello sordo y forzado por las estremidades de la herida, es decir, por el pecho y la espalda; y cada hora que pasaba hacia perder una esperanza... Y al mismo tiempo que en el cuarto del herido velaban con afan y afliccion y procuraban aliviarlo, en la sala de la casa habia otra escena de consternacion. ¿Por qué estaban allí tan abatidos don Agustín Rivéros, su esposa y el doctor Gómez? Uno de los Mochuelos, aquel á quien Víctor habia impedido hacer fuego sobre Heliodoro, habia cometido la indiscrecion, al referir los incidentes del combate, de soltar una alusion muy inoportuna, por no saber que allí estaban los padres de Margarita y Heliodoro, á quienes él no conocia.

—¿Cómo dice usted? ¿Luego estuvo en el combate Heliodoro? preguntó con ansiedad doña Luisa.

—Sin duda; y de buena escapó!

—¿Qué le sucedió, pues? preguntó don Agustín alarmado.

—Nada. Le vi asomar detras de un cerco de piedra que circuye las casas de Los Cerezos, tendí mi fusil y le apunté, sin conocerle, y cuando iba á hacerle fuego, el capitán Prado se lanzó hácia mí, me levantó el arma y le salvó.

—El le salvó! nobilísima accion! exclamó don Agustín.

—Sí; pero que ha costado la vida talvez al Capitán, replicó el jóven soldado.

—¿Por qué?

—Porque mientras el Capitan me explicaba los motivos de su conducta generosa, el otro... justo cielo! el otro le hacia apuntar y disparar con mampuesto el tiro que le trajo á tierra.

—Miserable criatura! reniego de tal hijo! exclamó don Agustín con indecible indignacion y vergüenza.

—¿Cómo! es *él* su padre? preguntó el mochuelo muy azorado.

—Ya usted lo ve, respondió el doctor Gómez, mientras don Agustín caía sobre un canapé como abrumado.

A las diez de la mañana siguiente llegaron á Los Cedros, reventando cinchas, Pedro María, el hijo médico del doctor Gómez, y un excelente cirujano de Bogotá, á tiempo que Víctor, despues de tres horas de sueño tranquilo, habia despertado con el ánimo sereno y su cabal conocimiento, siquiera estuviese sumamente pálido, débil y extenuado. Al punto la herida fué sondada y examinada con el mayor cuidado, y en seguida cubierta con vendajes. Los dos cirujanos se retiraron á conferenciar; pero al cabo de pocos minutos Víctor suplicó que les llamasen para hablar él solo con ellos. Apenas sí entraron en el cuarto cuando les dijo:

—Vamos, señores... ¿no es cierto que mi herida es mortal?

—Oh! precisamente mortal...contestó el doctor N°, talvez no...

—Mis amigos, repuso Víctor con dificultad y lentitud. Yo amaba la vida... porque la miraba como un deber para con Dios y los hombres..... y porque esperaba... ser dichoso...

Pero la muerte no me asusta... y la he desafiado muchas veces... Así, háblenme ustedes claro... ¿Hay para mí alguna esperanza... de salvación?...

—Ninguna! contestó el doctor N* con la incorruptible sinceridad de la ciencia.

—Está bien.... murmuró Víctor; mil gracias.

Los dos cirujanos permanecieron mudos, y él, despues de algunos instantes de silencio, añadió:

—Hermano Pedro María ¿quiere usted hacerme otro servicio?...

—Mande usted, hermano.

—Deseo hablar con Rosalía y Margarita... sin testigos.

—Voy á llamarlas.

Cuando las dos estuvieron al lado de Víctor, él las dijo con infinita dulzura:

—El momento supremo... habrá de llegar...

—Cielos! qué dice usted, Víctor! exclamó Margarita rompiendo á llorar.

—Ten valor... amada mia! repuso el herido con acento muy débil. Dios lo quiere así... que se haga su divina voluntad!...

Margarita y Rosalía inclinaron la frente con desesperado abatimiento.

—Margarita... añadió Víctor algunos instantes despues ¿quieres hacerme el supremo y último favor?...

—Mánda! oh! mi pobre Víctor!

—Quieres... ser mi esposa?

—Ah! gracias, mi amado Víctor! yo lo anhelaba tanto!... contestó Margarita estrechándole las manos.

—¿Aun para quedar viuda... en seguida?

—Para ser tuya, y si has de morir, adorar-

te muerto miéntras nos juntamos en el cielo!...

—Dios te bendiga, dulce bien mio!...

—Rosalía... añadió luego Víctor: usted ha patrocinado mi amor con su fraternal cariño... y acaba de presenciar mis esponsales... ¿Me hará el favor de ir á pedir en mi nombre la mano de Margarita?

—Cómo no, Víctor, si este ha sido mi mayor anhelo!

Una hora despues, cerca ya de medio dia, estaba compuesto en el cuarto de Víctor el altar del himeneo y de la muerte... de la muerte que es el himeneo eterno de las almas puras con Dios. Despues se llenó de gente el aposento, abiertas de par en par la puerta y la ventana. Margarita estaba vestida de negro y tenia en la cabeza, en lugar de azahares, una corona de violetas... Los padrinos elegidos eran el doctor Gómez y Rosalía. El cura dijo la misa brevemente, administró la comunión á Víctor y á Margarita (la cual acababa de confesarse), y les unió para siempre con la bendición de Dios. Cuando la ceremonia estuvo concluida, Margarita permaneció de hinojos al pié de la cabecera de la cama, teniendo entre sus manos la de Víctor. Reinaba un profundo y doloroso silencio, porque todos reprimian sus sollozos, cuando dijo Víctor con voz de moribundo:

—Tengo hecho mi testamento... y lo he dejado en manos... de mi generoso amigo... don Francisco Rios... Lo ratifico en todas sus partes. Solamente añado que dejo mi humilde espada... como un testimonio de respeto y cariño... al General en jefe... de los Mochuelos y Guascas... Margarita, acércate y reclina

tu cabeza sobre mi corazon... ..Bien! así... así estás bien...

Algunos momentos despues se oyó un sordo y prolongado suspiro y se notó que el brazo del moribundo comprimia con convulsivos sacudimientos la cabeza de Margarita, pareciendo acariciarla ..Qué sucedia? El Poeta soldado habia completado con su muerte el bello y triste poema de su vida.

.....
EPILOGO.

La guerra civil habia concluido pocas semanas despues de la muerte de Víctor, y sólo subsistian sus efectos, principalmente los desfierros y confiscaciones que infligian los vencedores á los vencidos; pero Heliodoro Rivéros no habia podido gozar de su triunfo en Bogotá. Don Agustin se habia apresurado á dirigirle esta carta de fulminante laconismo:

“Para tu eterno remordimiento te hago saber que tu hermana Margarita ha quedado viuda de su amado Víctor, por causa tuya. Eres un miserable y has deshonrado el apellido que llevas. Mi casa está cerrada para ti, y no volverás á ella miéntras no te hayas rehabilitado.”

Al recibir esta carta, Heliodoro habia comprendido que no tenia más hogar que el cuartel; por lo que solicitó de sus Jefes que le permitiesen continuar en el servicio militar y le diesen su pase para servir en otro Estado que no fuera el de Cundinamarca. Habiéndosele otorgado lo que pedia, le enviaron á incorporarse en uno de los batallones que obraban sobre otro Estado para sostener allí una

especie de gobierno ruso ó de conquista impuesto á un pueblo *polonizado*. Heliodoro, casi es innecesario afirmarlo, ha sido uno de los oficiales más adictos al General Rendija, y uno de los más decididos ejecutores del régimen de la confiscacion, del vanda'laje oficial y del saqueo... No es, pues, de extrañar que ya en 1879, merced á una larga y fatigante campaña... contra los propietarios y los clérigos, llevase sobre los hombros las charretas de Coronel. Para el tiempo que ha corrido, era seguro que un mozo de tal carácter haria carrera muy lucida.

Los restos mortales de Víctor habian sido trasladados á Bogotá, donde la familia Rivéros le hizo tributar distinguidos honores fúnebres en la iglesia de San Carlos. Desde entonces la casa de don Agustin se ha mantenido enlutada.....

La familia Gómez ha sido amargamente probada, despues de los acontecimientos de que fueron teatro Los Cedros. Clemente murió á poco, casi súbitamente, á causa de una fiebre cerebral contraida en su último viaje á los llanos de San Martin; y no há mucho que la dulce y adorable María Marta, minada por su terrible enfermedad del corazon, sucumbió en Bogotá, devolviendo el alma á Dios como una santa y edificando con su piedad y resignacion incomparables á todos sus parientes y amigos...

El venerable doctor Gómez, acongojado y achacoso, se hā domiciliado en Bogotá con la bella y amable Rosalía, su yerno y su nieto, y todos viven lamentando la muerte de Víctor casi tanto como la de Clemente y Marta.

Margarita se entregó desde el dia del fa-

llecimiento de su esposo, aparte del estricto cumplimiento de sus deberes filiales y del cultivo de sus íntimas y exclusivas relaciones con la familia Gómez, al ejercicio de la más diligente caridad y á la práctica de la más ardiente piedad. Viste constantemente luto riguroso y se considera unida indisolublemente á Víctor.

El dia que cumplió veintun años entró en el despacho de un venerable notario de Bogotá y le dijo:

“¿Querria usted hacerme el favor de indicarme el modo y las formalidades con que se hace un testamento cerrado?”

“Con el mayor gusto, mi señora,” habia contestado el anciano, dándola al punto cuantos informes eran necesarios.

Dos dias despues Margarita otorgaba su testamento cerrado, en debida forma.

Lo habia reducido, en la parte relativa á la disposicion de bienes, á esta sola cláusula:

“Hallándose mis padres vivos, á Dios gracias (y Él les conserve por largos años con salud y bienestar), no tengo más bienes de fortuna en la actualidad que los heredados de mi amado esposo el doctor don Víctor del Prado (Q. E. P. D.), de cuyo usufructo dispongo íntegramente para obras de beneficencia y piedad, no siéndome lícito disponer del capital. Pero desde ahora declaro de la manera más irrevocable y absoluta, que si mi muerte ocurriere cuando hubieren fallecido mis padres, mi hermano Heliodoro Rivéros no heredará ni la más pequeña porcion de mis bienes ó haberes. Antes bien instituyo para tal caso por mis únicos herederos á mi tío el doctor don Benigno Gómez y sus descendien-

tes, en la mitad de cuanto pueda ser mio á la hora de mi fallecimiento, y en la otra mitad, divisible por partes iguales, al Lazareto de Agua de Dios y los seis establecimientos de beneficencia de la ciudad de Bogotá.”

Cuando Margarita hubo depositado su testamento en manos de la incomparable Rosalía, se fué lentamente á visitar el cementerio católico, entró, la faz velada y el ademán dolioso, tomó una callejuela de cipreses que habia al lado derecho, llegó al pié de un modesto sepulcro de mármol que don Agustin Rivéros habia erigido con piadoso empeño, púsose de hinojos sobre la baldosa que estaba al pié del epitafio, y, llorosa y sublime de esperanza religiosa y de melancólica hermosura, exclamó:

“Justicia está hecha, y la iniquidad, en lo posible, castigada!.....Aguárdame, Víctor de mi vida!”

Honda, Marzo de 1880.

FIN.

ERRATAS.



Pág.	Línea.	Dice:	Léase:
41	36	¿p Y or	¿Y por
63	29	compartimentos	compartimientos
66	1ª	le hiciera	la hiciera
113	18 y 19	á vueltas de	á vuelta de
116	8 y 9	testimonio	testimonios
118	15	distiros	distritos
124	37	os criados	los criados
129	37	natables	notables
130	28	procedia sin duda	procedia, sin duda,
137	26	de un papal	{ de un "papal" 6 plantacion de papas
146	26 y 27	en las corralejas	en los corrales.
194	35 y 36	recapacidando	recapacitando
213	24	las mirlas,	los mirlos,
217	6	—Rosalía y	Rosalía y
277	8	fué uno	fué una
279	37	brillaban una	brillaba una
291	37	amigo Luza,	amigo Luzan,

L
C863.2
S192

**Biblioteca
Universidad Eafit**



6 2000 00103728 9

